PETER N. STEARNS

UNA NUEVA HISTORIA PARA UN MUNDO GLOBAL

Introducción a la «World History»



LIBROS *de* HISTORIA


creative
commons

Para Aidan, Chloe e Inanna, que vivirán mucha historia universal

1. INTRODUCCIÓN

¿Qué es la historia universal y por qué?

Lo más importante que debemos saber sobre cualquier materia cuando empezamos a involucrarnos en ella es: ¿con qué propósito?, ¿por qué molestarse?

La razón fundamental para estudiar la historia universal es acceder al contexto histórico de la sociedad globalizada en la que vivimos hoy en día (nos guste esa sociedad o no). En consecuencia, los motivos por los que los cursos y programas de historia universal se han disparado en el último cuarto de siglo en Estados Unidos, pero también en otros lugares, son que cada vez más educadores y estudiantes se han dado cuenta de lo complejo e interconectado que es el mundo en el que viven, y han identificado la resultante necesidad de un nuevo tipo de ámbito histórico. Las crónicas puramente nacionales o regionales ya no funcionan, aunque puedan resultar excepcionalmente útiles junto al planteamiento de la historia universal. Necesitamos una historia que muestre cómo han nacido las relaciones mundiales y cómo se han formado e interactuado las diferentes tradiciones culturales y políticas. En eso consiste el mundo actual, y eso es lo que la historia universal puede ayudar a explicar.

Dicho esto, existen algunos fundamentos de sustento, aunque mucho menos importantes que la afirmación primordial. Un factor decisivo a la hora de generar interés por la historia

universal en los institutos y las universidades de Estados Unidos fue la creciente diversidad del cuerpo estudiantil. Con la llegada de más alumnos originarios de África, Asia y Latinoamérica, y a menudo también con un mayor interés en su legado, la necesidad de ofrecer una historia que no se limitara a unos contenidos centrados puramente en EE.UU. o Europa occidental resultaba atractiva. Esta fue una de las razones por las que la historia universal al principio se propagó con más rapidez como materia docente en las universidades estatales que en las instituciones privadas de élite cuyos alumnos no eran tan mixtos. Pero se produjeron grandes protestas estudiantiles en lugares como Stanford, exigiendo más innovación en el programa de historia en lugar de una dieta puramente occidental, y estas corrientes sin duda abrieron nuevas puertas al planteamiento universal.

La historia universal ofrece nuevos descubrimientos, una tercera razón para fomentarla como materia de estudio. Veremos que las adiciones son particularmente reveladoras para los periodos de 600 a 1450 y de 1450 a 1750, donde escapar al estrecho contexto occidental es especialmente refrescante (incluso, podríamos decir, para una comprensión adecuada del propio Occidente). Pero la historia universal añade nuevos datos y puntos de vista a casi todos los periodos, incluso la gran era del imperialismo occidental en el siglo XIX. Ahora existen nuevas historias, nuevos motivos para interesarse por el pasado. Por encima de todo, surgen nuevas posiciones estratégicas que esclarecen cómo era el pasado y cómo se relaciona con el presente. La mayoría de los historiadores universales aducirían que en el proceso nace una visión más precisa del pasado, y la precisión no es algo que debamos desdeñar.

Esto nos devuelve a los principales argumentos: la historia universal fomenta métodos de análisis que preparan a gente de todos los niveles para lidiar con los problemas que plantea la sociedad global contemporánea y aquellos que seguirá planteando en el futuro.

Todo esto da por sentado que la historia universal puede cumplir sus promesas. El objetivo de ofrecer la amalgama de hechos, habilidades y análisis que satisfagan los exigentes criterios que entraña el utilizar el pasado para explicar el presente global es, sin duda alguna, desafiante. Los estudiantes de cursos de historia universal deberían poder decir que, al término de su labor, al menos han realizado avances serios en esa dirección.

La historia universal como controversia

Las razones que justifican la historia universal resultan tan obvias para la mayoría de los profesionales de esta disciplina, así como para muchos estudiantes, que puede parecer extraño que se hayan librado grandes batallas acerca del tema y que numerosos países rechacen esta perspectiva incluso hoy en día. En Estados Unidos, la historia universal desempeñó un papel importante en lo que mucha gente denominó las «guerras culturales» de los años noventa y, si bien ya ha amainado un poco la tormenta, demasiado énfasis en la historia universal todavía puede arreciarlas en algunos círculos. En otros países, especialmente en aquellos donde la enseñanza de la historia está más separada de la erudición histórica que en Estados Unidos, las referencias a la historia universal también pueden motivar grandes controversias.

De hecho, en 1994, el Senado estadounidense presentó 99 votos a 1 en contra de un plan de historia universal para los institutos que había sido concebido por un numeroso comité de historiadores universitarios y profesores de secundaria. Lo cierto es que el Senado se vio movido por una reciente elección que había arrojado una amplia mayoría republicana de tinte conservador. También estaba reaccionando a un plan paralelo para la historia de EE.UU. que generó todavía más consternación, ya que parecía apartarse de las normas establecidas. Pero la preocupación por la historia universal era auténtica, pues es inusual que una materia académica provoque tanta desaprobación del alto organismo legislativo de toda una nación.

Al Senado le inquietaba que la historia universal erosionara las cualidades especiales de la civilización occidental, que a su vez era considerada la progenitora de algunos temas culturales y políticos clave en Estados Unidos. Su resolución dictaba que cualquier proyecto de historia nacional debía «mostrar un respeto decente por las tradiciones de la civilización occidental». Sin duda alguna, como veremos, la historia universal compite con cursos anteriores de historia europea o civilización occidental y, desde luego, tiende a considerar el caso occidental como uno más y no como una materia que posea virtudes manifiestamente especiales. Los cursos de civilización occidental, por el contrario, se habían afianzado en EE.UU. en parte porque permitían poner énfasis en cualidades particulares que los estadounidenses podían tener en alta estima (como el individualismo real o imaginario del Renacimiento). Aunque el Senado no dijo exactamente que la historia universal era errónea, su resolución indudablemente pretendía, cuando menos, singularizar un lugar para los valores occidentales.

La resolución del Senado no frenó el movimiento de la historia universal en Estados Unidos y, de hecho, apenas tuvo influencia en él. La mayoría de los estados, al desarrollar criterios históricos, utilizaron la rúbrica de la historia universal a partir de mediados de los años noventa. Pero un examen más exhaustivo revelaba una serie de problemas irresolutos. Buena parte de los criterios de los estados y los libros de texto utilizados en los cursos de historia universal de secundaria seguían prestando una atención desproporcionada a Occidente (con un promedio del 67 % de la cobertura del texto). Esto llevó a los historiadores universales a protestar por que los cursos resultantes, a menudo tildados burlonamente de «Occidente y el resto», distorsionaban gravemente el propósito real de la historia universal. Aunque la etiqueta de historia universal ganaba terreno, el gobierno de Estados Unidos fomentó un enorme movimiento para la enseñanza de la historia nacional que contó con una financiación sin precedentes y, si bien no se mostraba explícitamente hostil a la historia universal, dejaba claro de manera implícita que la historia del país era la que importaba de veras. Incluso la crisis posterior a los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 daba indicios de la constante división. Mientras numerosos educadores y gran parte de la ciudadanía en general veían los ataques como un signo de que los estadounidenses debían aprender más sobre otras partes del mundo, incluido el islam, los portavoces conservadores insistían en que era el momento de cerrar filas en torno al estudio (y la alabanza) de la historia occidental.

El debate básico, que veremos repetido en casi todas las regiones y resuelto prácticamente en ninguna, se centraba en la finalidad de la historia, y las dudas estadounidenses sobre la civilización occidental eran una mera variante. Durante los dos últimos siglos, la mayoría de los países han prestado atención a la

educación en materia histórica, sobre todo para inculcar una historia nacional pactada y (normalmente) una serie de aspectos positivos nacionales implícitos. En otras palabras, la historia era esencial para la formación de una identidad y la ortodoxia política. Desde luego, un curso sofisticado podía admitir algún que otro error nacional —como el trato dispensado por Estados Unidos a los nativos americanos o la esclavitud—, pero este debía verse superado por el énfasis en lo positivo.

En el caso de Estados Unidos, cuya historia es relativamente breve, este interés nacional se vio complementado por el telón de fondo de la civilización occidental. A partir de los años veinte, los institutos y las universidades a menudo introdujeron un curso europeo, además del requisito de la historia estadounidense, de modo que los estudiantes terminaran con un firme sentido de la historia nacional, fomentado por al menos cierta comprensión de que los méritos nacionales estaban más justificados por su vínculo con un pasado occidental más prolongado y en buena medida edificante.

La historia universal sencillamente adopta otra perspectiva. No discute necesariamente el planteamiento nacional o el punto de vista de la nación y las civilizaciones; los historiadores universales normalmente no aducen que deberíamos abolir la enseñanza de la historia de Estados Unidos, aunque a algunos les gustaría que las crónicas se revisaran de forma considerable, pero sin duda ofrecen una serie de objetivos diferentes, al menos para el curso de historia universal. Esta no necesita atacar las identidades nacionales, pero no considera que el apoyo a dichas identidades sea un propósito clave, al menos de esta parte de un programa de historia. De nuevo, el objetivo es comprender las condiciones globales a través de una óptica histórica. A su vez, esto conlleva una atención seria a varias tradiciones culturales de

relevancia y no solo la nuestra. Entender las condiciones globales también exige una cuidadosa exploración de los contactos entre diferentes sociedades y de fuerzas más grandes —como los patrones comerciales o el intercambio de tecnologías— que contribuyen a modelar la experiencia de cualquier región en particular. Los historiadores universales afirman que esos intereses fundamentales —una atención comparativa a varias experiencias culturales y políticas características y un interés en factores que trasciendan las sociedades individuales— son los componentes esenciales de cualquier conocimiento histórico del mundo en que vivimos. Pero también sugieren, si es que no lo afirman de forma categórica, que una óptica puramente nacional o regional no puede captar este mismo mundo.

Y esta es la disputa fundamental. La mayoría de las sociedades del mundo actual, y no solo Estados Unidos, siguen infundiendo un profundo compromiso nacional a la enseñanza de la historia, aunque esas mismas sociedades generen una investigación histórica menos limitada. Para muchos, los acontecimientos recientes han acentuado el interés nacional o regional. Rusia, por ejemplo, tenía urgentes necesidades de reexaminar sus programas escolares de historia tras la caída del comunismo en 1991, y se ha prestado una gran atención a la innovación, pero casi por entero en un contexto nacional. La Unión Europea ha intentado fomentar una enseñanza de la historia que ponga énfasis en los vínculos comunes de Europa, y aunque este proyecto no es antiglobal, tampoco hace hincapié en acontecimientos más generales o no europeos y puede generar nerviosismo por un exceso de detracción global.

Aun dejando al margen nuevas necesidades concretas, el fortalecimiento de la globalización genera una respuesta histórica dividida, que es precisamente la esencia de las guerras

culturales estadounidenses. Los historiadores universales observan los hechos que acontecen a nuestro alrededor y afirman que sin duda apuntan a la necesidad de adoptar la perspectiva más amplia posible, prestar atención a varias sociedades aparte de la nuestra, y a la evolución de patrones comerciales o migratorios que desde hace mucho tiempo han afectado a cualquier experiencia regional. Pero mucha gente, entre ella numerosos educadores y políticos, observa los mismos acontecimientos que se producen a nuestro alrededor y afirma que denotan una necesidad urgente de apuntalar la tradición nacional. Los mismos procesos de la globalización que interesan a los historiadores universales —aunque pueden ser muy críticos con ciertos rasgos— causan una honda preocupación en muchos ciudadanos. De hecho, las encuestas de opinión internacional demuestran que la globalización cultural —las influencias externas que menoscaban las creencias y los valores regionales— es el aspecto más temido de toda la situación; un 72 % de los encuestados en todo el mundo afirman estar en contra de este aspecto, mientras que solo un 56 % teme la globalización económica. Y si la globalización cultural es un enemigo, ¿qué manera más lógica de reaccionar que intentar reafirmar las cualidades notorias de la crónica de la historia nacional?

Las mayores presiones de la globalización sin duda contribuyen a explicar los tensos debates mantenidos en Australia. Allí, el gobierno federal lanzó un importante programa en 2000 para mejorar la enseñanza de historia en las escuelas y, aunque se prestaba mucha atención a la historia local, el programa también insistía en el conocimiento de sucesos y problemas globales. El resultado propició una marcada reacción, con un nuevo orgullo de la historia australiana en casi todos los niveles educativos. Varios detractores se mostraron conmocionados por que algunos estudiantes conocieran la

Segunda Guerra Mundial y el estalinismo pero no el nombre del primer ministro de Australia. Argumentos de esta índole han aparecido en casi todos los países donde ha asomado incluso el gesto más tímido hacia la historia universal. Los mismos argumentos explican por qué muchos países, con sofisticadas empresas históricas en otros aspectos, no han avanzado hacia la historia universal de un modo significativo.

Resumiendo, en este momento la historia universal es objeto inevitable de una auténtica controversia, si bien la mayoría de los países (a diferencia de Estados Unidos en 1994) la mantienen alejada de los pasillos del Parlamento. La historia universal es una innovación, un distanciamiento deliberado del modo en que se ha contextualizado normalmente la historia, al menos en el ámbito de la enseñanza. Sus justificaciones no se centran en infundir una identidad nacional o una lealtad patriótica, si bien no contradicen de manera inequívoca esos propósitos. Sus objetivos dan por sentado que los estudiantes deben aprender acerca de varias identidades y culturas relacionadas, y no solo de una, y también sobre las interacciones globales que van más allá de las identidades regionales de cualquier tipo. Esos no son objetivos subversivos, pero sí cuestionan las rutinas históricas establecidas y generan ansiedad en algunas personas.

Cómo nació la historia universal

La historia universal es a un tiempo muy antigua y muy nueva. Muchos historiadores, en numerosas sociedades, intentaron adoptar una amplia visión del mundo cuando escribían sus crónicas. Herodoto, en la Atenas del siglo V, firmó una amalgama de historia, libro de viajes y fantasía sobre una

variedad de lugares que visitó en el Mediterráneo oriental. Esto contrasta con Tucídides, un historiador griego clásico algo posterior que se centró rigurosamente en Grecia y sus ciudades-Estado y nada más. El norteafricano Ibn Jaldún, un gran historiador árabe, también intentó tomar en consideración muchas regiones del mundo. En la Europa del siglo XVIII, varios intelectuales de la Ilustración, entre ellos Voltaire, escribieron historias que no se limitaban a Europa occidental. Ninguno de ellos era, conforme a los criterios contemporáneos, un historiador universal de los pies a la cabeza, sencillamente porque no se conocía lo suficiente sobre varias regiones del mundo como para que fuesen realmente incluyentes. Pero su objetivo era de gran alcance, aunque no global en términos literales, y habría sido lógico esperar, con el auge de un estudio histórico más formal, que naciera una historia universal más completa sin demasiada dificultad.

El siglo XIX y su fascinación por el nacionalismo perturbaron de manera grave la que de lo contrario podría haber sido una tendencia razonablemente natural. La labor histórica se amplió y la historia empezó a incluirse cada vez más en los programas escolares de Europa y Estados Unidos, pero seguía cimentándose sobre todo en la experiencia nacional. Sin duda, el interés puramente nacional estaba aderezado en muchos casos con cierta atención a la historia de la Grecia y la Roma antiguas y, en Estados Unidos, a la historia europea en términos más generales, pero, como hemos visto, estos últimos compromisos normalmente constituían un telón de fondo para la historia nacional.

La limitación de la misión de la historia se vio potenciada por otro acontecimiento del siglo XIX que era meritorio por derecho propio: un creciente interés en una presentación erudita basada

en hechos y en una elaborada investigación. Empezando en Alemania con el gran historiador Leopold von Ranke, un nuevo esfuerzo por convertir la historia en una materia más profesional y precisa conllevaba la insistencia en retratar el pasado «como era en realidad». Traducido a la práctica histórica, esto significaba una mayor atención a una detallada investigación de archivo, que a menudo generaba extensos libros con abundantes notas al pie que ofrecían mucha información sobre temas concretos. En manos de un maestro —como Jacob Burckhardt, un historiador suizo del siglo XIX que escribió un estudio clásico sobre el Renacimiento italiano— esta nueva perspectiva podía brindar una duradera caracterización de un periodo o episodio histórico de relevancia. Sin embargo, en su conjunto, la nueva precisión histórica fomentaba la elección de temas un tanto más limitados, como una guerra, un tratado o una presidencia específicos. La mayoría de los historiadores contemporáneos todavía aprecian los impulsos que se ocultan tras este giro profesional: queremos que nuestras historias sean tan exactas como sea posible y que se cimienten en una investigación exhaustiva. No obstante, es cierto que traducir esta perspectiva a la historia universal es un verdadero desafío, en especial para los estudiosos más jóvenes, simplemente porque es difícil generar ese grado de detalle y una base de investigación tan definida cuando se lidia con más de una sociedad importante o con un tema tan general como, por ejemplo, los patrones de migración global.

El resultado global del impulso nacionalista en la historia —amén de la tendencia hacia una mayor precisión— fue sencillamente que se produjeron varios avances importantes en la crónica de la historia universal y mucha menos enseñanza durante el siglo XIX o principios del XX. Esto supone una auténtica ironía, pues en el mundo real, los contactos entre las

sociedades estaban acelerándose precisamente durante ese periodo, pero pocos trabajos históricos reflejaban estos acontecimientos de mayor alcance. Sin duda, era interesante que un estudioso alemán de la década de 1880 creara una enciclopedia de historia universal (más tarde traducida al inglés en Estados Unidos y de la cual existen ediciones más recientes). Esto mostraba un reconocimiento a la posibilidad de que hubiese cierta relación entre la información histórica y los lazos universales que estaban tomando forma. Pero la enciclopedia estaba integrada en buena medida por una cobertura de la historia europea, con solo algunas referencias de pasada a otras grandes sociedades y prácticamente ningún material sobre lugares como África hasta que los europeos empezaron a intervenir.

No fue hasta mediados del siglo XX cuando varios historiadores ambiciosos empezaron a trabajar en el proyecto de bosquejar un contexto global, y no nacional o, a lo sumo, regional, para la experiencia humana. El historiador británico Arnold Toynbee comenzó su monumental *Estudio de la historia* en 1934, centrado particularmente en explorar el auge y la caída de los imperios. El caso del Imperio Romano era el prototipo más claro, pero Toynbee estaba muy interesado en India, y su planteamiento podría hacerse extensivo a la historia universal de forma más genérica. En los años sesenta se produjeron una serie de acontecimientos más decisivos. Varios historiadores estadounidenses prominentes, liderados por William McNeill, empezaron a abogar activamente por la historia universal y a escribir libros, textos y obras destinados a un público más general, ilustrando qué podía abarcar dicha disciplina. Comprensiblemente, esos estudios reproducían aspectos de la perspectiva de la civilización occidental a la hora de abordar la

formación de grandes tradiciones culturales y políticas, pero ahora incluían a China, India y Oriente Próximo, además del Mediterráneo y Occidente. Al mismo tiempo, el aumento de los programas de estudios regionales empezó a generar nuevos conocimientos sobre zonas fundamentales como África u Oriente Próximo.

Una segunda fuente de inspiración fueron varias universidades cruciales del mundo comunista. La ideología marxista siempre había planteado una visión global, aunque durante mucho tiempo se concentró en el nacimiento del capitalismo occidental. En los años sesenta, la erudición marxista estaba avanzando lo suficiente, en especial en Asia, como para abarcar otras sociedades. Así, la Universidad de Leipzig, en la República Democrática Alemana (Alemania oriental), confeccionó un programa de historia comparativa en los años sesenta, con nuevos centros de estudios sobre África, Asia y Latinoamérica. En 1974, esto avanzó hacia una perspectiva más global al abrigo del estudio comparativo de las revoluciones en tiempos modernos. Este contexto conduciría directamente al liderazgo de Leipzig en las iniciativas de la historia universal en la Alemania contemporánea, incluso cuando el planteamiento explícitamente marxista retrocedía tras el final de la Guerra Fría.

Sin embargo, nada de esto propició un movimiento de la historia universal. Pioneros como McNeill ofrecieron unos planteamientos y una inspiración que a la postre crearían una generación más numerosa y joven de estudiosos de la historia universal, pero en un sentido inmediato no parecía ocurrir gran cosa. McNeill abogó por un programa de historia universal en su base, la Universidad de Chicago, pero no fue capaz de desplazar un curso de civilización occidental bien afianzado y enormemente popular. La mayoría de los países europeos, sobre

todo los no pertenecientes al bloque comunista, seguían poniendo énfasis en las historias nacionales sin grandes modificaciones, hicieran lo que hicieran los principales eruditos de la materia. Si numerosas naciones de reciente creación, por ejemplo en África, tenían la oportunidad de hacer mucho en el campo de la historia, persistían en impartir cursos de historia europea (un legado del pasado colonial) o, más comprensiblemente, intentaban hacer hincapié en un planteamiento nacional. El régimen comunista de China, aunque vinculado a una erudición marxista más global, instauró un énfasis en la historia nacional, subrayando la experiencia autóctona a través del prisma del análisis marxista. Por último, el auge de los estudios regionales, aunque de nuevo inmensamente importantes para el futuro, desvió en cierto modo la atención de la historia universal. Los estudiosos se sentían tan fascinados por los contornos independientes de la historia de Asia oriental, Oriente Próximo o Latinoamérica que, o bien ignoraban, o bien se resistían activamente a cualquier impulso por diluir sus recién hallados descubrimientos prestando mucha atención a los acontecimientos en un ámbito global.

En otras palabras, los compromisos globales de los años sesenta alentaron una atención hacia las experiencias históricas fuera de Occidente, pero esto tuvo escaso impacto en los programas docentes (al margen de la nueva disponibilidad de una categoría que recibía el interesante nombre de cursos sobre civilizaciones «no occidentales» en diversas universidades) y no generó más que una brizna de interés hacia la historia universal *per se*.

Hasta los años ochenta, la historia universal no empezó a alcanzar su apogeo. En Estados Unidos comenzaron a aparecer cursos en universidades desperdigadas y algunas facultades

comunitarias. Varios profesores de instituto empezaron a moverse en la misma dirección, a menudo añadiendo cierta cobertura sobre África o Asia al curso de historia europea. En un momento dado, profesores de varios niveles intentaban aceptar el hecho de que tenían cada vez más estudiantes de origen africano, asiático y (en breve) latinos en sus aulas, y que algunos de ellos también eran más conscientes que sus predecesores de sus orgullosas tradiciones culturales. Esos profesores necesitaban encontrar materiales históricos con los que aquellos estudiantes pudieran sentirse identificados, y los mejores también querían aprovechar la oportunidad que brindaba una mayor diversidad para ofrecer beneficios educativos a estudiantes de todos los orígenes. En los años ochenta estaba meridianamente claro que el marco en el que trabajaba Estados Unidos —como líder de la Guerra Fría, como un activo motor empresarial de alcance internacional y como exportador e importador de cultura— ya no se veía limitado por las interacciones con Europa. Era esencial un nuevo curso de historia para preparar a los estudiantes a fin de trabajar dentro de este contexto, como ciudadanos, como profesionales e incluso como turistas informados. Al igual que en los años sesenta, pero ahora de manera mucho más decisiva, la historia universal como campo estaba surgiendo en parte como consecuencia de los esfuerzos de determinados profesores y estudiosos, pero también, en un sentido real, como el producto de un entorno cambiante en el mundo real. Y aunque en un principio el movimiento adoptó su forma más coherente en Estados Unidos —donde se creó una nueva Asociación de Historia Universal en 1982 como una colaboración entre profesores innovadores de universidad e instituto—, las mismas presiones pronto fomentarían nuevos programas de exploración y educación en otros países.

Una vez lanzado, el movimiento, sostenido por un creciente interés, amén de los factores más generales que subrayan la necesidad de la historia universal, hasta la fecha ha demostrado ser imparable, pese a las preocupaciones nacionalistas y a la bofetada del Senado estadounidense en 1994. La Universidad de Hawái introdujo el primer doctorado en historia universal en 1986, seguido de *The Journal of World History* en 1990. En 2001 se inauguró el ambicioso Curso Avanzado en historia universal, y con 21.000 alumnos de partida, fue el nuevo programa más importante en la historia de ese curso; también gozó de la expansión más rápida, con más de 100.000 alumnos en solo cinco años. En Estados Unidos y otras sociedades, la historia universal estaba pasando del estatus de novedad precoz a una madurez mensurable, produciendo cursos y programas en varios niveles e inspirando cada vez más investigaciones innovadoras.

Viabilidad

La materia que nos ocupa tiene unos propósitos claros, y su historia reciente demuestra que dichos objetivos han surgido al hilo de los cambios en las relaciones internacionales y la mezcla de estudiantes. Pero existen una serie de problemas introductorios que reflejan la novedad del campo pero van más allá y que también deben afrontarse: ¿es factible la empresa? Después de todo, la historia universal en principio lo abarca todo. Y los historiadores —como han podido comprobar claramente los estudiantes— tienden a obsesionarse con los datos, guardándolos como tesoros, y tienden a creer siempre que más es mejor. Basta con observar el típico libro de texto de historia universal en Estados Unidos: 1.100-1.200 páginas

atestadas de material. Existe una buena iniciativa para acortarlo un poco, pero la acumulación de material es innegable. En 1994, fue revelador que, cuando el grupo estadounidense anunció los criterios de la historia universal, ofreciera un resumen de 300 páginas, con casi 50 encabezamientos, en contraste con los geógrafos, quienes, al recibir la tarea similar de desarrollar objetivos de enseñanza y aprendizaje en su campo, consiguieron un prolijo panfleto de 65 páginas.

Dicho esto, la primera lección para cualquiera que se aventure en la enseñanza y la investigación de la historia universal está clara: ATRÉVASE A OMITIR. Incluso el libro de texto de 1.200 páginas ha suprimido incontables datos y ha sido claramente injusto con al menos algunas sociedades importantes del mundo (por ejemplo, en la mayoría de los libros de historia universal de Estados Unidos, el sudeste de Asia recibe mucha menos atención de lo que probablemente merecen su relevancia y complejidad).

El problema, en un campo al que le encanta descubrir hechos sobre el pasado, es definir qué omitimos. Pregunten a los historiadores universales qué temas son indispensables en la materia, qué debería saber cualquier estudiante cultivado, y la lista será, casi sin lugar a dudas, intimidatoria, sobre todo si hay más de un historiador universal en la sala. Cada tradición religiosa importante, cada cambio relevante en los patrones comerciales, cada fase del cambio tecnológico, patrones nacionales clave dentro de regiones más extensas como Europa occidental, posiblemente todas las principales dinastías chinas, la sucesión de importantes imperios de Oriente Próximo: la lista de la compra es enorme. Y es difícil negar que los historiadores universales, con su pasión por la cobertura y el detalle, se arriesgan a pecar de irresponsables en cuestión de viabilidad.

Una de las razones para una exposición de los elementos básicos de la materia —en resumen, para este libro— es ofrecer un medio más claro para cerciorarse de que los bosques globales no se pierden en medio de los árboles de la historia universal.

Sin embargo, existen varios planteamientos que ofrecen criterios de selección y exponen principios organizativos más generales que subrayan un número de temas factibles y criterios sobre qué datos pueden excluirse de un programa coherente. Estudiaremos varios de ellos en los próximos capítulos, pero es apropiado un adelanto.

En primer lugar, ningún historiador universal cree que uno deba proceder siglo a siglo; todos los programas de historia universal ponen énfasis en periodos temporales más largos que tengan algunos temas básicos definibles. Dentro de cada periodo es posible la exploración de evoluciones más completas, dependiendo del espacio disponible, pero la clave conceptual es el patrón cronológico más general. En este esquema, los historiadores universales aducen que en la historia del mundo no se producen cambios fundamentales con tanta frecuencia; a consecuencia de ello, el tiempo en la historia universal es más gestionable de lo que cabría esperar.

En segundo lugar, ningún historiador universal pretende explorar todas las regiones o (en tiempos modernos) naciones definibles. Recordemos que ahora mismo hay más de 200 miembros en Naciones Unidas y otros Estados a los que les gustaría sumarse a la lista. Todos los historiadores universales lidian con patrones e interacciones regionales más generales. De nuevo, una exploración más detallada puede funcionar dentro de este contexto si el tiempo lo permite. No obstante, las generalizaciones regionales más extensas permiten a los historiadores universales hacer que el espacio sea

geográficamente más gestionable de lo que uno podría esperar (aunque hay más debate e inquietud por esto que por las unidades de tiempo de la historia universal).

En tercer lugar, ningún historiador universal pretende que todos los temas concebibles figuren en el listado de la materia. Varios proyectos han intentado ofrecer una temática organizada para orientar la manejabilidad; el Curso Avanzado ofrece cinco títulos: humanos y medio ambiente (que abarca categorías como demografía, enfermedades y tecnología); desarrollo e interacción de culturas (religión, ciencia, arte, etc.); creación de Estados y conflictos (tipos de gobiernos, imperios y naciones, revoluciones); economía (agricultura, comercio, revolución industrial, etc.); y, por último, el desarrollo y la transformación de estructuras sociales (género, familia, raza, clase social y económica). Con todo, esta es una lista extensa, pero estimula cierta selectividad.

Existe otro ángulo de manejabilidad: todos los programas de historia universal reflejan alguna combinación de tres perspectivas básicas. Comprender esas perspectivas, y el hecho de que su número sea limitado, sin duda mejora el objetivo de la viabilidad.

Primero: la mayoría de los programas, aunque no todos, trabajan para definir grandes sociedades o civilizaciones, rastreando su evolución e interacción, y utilizando la comparación activa para cerciorarse de que la historia universal no se diversifica en ramas independientes sin relación alguna. Vemos que este primer planteamiento pone un poco nerviosos a algunos historiadores universales, pero también es muy difícil evitarlo por completo. La comparación es el pegamento analítico crucial que mantiene esta perspectiva unida.

Segundo: cada vez más, los historiadores universales están sumamente interesados en los contactos entre grandes sociedades y lo que sucede cuando ese contacto se produce. ¿Cómo aprenden las sociedades unas de otras, fuerzan adaptaciones entre sí o intentan regular las interacciones? La comparación también ayuda en este planteamiento: cuando dos sociedades interactúan, es importante cotejar lo que cada una pone sobre la mesa. Pero en este caso, el análisis se amplía más allá de las comparaciones y abarca las aptitudes apropiadas para comprender interacciones y, con el tiempo, cómo cambiar los patrones de interacción.

Tercero: incluso más allá del contacto, los historiadores universales están interesados en identificar y evaluar fuerzas más grandes que menoscaban varias sociedades distintas, aunque no mantengan contacto directo. Esas fuerzas pueden incluir patrones de migración, enfermedades contagiosas, difusión de tecnologías, culturas misionales, comercio y, más recientemente, impactos medioambientales. La historia universal permite una comparación sobre cómo reaccionan distintas sociedades a esas fuerzas comunes, vinculando así el tercer planteamiento con el primero; fomenta un esfuerzo por explorar qué relación guarda el contacto con las fuerzas más grandes. De nuevo, el cambio en la configuración de esas fuerzas es —junto con los movimientos en los patrones de contacto— una de las cosas a buscar a la hora de organizar y definir los periodos temporales de la historia universal.

Analizar y comparar sociedades importantes; observar la evolución y los resultados de los contactos; evaluar reacciones a fuerzas mayores, pero también cambios en su naturaleza: esta es una lista gestionable de principios organizativos. Ello apuntala las habilidades de los historiadores universales para gestionar el tiempo y la geografía (y en cierta medida los temas). Asimismo,

ayuda a definir qué clase de materiales pueden ser descartados, por ejemplo, desarrollos internos detallados en naciones individuales.

La historia universal es una materia ambiciosa. Para muchos, es fascinante precisamente por esa razón. Es indudablemente desafiante, incluso para los entusiastas. Pero en realidad es gestionable. No tiene por qué ser —no debe ser— una mera carrera para memorizar tantos datos como sea posible. Aun reconociendo los problemas de los historiadores a la hora de decir «no» a los datos, ofrece unos principios de selección.

Dos (pequeños) preliminares finales

La historia universal normalmente utiliza AEC y EC (Antes de la Era Común y Era Común) en lugar de los convencionales a.C. (Antes de Cristo) y d.C. (Después de Cristo) de origen cristiano. Los periodos temporales designados son los mismos (en contraste con los calendarios tradicionales chino, judío o árabe). Pero esta clasificación diferente está concebida para que todo ello sea un poco menos etnocéntrico y específico de una cultura, ya que la historia universal versa sobre el mundo entero y no sobre una experiencia religiosa, por innegable que sea su importancia. Todo esto puede parecer bastante inofensivo e incluso trivial, pero es vital señalar que a algunas personas el cambio de nomenclatura les resulta muy molesto, ya que conlleva una centralidad del nacimiento de Cristo. Los historiadores que utilizan públicamente las fechas de la historia universal pueden ser acusados (como le ha ocurrido a este autor) de ateísmo, intolerancia y otros males. Una vez más, la historia universal puede ser un tema delicado.

Segundo preliminar: en este libro utilizamos el término historia universal en lugar de historia global, pero ambos intervienen a menudo. La historia universal es la etiqueta más habitual actualmente. Historia global a menudo significa lo mismo. Sin embargo, para algunos, la historia global implica un interés más profundo en los contactos y las interconexiones aunque, como hemos visto, esos énfasis deben ser incorporados a la historia universal. Para ciertos detractores, preocupados por la globalización y ansiosos por proteger la tradición nacional, «global» puede ser un término más incendiario que «universal». Por último, como comentaremos más adelante, existe un grupo interesante que emplea el término «nueva historia global» y no el de «historia universal»: la nueva historia global aduce que en tiempos modernos —con toda probabilidad en la segunda mitad del siglo XX— se produjo una transformación fundamental en la experiencia humana que debería constituir el epicentro de la investigación histórica. Estos últimos creen que la historia universal minimiza erróneamente el hito a favor de una cobertura más amplia e imparcial de acontecimientos y transiciones anteriores. Este planteamiento merece consideración como uno de los problemas que deben afrontarse en el contexto más amplio y convencional de la historia universal.

Los argumentos principales

La mayoría de los historiadores universales creen que su materia, aunque extrañamente reciente como una categoría educativa importante, es un componente vital de cualquier programa de historia de calidad y un cimiento esencial en los programas de educación internacional o global. El tema nace del

trabajo de numerosos eruditos destacados y practicantes de la docencia, pero también del cambio de los tiempos, reflejando nuevas diversidades e inéditas o mejoradas conexiones globales. Este campo abarca importantes debates, desafíos e incertidumbres, pero ha definido una manejabilidad fundamental que radica en el epicentro de investigaciones más detalladas. Lanzar la historia universal inevitablemente genera controversia, pero también un rápido y amplio interés desde diversos ámbitos. El principal propósito de la materia —utilizar un nuevo tipo de historia para estudiar los orígenes y la evolución de las relaciones y los problemas globales de la actualidad— en última instancia define la viabilidad del programa docente y su obvia atracción para personas que deseen conocer más acerca de las relaciones globales que rodean a cualquier nación a día de hoy.

Otras lecturas

Navigating World History, de Patrick Manning (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003), es la mejor introducción a la materia, con útiles referencias. *The Journal of World History* también es una excelente fuente para diversos trabajos recientes sobre historia universal a cargo de autores de varias regiones. *Teaching World History in the Twenty-First Century: A Resource Book*, publicado por Heidi Roupp (Armonk, NY: M.E. Sharpe, 2010), también contiene irresistibles ensayos recientes sobre la materia. The American Historical Association publica numerosas obras de calidad sobre el tema, entre ellas *Shapes of World History in Twentieth Century Scholarship*, de Jerry Bentley

(Washington, D.C., 1996), que incluye artículos sobre historia global y comparativa que resultan de utilidad.

Algunas fuentes fiables de Internet incluyen la American Historical Association (AHA), dedicada a la amplia disciplina de la historia (www.historians.org); y la World History Association (www.thewha.org), una importante y cultivada sociedad para el fomento de la enseñanza y la erudición en materia de historia universal. Véase también World History Matters, http://chnm.gmu.edu/world-history-matters/, albergada por la George Mason University; y World History Connected, http://worldhistoryconnected.press.illinois.edu/, afiliada a la World History Association.

2. UN ESQUELETO DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Este capítulo es una guía introductoria a la historia universal, un resumen de un contexto estándar, un libro de texto en unas pocas páginas. Se hace hincapié en tres cuestiones: en primer lugar, obviamente, puesto que la historia es una disciplina basada en el tiempo, ¿cuáles son las definiciones de los periodos cronológicos clave y cuáles son las características principales de cada uno de ellos? En segundo lugar, dentro de cada periodo (diferentes regiones se adentran en distintas posiciones en función del contexto temporal), ¿cuáles son los aspectos geográficos más destacados? Y en tercer lugar (algunos periodos presentan cambios en ciertos temas —proporcionando el foco de atención—, pero continuidades sustanciales en otros), ¿cuáles son los temas clave de cada periodo? Este capítulo introduce el criterio más analítico estudiado en capítulos posteriores, pero también puede utilizarse como un planteamiento de aspectos destacados sobre cualquiera de los grandes libros de texto que ampliarán con mayor detalle cada uno de los argumentos aquí expuestos. Es el bosque, con este propósito, como anticipo de los árboles.

Los primeros estadios: 2,5 millones aec a 10.000 aec

Todas las historias universales exhaustivas empiezan mucho antes de lo que los historiadores solían denominar el advenimiento de la crónica documentada, esto es, la llegada de la escritura. La historia antigua de la humanidad también se ve animada por toda suerte de descubrimientos recientes basados en hallazgos de fósiles en África y en la mejora de los métodos de pruebas cronológicas con carbono y también el análisis genético. Desde la aparición de especies humanoides hasta la cronología de la migración humana desde Asia hasta Norteamérica, los nuevos descubrimientos han hecho retroceder las que se consideraban unas fechas estándar y propiciado algunos debates fascinantes sobre el extenso periodo de la historia humana antigua y sobre la relación de la evolución del hombre respecto de otros primates.

Para la historia universal existen varios puntos fundamentales. En primer lugar, la especie humana vivió un complejo y largo desarrollo evolutivo desde su aparición hace dos millones y medio de años, o tal vez incluso más, en África oriental. No solo nacieron varias especies definidas, sino que en algunos casos emigraron a otras regiones. La llegada de la especie a la que pertenecen todas las personas contemporáneas, el *Homo sapiens sapiens*, fue un resultado tardío de este dilatado proceso. De forma paulatina, por medio de una adaptabilidad superior, particularmente para las condiciones cambiantes en la caza de animales, donde los breves arranques de velocidad se convirtieron en una prioridad, y a través de la guerra y del matrimonio endogámico, el *Homo sapiens sapiens* se convirtió en la única especie humana existente hace más de 120.000 años. Unos cambios genéticos cruciales, incluida la capacidad para el discurso y el lenguaje, acompañaron a este último (hasta la fecha) proceso evolutivo de relevancia.

Tecnología y migración

Los primeros humanos también propiciaron al menos dos logros básicos más. Primero, a medida que operaban dentro de una economía de caza y recolección, donde los hombres cazaban y las mujeres cosechaban frutos secos, semillas y bayas, adquirieron cada vez más destreza en el uso de herramientas. Los humanos no son la única especie que ha encontrado objetos en la naturaleza que puede emplear como herramientas y armas, pero a la postre, no solo desarrollaron la capacidad de hallarlos, sino también de fabricar herramientas, moldeando huesos, madera y piedra con fines más precisos, especialmente la caza y la pesca (hasta que al final construyeron las primeras embarcaciones). La llegada del Neolítico, el nuevo periodo de la Edad de Piedra, hace unos 11.000 años, culminó este proceso de mejora de las herramientas dentro de los confines de la tecnología de la época.

La segunda gran noticia fue la migración, que varias especies humanas habían logrado pero que el *Homo sapiens sapiens* emprendió hace unos 70.000 años. Los motivos para la migración eran simples: los grupos cazadores y recolectores, normalmente integrados por unos 70 u 80 miembros, necesitan mucho espacio, con un promedio de más de cinco kilómetros cuadrados por persona. Cualquier pequeño incremento de población obliga a algunos miembros del grupo a adentrarse en nuevo territorio o no habrá comida suficiente. Lo más importante fue la oleada de grupos desde África hasta Oriente Próximo a través del mar Rojo, desde donde algunos se dirigieron al norte y el oeste, adentrándose en Oriente Próximo, Asia central y Europa, y otra corriente llegó al este de Asia. Desde allí, algunos grupos acabaron internándose en las islas del sudeste y Australia, en un

momento en que la masa terrestre del sudeste de Asia se extendía mucho más al sur que en la actualidad. Y en 25.000 AEC o tal vez antes (existe un debate al respecto), otros grupos asiáticos atravesaron Siberia, siguiendo el que era un puente terrestre hasta la actual Alaska, y desde allí algunos avanzaron rápidamente hacia el sur y llegaron a otras zonas de América del Norte y del Sur. En 10.000 AEC, una pequeña población humana global —unos 10 millones de personas en total— habitaba prácticamente todas las regiones en las que vive la gente en la actualidad. Esta dispersión refleja la capacidad de adaptación de la especie humana. También generó una creciente diferenciación, aunque no en el nivel genético básico (lo cual significa que los distintos grupos de humanos todavía podían reproducirse entre sí), sino en los lenguajes y las prácticas culturales.

En suma, para los largos periodos de la Antigüedad de la historia humana, hay que buscar las principales fases del proceso evolutivo, pero en especial las características últimas del *Homo sapiens sapiens*; comprendan la naturaleza y las consecuencias sociales de la economía de la caza y la recolección; busquen las principales fases del uso de herramientas y particularmente las mejoras conseguidas durante el periodo Neolítico. Y, quizá por encima de todo, documenten la naturaleza, la cronología y las consecuencias de la migración humana.

Principales periodos de la historia universal: un bosquejo

Nacimiento de la agricultura

Los periodos antiguos de la historia humana se vieron transformados por la llegada de la agricultura, o lo que en ocasiones

se denomina la «Revolución Neolítica». Este es el primer cambio radical en el contexto básico de la historia humana, y los historiadores universales suelen prestarle mucha atención. Respondiendo a una mejora en el uso de las herramientas y probablemente a la reducción de los grandes animales disponibles para la caza, la gente (sin duda inspirada por las imaginativas mujeres, que habían sido las sembradoras de la especie) empezó a plantar cereales deliberadamente. También domesticó a una gama más amplia de animales (el perro había sido el primer logro de la domesticación y servía de ayuda para la caza), entre ellos vacas, caballos, ovejas y cerdos.

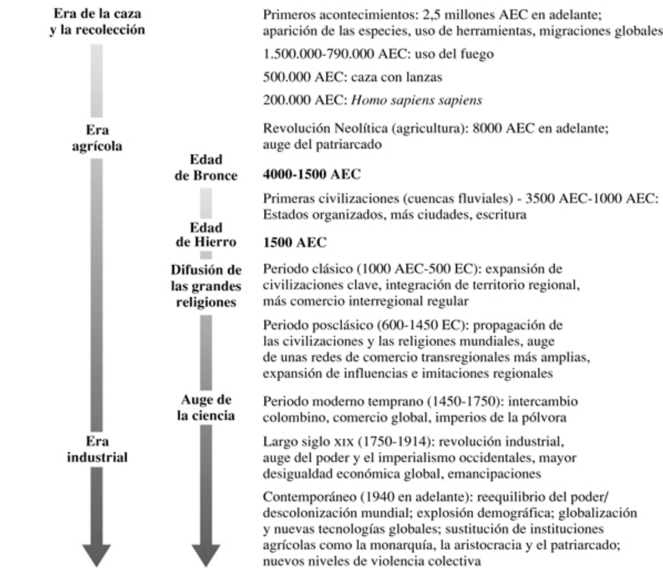


Figura 2.1

La llegada de la agricultura es históricamente complicada y tiene una importancia capital. Los aspectos complejos son, en primer lugar, que la agricultura no surgió ordenadamente en todas las regiones al mismo tiempo. Asimismo, algunas zonas ad-

optaron la agricultura de manera bastante reciente y recurrieron durante mucho tiempo a distintos sistemas económicos que, si bien eran menos importantes que la agricultura, también merecen atención. Por último, incluso cuando la agricultura estuvo establecida y empezó a propagarse, el proceso de diseminación fue sorprendentemente lento.

Fechas y diseminación

El primer ejemplo de agricultura surgió en la región del mar Negro, al norte de Oriente Próximo, hacia 9000-8000 AEC, y se basaba en el cultivo de cebada, avena y trigo. Desde allí, la agricultura se propagaría gradualmente a otras zonas de Oriente Próximo y llegaría hasta India, el norte de África (y posiblemente todo el continente) y Europa. Pero el invento se produjo por separado al menos en otros dos lugares: el sudeste de Asia, donde se basaba en el cultivo de arroz, hacia 7000 AEC; y Centroamérica, con el cultivo de maíz, hacia 5000 AEC, y se diseminó desde ambos centros. Puede que hubiese otros inventos, por ejemplo, en el África subsahariana. En algunos casos no sabemos con certeza si la llegada de la agricultura refleja una diseminación o un nuevo descubrimiento.

Aun cuando la agricultura estuvo asentada, se propagó paulatinamente. Por ejemplo, tardó miles de años en llegar a zonas cruciales de Europa. La lentitud de la difusión tuvo dos causas. La primera fue que los contactos entre pueblos se frenaron, sobre todo fuera de regiones individuales: las noticias sobre grandes desarrollos no viajaban con rapidez. Pero, en segundo lugar, había muchos motivos para no apreciar la agricultura. En comparación con la caza y la recolección, la agricultura exigía más

horas de trabajo (en especial por parte de los hombres); cuestionaba la destreza masculina en la caza; y causó otros problemas, como una nueva incidencia de enfermedades epidémicas una vez que los grupos humanos empezaron a asentarse y concentrarse en lugar de moverse. Fue, en resumen, un gran cambio, y muchos grupos se resistieron durante mucho tiempo, aun sabiendo que existía esa posibilidad. Es histórica y filosóficamente importante darse cuenta de que la agricultura no fue un beneficio puro, sino, como la mayoría de los cambios importantes en la historia humana, una interesante mezcla de ventajas y desventajas.

Por último, en parte debido al clima y a las condiciones del terreno, varias regiones no adoptaron la agricultura hasta tiempos mucho más recientes. Grandes áreas, entre ellas buena parte de Norteamérica, insistieron en la caza y la recolección, aunque a veces aderezadas con un poco de agricultura de temporada. Otros grandes grupos humanos se decantaron por una economía de pastoreo nómada en detrimento de la agricultura, y recurrían a animales domesticados (caballos, reses, camellos) en lugar del cultivo. Los grupos nómadas nunca desarrollaron los niveles de población de las regiones agrícolas prósperas. Pero su control sobre zonas cruciales y su capacidad para contactar con centros agrícolas a través del comercio, la migración y la invasión les otorgan una gran importancia en la historia universal hasta hace al menos 500 años. La región nómada más importante era Asia central, pero los miembros de las tribus nómadas de Oriente Próximo y algunas zonas del África subsahariana también merecen atención; las regiones pastoras más importantes se desarrollaron en, y alrededor de, una vasta zona árida que se extiende desde el desierto del Sáhara en el oeste hasta Asia central y el oeste de China en el este.

Por tanto, la Revolución Neolítica implica una cronología un tanto dispersa, una propagación sorprendentemente lenta y desigual y la aparición de alternativas importantes.

No obstante, fue un acontecimiento fundamental en la historia universal. Pese a sus inconvenientes, como una mayor vulnerabilidad a enfermedades contagiosas, propiciaba más suministros de comida que la caza y la recolección y, por ende, permitía expansiones en la población humana. La agricultura posibilitaba que las familias tuvieran más hijos, e incluso con unos índices de mortalidad infantil característicamente elevados, más niños llegaban a la vida adulta. Su servicio a la hora de acrecentar la especie humana era en última instancia irresistible para numerosas regiones. La población humana empezó a crecer, y se duplicó cada 1.600 años hasta alcanzar en todo el mundo los 120 millones en 1000 AEC.

Naturaleza de las sociedades agrícolas

A su vez, esto significa que hace varios miles de años, dependiendo de la región, cobró forma un nuevo sistema económico que se prolongaría hasta hace unos 300 años (y que todavía predomina en muchos lugares). Es vital darse cuenta de que buena parte de la cobertura de los libros de texto de historia universal versa sobre las sociedades agrícolas, normalmente con una sección bastante escueta dedicada a la experiencia de las especies humanas antes de la agricultura y una sección más prolongada centrada en los cambios industriales, o posagrícolas. Los historiadores universales pueden demostrar fácilmente que dentro del contexto de la agricultura se produjeron importantes cambios y variaciones. Algunas sociedades agrícolas, por

ejemplo, nunca generaron gran cantidad de ciudades importantes, mientras que otras produjeron una animada economía y cultura urbanas. Por tanto, tenemos todos los motivos para dedicar una gran atención a cómo cambiaron y se diversificaron las distintas regiones agrícolas. Pero, con todo, el hecho de que fuesen agrícolas merece atención.

Las sociedades agrícolas compartían varias características fundamentales, con independencia de dónde cosecharan y de lo mucho que cambiaran. La mayoría de las sociedades agrícolas desarrollaron con rapidez más asentamientos permanentes, normalmente en aldeas de campesinos. Esto permitía a las comunidades crear tierra, cavar pozos y a veces fabricar sistemas de riego, pero también desarrollar conexiones que solo una existencia sedentaria podía proporcionar. Todas las sociedades agrícolas centraban buena parte de su atención en el cultivo de alimentos; la mayoría generaban un poco de excedente, pero era limitado. Pocas sociedades agrícolas pudieron liberar a más de un 20 % de la población para otros menesteres, incluida la vida urbana, y muchas destinaban incluso a más personas a la tierra. El excedente limitado también ayuda a explicar por qué tantas sociedades agrícolas generaron una élite bien definida pero bastante reducida de riqueza y poder. Las sociedades agrícolas también subrayaban las marcadas disparidades entre hombres y mujeres, con unos sistemas patriarcales que conferían a los hombres un poder preeminente. Los historiadores han debatido a qué obedecía este fenómeno, que contrasta con las sociedades cazadoras y recolectoras, donde la importancia económica de las mujeres les garantizaba un papel y una voz más destacados. Puesto que las sociedades agrícolas incrementaron los índices de natalidad, las mujeres ocupaban más su tiempo en el embarazo y los cuidados infantiles tempranos. En la mayoría de los casos, aunque no en todos, los hombres se responsabilizaban sobre todo

de las grandes cosechas, ayudados por los niños y, en la temporada álgida, por sus mujeres. El trabajo cotidiano de las mujeres también era vital, pues cuidaban de los huertos y los animales de la casa, pero los hombres las superaban y, a consecuencia de ello, reivindicaban un poder desproporcionado. Asimismo, la agricultura redefinió la infancia, y veía a los niños sobre todo como una fuente de trabajo familiar. Esto explica por qué fue vital el aumento de la tasa de natalidad, pero también por qué las sociedades agrícolas hacían hincapié en la importancia de la obediencia y la disciplina como cualidades primordiales para los hijos.

Una última nota: todas las sociedades agrícolas generaron algún concepto de semana (si bien diferían enormemente en el número de días que tenía), la única unidad temporal importante que ha sido inventada totalmente por los humanos sin relación alguna con procesos naturales. Supuestamente, las semanas eran deseables para ofrecer un día ocioso en medio de un intenso trabajo, y para dar tiempo a algunas actividades comerciales. A menudo, un periodo de actividad espiritual era designado como parte del ciclo semanal, en lugar del tiempo de ocio *per se*.

Pese a contar con unos cimientos comunes, las sociedades agrícolas variaban sobremanera, incluso en la interpretación específica de características como el patriarcalismo. Pero los rasgos y limitaciones comunes deben incluirse en cualquier comparación, pues también había restricciones a las variaciones.

Civilización

Varios miles de años después de la llegada de la agricultura, algunas sociedades humanas empezaron a cambiar y, en muchos

sentidos, a complicar su estructura organizativa. El resultado —la estructura más compleja— es a lo que se refieren muchos historiadores universales cuando hablan del nacimiento de la civilización. En comparación con otros tipos de sociedades agrícolas, las civilizaciones contaban con un mayor excedente de producción que superaba lo necesario para la subsistencia. Merced a esto podían permitirse más especializaciones profesionales, desde personal gubernamental hasta artesanos cualificados. Asimismo, también presentaban más desigualdades que las no civilizaciones. Al margen de esto, las civilizaciones solían tener unas ciudades más elaboradas y una cultura urbana más definida que las no civilizaciones, donde, en caso de existir ciudades, normalmente eran pequeñas y diseminadas. Más ciudades también significaban una mayor necesidad de comercio para proporcionar alimento y los intercambios necesarios para la comida. Las civilizaciones contaban con gobiernos formales y al menos pequeñas burocracias en lugar del liderazgo más laxo presente en las sociedades más sencillas. Eran sociedades con Estados y no «apátridas». Por último, la mayoría de las civilizaciones tenían escritura, que ayudaba a las burocracias gubernamentales y al comercio mediante una documentación más apta y estándar y alentaba una mayor retención de conocimientos que la transmisión puramente oral.

Localizaciones

La primera civilización surgió en el valle del Tigris-Éufrates —la región a menudo conocida como Mesopotamia— hacia 3500 AEC. Esta vino precedida de algunas mejoras tecnológicas importantes en la economía agrícola, incluida la rueda, el uso del metal (bronce, una aleación de cobre y estaño) para herramientas y armas y, por supuesto, el invento del primer sistema caligráfico. El pueblo sumerio introdujo un sistema de escritura

cuneiforme y, más tarde, el primer gobierno organizado tras estos acontecimientos cruciales. Poco después surgieron civilizaciones en otros centros: en Egipto; en el valle del río Indo, en el actual Pakistán; y, un poco después, al norte de China, a lo largo del río Amarillo. Estas cuatro civilizaciones incipientes operaban en torno a complejos sistemas de irrigación a lo largo de grandes ríos. El riego exigía una organización especialmente elaborada y disposiciones legales para evitar que un grupo se quedara con toda el agua y privara a los demás; sin duda, esto alentó la necesidad de un gobierno más formal. La irrigación también ayudó a generar una agricultura particularmente productiva que ofrecía más recursos que podían utilizarse para sustentar las ciudades y generar ingresos para los gobiernos por medio de impuestos. Bastante después nació una quinta civilización antigua en Centroamérica con los olmecas, pero no estaba basada principalmente en sistemas de riego.

Es importante señalar que durante mucho tiempo, numerosos pueblos agrícolas no generaron civilizaciones. Funcionaban con éxito sin la maquinaria de una civilización, a menudo con algunas pequeñas ciudades como centros comerciales pero sin escritura o un gobierno formal. La civilización tendía a propagarse, en parte a través de las conquistas, pero en algunos lugares, como el oeste de África, siguieron funcionando economías agrícolas «sin Estado» hasta hace relativamente pocos siglos. La civilización, en otras palabras, no fue un producto rápido o inevitable del nacimiento de la agricultura.

Civilizaciones de las cuencas fluviales

En el norte de África y varias regiones de Asia, los cuatro primeros centros de la civilización funcionaron durante muchos siglos. Desarrollaron más estructuras legales formales. El primer código legal conocido, esto es, el código del rey Hamurabi, surgió en un régimen mesopotámico posterior. Los centros desarrollaron monumentos característicos, el más famoso de los cuales apareció en Egipto con las grandes pirámides. Produjeron arte y literatura, que parcialmente han sobrevivido hasta nuestros días. La primera obra literaria conocida, *Gilgamesh*, con toda probabilidad una crónica escrita de lo que había sido una historia oral, provino de Mesopotamia. Algunos de ellos generaron un mayor comercio y viajes. Desde Mesopotamia, por ejemplo, los comerciantes buscaban fuentes de estaño y materiales preciosos, como la piedra lapislázuli, que solo se hallaba en Afganistán.

Para la historia universal, el logro más importante de las civilizaciones de las cuencas fluviales fue generar unas infraestructuras sociales que no hubieran de ser reinventadas, entre ellas la escritura y las leyes formales. Las primeras civilizaciones introdujeron el dinero, que obviamente era vital para un comercio de mayor alcance. Varias de ellas inventaron otras mejoras tecnológicas, por ejemplo en la fabricación de alfarería. Algunas desarrollaron nuevos conocimientos en matemáticas y ciencia que giraban en torno a cuestiones de medición y cálculo de las estaciones del año. Por tanto: miremos a las primeras civilizaciones para determinar cuáles fueron sus logros duraderos, aquellos que pudieron sobrevivir a sus siglos de existencia. El desarrollo urbano, por ejemplo, fue una característica común: existían unas ocho ciudades en el mundo con más de 30.000 habitantes hacia 2250 AEC, pero dieciséis de esa envergadura en 1250 AEC.

Al mismo tiempo, cada una de las civilizaciones de las cuencas fluviales tenía un carácter propio, y juntas permiten establecer comparaciones. También es cierto que sabemos mucho más sobre algunos casos de cuencas fluviales que de otros. La historia del valle del Indo es especialmente compleja, ya que los eruditos todavía no han traducido el sistema caligráfico. Egipto y Mesopotamia son cotejados de forma habitual, pues tenían diferentes religiones y culturas, sistemas políticos y estructuras sociales distintos, e incluso (aunque ambos eran patriarcales) actitudes divergentes hacia las mujeres.

La comparación de las características internas conduce a otros dos temas del periodo de las civilizaciones antiguas: la durabilidad de sus rasgos y el alcance regional. Sabemos que las civilizaciones de las cuencas fluviales introdujeron disposiciones concretas de las que seguimos beneficiándonos, como la idea mesopotámica de medir en unidades de 60, que aún hoy utilizamos para los cálculos de la circunferencia o los minutos de una hora. ¿Aportaron también rasgos culturales más profundos que todavía condicionan a sociedades concretas? Ciertos estudiosos aducían, por ejemplo, que Mesopotamia y Egipto desarrollaron ideas sobre la separación de los humanos respecto de la naturaleza que más tarde modelarían grandes religiones como el cristianismo y el islam, y que también difieren de los planteamientos típicos del sur o el este de Asia sobre el mismo tema. El hecho es que no sabemos suficiente sobre comparaciones anteriores o conexiones posteriores para estar seguros.

Nos movemos en terreno más firme al señalar cómo generaron las primeras civilizaciones de las cuencas fluviales unas influencias que iban más allá de sus centros iniciales, lo cual ayudó a propagar sistemas de civilización concretos. Egipto, por ejemplo, ejerció una influencia comercial y cultural en otras zonas del

Mediterráneo oriental, entre ellas Grecia, e incluso más en la zona alta de la cuenca del Nilo, donde modeló importantes sociedades africanas como Kush y, más tarde, Etiopía. Igualmente, una serie de agresivos imperios mesopotámicos se hicieron con el control de regiones más extensas de Oriente Próximo, lo cual generó una serie de contactos activos. No es sorprendente, por tanto, que una historia mesopotámica sobre una gran inundación apareciera más tarde en la cultura judía y en la Biblia. La civilización del valle del Indo comerciaba intensamente. Todo esto sentó las bases para posteriores contactos y expansiones.

Fin del periodo de las primeras civilizaciones

El periodo de las primeras civilizaciones, o civilizaciones de las cuencas fluviales, llegó a su término hacia 1000 AEC, si bien no se produjeron acontecimientos dramáticos que marcaran el cambio. El periodo de los grandes imperios finalizó durante un tiempo en Oriente Próximo. Esto permitió que surgieran algunas sociedades importantes de menor envergadura, sobre todo al este del Mediterráneo. El pueblo marinero de los fenicios fue uno de ellos, y fundó ciudades en varios lugares del mar Mediterráneo. De una importancia todavía más duradera fueron los judíos, cuyos primeros documentos históricos definidos están datados hacia 1100 AEC. El pueblo judío empezó a fraguar la primera gran religión monoteísta del mundo, con una relevancia por derecho propio que constituiría asimismo la simiente de otras dos grandes confesiones posteriores en esa región del mundo. Las dinastías egipcias continuaron tiempo después de 1000 AEC, pero con menguante vitalidad. La civilización del río Indo desapareció por completo, y no sabemos exactamente por

qué, aunque con toda probabilidad obedeció al agotamiento medioambiental de la región. China, la última de las civilizaciones de las cuencas fluviales, demostró una mayor continuidad, y la dinastía Zhou, formada poco antes del año 1000, perduró durante varios siglos a pesar de su débil organización.

Lo que está claro, particularmente fuera de China, es que una nueva serie de civilizaciones, en parte situadas en el mismo lugar que ocuparon las primeras y sin duda aprovechando sus logros, estaban activas hacia 1000 AEC o poco después. Esas civilizaciones asumirían un mayor poder del que habían atesorado las sociedades de las cuencas fluviales. También se beneficiarían inmensamente del uso del hierro, en lugar del bronce, para las herramientas y las armas. La utilización del hierro, introducida en el sudoeste de Asia hacia 1500 AEC, generó un metal mucho más fuerte que el bronce, lo cual constituyó la base para una mayor productividad agrícola y una guerra más agresiva. Aquí tenemos un sustento tecnológico para la siguiente gran era de la historia universal.

El periodo clásico, de 1000 AEC hasta 600 EC

El interés más obvio de la historia universal durante los 1.500 años transcurridos desde 1000 AEC es la expansión y el desarrollo de grandes sociedades en China, India, Persia y el Mediterráneo. En todos esos casos, alguna combinación de conquistas gubernamentales (propiciadas por una mejor organización militar y las armas de hierro), nuevas migraciones de gente y la difusión de culturas clave condujo al establecimiento de zonas de civilización mucho más extensas que las logradas por las so-

ciedades de las cuencas fluviales. De este modo, China crecería para abarcar territorios más meridionales. La cultura y la organización social indias se propagaron desde una nueva base situada en los márgenes del río Ganges y llegaron de forma paulatina a otras regiones del subcontinente. Nació un nuevo Imperio Persa, que durante varios siglos controló Oriente Próximo y otros territorios. Por último, empezando por las ciudades-Estado expansionistas de Grecia y terminando en el gran Imperio Romano, se desarrolló una civilización mediterránea que a la postre incluiría el sur de Europa, considerables franjas de Oriente Próximo y el norte de África.

Esos territorios expandidos tuvieron que unirse e integrarse de diversas maneras. Los gobiernos empezaron a promover nuevos sistemas viarios, un aspecto vital para los desarrollos de China, Persia y Roma. El Imperio Persa creó incluso el primer servicio postal del mundo, además de posadas cuidadosamente espaciadas para viajeros. Todas las civilizaciones clásicas trabajaban para fomentar el comercio interno, aprovechando las áreas de especialización dentro de la sociedad. Así, China construyó unos canales de norte a sur para facilitar los intercambios entre las regiones productoras de arroz en el sur y las cosechas de cereales en el norte. Grecia y Roma promovieron el comercio activo en el Mediterráneo, intercambiando aceitunas y uvas provenientes del sur de Europa por cereales de lugares como el África septentrional. La integración cultural requirió esfuerzos para propagar sistemas de creencias e incluso lenguajes que ofrecieran una divisa más común dentro del territorio ampliado. Por ello, los chinos fomentaron el uso del mandarín para la clase alta en todo el país, mientras que el uso del griego en el Mediterráneo oriental se extendió mucho más allá de la propia Grecia. En India, el desarrollo de la religión hindú, pero también la propagación del budismo, ofrecieron intereses religiosos comunes

en gran parte del subcontinente. Los estilos artísticos griego y romano se extendieron por toda la región mediterránea, estableciendo monumentos que hoy en día todavía atraen a turistas desde Turquía hasta Túnez, pasando por Francia y España. Por último, todas las civilizaciones en fase de expansión crearon imperios en algún momento, uniendo todo o (en el caso de India) buena parte del territorio bajo un único gobierno. La creación del Imperio Chino, sobre todo bajo la dinastía Han, fue el acontecimiento imperial más importante por sus consecuencias a largo plazo, pero Persia, Roma y los dos periodos imperiales de India (dinastías Mauria y Gupta) también fueron hitos. Muchos imperios trataron de afianzar su dominio político trasladando a gente para fomentar una mayor lealtad e integración: los chinos movieron a las poblaciones de norte a sur para acrecentar la unidad, mientras que los gobiernos griego y romano enviaron colonias para vincular algunas de las regiones más distantes con la patria.

Por tanto, el periodo clásico está definido sobre todo por grandes civilizaciones regionales en expansión con nuevas formas de integración económica, cultural y política que generaron nuevos lazos dentro de las nuevas unidades regionales.

Características particulares

En el proceso, cada una de las nuevas civilizaciones también impuso un sentido de las tradiciones fundamentales, que en muchos casos sobreviviría al propio periodo clásico. Esas tradiciones eran sobre todo culturales, pero también incluían impulsos políticos e ideas sociales. De este modo, cada civilización desarrolló algunas características definitorias que ofrecían al

menos cierto grado de unidad dentro del territorio —aunque más claramente entre las clases altas que las bajas— y que podían diferenciar cada gran civilización de la otra. En este caso, «civilización» cobra un segundo significado: no solo es una forma de organización humana, sino una serie de identidades y características identificadoras.

Como cabría esperar, habida cuenta de este aspecto definitorio, cada serie de indicadores era en cierto modo característica. La tradición india estaba definida por un fuerte impulso religioso; en última instancia, el hinduismo era el portador más importante y los logros artísticos ilustraban las creencias religiosas. Pero también estaba definida por las creencias y las prácticas que rodeaban al sistema de castas. Los logros políticos eran importantes, pero no tan esenciales. China, por el contrario, ponía énfasis en la relevancia de un Estado fuerte y una clase alta burocrática, vinculados a la importancia de la filosofía confuciana y las creencias sociales. La tradición mediterránea clásica, amplificada de maneras distintas aunque relacionadas por Grecia y después Roma, hacía hincapié en la importancia de la política y (más habitualmente) del gobierno aristocrático, pero también en las tradiciones literarias y artísticas características que guardaban relación con una religión civil y politeísta. El Mediterráneo también estaba definido por su notable dependencia de la esclavitud, un sistema de trabajo que tenía mucha menos importancia en India y China.

El caso persa es algo más difícil de abordar. El poderoso Imperio Persa se vio equiparado en el ámbito cultural por el desarrollo de la particular religión zoroastrista. De todos modos, Persia sería conquistada por Alejandro Magno, proveniente de Grecia, y durante un tiempo se entrelazaron elementos persas y griegos. Más tarde, ya transcurrido el periodo clásico, la cultura

persa se vería transformada por la llegada del islam. Aun así, periódicamente revivieron una tradición persa (por ejemplo en el arte) y un Imperio Persa independiente. La nación contemporánea de Irán se construye sobre esta compleja tradición.

No obstante, el periodo clásico en general cobra importancia en la historia universal por el hecho de que cada civilización regional fundamental estableció varias características duraderas, entre ellas tradiciones culturales centrales, elementos relevantes de las cuales todavía podemos identificar hoy. Los logros clásicos siguen asombrando: los iraníes contemporáneos, por ejemplo, se remontan a Persia como parte de su sentido de la identidad, al igual que muchos occidentales o rusos siguen fascinados con Grecia y Roma. En algunos casos destacados, las tradiciones clásicas no solo siguen impresionando, sino también condicionando reacciones constantes. India lidia con los legados del sistema de castas, aunque fue prohibido en 1947. China sigue reflejando intereses particulares en la importancia de un Estado y un orden político sólidos. La tradición clásica no define en ningún caso a las civilizaciones contemporáneas, pues han cambiado demasiadas cosas, pero la influencia es real.

La importancia de la durabilidad de las tradiciones clásicas, pero también algunas diferencias fundamentales, indica la relevancia de la comparación a la hora de abordar el periodo clásico en su conjunto. Los imperios romano y Han, en China, constituyen una pareja comparativa particularmente obvia, pero otras oportunidades también son vitales, para las sociedades en general y para temas individuales como la religión o la ciencia. Las similitudes entre las experiencias clásicas deben ser retenidas tan bien como las distintas características e identidades.

Complejidades en el periodo clásico

La formación de regiones extensas y algunas tradiciones perdurables constituyen la estructura más lógica para el periodo clásico y la comparación, pero hay otras cuestiones a tener en cuenta:

— En primer lugar, los sistemas clásicos no nacieron plenamente formados; en todos los casos se desarrollaron con el tiempo. La China clásica, por ejemplo, no desarrolló un fuerte sentido de la tradición hasta transcurridos varios siglos.

— En segundo lugar, las tradiciones clásicas no deben ser simplificadas en exceso. Cada una de estas grandes y complejas civilizaciones abarcaban una serie de corrientes. La religión y el arte sacro indios son dignos de mención, obviamente, pero también lo es el auge de la ciencia y las matemáticas, y en aquel momento existían varias grandes religiones en India.

— En tercer lugar, un análisis de cada una de las civilizaciones clásicas no debe impedir identificar algunas dinámicas subyacentes. Por ejemplo, el uso del hierro, además de las innovaciones políticas y económicas en el periodo clásico, alentaron el crecimiento de la población. Entre 1000 AEC y 1 EC, la población mundial se duplicó hasta alcanzar los 250 millones de habitantes. Hasta cierto punto, este fue un desarrollo global, y reflejaba la expansión de la agricultura, pero se concentraba especialmente en las civilizaciones clásicas. En su apogeo, Roma y China

contaban con una población de unos 55 millones de habitantes.

— En cuarto lugar, la atención a los distintos patrones de las civilizaciones clásicas debe verse compensada por el conocimiento de sus interacciones y su impacto sobre algunas regiones circundantes. En este caso, los patrones variaban. Grecia y Persia, y más tarde Roma y Persia, mantenían muchos contactos, sobre todo a través de la guerra. Los intercambios entre India y China se intensificaron hacia el final del periodo clásico, y el resultado primordial fue la importación del budismo en China. Más importantes aún fueron las dos grandes rutas que unían las civilizaciones clásicas, y también atrajeron a otros participantes, por ejemplo Etiopía, en el noroeste de África. Una serie de conexiones terrestres, desde la China occidental hasta el Asia central e India, Persia y desde la red de carreteras persa hasta el Mediterráneo, han sido denominadas «Rutas de la Seda». El interés en la seda china se propagó entre las clases altas incluso en lugares tan remotos como Roma. Buena parte de este comercio se realizaba en breves etapas de varios cientos de kilómetros. A lo sumo, un grupo romano fue directamente a China, y el conocimiento mutuo entre los chinos y los romanos era limitado. No obstante, la ruta comercial creó la conciencia del atractivo de los productos llegados de lugares lejanos. Una segunda red recorría el océano Índico. En tiempos del imperio, los romanos enviaban expediciones a India de forma periódica desde los puertos del mar Rojo, y algunos grupos de romanos fundaron empresas de exportación en ciudades indias, con un interés especial en el pimiento.

Declive y caída

Entre 200 y 600 EC, los grandes imperios clásicos se desmoronaron. La dinastía Han de China fue la primera en desaparecer en 220 e inició un periodo de 350 años con frecuentes invasiones y pequeños Estados en liza. El Imperio Romano inició su declive a partir del año 180 y fue perdiendo territorio y sufriendo un gobierno cada vez menos eficaz. El gobierno imperial de Occidente se vino abajo por completo en el siglo V. A la sazón se había creado un gobierno romano en Constantinopla (la antigua Bizancio), y un imperio oriental o bizantino, centrado en la actual Turquía y el sudeste de Europa, persistió durante varios siglos. El Imperio Gupta de India cayó en el siglo VI, tras un periodo de declive.

El final del periodo clásico reflejó importantes invasiones de pueblos cazadores-recolectores o nómadas. Fueron de especial relevancia las incursiones de los hunos, originarios de Asia central. Diferentes grupos hunos atacaron China, algo más tarde Europa, y también a los guptas. Una devastadora serie de epidemias azotó al mundo clásico, en especial China y Roma, desbaratando la economía y la moral a partes iguales. Nuevos problemas políticos también pusieron en peligro el comercio, incluidas las Rutas de la Seda, lo cual generó nuevas limitaciones económicas tanto a individuos como a gobiernos.

La acumulación de cambios contribuyó al final del periodo clásico. En muchas regiones, la estabilidad política y económica se deterioró durante algún tiempo. La unidad política en el mundo mediterráneo desapareció por completo y no se ha recuperado desde entonces. El cambio en India fue menos drástico.

Si bien las grandes unidades políticas se tornaban menos comunes, a no ser que viniesen impuestas del exterior, la vida económica y cultural de India siguió los patrones habituales. El hinduismo y el sistema de castas se propagaron hacia el sur del subcontinente. En China se inició un largo periodo de perturbaciones a finales del siglo VI que llevó a una nueva dinastía y el renacimiento del gobierno/burocracia imperial y el confucianismo. Las diferentes repercusiones regionales del declive clásico fueron extremadamente importantes para modelar el siguiente periodo de la historia universal. También afectaron al uso continuado del legado clásico, que fue mucho más directo en China, India y Bizancio que en el grueso del Mediterráneo.

El periodo posclásico, 500 EC a 1450 EC

Este periodo es conocido por varios nombres y a veces está subdividido. Sin embargo, los historiadores universales suelen coincidir en varios temas importantes para esos siglos, unos temas frente a los cuales tuvieron que reaccionar la mayoría de las grandes sociedades. El inicio del periodo estuvo condicionado por la agitación en buena parte del mundo clásico. Varias regiones, entre ellas Europa occidental e India, no recuperaron el grado de organización política que habían desarrollado durante el periodo clásico.

En esta época, gran cantidad de nuevas regiones establecieron la maquinaria de la civilización, incluyendo más ciudades importantes y un gobierno formal. Japón, Rusia, el noroeste de Europa, más zonas del África subsahariana (África occidental y oriental, en la costa del océano Índico) y otras regiones de la

América central y andina fueron casos fundamentales que respaldan este argumento.

Durante ese periodo, varias regiones más nuevas, que mantenían contacto comercial con centros más afianzados, emprendieron un proceso de imitación deliberada, particularmente en materia tecnológica y cultural. Así, Japón copió explícitamente muchos rasgos de China, Rusia se fijaba en el Imperio Bizantino, Europa occidental se inspiraba en la civilización islámica y Bizancio, África interactuaba con el islam, etc. Las imitaciones a menudo implicaban la religión y la filosofía, formas artísticas y técnicas agrícolas.

Los dos temas generales más importantes del periodo posclásico fueron la propagación de grandes religiones misionales y la aceleración del comercio transregional entre sociedades en Asia, África y Europa. Ambos acontecimientos alteraron permanentemente el contexto de la historia universal y las experiencias de, literalmente, millones de personas de distintas regiones.

Religiones misionales

El budismo era una religión bien establecida en 500 EC. La cristiandad había comenzado cinco siglos antes y fue ganando terreno poco a poco dentro del Imperio Romano (alrededor de un 10 % de la población romana era cristiana en el siglo IV) y mucho más rápidamente cuando el gobierno romano empezó a prestar su respaldo. El islam, la religión mundial más reciente, nació hacia 600 EC, y al principio vivió la propagación más rápida de todas. Las tres religiones en fase de expansión reflejaban los problemas políticos y económicos del periodo

clásico tardío, que fomentó un mayor interés en objetivos místicos. También se vieron fuertemente apoyadas por vigorosas campañas misionales. Durante los siglos posclásicos, cientos de miles de personas se convirtieron, por lo común desde alguna forma de politeísmo, a una de las religiones mundiales, lo cual representó uno de los grandes cambios culturales de la historia humana.

Conexiones comerciales

El segundo gran cambio conllevó la intensificación del comercio transregional, respaldado por importantes mejoras en los barcos y los instrumentos de navegación. Los comerciantes árabes, además de persas y otros, establecieron una sólida ruta a través del océano Índico, uniendo Oriente Próximo con India, el sudeste de Asia y la costa del Pacífico en China. Varios grupos de comerciantes árabes se instalaron en los puertos de la China meridional. A su vez enlazaban con esta ruta una red arabo-africana en la costa este de África, una conexión transahariana por tierra del este al norte de África, y una ruta desde Escandinavia a través de la Rusia occidental y Constantinopla, con contactos con el comercio árabe. De manera un tanto más gradual, los vínculos desde Europa occidental hasta el Mediterráneo y, por tanto, con los mercaderes árabes, y el comercio habitual de Japón con Corea y China supusieron un último contacto importante. Más regiones, que intercambiaban un mayor número de artículos de una variedad más amplia, eran componentes importantes de esta red. A esto lo acompañaban otras interacciones: los árabes, por ejemplo, aprendieron el sistema de numeración hindú y lo difundieron, con el resultado de que los europeos denominaron

«árabes» a los números cuando empezaron a adoptarlos. El conocimiento del papel, un invento chino, se propagó de manera más extensa. Los mapas y las crónicas de viajes se expandieron y mejoraron.

Los avances tecnológicos incluían nuevos diseños de embarcaciones a cargo de los árabes y, hacia el final del periodo, otras mejoras llegadas desde China. La introducción de la brújula, inicialmente en dicho país, supuso una enorme ventaja para la navegación y se propagó con rapidez por todo el océano Índico, y desde allí hasta Europa.

Los contactos facilitaban los intercambios de tecnología y distintas cosechas (nuevas variedades de trigo, por ejemplo, llegaron desde África hasta Europa) que ayudaron a mejorar la agricultura. A su vez, esto empezó a acelerar los incrementos de población mundial tras los declives del periodo clásico tardío, y se llegó a casi 500 millones en 1350 EC. Al final del periodo, la rápida propagación de la peste bubónica en China, Oriente Próximo y Europa redujo los niveles demográficos durante un corto espacio de tiempo.

El periodo posclásico empezó a tocar a su fin cuando el poder y la efectividad política árabes iniciaron su declive entre los siglos XII y XIII. Surgieron nuevos rivales comerciales para los árabes, entre ellos los mercaderes europeos (en especial italianos) del Mediterráneo, pero también musulmanes de India y el sudeste de Asia en el océano Índico. El imperio árabe —el califato— empezó a perder territorios importantes, y a la postre fue derrocado a finales del siglo XIII.

Los mongoles

Durante un breve periodo, ascendió una nueva fuerza que ayudó a organizar el contexto transregional. Los conquistadores mongoles del centro de Asia irrumpieron en China, llegaron al este de Oriente Próximo y tomaron Rusia. Unos Estados entrelazados, o kanatos, ofrecían una nueva seguridad para los viajes entre Europa y Asia, y los mongoles eran tolerantes con los nuevos contactos. El comercio y los viajes por tierra fueron en aumento, al igual que los intercambios de Asia en dirección al oeste. Los europeos aprendieron, sobre todo de China, acerca de técnicas de impresión, pólvora explosiva, juegos de naipes y demás. El periodo mongol también reorganizó las relaciones, y atenuó durante un tiempo el papel regional de Rusia; Japón, que no había sido conquistado pese a dos intentos de invasión mongoles, se replanteó su relación con China, quien, tras sucumbir ante estos últimos, ahora se mostraba menos altanera. Las regiones africanas, que no participaban de forma directa en los intercambios con los mongoles, no adquirieron las tecnologías que sí consiguió Europa.

Los mongoles fueron expulsados de China a finales del siglo XIV, y el país lanzó durante un corto espacio de tiempo una numerosa serie de expediciones comerciales y tributarias por el océano Índico que llegaron hasta África. Un cambio político puso fin a dichas expediciones en 1439. A mediados del siglo XV, dado que el comercio chino empezó a tornarse menos audaz, las expediciones europeas por la costa africana comenzaron a denotar un papel comercial más enérgico del Viejo Continente. También por esa época se formó en Oriente Próximo el Imperio Otomano, encabezado por los turcos, que conquistaría el Imperio Bizantino después de 1453. A la sazón, Rusia empezó a crear una zona independiente alrededor de Moscú e hizo retroceder a los mongoles. Esta acumulación de cambios —culminada

por el descubrimiento europeo de las Américas en 1492— puso fin al periodo posclásico. El comercio transregional pronto se vería reemplazado por las transacciones globales con un nuevo grado de influencia europea. La difusión de las religiones mundiales no cesó, pero, excepto en las Américas, se convirtió en un tema menos relevante, ya que buena parte del mapa religioso de Asia y Europa estaba firmemente afianzado.

El periodo moderno temprano, 1450 ec a 1800 ec

Tres grandes cambios definen este periodo:

El cambio global

Las Américas empezaron a ser incluidas por primera vez en las interacciones globales, y a partir de mediados del siglo XVIII podemos decir lo mismo de Australia y algunos grupos insulares clave del Pacífico. La primera consecuencia de esas inclusiones fue un intercambio biológico (a menudo denominado «intercambio colombino») entre los territorios otrora aislados y el resto del mundo. Nuevas enfermedades llegaron a las Américas (y más tarde al Pacífico) desde Europa y África, entre ellas el sarampión y la viruela, que diezmaron la población. En las Américas, esto allanó el terreno para la importación de nuevas gentes desde Europa pero, todavía más, a través del comercio de esclavos desde África para abastecer la mano de obra necesaria. El intercambio colombino también llevó animales del Viejo Mundo al Nuevo, donde antes la gama de bestias domesticadas dispon-

ibles era sorprendentemente escasa. Asimismo, ese intercambio hizo que se utilizaran alimentos del Nuevo Mundo en otros lugares, entre ellos el maíz, la patata, las guindillas y otras cosechas. El impacto último de esos nuevos alimentos contribuyó a fomentar una nueva aceleración del crecimiento demográfico, y se pasó de unos 375 millones de personas en 1400 (después de las plagas) a casi 1.000 en 1800 (la población china por sí sola ascendió a 350 millones). Este cambio global se produjo pese a una rápida disminución demográfica en las Américas hasta que dio comienzo la recuperación a partir de 1700.

Comercio global

El segundo gran acontecimiento fue la formación de una economía verdaderamente global donde los mercaderes y las empresas comerciales europeas servían desproporcionadamente como transportistas. Otras sociedades continuaron utilizando las rutas del océano Índico, pero los europeos controlaban casi la mitad, sobre todo mediante el uso de la fuerza. También monopolizaban el intercambio transatlántico y transpacífico. Para los europeos fue crucial la capacidad de utilizar la plata extraída en las Américas para la compra de productos asiáticos, incluidos artículos manufacturados (la palabra «porcelana» se introdujo en las lenguas europeas en el siglo XVII), especias, té y café. También se aprovecharon enormemente del comercio de esclavos en el Atlántico, aunque dentro de la propia África era organizado en buena medida por mercaderes y gobernadores locales. Las relaciones económicas en gran parte de la economía global se volvieron marcadamente desiguales; los europeos obtenían abultados beneficios, mientras que zonas dependientes

como Latinoamérica recurrían a la exportación de productos baratos generados por mano de obra servil. Fuertes elementos de este patrón desigual persisten hoy en día.

Sin embargo, la economía global tenía otros actores, especialmente en Asia. Mientras que la economía atlántica estaba claramente dominada por Occidente, la mundial no, si bien fue ganando un creciente papel. La producción y exportación de sedas, cerámicas y otros productos chinos le procuraron la mayor cantidad de plata americana, e India (con sus telas de algodón estampadas y sus especias) figuraba en el segundo puesto. La economía de Oriente Próximo, aunque ya no ocupaba uno de los primeros lugares, seguía siendo importante. Nuevos niveles de actividad comercial y productora definieron a la Asia moderna temprana en ciertos aspectos destacados.

También se ha argumentado —aunque es difícil demostrarlo— que la mano de obra cambió en esta economía global. Merced a los nuevos niveles de esclavitud atlántica, amén de más presión para la producción comercial en Europa, las Américas y Asia y las cargas motivadas por el crecimiento demográfico, es posible que la intensidad del trabajo se incrementara en los primeros siglos de la era moderna, con un uso más frecuente de niños y una mayor necesidad de seguir trabajando en edades más avanzadas.

Imperios

El tercer gran acontecimiento global conllevó la formación de varios imperios. Esto reflejaba una creciente capacidad política en numerosas regiones, así como la importancia de las nuevas tecnologías militares —en especial el cañón— y una inédita

atención a la formación y la organización castrenses. Los imperios «de la pólvora» se fraguaron, por supuesto, bajo el patrocinio europeo; Portugal y España, seguidos de Gran Bretaña, Francia y Holanda crearon gigantescos imperios de ultramar en las Américas y en puertos y archipiélagos de diversas zonas de África y Asia. Pero también nacieron nuevos imperios en tierra firme. Rusia no se contentó con devolver a los mongoles a Asia central, sino que emprendió una expansión en esa zona, Europa y el este de Asia y se convirtió en un actor importante en los asuntos europeos. En el proceso, la relevancia de los nómadas de Asia central, que supuso un factor crucial en la historia universal a través de los mongoles, se vio erosionada. El Imperio Otomano del oeste de Oriente Próximo encontró rival en el Imperio Safávida persa, situado más al este. En India, el nuevo Imperio Mogol (al igual que los otomanos y los safávidas, gobernado por musulmanes) se adueñó de notables territorios en el subcontinente. Esos nuevos imperios ocasionaron cambios significativos en las regiones involucradas, y algunos de ellos tuvieron un impacto duradero en el siglo XX y, en el caso de Rusia, más recientemente. Junto con el renacido imperio chino y las posesiones europeas, gran parte de Asia y las Américas se vieron sometidas al influjo imperial.

El intercambio biológico, con importantes consecuencias para la población y la migración, la nueva economía mundial, con sus complejas relaciones, y la nueva era del imperio y los nuevos niveles de actividad militar fueron los temas clave del periodo moderno temprano. Estos ponen el acento en el vigor cada vez más intenso de la Europa occidental, pero también en Rusia, los imperios asiáticos y las nuevas interacciones entre los europeos, los nativos americanos y los esclavos africanos importados que gradualmente forjarían una nueva sociedad en Latinoamérica.

Ciencia

Un último gran acontecimiento empezó a cobrar forma en el periodo moderno temprano, pero su importancia global no resultó aparente de forma inmediata. En general, los intercambios culturales globales fueron limitados en esos siglos, como si las sociedades reaccionaran a los nuevos contactos comerciales e imperios con un deseo implícito de mantener separadas sus identidades. De hecho, Japón adoptó deliberadamente una política de notable aislamiento, en parte por temor a una excesiva influencia cristiana de Europa.

No obstante, en Europa occidental, sobre todo del siglo XVII en adelante, se produjo una auténtica revolución científica que, con el tiempo, tendría enormes consecuencias para las culturas y las tecnologías universales. Los científicos, alentados por grandes descubrimientos sobre el movimiento planetario, la gravedad y la circulación sanguínea, empezaron a demostrar que eran posibles importantes avances en el conocimiento, más allá de lo que pudiera ofrecer el aprendizaje tradicional, por medio de la aplicación de métodos científicos. Sus logros empezaron a situar la ciencia, en detrimento de la religión o la filosofía, al frente de la vida intelectual, lo cual tuvo consecuencias para el cambio tecnológico, la educación e incluso el estudio de la sociedad humana (ciencias sociales clave, como la economía, empezaron a surgir a consecuencia de ello en el siglo XVIII). Esta agitación, con repercusiones pero también amargos debates que todavía tienen eco hoy, al principio fue una empresa mayoritariamente europea. No obstante, en el siglo XVIII la ciencia occidental empezó a interesar a gente en lugares como las colonias norteamer-

icanas de Gran Bretaña y Rusia, y en el siglo XIX los científicos americanos y rusos participarían plenamente en el esfuerzo científico general. Los líderes japoneses, informados por sus contactos con los holandeses sobre los avances europeos, empezaron a permitir traducciones de obras científicas y médicas europeas, y se desarrolló cierto interés en el Imperio Otomano. Hacia 1800, esta no era todavía una corriente claramente global, pero lo sería, cosa que contribuyó en las zonas en las que el periodo moderno temprano fue un caldo de cultivo a importantes y duraderos cambios en la historia universal.

El largo siglo XIX

La mayoría de las historias universales esbozan un periodo de tiempo relativamente breve, que empieza (sin un acontecimiento en particular) a finales del siglo XVIII y termina con la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Denominarlo el «largo siglo XIX» al menos ofrece una etiqueta adecuada.

El acontecimiento crucial en esas décadas, y lo que las distingue del periodo moderno temprano, fue la llegada de la revolución industrial, inicialmente en Europa occidental y los nuevos Estados Unidos. A su vez, el epicentro de la revolución industrial fue la aplicación de los combustibles fósiles —al principio mediante el despliegue de un motor de vapor utilizable a partir de la década de 1770— a la fabricación y otras actividades. El uso de nuevas fuentes energéticas, amén de mejores equipamientos para la fabricación y un uso cada vez mayor de la organización de las fábricas para el trabajo, permitió un enorme incremento de la producción. La revolución industrial transformó la economía y la sociedad humanas tanto

como la aparición de la agricultura, aunque sus consecuencias tardaron cierto tiempo en materializarse y, de hecho, siguen en proceso en la actualidad.

La aplicación de nueva tecnología en agricultura, además de otros cambios, estimuló la producción de alimentos. A la sazón, más gente podía llevar una vida urbana. Gran Bretaña se convirtió en la primera sociedad semiurbana del mundo en 1850 (el planeta en su conjunto no fue semiurbano hasta 2006). Los niveles de población totales aumentaron rápidamente, y durante el siglo XIX se duplicaron hasta alcanzar los 1.750 millones de personas. La mejora en las medidas de sanidad pública, basadas en parte en un nuevo conocimiento acerca del contagio de enfermedades y su propagación, sobre todo en la segunda mitad del siglo, también contribuyó al incremento de los niveles demográficos.

La aplicación de nueva tecnología al transporte y la comunicación dio lugar al telégrafo, el ferrocarril y el barco de vapor durante la primera mitad del siglo XIX, lo cual redujo enormemente el tiempo necesario para comunicarse y realizar transportes por todo el mundo. Esto facilitó nuevos niveles de migración, de modo que millones de personas abandonaron Europa, pero también Asia, rumbo a las Américas y Australia sobre todo. El comercio internacional se disparó, y la construcción de grandes canales (Suez y más tarde Panamá) alentó todavía más este incremento. Esta fue la base tecnológica para la primera fase de la globalización.

Sin embargo, el largo siglo XIX fue tan solo una fase inicial de la revolución industrial como fenómeno global. Tuvo consecuencias prácticamente en todas partes, pero el periodo estuvo marcado por el hecho de que la industrialización fue un monopolio de Europa occidental y Estados Unidos hasta finales

del siglo XIX, cuando Japón y Rusia empezaron a unirse al desfile.

Desigualdades de poder

A su vez, ese monopolio virtual tuvo varias consecuencias clave. La primera fue militar. Utilizando nuevas tecnologías y la producción industrial de armas —rifles, cañones ligeros y más tarde la ametralladora—, las fuerzas occidentales se pertrecharon mejor que sus competidores del resto del mundo, y tropas reducidas demostraron ser capaces de derrotar a miles de oponentes aprestados con armas más tradicionales. El largo siglo XIX estuvo salpicado de demostraciones de la superioridad militar global de Occidente. Egipto fue conquistado en 1798 durante un breve periodo; China fue derrotada en la primera Guerra del Opio de 1839 y obligada a abrir sus mercados; y una flota estadounidense amenazó Japón en 1853 e inició un proceso de cambio rápido y apertura internacional allí. Ninguna sociedad podía mantenerse alejada de una órbita mundial dominada por Occidente.

En segundo lugar, después de los avances militares, se produjo un estallido de imperialismo occidental. Sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, las potencias europeas conquistaron casi toda África y obtuvieron asimismo nuevas colonias en el sudeste de Asia y el Pacífico.

Por último, el dominio industrial de Occidente causó enormes desigualdades regionales. La producción de las plantas occidentales socavó la fabricación tradicional en muchos lugares, que entonces recurrió a la importación de artículos tales como los textiles. Al mismo tiempo, la demanda occidental de produc-

tos y materias primas propició una mayor producción de artículos que se servía de una mano de obra barata. La dependencia en Latinoamérica de las exportaciones baratas de minerales, azúcar, café y productos similares fue en aumento. África fue convirtiéndose cada vez más a esa clase de producción de bajo coste.

Ideas revolucionarias

La industrialización y el nuevo poder occidental modelaron el largo siglo XIX, pero hubo otros temas y complejidades. A finales del siglo XVIII, Occidente generó una serie de revoluciones políticas y, en ocasiones, sociales. Esas revoluciones, encabezadas por el levantamiento americano de la década de 1770 y la gran Revolución Francesa de 1789, cuestionaron el mandato de los reyes y el poder de los aristócratas, y plantearon nuevas ideas sobre la libertad personal, el gobierno constitucional y parlamentario y el nacionalismo. También intervino cierto movimiento hacia las estructuras democráticas. La era revolucionaria continuó a través de levantamientos en varios países europeos en 1848. Esta incluyó una importante serie de guerras por la independencia nacional en Latinoamérica, sobre todo entre 1810 y 1820, que derrocaron el dominio español en buena parte de la región y crearon una serie de repúblicas independientes (las nuevas naciones latinoamericanas a menudo sufrían inestabilidad política debido al malestar interno, la falta de un liderazgo experimentado y los problemas económicos, el primer ejemplo de los problemas de «las nuevas naciones» que afloraría de forma más generalizada en el siglo XX).

Los fuegos de la revolución todavía no eran globales. Para gran parte del mundo, los nuevos controles imperiales y la ex-

plotación económica eran mucho más directos que cualquier discurso sobre libertad, democracia y nacionalidad. No obstante, las nuevas ideas se difundieron. El nacionalismo alentó movimientos de independencia contra el Imperio Otomano, en especial en los Balcanes. Los nacionalistas indios empezaron a organizarse para hacer escuchar su voz en la década de 1880, y más tarde se fijarían el objetivo de la independencia nacional. Un nuevo nacionalismo turco de tintes reformistas se desarrolló dentro del Imperio Otomano, que se hallaba en proceso de desaparición. Japón y otros países copiaron la idea de la Constitución y el Parlamento, aunque con unos poderes cuidadosamente restringidos bajo el control de ministros nombrados por el emperador.

Las ideas revolucionarias también encontraron otros objetivos. Los esfuerzos por fomentar nuevos derechos para las mujeres ganaron terreno y dieron pie a movimientos feministas formales, sobre todo en Occidente, pero con cierto alcance global, a finales del siglo XIX.

Emancipaciones

Asimismo, afloraron nuevos sentimientos contra la esclavitud y el comercio de trabajadores forzados, además de las formas más crudas de servidumbre. Las revoluciones europeas abolieron por completo el vasallaje hacia 1849. Los movimientos abolicionistas, centrados en Occidente, actuaron contra el comercio de esclavos incluso antes. Gran Bretaña puso fin a gran parte del comercio atlántico en 1808. Varios estados de EE.UU. y nuevas naciones latinoamericanas abolieron la esclavitud a comienzos del siglo XIX, y el movimiento se propagó, alentado por los nuevos ideales humanitarios y por la creencia de que las

condiciones modernas exigían una mano de obra más eficiente y móvil de la que podía ofrecer la esclavitud. Rusia erradicó el vasallaje en 1861, y Estados Unidos proclamó la emancipación de los esclavos en 1863. Brasil y Cuba pusieron fin a la esclavitud algo después, mientras que los imperialistas europeos abolieron la práctica, al menos de la esclavitud literal, en África. Esos cambios se vieron facilitados por el enorme crecimiento demográfico, que permitió a los esclavos ser reemplazados por una mano de obra relativamente barata generada por los nuevos niveles de inmigración.

Primera Guerra Mundial

El largo siglo XIX finalizó con la Primera Guerra Mundial. Esta fue el conflicto más sangriento jamás librado hasta el momento, y en él murieron varios millones de personas y otros tantos resultaron heridos. Fue la inauguración del que resultaría un muy violento siglo XX. La guerra generó un control gubernamental sin precedentes sobre la economía, la población activa y la propaganda en países clave, lo cual sentó las bases de nuevas formas de gobierno, como el comunismo, el fascismo y más tarde el nazismo. Asimismo, desencadenó una revolución que hizo temblar los cimientos del Imperio Ruso, y condujo directamente al desmoronamiento del Imperio Otomano y a la creación de toda una serie de nuevas naciones pequeñas en el centro y el este de Europa. Mientras que la actividad militar se concentraba en varias partes de Europa, otras batallas, libradas no solo en Oriente Próximo, sino también en el Pacífico, ocasionaron cambios, incluidas las esperanzas japonesas de crear otro imperio. De forma bastante generalizada, la guerra alentó el

nacionalismo global: los objetivos nacionalistas eran prioritarios en la propia guerra y fueron proclamados (aunque no plenamente satisfechos) como base para la paz, y la participación de tropas coloniales de India y África en el conflicto difundieron ideas de esa índole de una forma más generalizada en esas regiones. Sobre todo, la guerra debilitó profundamente a las potencias europeas, y aunque los resultados no resultaron obvios de forma inmediata, fue el comienzo del fin del dominio militar y político que Europa occidental había ejercido durante el largo siglo XIX. Un periodo globalmente desequilibrado estaba tocando a su fin.

La era contemporánea en la historia universal

Existen dos dificultades inherentes a la hora de definir el periodo contemporáneo de la historia universal. La primera es que todavía estamos en él, lo cual significa que no sabemos cómo termina la historia respecto de numerosos temas cruciales. Sabemos cuáles son los temas —por ejemplo, un esfuerzo literalmente global por encontrar alternativas políticas a la monarquía y el imperio—, pero no cómo se resolverán. Esto supone un contraste inmanente en relación con todos los periodos anteriores.

En segundo lugar, los últimos cien años han presenciado toda suerte de acontecimientos y un gran caos. Ha habido décadas dominadas por guerras mundiales y depresión, más tarde décadas en parte condicionadas por la Guerra Fría y luego el final de ese conflicto. Algunos historiadores universales reducen este problema dividiendo el tiempo en periodos más breves en lugar de una fase general que todavía está en marcha. No obstante, esta solución puede empantanarnos en excesivos detalles.

La cuestión es: ¿cuál es la panorámica general en cuanto a los temas que abarcan las direcciones más importantes de la historia universal durante el último siglo, sin saber con certeza cuándo terminará este periodo?

Desafíos a Occidente

En primer lugar —y aquí es donde interviene la Primera Guerra Mundial como artífice del nuevo periodo—, las relaciones de poder han sido reequilibradas contra el dominio occidental anterior. Los desafíos nacionalistas al control occidental y el auge de la descolonización tras la Segunda Guerra Mundial redujeron uno de los dominios clásicos de Occidente en muchas regiones del mundo. Esfuerzos como la mejora de la guerra de guerrillas y el auge de los arsenales en las naciones recientemente independizadas no acabaron con la ventaja militar de Occidente, incluido Estados Unidos, pero fueron limitándola progresivamente después de la Segunda Guerra Mundial. El auge económico de Japón, hasta situarse como segunda nación del mundo, y más tarde el de las economías de China, India, Brasil y otros lugares hacia finales del siglo XX dejaron claro que el dominio económico de Occidente también estaba siendo sometido a escrutinio. Existían numerosos caminos hacia un mayor porcentaje de la riqueza en la economía global, entre ellos el control sobre los vitales recursos petrolíferos, pero la expansión de la industria o servicios relacionados fue la ruta más importante: la industrialización empezó a propagarse de manera más extensa. Occidente sigue siendo un factor extremadamente importante en los asuntos mundiales, con una gran influencia política, económica y en especial cultural, pero su lugar relativo ha descendido. En 2008,

en respuesta a una gran crisis económica, Estados Unidos reunió a las potencias clave para debatir la respuesta, pero en lugar de convocar a las principales naciones occidentales, además de Japón y Rusia (el «grupo de los ocho» que se había reunido a menudo para supervisar cuestiones económicas internacionales), estaba claro que ahora debía ser un «grupo de los veinte» para representar más adecuadamente a Asia, Latinoamérica y otras regiones. La alineación de las potencias había cambiado, y el proceso se ha prolongado hasta el siglo XXI.

Explosión demográfica

El segundo tema debe ser la expansión sin precedentes de la población humana, que se triplicó en el espacio de 100 años hasta alcanzar un total de más de 6.000 millones de habitantes en todo el mundo, con variaciones regionales. A principios del siglo XX, la sociedad occidental había experimentado lo que se denomina *transición demográfica*, con bajos índices de natalidad y mortalidad infantil y un aumento de la longevidad. Otras sociedades entraron en esta transición más tarde; Japón, por ejemplo, lo hizo en los años cincuenta, y regiones clave de Latinoamérica en los setenta. Pero numerosas regiones mantuvieron unos índices de natalidad más elevados, lo cual provocó un enorme crecimiento de la población y altos porcentajes de gente joven en India, Oriente Próximo, África y Latinoamérica. En general, el crecimiento demográfico global también propició grandes oleadas de migración de las naciones más pobres a las más ricas, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial. La migración desde África, Latinoamérica, partes de Oriente Próximo, el sur de Asia y Filipinas fue particularmente asombrosa,

con destinos en las regiones industrializadas y la aparición de una cantidad inusual de mezclas y en ocasiones tensiones culturales. El enorme crecimiento demográfico también sometió a presión a los recursos medioambientales, contribuyendo a nuevos problemas globales en este ámbito.

Tecnología global

El periodo contemporáneo de la historia universal también esta definido —tercer tema— por una recurrente serie de innovaciones básicas en la comunicación y el transporte globales y, después de la Segunda Guerra Mundial, la intensificación de la globalización en su conjunto. La aparición de la radio internacional y el viaje aéreo en los años veinte y treinta, seguidos de los aviones comerciales tras la Segunda Guerra Mundial (y la identificación del *jet lag* en 1963), además de la comunicación por satélite para los teléfonos y la televisión y, hacia 1990, la introducción del Internet civil aportaron una velocidad y un volumen sin precedentes a la hora de transportar personas, productos e información por todo el mundo. Tras la Segunda Guerra Mundial, esto se vio equiparado en el ámbito político por nuevas instituciones como el Fondo Monetario Internacional y lo que en última instancia se convertiría en el Banco Mundial, destinados a facilitar el comercio y a minimizar las crisis económicas mundiales. Instituciones internacionales como la Organización Mundial de la Salud ofrecieron nuevos contactos políticos globales, amén de nuevas organizaciones no gubernamentales como Amnistía Internacional, dedicadas a campañas pro derechos humanos y otras cuestiones. A ello se sumaron decisiones en política nacional: en 1978, China estableció lazos nunca antes vistos

con el resto del mundo en materia de comercio, pero también de educación y cultura, y la reorientación política rusa de 1985 iba en la misma dirección. Con el tiempo, en otras palabras, las instituciones y los impactos de la globalización, desde una clara base tecnológica, han tenido una creciente influencia en casi todas las regiones del mundo, aunque el resultado incluyera una nueva resistencia o incluso una protesta directa.

Levantamiento social y político

La última serie (cuarta) de nuevos temas era más amorfa, pero convincente por derecho propio: durante el último siglo, la mayoría de las sociedades del mundo procedieron a suplantar algunos de los sistemas más característicos del pasado agrícola. Este no fue un movimiento organizado globalmente, y conllevó enormes revoluciones en algunas sociedades, encabezadas por Rusia y China. Dicho movimiento abarcaba también aspectos clave de los movimientos de liberación nacional. Las estructuras políticas y sociales cambiaron manifiestamente. Las monarquías o los regímenes que existían en 1914 fueron sustituidos en su mayoría por nuevas clases de autoritarismo o democracia en el siglo XXI. El estrato dominante de los terratenientes se vio suplantado cada vez más por una nueva clase media-alta (que incluye a burócratas del gobierno y los partidos en algunas sociedades, pero que sobre todo gira en torno a las grandes empresas). Grandes revoluciones atacaron directamente a la aristocracia, y los cambios económicos que redujeron la importancia de la agricultura hicieron el resto. El enorme cambio social se extendió incluso a las relaciones entre sexos, al menos hasta cierto punto. Más oportunidades educativas y políticas para las

mujeres, que afloraron casi en todas partes, cuestionaron y probablemente desplazaron el patriarcado tradicional. Todo esto variaba según las regiones, por supuesto. Pervivieron algunas monarquías viables en algunos países de Oriente Próximo y el norte de África. Los derechos de las mujeres fueron impugnados con mayor vehemencia en algunos lugares que en otros. Las localizaciones urbanas cambiaron con más rapidez que las rurales, pero las primeras se convertían cada vez más en la norma. Por otro lado, los sistemas culturales cambiaron de manera menos sistemática: el auge de la ciencia, los valores de consumo e ideologías políticas como el nacionalismo y el comunismo cuestionaron ideas anteriores, pero la religión no solo persistió, sino que desarrolló un nuevo vigor en muchas regiones a partir de los años setenta. En general, el patrón de cambio fue firme pero complejo.

Los temas básicos de la era contemporánea —cambios en las relaciones de poder globales, explosión demográfica y desafío medioambiental, la propia globalización y un patrón de transformación política y social básica— ofrecieron un contexto para una serie de reacciones y acontecimientos regionales específicos.

Conclusión

La periodización es vital para la historia universal, y ayuda a identificar grandes cambios a los que numerosas sociedades hubieron de responder. Probablemente, las mayores transformaciones guardan relación con las revoluciones agrícola e industrial, pero la difusión de las religiones mundiales, con sus consecuencias no solo para la vida cultural, sino también política y económica, merece atención como un indicativo relevante, al igual que los cambios en los patrones de contacto, como la inclusión de las Américas.

Otras lecturas

Una buena visión general es *World History: A Compact History of Humankind for Teachers and Students: the Big Eras*, de Edmund Burke III, David Christian y Ross Dunn (Los Ángeles: National Center for History in the Schools, 2009). Véanse también *Guns, Germs and Steel: the Fates of Human Societies*, de Jared Diamond (Nueva York: W.W. Norton & Company, 1999); y *First Civilizations: Ancient Mesopotamia and Ancient Egypt*, de Robert Chadwick (Londres: Equinox Publishing, 2005).

Para periodos específicos de la historia, véanse *Premodern Trade in World History*, de Richard L. Smith (Nueva York: Routledge, 2009); *Rome and China: Comparative Perspectives on Ancient World Empire*, editado por Walter Scheidel (Nueva York: Oxford University Press, 2009); *The Rise of Early Modern Science: Islam, China and the West*, de Toby E. Huff (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 2003); *The Fragile Empire: A History of Imperial Russia*, de Alexander Chubarov (Nueva York: Continuum, 2001); y *Zheng He: China and the Oceans in the Early Mind Dynasty, 1405-1433*, de Edward L. Dreyer (Nueva York: Longman, 2006). Véase también *The Industrial Revolution in World History*, 3/e, de Peter N. Stearns (Boulder, CO: Westview Press, 2007). Para el periodo contemporáneo, varios textos ofrecen buenas panorámicas generales sobre temas actuales concretos, entre ellos *Turbulent Passage: A Global History of the Twentieth Century*, 3/e, de Michael Adas, Peter N. Stearns y Stuart Schwartz (Nueva York: Longman, 2005).

3. HÁBITOS MENTALES EN LA HISTORIA UNIVERSAL

A estas alturas debería estar claro que los historiadores universales muestran un firme compromiso a la hora de cerciorarse de que mucha gente conozca algunos hechos vitales sobre el pasado global. Una ciudadanía cultivada debería saber algo acerca del nacimiento y el impacto de las religiones fundamentales y debería comprender las consecuencias del paso a una economía agrícola y luego industrial. Debería entender las grandes fases de los patrones de contacto entre diferentes regiones y, en tiempos más modernos, el desarrollo de instituciones y patrones plenamente globales. Y la lista podría prolongarse de forma considerable. Ser una persona cultivada en el mundo actual y disponer de la información necesaria para actuar con efectividad en ese mundo requiere cierto conocimiento específico.

No obstante, la historia universal es algo más que listas de datos. De hecho, ni siquiera esos datos servirán de gran ayuda si no pueden ser reorganizados, combinados y utilizados en un análisis activo. Por tanto, los historiadores universales, además de otros historiadores y educadores, han estado trabajando cada vez con más interés en la clase de hábitos mentales que deben desarrollarse dentro de un programa de historia universal y a consecuencia de él. Los estudiantes deben ser conscientes de la identificación e ilustración de esas habilidades y hábitos para aprovechar al máximo un programa de historia universal de cualquier nivel.

Inevitablemente, distintas recopilaciones generan diferentes listas de aptitudes, pero en realidad no existen grandes disputas, y algunas de las variaciones son una mera cuestión de etiquetaje. En general, es mejor concebir los hábitos mentales de la historia universal en tres categorías: primero, y rápidamente, algunos objetivos básicos en los que participen los estudiantes de historia universal, a poder ser, con alumnos de otros cursos de muchas disciplinas. Segundo, algunas aptitudes de reflexión que complementen el análisis histórico en general. Un eminente educador afirmaba que pensar históricamente es un «acto no natural», pero, sea cierto o no, numerosos estudiantes no llegan a un programa con unas capacidades innatas para pensar como historiadores, y también es verdad (aunque menos obvio) que sus habilidades analíticas en general mejorarán si aprenden a pensar de ese modo. Y, por último, hay dos o tres hábitos mentales adscritos a la historia universal, y merecen una atención independiente y explícita.

Conjunto de aptitudes básicas

Los estudiantes de programas de historia universal tienen la oportunidad de ampliar ciertas aptitudes básicas, pero también es vital, siempre que sea posible, no centrarse demasiado en lo elemental en detrimento del tiempo que debemos dedicar a componentes analíticos más avanzados. Los buenos programas de historia universal incluyen presentaciones escritas, y lo idóneo es que también orales. Los estudiantes pueden esperar unos requisitos que van desde una gramática y un léxico apropiados hasta una organización lógica e, idealmente, cierto grado de destreza estilística. El desafío fundamental es que los estudiantes se acos-

tumbren a utilizar hechos y datos de la historia universal para formular argumentos. A menudo se da cierta tensión en este sentido. Dado que los programas de historia universal incluyen cierta cantidad de cobertura fáctica, y puesto que existe la necesidad o el deseo de asegurarse de que los estudiantes realizan las lecturas y no van demasiado a la zaga, algunas pruebas premian la memorización. Se pedirá a los alumnos que identifiquen algunos rasgos esenciales del confucianismo o la revolución industrial solo para cerciorarse de su competencia en algunos de los cimientos empíricos de la historia universal. Pero esta clase de pruebas no deberían suponer una distracción respecto de los objetivos más elevados, que son desarrollar la capacidad de utilizar los conocimientos sobre el confucianismo para responder preguntas de mayor envergadura acerca de la propia naturaleza de la sociedad china o cómo encajan en la práctica los sistemas sociales de China con las directrices del confucianismo. La intención siempre es combinar la precisión de los datos con una capacidad para recabar pruebas empíricas a fin de responder preguntas que vayan más allá de la mera regurgitación.

En los cursos de historia basados en libros de texto —y la historia universal no es una excepción—, siempre existe el peligro de que los estudiantes diligentes confundan memorización cuidadosa con la agilidad analítica que necesitan a la hora de utilizar datos para responder preguntas. (En ocasiones, los instructores conocen este impulso con el poco elegante apelativo de «vertido de datos».) Por ejemplo, un alumno debe componer una redacción que incluya una valoración de los cambios y las continuidades de la posición de Rusia en la economía mundial durante los siglos XVIII y XIX y piensa: «De acuerdo, trata sobre Rusia», de modo que procede a enumerar todas las características del país, desde Pedro el Grande hasta la Primera Guerra Mundial, que

puede recordar —guerras, occidentalización cultural, vasallaje, conservadurismo político y demás— con independencia de su relevancia. La verdadera tarea es más complicada: conocer los datos es esencial, pero seleccionarlos y recombinarlos para responder a la pregunta formulada también lo es.

Por tanto, un argumento efectivo (ya sea escrito u oral) conlleva la exposición de un problema analítico claro en lugar de arremeter con resúmenes de datos. Exige cierto tipo de secuencia lógica en un argumento, donde la respuesta al problema se presenta con una citación ordenada de pruebas. Siempre que el tiempo y la sofisticación lo permitan, señalar las objeciones más plausibles a la solución del problema, o al menos otros problemas que deben resolverse, mejorará la credibilidad. Formar argumentos, y conocer las técnicas de presentación y selección que los transmiten, debe ser central para el proceso de una buena confección de la historia universal.

Aptitudes y hábitos sobre historia

La historia como disciplina incluye varias categorías analíticas. Uno de los pilares fundamentales se centra en la gestión de fuentes y las interpretaciones debatidas. La historia no es única en la definición de oportunidades, pero las fuentes históricas en particular, puesto que se derivan de diferentes épocas, plantean algunos desafíos que concitan una amplia atención, y los estudiantes pueden abordarlos de manera explícita. Una segunda categoría consiste en el uso de datos históricos para poner a prueba teorías o propuestas más generales sobre la conducta humana o ciertos patrones históricos, y también las presuntas relaciones entre los acontecimientos de dos épocas distintas, la clase de

pensamiento contenido en las analogías históricas. Los cursos de historia universal, que suelen poner mucho empeño en la gestión de recursos, no se centran tanto en las aptitudes asociadas con la verificación de teorías, pero es apropiada cierta conciencia de ella.

Sin embargo, la madre de todos los hábitos históricos es lidiar con el cambio a lo largo del tiempo. En este caso, pueden identificarse varios pasos que disgregan esta categoría en fases secuenciales. También pueden subrayarse por anticipado algunos énfasis específicos de la historia universal dentro de la rúbrica del cambio a lo largo del tiempo.

Interpretación y fuentes

Diversas interpretaciones son un elemento estándar del trabajo en materia histórica (y muchas otras disciplinas); a los historiadores les encanta discrepar entre sí, a veces casi hasta el exceso. Sin embargo, la categoría no ha sido un componente claro de la historia universal hasta fechas relativamente recientes. Los historiadores universales trabajaron con ahínco para establecer su campo. A menudo se pasaban bastante tiempo expresándose a través de los libros de texto, y estos suelen poner énfasis (o un énfasis excesivo) en certezas en lugar de plantear deliberadamente un debate. A medida que madura la historia universal, empiezan a aparecer diferentes interpretaciones de manera más clara. Y los profesores imaginativos con frecuencia creen que, precisamente porque los libros de texto suelen ocupar un lugar preponderante, es crucial conseguir que los estudiantes piensen en puntos de vista alternativos, a menudo tratando los propios

libros de texto como perspectivas y no como exposiciones definitivas de la verdad.

En el capítulo 9 hablaremos de algunas de las principales controversias actuales de la materia. Por ahora, el propósito es determinar que los estudiantes de historia universal deben ganar experiencia a la hora de identificar el hecho de la controversia y averiguar cómo gestionar los problemas que esta presenta. Deben ser capaces de expresar el contenido de un debate importante y exponer las posiciones de los protagonistas, qué clase de pruebas presenta cada «parte» y, a poder ser, cómo podría resolverse la discusión, ya sea mediante algún tipo de acuerdo o aportando más pruebas. Los estudiantes deben poder incorporar la controversia a su argumento sobre un problema de historia universal, y aunque no puede esperarse que la resuelvan, se les puede preguntar qué línea argumental les resulta más razonable y certera y por qué.

Es esencial un ejemplo para determinar esos argumentos generales. La cuestión es: ¿qué impactos tuvo la Guerra fría en la historia universal entre finales de los años cuarenta y finales de los ochenta? Como parte de la exploración del tema, los estudiantes se encuentran con un debate básico sobre las causas originarias de la Guerra Fría. Una línea argumental sostiene que se originó por las intenciones agresivas de la Unión Soviética, decidida a ampliar su territorio, y por las ambiciones globales de la ideología comunista, que esperaba exportar un sistema socialista a todo el mundo. Contra esto, tanto los apologistas soviéticos como los estudiosos revisionistas de Occidente subrayan lo cautelosa que fue la URSS, que estaba ansiosa por controlar una zona tampón alrededor de su territorio para impedir que se repitiera algo como la invasión nazi, y que la política estadounidense, aunque en apariencia respondía a los soviéticos,

en realidad asustaba a los rusos a la vez que alentaba varias intervenciones globales por parte de EE.UU. Un estudiante debería ser capaz de definir de qué trata el debate y explicar qué tipo de pruebas aporta cada parte a la controversia; también debería poder especular, al menos, sobre qué otros factores podrían explicar las posturas que intervienen. Los revisionistas estadounidenses, por ejemplo, empezaron a aparecer en los años sesenta, durante la guerra de Vietnam; en este caso, la cronología podría ayudar a explicar por qué empezaron a diferir de anteriores analistas estadounidenses de la Guerra Fría. Las diferencias entre el contexto de los estudiosos estadounidenses y soviéticos también influye, así como las posiciones ideológicas (comunistas o de izquierdas contra conservadores y capitalistas). Un estudiante también debe poder explicar por qué una postura parece más fundamentada que la otra y, sin duda, poder situar la controversia en el encargo más general de dilucidar cuáles han sido los impactos de la Guerra Fría, un encargo que incluye la cuestión de la responsabilidad pero va más allá de ella. Nada de esto exige que el alumno resuelva la controversia. A fin de cuentas, los estudiosos que dedican su vida a la materia siguen discutiendo, y los alumnos tienen mucho menos tiempo, datos o experiencia a su disposición. Pero cabe esperar que se comprenda e interprete el debate a fin de que los estudiantes se sientan más cómodos con el hecho de que las interpretaciones históricas no son irrefutables, que requieren la capacidad de lidiar con la división y la incertidumbre.

Después de todo, al abordar los problemas del mundo real en la actualidad, los debates son abundantes. La experiencia en historia universal debería animar a los estudiantes a distanciarse, por ejemplo, de un bombardeo mediático sobre un tema internacional de actualidad para ofrecer una definición del debate (en lugar de adoptar irreflexivamente una postura), un cotejo de las

pruebas y las razones para los diferentes puntos de vista, y una determinación sobre qué pasos brindarían la resolución más responsable, a través del compromiso, otros datos e incluso otros puntos de vista. El resultado puede ser un compromiso apasionado, pero debe llegar después, y no antes, del reconocimiento de la gestión de una controversia estándar. La experiencia en la historia universal contribuye activamente a este proceso vital pero complejo.

El uso e interpretación de fuentes es un aspecto mucho más conocido de los programas de historia universal que la exposición de puntos de vista enfrentados. No hay nada más popular entre los profesores de historia ansiosos por huir de una dieta a base de libros de texto que añadir algunos materiales primarios a la amalgama, y la historia universal ha participado intensamente en esta tendencia. A los estudiantes pertenecientes a buenos programas, de secundaria en adelante, se les pedirá que mejoren sus habilidades a la hora de evaluar documentos y organizarlos para formar argumentos. Deben poder utilizar y combinar documentos para responder preguntas que vayan más allá de una mera síntesis del material. Para muchos profesores, las aptitudes que esto implica son fundamentales para «pensar como un historiador», y de hecho es cierto que los estudiosos de la historia deben aprender a interpretar una variedad de materiales como base para sus propias crónicas. Tal vez sea más relevante —si bien no hay nada malo en pensar como un historiador— el hecho de que la gente se encuentra con materiales primarios todo el tiempo, ya sean discursos políticos o anuncios, y la capacidad para interpretarlos y valorar sesgos y significados es fundamental para funcionar adecuadamente en la vida moderna. Ganar experiencia y mejorar las aptitudes en este caso, por ejemplo, para gestionar diversas interpretaciones, ofrece servicios que van más allá del aula de historia universal.

UTILIZAR FUENTES

Los materiales históricos provienen de toda clase de entornos. Lo que tienen en común es que no fueron escritos con los lectores del siglo XXI en mente, así que, por supuesto, requieren una lectura distinta y una interpretación más activa que los libros de texto u otras crónicas contemporáneas.

Las fuentes alientan la especulación y más preguntas, que a su vez fomentan una mejor comprensión de una sociedad pasada incluso cuando los interrogantes definidos requieren más información. Es vital saber lo que las fuentes NO revelan y pensar qué otras clases de datos serían útiles. Por poner un ejemplo obvio: las fuentes escritas son mucho más proclives a descubrir patrones de las clases altas que de las bajas.

Varias muestras breves ofrecen ilustraciones específicas sobre desafíos y oportunidades a la hora de leer e interpretar fuentes primarias (los pasajes citados se han extraído directamente de documentos):

Una de las primeras fuentes escritas disponibles es el código legal del emperador Hamurabi, de Babilonia (Mesopotamia, hacia 1700 AEC). El código no se escribió para hablar a los estudiantes de la actualidad sobre la estructura social mesopotámica, pero es bastante sencillo leerlo y descubrir que había al menos tres clases sociales, ya que existían tres niveles de multas por dañar a alguien, dependiendo de si eran esclavos, gente corriente u hombres libres (las élites). También es fácil identificar la

sociedad como patriarcal, puesto que las mujeres gozaban de muchos menos derechos que los hombres.

Otros pasajes no son tan sencillos. Por ejemplo: «Si un hombre acusa a otro de brujería y no puede demostrarlo, quien sea acusado de brujería se irá al río, se arrojará a él, y si este le supera, su acusador se quedará con su casa. Si el río demuestra que el hombre es inocente porque sale indemne, quien lo haya acusado de brujería será ejecutado. El que se arroje al río se quedará la casa de su acusador».

¿De qué trata este pasaje? ¿Con qué problemas intenta lidiar y cómo abordan las sociedades modernas los mismos conflictos? ¿Revela el pasaje algún aspecto de las creencias religiosas mesopotámicas? ¿Y sobre la estructura de la propiedad? ¿Por qué creían los mesopotámicos que un río podía demostrar la culpabilidad o la inocencia? Esas preguntas pueden responderse, al menos en parte, gracias al pasaje, pero obviamente requieren cierta reflexión. El lector incluso puede responder a la pregunta: ¿Ofrecían las escuelas mesopotámicas clases de natación?

También es posible especular sobre qué significan las prácticas descritas en el pasaje. Pensemos en la inmersión en el río como una resolución de un problema. ¿Qué problema trataba de afrontar la sociedad mesopotámica al estipular qué sucedería si el acusado salía ileso del río? ¿Cómo intenta lidiar una sociedad moderna con los mismos problemas, ya que hemos abandonado la técnica del río? ¿Por qué eligió Mesopotamia (y muchas otras sociedades premodernas) este otro planteamiento? ¿Qué

creencias intervienen, cuáles son las diferencias en los profesionales que ayudan al sistema judicial?

Para obtener más datos: ¿con qué frecuencia se acusaba a la gente de brujería? ¿Creían los mesopotámicos en el monoteísmo? Estas son buenas preguntas, pero no pueden empezar a responderse a partir de este pasaje.

Ban Zhao (hacia 44-117 EC) era una mujer de clase alta en la China de Han que escribió un manual muy leído y a menudo reeditado sobre los papeles y la conducta de las mujeres. Una niña debía situarse debajo de la cama de sus padres para demostrar que era humilde y débil y debía concentrarse en mostrar su modestia antes de que lo hicieran otros. «Las niñas también deberían aprender desde bien temprano a ser diligentes en los trabajos domésticos… Sin embargo, ¿enseñar a los hombres a no instruir a las mujeres no es ignorar las relaciones esenciales entre ellos? La norma es empezar a enseñar a los niños a leer a los ochos años, y cuando cumplan quince deberían estar preparados para la instrucción cultural. ¿No debería seguir este principio la educación de las niñas al igual que la de los niños?»

Igual que el ying y el yan no son de la misma naturaleza, el hombre y la mujer tienen características diferentes. Los hombres son honrados por su fuerza. Una mujer es hermosa por su dulzura.

¿Cuál es el principal propósito de este pasaje? ¿Qué aspectos requieren una mayor interpretación? ¿Por qué este documento constituye una prueba importante para la historia universal (o por qué no)?

Algunas preguntas pueden responderse con facilidad a partir de este pasaje; ¿creían los chinos clásicos que los

hombres y las mujeres eran iguales? ¿Qué tipo de cualidades personales creía Ban Zhao que debía atesorar una mujer joven?

Una especulación razonable puede conducir a otras respuestas: ¿este documento es válido para las clases altas o para la sociedad china en su conjunto? ¿Cómo podía utilizar Ban Zhao unas creencias sobre papeles desiguales para reivindicar ciertos derechos para las mujeres? ¿Indica un documento de esta índole que algunas mujeres podían alcanzar logros significativos en la China clásica? ¿Quienes defendían la educación para algunas mujeres creían que debía ser igual que la ofrecida a los chicos? ¿Podían ser tan violentas las mujeres como los hombres en la China clásica? ¿Creía Ban Zhao que las relaciones de género estaban adecuadamente organizadas en la sociedad que la rodeaba y, de lo contrario, qué podía ser motivo de preocupación?

Buenas preguntas que no pueden responderse a partir de este pasaje: ¿hasta qué punto eran generalizadas las oportunidades educativas para las mujeres en la China clásica? ¿Tenían más hijos las mujeres de clase alta que las de clase baja? ¿Tenían los hombres de clase alta más de una mujer? ¿Cómo era la educación femenina en la China clásica en comparación con la de la India clásica? ¿Las mujeres de clase baja en China tenían acceso a la escolarización? Lidiar con esas importantes preguntas requiere pensar en otros tipos de pruebas deseables.

También sabemos que las aptitudes necesarias no se adquieren fácilmente. Ese es el motivo por el que Sam Wineburg, un

destacado estudiante del aprendizaje en materia histórica, aduce que dominar documentos del pasado es un «acto poco natural». Wineburg demuestra que los historiadores avezados, sin un conocimiento en particular, por ejemplo, de la historia estadounidense, son mucho mejores que algunos estudiantes de secundaria muy brillantes que han estudiado durante un año para comprender cómo se gestionan las fuentes históricas de EE.UU. Es difícil leer documentos a la luz del pasado en lugar del lenguaje y los valores presentes, que es donde interviene la experiencia.

Probablemente, la historia universal plantea otros desafíos, porque uno de ellos es lidiar no solo con fuentes del pasado, sino con materiales de tradiciones culturales bastante distintas, lo cual multiplica las posibilidades de malentendidos y una excesiva simplificación. El desafío obviamente tiene otra cara: obtener un mayor dominio supone un enorme paso adelante a la hora de comprender cómo funcionan otras sociedades, precisamente el tipo de conocimiento que puede servir para lidiar con materiales globales incluso fuera del aula.

Los estudiantes de historia universal pueden practicar activamente algunos pasos, como reconocer los motivos del sesgo o el punto de vista de un documento, buscar el contexto histórico específico en el que se ha generado una fuente, unir diferentes tipos de fuentes para formar un argumento, incluso reconocer qué NO dicen las fuentes e identificar áreas en las que sería necesaria más documentación para realizar cualquier afirmación histórica definitiva. También deben utilizar distintas clases de fuentes. Los materiales de grupos subordinados, como las mujeres y los campesinos, cobran una creciente importancia en la historia universal precisamente porque dan acceso a posiciones estratégicas situadas fuera de la retórica oficial. Los materiales artísticos y los

dibujos entran en escena, y ofrecen sus propios desafíos de interpretación, a la vez que brindan adiciones vitales a las pruebas existentes. Los materiales estadísticos, como los censos o las cifras de producción y comercio, también intervienen, aunque de un modo quizá más vacilante, y en ocasiones ofrecen panorámicas sobre la vida ordinaria —sobre la estructura familiar, por ejemplo— que las pruebas más cualitativas ignoran o minimizan.

Pensamiento histórico: leyes y analogías

Los cursos de historia universal pueden intentar ayudar a los estudiantes a evaluar dos usos habituales de la historia, más allá de gestionar recursos, aunque normalmente no es lo esencial a la hora de adquirir hábitos mentales.

En primer lugar, algunos estudiosos, ya sean historiadores de profesión o no, han proyectado en diversas épocas ciertos tipos de leyes o modelos básicos inamovibles que describen la experiencia humana a lo largo del tiempo. Los historiadores profesionales acostumbran a alejarse de este tipo de actividad intelectual, ya que inevitablemente desdeña la complejidad y variedad del pasado, pero de vez en cuando surgen propuestas. Este planteamiento invita a un examen basado en pruebas. En el terreno de la historia universal, el modelo general que probablemente resulta más complejo, aunque ha perdido cierta popularidad en la actualidad, conlleva la idea de que las grandes sociedades inevitablemente, o al menos normalmente, pasan por un ciclo vital estándar. El trabajo de Arnold Toynbee esbozaba un proceso en el que las sociedades prósperas atraviesan un periodo como la infancia, durante el cual forman sus identidades e inician un proceso de crecimiento; luego una dilatada

experiencia de madurez, marcada por una expresión más completa de ideas e instituciones características y funciones exitosas; pero más tarde llega un periodo de envejecimiento y declive. El modelo de Toynbee se inspiraba sobre todo en el patrón del Imperio Romano (principalmente en el Mediterráneo occidental), pero había referencias a muchos otros ejemplos, y desde luego el perfil podría parecer plausible en términos generales. La mayoría de los historiadores universales probablemente se oponen al modelo basado en una mayor diversidad de experiencias que pueden citar (por ejemplo, ¿cómo podría aplicarse el modelo a la experiencia china desde el periodo clásico? Esta es una sociedad que muestra altibajos pero nunca ha «caído» como sí le ocurrió al Imperio Romano occidental). Pero el argumento principal es el uso del pensamiento y los datos históricos para evaluar generalizaciones de esta índole y ofrecer perspectivas y pruebas críticas. Y aunque el modelo de Toynbee está desfasado, trabajos más recientes (y sin duda más modestos) de eruditos como Paul Kennedy, de la Universidad de Yale, plantean generalizaciones que pueden evaluarse y que, de nuevo, invitan al uso y la valoración a través del análisis de la historia universal. Kennedy habla de unos tipos de sociedades que extienden demasiado sus conquistas territoriales y a la postre socavan su éxito por este exceso de ambición. Aunque no propone leyes generales al estilo de Toynbee, la crónica de Kennedy, que, una vez más, se centra en un tipo de sociedad en particular y no en sociedades en general, no solo utiliza ejemplos de Roma, sino también del Imperio Británico, del Imperio Soviético y, potencialmente, del Estados Unidos contemporáneo, y ofrece una interesante tipología que representa el análisis histórico aplicado a una escala global.

En capítulos posteriores evocaremos otras obras que, aun no especificando leyes inalterables de la historia, ofrecen grandes

generalizaciones que los historiadores han calibrado o que pueden valorarse como parte de las capacidades analíticas que los programas de historia universal pueden desarrollar. Averiguar cómo seleccionar y aplicar ejemplos apropiados del arsenal de la historia universal para poner a prueba grandes generalizaciones, en resumen, alienta a los alumnos a utilizar y fraguarse aptitudes para el pensamiento histórico.

Un segundo ángulo —distinto de las grandes teorías o las leyes históricas, pero que también entraña un proceso de pruebas y la aplicación de un pensamiento crítico informado— guarda relación con las analogías de un periodo histórico y el siguiente o del pasado con el presente. La historia puede verse como un gran laboratorio de ejemplos de la conducta humana, y es posible que de vez en cuando, o tal vez a menudo, se produzcan situaciones hoy que se asemejan mucho a otras del pasado, de modo que estudiar el caso anterior podría darnos pistas sobre qué sucede ahora y sobre cómo deberíamos reaccionar. Un reciente ejemplo expone este argumento con claridad. Tras los atentados terroristas del 11-S, la Administración de Bush se apresuró a cerciorarse de que los musulmanes estadounidenses no eran blanco de las represalias. Sin duda, el gobierno tenía en mente el ejemplo de la Segunda Guerra Mundial, en el que los japoneses estadounidenses fueron acorralados y detenidos, una reacción de miedo que casi todo el mundo coincide en tildar ahora de profundamente injusta e innecesaria. La analogía: sabemos qué no hacer, gracias al pasado, así que asegurémonos de ser diferentes.

No obstante, el uso clásico de la analogía en la política reciente ofrece resultados más complejos. En 1938, los líderes de Gran Bretaña y Francia se reunieron en Múnich con Hitler, quien acababa de invadir varias regiones de Checoslovaquia. En

lugar de amenazar con emplear la fuerza ante esta agresión, esperaban que la conciliación funcionara y creyeron al líder nazi cuando les aseguró que su apetito estaba satisfecho. El líder británico regresó de Múnich afirmando que había conseguido «la paz en nuestro tiempo». En realidad, Hitler aprovechó la pausa para prepararse de cara a una conquista total de Checoslovaquia, convencido de que los aliados occidentales no harían nada (y, de hecho, se precisaría una tercera crisis, la invasión de Polonia, para que entraran en acción). Múnich fracasó, y probablemente fue la estrategia equivocada en su momento. Todo ello fue tomado como un claro ejemplo histórico —una manifiesta lección analógica— de que apaciguar a dictadores agresivos jamás funciona. Más adelante, esto motivó políticas en Estados Unidos con respecto a Corea y Vietnam e incluso a la hora de lidiar con el Irak de Sadam Husein en los años noventa. No obstante, muchos historiadores aducirían que este uso de la analogía de Múnich, aunque comprensible, era excesivamente simplista en lo tocante al análisis histórico, y profundamente engañoso como guía política. No todos los dictadores son iguales; no todos albergan la ambición territorial ilimitada de Hitler; algunos podrían estar abiertos a un compromiso constructivo. Los aspectos políticos pueden debatirse, pero la lección histórica debería estar clara: el intento por utilizar un ejemplo del pasado como guía para algo posterior está erizado de dificultades, ya que puede dar por sentadas más similitudes entre dos episodios históricos de las que en realidad existen. Probar analogías es interesante y puede ser un asunto serio.

Los estudiantes de historia universal pueden evaluar cómo se han utilizado las analogías y aprender a identificarlas y ponerlas a prueba en un discurso público. En 2010, en medio de los temores por la economía de Estados Unidos y de un proceso político divisivo e ineficaz, varios estudiosos y periodistas reto-

maron el tema de la analogía. Un destacado artículo señalaba que la caída de Roma se produjo en solo una generación (no obstante, esto es muy debatible), y que la dinastía Ming y la Rusia soviética bajo Gorbachov se derrumbaron con igual rapidez (de nuevo, debatible). ¿Conclusión? Estados Unidos podría autodestruirse antes de que tengamos tiempo de hacer algo al respecto. Pura analogía. ¿Es correcta? ¿Es útil?

El núcleo histórico: el cambio a lo largo del tiempo

La principal contribución de la historia como disciplina conlleva la comprensión de los procesos de cambio, o al menos los mejores planteamientos posibles a una comprensión del cambio. Ninguna otra ciencia social se centra de manera tan explícita en este fenómeno, aunque muchas pueden contribuir a un análisis relevante. A su vez, el hábito mental más importante para los estudiantes a la hora de avanzar en los programas de historia —todavía más importante que la evaluación de pruebas, aunque lo idóneo es que puedan abarcarse ambas agendas— implica comprender en qué consiste la evaluación del cambio. Cuanta más experiencia adquieran los estudiantes para lidiar con diferentes clases de transformaciones, con cierta orientación para aplicar la experiencia al fenómeno continuado del cambio, mejor. Y es que la gente moderna afronta un cambio importante a su alrededor, y con afirmaciones incluso más estridentes de que se está produciendo dicho cambio, ya sea el eslogan «las cosas nunca serán igual» (esto es, quiero que creáis que un cambio fundamental está desmoronándonos) o «nuevos acontecimientos revolucionarios» (esto es, quiero que creáis que las cosas están mejor que nunca). La capacidad para gestionar los problemas reales

del cambio y las afirmaciones a menudo exageradas debería ser un objetivo fundamental de la educación, y esto sitúa a la historia en primera línea.

Los encuentros con el cambio en la historia pueden surgir de varias maneras. La más obvia es cuando un historiador u otro observador dice: este o aquel comportamiento o institución se modificó enormemente de este punto en adelante. La afirmación invita a la evaluación. Más comúnmente, una crónica histórica trata sobre un líder del pasado, una gran guerra o batalla o unas elecciones disputadas e indica que el resultado supuso un cambio significativo. Puede que en este caso la afirmación sea menos explícita, pero también requiere evaluación. O alguien puede preguntarse por un aspecto del presente que al parecer difiere del pasado y formular la pregunta de cuándo se introdujo el cambio fundamental: ¿cuándo se convirtió China en el centro de fabricación global que sin duda es en la actualidad y qué intervino en este proceso de cambio? O ¿cuándo y cómo empezó el inglés a convertirse en una especie de idioma global en varios terrenos? En otras palabras, las preguntas sobre el cambio pueden surgir de manera bastante directa o extraerse de crónicas de acontecimientos históricos o incluso biografías.

Analizar el cambio, a su vez, tiene varios componentes, y trabajar con esos componentes explícitamente puede acelerar el proceso de adquirir competencia en este hábito mental crucial.

Si se presenta una situación de cambio, la primera pregunta es: ¿cambio con respecto a qué? *Establecer un punto de partida* es un elemento vital a la hora de lidiar con el cambio, porque, de lo contrario, las afirmaciones sobre el mismo pueden ser aseveraciones vacuas. Expongamos un caso sencillo pero ilustrativo: en las sociedades occidentales, entre 1880 y 1920, los índices de mortalidad infantil empezaron a descender muy por debajo de

los niveles tradicionales, lo cual generó un nuevo régimen demográfico e ingredientes verdaderamente inéditos en la experiencia de las familias. En 1880, al menos el 20 % de los niños nacidos fallecían antes de cumplir los dos años; en 1920, esa cifra (que variaba un poco entre países de las sociedades occidentales) se había reducido al 5 %. Exponiendo el mismo argumento cualitativamente: en 1880, la mayoría de las familias podían experimentar al menos una muerte infantil, pero en 1920 gran parte de ellas estaban exentas. El punto de partida está claro: un 20 %. Establecer puntos de partida para cambios que no pueden medirse de manera tan cuantitativa sin duda es más complejo, pero al menos puede definirse el planteamiento. Así pues, una afirmación cualitativa de que, por ejemplo, la naturaleza de la guerra ha cambiado esencialmente en el siglo XX debería evocar de inmediato la respuesta: *¿un cambio respecto de qué? ¿Cuáles son las características fundamentales que definían antes la naturaleza de la guerra?* Y lo mismo puede aplicarse a cualquier afirmación de cambio, se remonte al pasado —como la idea de que el Renacimiento alteró radicalmente la cultura europea— o se detectara ayer mismo.

Una subdivisión de la cuestión del punto de partida requiere la determinación de la fecha aproximada en la que empezó a producirse el cambio. Los historiadores pueden ser irritantemente quisquillosos con las fechas, y a veces la precisión absoluta no es tan importante como les gusta pensar, pero establecer contextos cronológicos clave es esencial para determinar en qué consiste el cambio.

Esos primeros pasos analítico-empíricos requieren otros tres:

(i) Primero: ¿el cambio fue importante o trivial? (Esto implica, una vez más, una evaluación del punto de partida. Sin duda, pasar de lo habitual a lo infrecuente en

la mortalidad infantil es un cambio relevante en la experiencia humana. Pero otros cambios, aunque definibles, no pasan la prueba de la relevancia. Pongamos por caso un ejemplo de Francia, la Revolución de 1830, que, pese a su nombre, no fue una revolución en absoluto. El nuevo régimen pasó de una élite con derecho a voto antes de 1830 (100.000 personas con derecho a sufragio antes de la Revolución) a una élite más numerosa (250.000 posibles votantes), pero no fue gran cosa. Los ricos seguían gobernando Francia. Ese cambio merece una valoración, desde luego, pero no supera una prueba crucial de relevancia. No existe una definición mágica de la relevancia, y las opiniones deberían diferir, como en realidad ocurre, pero es vital una prueba para no sumirnos en un caos en el que cada pequeño giro de conducta se equipare con cambios fundamentales. Los acontecimientos ruidosos a veces generan un gran impacto en su momento pero a la postre no afectan a los patrones históricos básicos de un modo trascendente. Relacionar elementos históricos específicos con el análisis más general del cambio y la relevancia puede ser una tarea complicada, pero es un ejercicio esencial para hacer de la historia algo más que una serie de crónicas elaboradas.

(ii) En segundo lugar, se identifica un cambio y se evalúa su relevancia: ¿ha seguido el cambio las direcciones establecidas al principio o la tendencia, aun siendo todavía reconocible, se adaptó a medida que intervenían otros factores en el proceso? Japón aprobó una importante ley de educación en 1872, y la educación masiva resultante fue un cambio vital y notable; pero el modo en que se aplicó por primera vez

el cambio, con el asesoramiento de numerosos entusiastas y consejeros occidentales, y cómo fue reorientado en la década de 1880 hacia un planteamiento más nacionalista y menos individualista, representó un importante cambio de tendencia. En este caso, el término operativo es «proceso»: evaluar el cambio debe ser algo más que cotejar un resultado final con el punto de partida, ya que suelen existir varias permutaciones entre medio. En realidad es cuestión de ver cómo, una vez que se lanza un cambio, ciertas transformaciones de menor envergadura añaden modificaciones relevantes.

(iii) Por último, al abordar la historia reciente, es importante preguntar si y cuándo un proceso de cambio concreto toca a su fin, probablemente para ser reemplazado, bien por otro patrón de cambio, bien por una estabilidad esencial. El nacimiento del islam, por ejemplo, supuso un enorme cambio en la historia universal y, durante varios siglos, dicha religión se propagó a varias regiones desde su base inicial en Oriente Próximo. Sin embargo, hacia 1500, aunque se produjo cierta diseminación, el proceso se ralentizó, y las conversiones al islam como una fuerza de cambio en un nivel global se fueron apagando al menos hasta el siglo XIX (cuando empezaron a producirse nuevas conversiones en África). El islam siguió siendo una fuerza religiosa vital y todavía forma parte de los debates sobre historia universal posterior a 1500, pero el gran periodo de cambio había terminado en lo tocante al impacto islámico en la transformación de patrones mundiales más genéricos. La atención a partir de 1500 se orienta legítimamente a otros factores de importancia.

Explorar el cambio tiene otros dos componentes primarios y estándar:

(1) Cualquier análisis de un cambio histórico relevante versa de manera casi inevitable sobre las causas que intervienen. ¿Qué factores generaron la reducción de los índices de mortalidad infantil? (Sorprendentemente, no fue una mejora de la atención médica, ya que el auge de la pediatría llegaría más tarde; los desarrollos de la sanidad pública, los niveles de vida básicos y, probablemente, algunos cambios en las actitudes de los padres, si bien son más difíciles de concretar, parecen los principales responsables.) Discernir la causalidad sitúa el cambio en un contexto histórico más general. También aporta un mayor significado al propio cambio: si sabemos *por qué* está sucediendo «algo», también lo conocemos mejor. En el caso de los cambios recientes, donde tal vez sea aconsejable plantearse la mejora sobre los resultados actuales, es posible moderar o redirigir mejor las tendencias cuando sabemos qué las ha causado.

No obstante, lidiar con las causas en la historia es un tema complejo. En contraste con la ciencia de laboratorio, los historiadores no pueden repetir los experimentos para afirmar con certeza que una serie de factores generarán inevitablemente unos resultados estándar. Las causas históricas exigen debate, y rara vez pueden concretarse de manera definitiva. La incertidumbre no es interminable; pueden proponerse ciertos factores para explicar el cambio, como las me-

joras en los tratamientos médicos para la cuestión del índice de mortalidad infantil, pero puede acabar demostrándose que no son pertinentes. El tiempo es crucial: uno de los motivos por los que es importante saber con bastante certeza *cuándo* comenzó un cambio es que ayuda a identificar factores potencialmente relevantes; los hechos que se produjeron justo después de iniciarse el cambio obviamente no lo ocasionaron, aunque podrían influir en el patrón de la tendencia. A menudo resulta útil distinguir las condiciones previas de las causas activas: Gran Bretaña, por ejemplo, pudo generar la primera revolución industrial del mundo en parte porque tenía propiedades activas de hierro y carbón; pero, desde luego, esos recursos no causaron la industrialización, pues llevaban mucho tiempo allí. Deben buscarse causas más activas propias de la época. Una comparación puede ayudar: si una sociedad cambia y otra que al menos en apariencia es similar no lo ha hecho, identificar los factores presentes en un caso y ausentes en el otro será de gran utilidad. No obstante, todo esto es complicado. En última instancia, es el aspecto que a los estudiantes más les cuesta dominar. Aun así, debe plantearse la cuestión para que aprendan a abordar el problema y a distinguir mejores y peores análisis causales (en ocasiones, como parte de la gestión de controversias históricas fundamentales).

(2) La cuestión final a la hora de lidiar con el cambio es la continuidad. Un cambio rara vez, o nunca —pese a las afirmaciones populares de que algo «lo cambia todo»—, elimina patrones anteriores. Muchos individuos y sociedades demuestran una sorprendente capacidad para mantener patrones anteriores incluso en

mitad del cambio, o para combinarlos con dicho cambio. Con todo, algunas sociedades sienten mayor apego por preservar continuidades que otras, un factor clave de la historia universal en muchos momentos. De hecho, a veces la continuidad predomina sobre el cambio, incluso durante largos periodos de tiempo. Lidiar con la continuidad, ver cómo se combina con el cambio y averiguar qué causas fomentan esa continuidad, incluso cuando están produciendo algunas transformaciones, es un propósito vital del análisis histórico como parte del compromiso más general de explorar el cambio.

Las invitaciones clásicas a las pruebas de continuidad conllevan grandes revoluciones. La Revolución Rusa de 1917, por ejemplo, trajo enormes cambios a la política, la sociedad y la cultura del país, y algunos revolucionarios creían que, a la postre, todo se vería transformado. Pero el historiador concienzudo señala que, junto con el cambio, el nuevo gobierno ruso pronto creó un aparato de policía secreta que, aun siendo rebautizado, mostraba fuertes similitudes con su homólogo zarista. La continuidad acompañó a la Revolución Americana del siglo XVIII de una manera todavía más obvia, incluido el mantenimiento de la esclavitud en el sur. Incluso los esfuerzos más sistemáticos por redefinir la vida humana pueden y deben ser evaluados en relación con los vestigios vitales de patrones anteriores.

TITULARES PARA LOS HÁBITOS MENTALES

Interpretar documentos:

- ¿Para la resolución de qué preguntas podemos utilizarlos?
- ¿Se ven condicionados por puntos de vista particulares?
- ¿Cómo pueden utilizarse para forjar argumentos?
- ¿Cómo ayudarían otras pruebas?

Afrontar interpretaciones divergentes:

- ¿Cómo utilizan las pruebas?
- ¿Muestran algún sesgo en particular?
- ¿En qué medida son lógicos los argumentos?

Cambio a lo largo del tiempo:

- Punto de partida: ¿Cuáles eran los patrones antes del cambio?
- Grado de importancia
- Momento: inicio y finalización del proceso de cambio
- Proceso: modificaciones adicionales, mayores consecuencias
- Causalidad
- Continuidades

Comparación:

- Establecer el problema comparativo

- Cotejar subtemas
- Causas de similitudes y diferencias
- Conclusión: principales similitudes y diferencias

Local/global:

- ¿Hasta qué punto sirven como causas de un acontecimiento o un proceso los factores locales y globales?
- Comparar factores locales en dos casos para evaluar diferentes combinaciones con un factor global

Por tanto, el listado para lidiar con el cambio —para formarse los hábitos mentales apropiados— requiere una secuencia gestionable. Una vez que surge el tema del cambio, ya sea mediante afirmaciones directas o un deseo de evaluar los resultados de un gran acontecimiento histórico, el primer paso es determinar el *tiempo* y el *punto de partida*. Luego pasamos a un debate sobre la *relevancia*, una interpretación del cambio como un *proceso* acumulativo que puede añadir otros ingredientes, y a cierta determinación de cuándo termina el periodo de cambio. Abordar las *causas* a menudo es un acto indirecto, y cualquier evaluación completa del cambio y el proceso debe tener en cuenta las causas implicadas. Por último, el equilibrio entre *cambio* y *continuidad* exige una atención explícita.

Los estudiantes de cursos de historia universal deberán tratar varios tipos de cambio y deberían practicar utilizando una lista de elementos como punto de partida o continuidad permanente. También resulta útil reconocer las clases de cambio que preocu-

pan especialmente a los historiadores universales, que conectan su temática con el programa más general de aprender a evaluar mejor el cambio y desarrollar unos hábitos mentales que puedan utilizarse dentro y fuera del aula. Los historiadores universales están muy interesados en los cambios en los *sistemas de interconexiones* —patrones comerciales, migración, viajes misionales, transmisión de enfermedades—, además de las adiciones o sustracciones de las sociedades involucradas en dichos sistemas. Los *cambios en los equilibrios de poder* dentro de los sistemas de contacto también son relevantes: el auge de los árabes, por ejemplo, en el siglo VII, o el posterior ascenso de los chinos a comienzos del siglo XV. Las *alteraciones en los sistemas económico y tecnológico básicos* y sus ramificaciones son un elemento clave para definir cambios generales en la experiencia humana. Las redefiniciones de aspectos básicos de una actividad social, como por ejemplo la guerra, en un nivel global o al menos plurirregional, a veces guardan relación con las transformaciones de sistemas más amplios, los impactos de la industrialización en la guerra, pero a veces pueden tener características independientes. Los cambios en las *estructuras de población*, con resultados como nuevos patrones de migración, sin duda figuran en la lista. Por último, los *patrones de cambio y continuidad dentro de las grandes sociedades*, una vez que se establece una base cultural e institucional inicial, concitan una gran atención.

Hábitos mentales de la historia universal

Existen al menos dos tipos de hábitos mentales que guardan especial relación con la historia universal y no con la historia en general. No son necesariamente más importantes que las otras

categorías —de hecho, explorar el cambio a través de la historia universal puede ocupar una posición dominante—, pero desde luego requieren una atención explícita. La comparación es una faceta; relacionar factores globales y locales, otra.

Desarrollar la comparación

Comparar dos o más sociedades es uno de los tejidos conectivos de la historia universal. Casi cualquier requerimiento hacia una educación global alienta a los alumnos a comprender hasta cierto punto cómo funcionan diferentes culturas, y aunque esto puede degenerar en una extensa lista de descripciones independientes, cobra lógica cuando se aplica por medio del análisis comparativo. Y este análisis, a su vez, pretende explorar qué tienen de diferente las sociedades clave, en momentos en particular y en reacción a estímulos más o menos comunes, y qué es básicamente similar.

No todas las comparaciones son relevantes para la historia universal. Para que sea pertinente, la comparación debe centrarse en un aspecto importante de al menos dos sociedades, a menudo durante un espacio de tiempo considerable. Un candidato ideal serían las reacciones de dos sociedades a un mismo factor: ¿En qué se parecían en sus primeros estadios la China y la India modernas en sus políticas comerciales con mercaderes occidentales?

Obviamente, la gente compara todo el tiempo. Comparamos profesores, deportistas profesionales o personas conocidas. Pero la comparación en el ámbito de la historia universal va más allá de la experiencia normal y requiere un realce claro. No solo exige cierto conocimiento sobre cada uno de los dos (o más) casos, sino suficiente asimilación de ese conocimiento para que los

casos puedan unificarse de manera activa, y no simplemente ser tratados de forma secuencial. Los estudios suelen errar en su labor comparativa comentando una sociedad y luego otra con, a lo sumo, una breve referencia comparativa al final, dejando la tarea activa de cotejar al profesor. Esto es yuxtaposición, no análisis. El análisis comparativo debe fraguarse de manera explícita, exponiendo o reafirmando el problema de modo que ambos casos (y todos los casos, si hay más de dos) se aborden desde el principio. El material ilustrativo ha de subdividirse para que las sociedades sean comparadas en todos los puntos importantes. Los estudiantes que mencionen temas sobre un caso sin determinar cómo funcionan (o si no existen) en el otro caso, no están siguiendo unas verdaderas guías comparativas.

La lista del pensamiento comparativo no es tan elaborada como la secuencia para lidiar con el cambio a lo largo del tiempo, pero sí ofrece algunos criterios. La introducción inicial de la comparación debería ser en sí misma comparativa, pronosticando a menudo si la diferenciación o la similitud presentarán el principio organizador más importante. Luego, el tema debería desglosarse en varios componentes, cada uno de los cuales permita una comparación. A veces (como el cambio a lo largo del tiempo), la atención a las *causas* de la similitud o la diferencia ayudarán activamente al análisis. Por último, una conclusión debería abordar una vez más los temas comparativos básicos, cuadrando el equilibrio entre similitud y diferencia.

Ejemplo: compare las perspectivas confuciana e islámica sobre las mujeres durante el periodo posclásico. Incorrecto: ofrecer un tratamiento sólido de las características más relevantes del Corán y luego pasar a materiales chinos. Incorrecto: comentar derechos de propiedad de las mujeres en el islam pero ignorar el mismo tema en el caso del confucianismo. Correcto: establecer un

marco comparativo general al principio y luego tratar la posición espiritual (en ambos casos), patrones de matrimonio y divorcio (en ambos casos), propiedad (en ambos casos), estatus cultural y educación (en ambos casos), etc., culminado con una conclusión general firmemente comparativa.

Si bien una única fórmula sería engañosa, hay ciertas características estándar para una presentación. Una comparación empieza con una exposición del tema, abordando todas la sociedades implicadas y nunca empezando con un caso solo. Aunque puede que los estudiantes deban aportar más tarde un contexto independiente para cada caso, buena parte de la presentación posterior debe ser comparativa y dividirse en subtemas. De nuevo, puede que intervenga a menudo cierta atención a la causa de las similitudes y las diferencias. Y una conclusión comparativa finalizaría el esfuerzo.

La comparación, en otras palabras, requiere un pensamiento activo y algunas técnicas organizativas estándar, y estas pueden ser aceleradas o tornarse más rutinarias, no solo merced a una experiencia reiterada en los debates o ejercicios planteados en el aula, sino también con una concienciación explícita de los principales requisitos estructurales.

La comparación en la historia universal presenta otros peligros, pero todos ellos pueden superarse. Si nuestra sociedad forma parte de la comparación, o incluso si una de las sociedades implicadas nos parece más nuestra que la otra, se requiere cierta supresión del apego, y eso no siempre es fácil. De acuerdo con los criterios del Occidente contemporáneo, existe la tentación de mostrar una reacción casi visceral a prácticas de otras sociedades como (hasta hace bastante poco) el vendaje de pies para muchas mujeres de China o el velo en Oriente Próximo. Si la comparación incluye esas prácticas, empezar con una mera con-

dena probablemente no resultará de mucha utilidad. El desafío de mantener nuestros principios pero pisotearlos en la comparación intercultural es bastante real, y probablemente sea un subproducto útil de la empresa comparativa más general.

De hecho, en una situación ideal, cierta experiencia en materia comparativa también nos permitiría comprender por qué las prácticas de nuestra sociedad pueden verse con recelo en otras culturas. Preguntar, por ejemplo, qué características de Occidente podría haber considerado particularmente desatinadas un observador ruso o japonés del siglo XIX es una pregunta comparativa legítima, pero se requiere conocimiento, cierta confianza y una experiencia comparativa real para responderla (a menos, por supuesto, que uno provenga de una cultura no occidental). Muchas recetas para la competencia global incluyen como categoría el entender cómo podrían ver otras sociedades a la nuestra, lo cual es más fácil en la teoría que en la práctica; pero la experiencia comparativa al menos hace que la tarea sea imaginable.

Las comparaciones de la historia universal requieren igual apertura a la similitud y la diferencia. En la práctica, puesto que muchos materiales de los libros de texto ponen énfasis en la experiencia individual y en los atributos culturales distintivos de sociedades clave, los alumnos a menudo sienten la tentación de identificar antes las diferencias. Las similitudes con frecuencia conllevan ahondar un poco bajo la superficie. En el periodo clásico, por ejemplo, el hinduismo y el confucianismo parecen muy distintos, y sin duda lo eran en muchos aspectos. El hinduismo respaldaba el sistema de castas, al contrario que el confucianismo; la primera era una religión con un componente profundamente espiritual, y la segunda también difería en este sentido. No obstante, ambos sistemas de creencias apoyaban la

desigualdad social (aunque fuese en formas específicas diferentes) y al menos tenían el propósito implícito de mantener el buen orden pese a las importantes brechas entre los distintos niveles sociales. Las similitudes no obedecen solo al importante hecho de que los humanos son humanos y desarrollan algunas respuestas comunes, sino también a que, en periodos clave, diferentes sociedades lidian con problemas comunes, como el desafío, durante el periodo clásico, de establecer culturas que contribuirían a unir extensos territorios geográficos. No existe un equilibrio automático entre similitud y diferencia; la idea, en la comparación, es evaluar ambos aspectos.

La comparación, por último, no debe ser estática. Las sociedades pueden ser más similares en ciertos momentos y más desiguales en otros, al responder a diferentes factores o diferencialmente al mismo factor. Los procesos globales comunes —por ejemplo, los nuevos niveles de comercio interregional en el periodo moderno temprano— generan diferentes reacciones de distintos participantes, y esas reacciones pueden dar pie a otras complejidades comparativas con el paso del tiempo. Una formulación comparativa para India y China en un periodo no necesariamente es procedente en otro. El cambio (y la continuidad) deben combinarse con el esfuerzo comparativo a lo largo del tiempo. Esto requiere todavía más conocimiento y análisis que las comparaciones estáticas y, si se pide de manera prematura, puede resultar abrumador. Pero la capacidad a la que debemos aspirar está clara pese a todo.

El objetivo de la experiencia en la comparación, como en gestionar recursos o lidiar con el cambio a lo largo del tiempo, es desarrollar una capacidad y un reconocimiento que en última instancia trasciendan el aula. Las noticias internacionales están repletas de invitaciones implícitas a la comparación y aún más afir-

maciones de superioridad nacional o distinción que en realidad solo pueden corroborarse a través de la comparación. Reconocer que es necesaria la comparación, incluso para comprender del todo una sola sociedad, es el primer paso, y los programas de historia universal ofrecen eso y más.

Lo local y lo global

Esta es la primera categoría analítica que surge directamente del programa de historia universal. Cuando los estudiosos contemplan la globalización hoy en día aducen que las vidas humanas están cada vez más determinadas por interacciones entre factores globales y locales o regionales. Los patrones de consumo en Estados Unidos, que giran en torno a unas conductas que han evolucionado en el ámbito nacional en forma de fiebres consumistas navideñas, determinan fuertemente las decisiones de producción en China, y viceversa, por poner un ejemplo sencillo. Los historiadores universales insisten en que esa clase de interacciones, aunque probablemente sean más intensas hoy, no son nuevas, sino que pueden detectarse en varios momentos de la historia universal. Dicha detección, a su vez, ofrece datos y la experiencia necesarios para gestionar las combinaciones globales-locales más generalizadas que existen en este momento.

Con demasiada frecuencia, las declaraciones de la historia universal estipulan la combinación local-global como parte de la agenda de los hábitos mentales, pero luego no prosiguen con ello. No es una categoría analítica fácil de desglosar, al menos a primera vista. De hecho, se centra en varios elementos de los hábitos mentales que ya se han abordado. Lo que es nuevo es principalmente la etiqueta.

En primer lugar, la mezcla local y global invita a prestar atención a las complejas causas del cambio. El argumento básico es que nuevas combinaciones de aportaciones locales y globales propiciarán cambios observables en los patrones de conducta. Algunos componentes de la combinación pueden conllevar una continuidad: en el ejemplo anterior, los hábitos navideños de los estadounidenses empezaron a surgir en el siglo XIX, y básicamente persisten en la actualidad, aunque de manera más opulenta; el nuevo elemento es el ángulo de producción global. El análisis local-global es simplemente un caso especial de análisis de causalidad.

Sin embargo, puede que también implique cierta comparación. Las influencias globales —que emanan, por ejemplo, de otra cultura— pueden compararse con hábitos locales anteriores para determinar hasta qué punto supone una sacudida una nueva coyuntura y qué reacciones podrían sobrevenir más tarde. A finales del siglo XIX, por ejemplo, las nuevas presiones occidentales sobre el este de Asia, principalmente para insistir en un mayor acceso a los mercados, suscitaron respuestas mensurablemente distintas de Japón y China. Los líderes japoneses podían recordar imitaciones exitosas anteriores, y los chinos no. Comparar factores locales —incluidos, en este caso, los diferentes tipos de experiencia histórica en la interacción con influencias extranjeras, pero también algunas diferencias en conceptos anteriores sobre qué era Occidente— ayuda a explicar los contrastes en las ecuaciones locales-globales. El análisis de causalidad, complementado por un sentido comparativo relevante, debería resolver el problema. El objetivo es comprender mejor los factores globales tal como funcionan y no simplemente en un plano abstracto, pero también los acontecimientos y la variedad locales.

El planteamiento local-global puede abarcar algunos hechos históricos importantes y no solo recientes. Los nuevos patrones del comercio de esclavos atlántico que dio comienzo en el siglo XVI, desde el oeste de África hasta las Américas, dependía de anteriores tradiciones esclavistas y motivaciones locales más recientes de los mercaderes y gobernantes africanos, ansiosos por ganar dinero y adquirir productos nuevos, por ejemplo pistolas. Pero los patrones dependían también de las enormes reducciones demográficas en las Américas y de la necesidad resultante de nueva mano de obra barata (otro hecho regional), de las capacidades del transporte europeo y del anhelo de los europeos de cosechar nuevos beneficios que sin duda erradicaron cualquier dubitación cultural que provocara el hecho de apresar a pueblos lejanos y convertirlos en esclavos. Estas fueron interacciones locales-globales con enormes consecuencias para tres importantes regiones —África, las Américas y Europa— y para millones de vidas.

La combinación local-global, por último, también debe ser vista como parte de un cambio en la historia universal. Sin duda, el aspecto global de la combinación ha ido cobrando más importancia con cada periodo histórico sucesivo, aunque las combinaciones locales-globales de cierta índole no son fenómenos puramente modernos. Observar cómo amplían su envergadura los factores globales, merced a las nuevas tecnologías y a nuevas políticas de alcance, es un elemento fundamental de la exploración más general del cambio y la continuidad, pero sin olvidar nunca que, incluso en el mundo globalizado de principios del siglo XX, lo local todavía deja una fuerte impronta.

Conclusión

Numerosos estudiantes llegan a un programa de historia universal con una experiencia analítica relativamente exigua, ya sea en un pensamiento histórico general o en el contexto especial que aporta la historia universal. Por ejemplo, no abordan espontáneamente la comparación, y suelen preferir —no solo porque parece más sencillo, sino porque se corresponde con su experiencia anterior, que se basa en la observación individual de las sociedades— tratar las cosas una por una.

Por su parte, algunos docentes de historia universal no consiguen expresar sus objetivos analíticos para un curso de forma tan explícita como cabría desear. Quieren que los estudiantes aprendan a comparar o a lidiar con el cambio a lo largo del tiempo en un contexto global, pero no lo dicen directamente y no entran en detalle alguno sobre las perspectivas que mejor funcionan. Una cosa es asignar un ensayo comparativo sobre un tema interesante, y otra debatir las fases cruciales del análisis comparativo y las diferencias entre la comparación activa y la mera yuxtaposición o secuencia. Lo mismo podríamos decir del cambio a lo largo del tiempo, con oportunidades para evaluar directamente qué significa establecer un punto de partida o cómo sopesar la relevancia. No existen fórmulas sencillas para los hábitos mentales que conlleva la historia universal, y tenemos todos los motivos para fomentar la experiencia real, tanto en los debates en clase como en varios tipos de asignaciones. Pero hay maneras de acelerar la identificación y adquisición de hábitos mentales clave.

Y este es el motivo por el que, al entrar en un curso de historia universal, el conocimiento de qué tipo de capacidades analíticas subyacen en la experiencia del aprendizaje de dicha materia es inusualmente deseable. Las tareas clave expondrán a

los estudiantes a evaluaciones relevantes de fuentes o a la interacción entre la causalidad local y global. Para los estudiantes, saber lo que hay que buscar, cómo se definen los hábitos mentales y cómo pueden desglosarse en fases o pasos es un elemento fundamental a la hora de afrontar el desafío.

El equilibrio es un aspecto importante del planteamiento de los hábitos mentales. Un proyecto de historia universal que funcionara solo con el análisis documental o mediante la comparación se estaría quedando corto. No todos los elementos de la lista requieren atención, pero debería haber una mezcla, y los encuentros explícitos con el análisis de cambios, la comparación y la influencia local-global son componentes estándar de cualquier buen programa.

De nuevo, siempre esperamos que los alumnos terminen un curso de historia universal con ciertos impulsos analíticos de los que carecían antes o no habían desarrollado tan plenamente, unos impulsos que seguirán sirviéndoles en la vida, después de las clases, a la hora de lidiar con los acontecimientos globales y comprenderlos. Reconocer cuándo un locutor anuncia un cambio importante (se utilice el término o no) o cuándo solo puede evaluarse un blog mediante la comparación, y saber qué hacer a continuación para entenderlo mejor y gozar de una mayor perspectiva es de gran ayuda, tanto en el trabajo como para una ciudadanía informada. Por desgracia, algunos datos de la historia universal pueden desvanecerse en la memoria, aunque esperemos que no todos. Los hábitos mentales básicos pueden ejercitarse con regularidad y de este modo persistir activamente.

Otras lecturas

Varias obras generales de utilidad dedicadas a los hábitos mentales históricos incluyen: Wineburg, Sam; *Historical Thinking and Other Unnatural Acts: Charting the Future of Teaching the Past* (Filadelfia: Temple University Press, 2001); y Stearns, Peter N., Peter Seixas y Sam Wineburg; *Knowing, Teaching, and Learning History: National and International Perspectives* by (Nueva York: NYU Press, 2001). El National Center for History in the Schools (http://nchs. ucla.edu/) y los National Standards for World History (http://www. sscnet.ucla.edu/nchs/wrldtoc.html) también ofrecen buenas visiones generales. La interpretación diversificada está bien documentada por Robert B. Bain en varios artículos, entre ellos «AP World History Habits of Mind: Reflecting on World History's Unique Challenge to Students' Thinking», en *Teacher's Guide: AP World History* (Princeton, NJ: College Entrance Examination Board, 2000).

4. **GESTIONAR EL TIEMPO**

Elegir y evaluar periodos de la historia universal

En el capítulo 2 se exponían las características básicas de los principales periodos históricos. Pero el pensamiento que se oculta detrás de la selección de dichos periodos no se comentaba de manera explícita. Entender esto es crucial para gestionar activamente los materiales de la historia universal. La selección de periodos y evaluar esa selección constituyen elementos vitales sobre el tipo de hábitos mentales que fomenta la historia universal, sobre todo en la categoría del cambio a lo largo del tiempo.

Para un estudiante que se encuentre con ellos por primera vez, los periodos de la historia universal pueden resultar abstractos y arbitrarios. El propósito de este capítulo es repasar los criterios utilizados para elegir los periodos y volver a poner énfasis en cómo estos últimos, o más bien sus definiciones, pueden aplicarse para organizar y, en muchos casos, simplificar los datos de la historia universal. El debate también forma parte de este proceso. Casi todos los periodos entrañan importantes imperfecciones y caos: no fueron decretados por alguna mano divina, sino que fueron ideados por historiadores y están abiertos al debate o la revisión. En este caso también interviene el componente de desarrollar unos hábitos mentales adecuados —entre ellos la voluntad de lidiar con la controversia— y dirigirlos a uno de los pilares esenciales de la erudición histórica.

La periodización es el modo en que los historiadores tratan de captar el proceso de cambio y hacerlo inteligible para ellos mismos y para los demás, a menos que se contenten simplemente con relatar crónicas sobre batallas o elecciones pasadas o plantear problemas. La periodización supone —y esta suposición en sí misma merece cierto debate— que el cambio ni es aleatorio ni constante, sino que, en ciertos momentos, convergen factores que cambian el contexto básico de cómo funcionan las sociedades. Este proceso crea un nuevo contexto, o notablemente nuevo, que marca el inicio de un nuevo periodo de tiempo definible.

Los historiadores que creen en patrones más profundos y definibles de cambio —y la mayoría de los historiadores universales encajan en esa categoría— buscan al menos dos, y a menudo tres, tipos de mediciones que permiten definir los periodos.

Suposición n.° 1 en un esquema de periodización: los temas que habían prevalecido antes de que comience el nuevo periodo pierden importancia o incluso pueden verse revertidos. Un nuevo periodo no evita cierta continuidad respecto del pasado, así que es engañoso esperar que cambien todas las características, pero exige que el contexto anterior pierda su dominación; de lo contrario, debemos suponer que el periodo anterior sigue vigente. En cuanto a pensar en el cambio, esta primera suposición establece un punto de partida.

La suposición n.° 2 en un esquema de periodización, por tanto, viene condicionada por la necesidad: si los principios organizativos anteriores pierden importancia o incluso son reem-

plazados, es esencial definir cuáles son los temas nuevos y cómo empiezan a organizar facetas clave de la experiencia humana. En algún momento, incluso los nuevos temas empezarán a perder fuerza, dando lugar a otro periodo y requiriendo el mismo tipo de análisis inherente a la suposición n.° 1.

Por tanto, definir y evaluar periodos conlleva identificar temas básicos en cualquier temática histórica que se esté estudiando, y determinar cómo una serie de temas en un momento dado conduce a otra. Evaluar la periodización de cualquier historiador se centra principalmente en la conveniencia de esta determinación, decidir si es defendible que un contexto da paso a otro.

Muchos periodos de la historia universal ofrecen un tercer tipo de identificación, cuando el final de un periodo y el inicio de otro es desencadenado o al menos presagiado por algún acontecimiento o proceso dramático. La Primera Guerra Mundial —sin duda, un hecho importantísimo— se considera, por tanto, un punto de inflexión en toda una variedad de ejercicios históricos, entre ellos la mayoría de las formulaciones de la historia universal. Un gran acontecimiento no es una característica absolutamente esencial de un esquema de periodización satisfactorio (en ocasiones, los cambios básicos se aproximan más sigilosamente), y no todos los hechos importantes provocan cambios fundamentales y duraderos. Demasiado énfasis en indicadores convenientes puede ser engañoso. Pero cuando un acontecimiento o una serie de acontecimientos importantes sintetiza o causa un cambio básico, desde luego hace que el análisis de la periodización sea más claro.

A veces, elegir o evaluar un periodo puede no requerir demasiada reflexión. Cualquier historia del Japón moderno, por ejemplo, identificará, casi sin lugar a dudas, un periodo que va

desde mediados de los años veinte hasta 1945, momento en el cual las autoridades militares dominaban las escenas política y diplomática. Las características de la historia japonesa previa a 1920, algunas de las cuales se remontan hasta la cultura del samurái posclásico, contribuyeron a incubar el nuevo periodo, pero el grado de control militar era perceptiblemente distinto del contexto de la era Meiji anterior, en parte por los acontecimientos y frustraciones que imperaron durante la Primera Guerra Mundial. Y, sin duda, la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial y el posterior periodo de ocupación generaron una valoración muy distinta de los motivos y estructuras militares que siguen definiendo algunos aspectos de la experiencia japonesa hoy. Ni siquiera este contexto bastante prolijo para determinar un periodo característico del militarismo japonés debería aceptarse sin someterlo a prueba, sobre todo al principio del proceso, pero aparece de manera bastante clara en la mayoría de las formulaciones.

Deben señalarse tres complejidades comunes en los esquemas de periodización, incluso en casos relativamente fáciles. La primera —y esto se deriva directamente del debate sobre el cambio y la continuidad incluido en el capítulo anterior— es que el hecho de que exista un nuevo contexto no significa que no se produzca un cambio posterior relevante, antes del fin absoluto de un periodo. El cambio como proceso continúa, incluso con el nuevo contexto ya vigente. El militarismo japonés no fue una constante desde los años veinte hasta 1945. La idea de un periodo básico de control militar autoritario tiene sentido, pero los primeros estadios diferían de las intensificaciones de finales de los años treinta. Los periodos, en otras palabras, adoptan cambios internos, pero mientras estos no den un vuelco al contexto —y esto a menudo es algo subjetivo que puede y debe debatirse— el esquema de periodización sobrevive.

En segundo lugar, un periodo en un ámbito no asegura un nuevo patrón definible en otras áreas. La historia no es tan ordenada. Identificar un nuevo contexto político no es necesariamente aplicable a los cambios en las relaciones entre sexos o en la fabricación; puede que sea así, pero la conexión debe ser verificada y no meramente afirmada. Ni siquiera los grandes indicadores, como la Primera Guerra Mundial, se extienden a todos los ámbitos cruciales, aunque los historiadores, para ahorrarse problemas, a veces utilizan fechas convencionales de este tipo para hablar de cambios generalizados. Los acontecimientos que se produjeron entre 1914 y 1918, y los factores que los provocaron, designan legítimamente un cambio en la naturaleza de la guerra, en la posición de Europa en el mundo, en la política de Oriente Próximo, en el nacionalismo y el imperialismo e incluso en las estructuras y los movimientos políticos nacionales. Pero no son fechas especialmente decisivas para la historia de las mujeres. Desde luego, la Primera Guerra Mundial propició algún nuevo uso de las mujeres en las fábricas, pero fue temporal; ayudó a la mejora de los derechos al sufragio de las mujeres en algunos países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Turquía, Alemania y la Unión Soviética), pero en modo alguno uniformemente, ni siquiera dentro de Europa. El feminismo en general no avanzó, y en ciertos sentidos retrocedió un poco. La guerra debe tenerse en cuenta en la historia de las mujeres, pero no modeló cambios fundamentales o generalizados, excepto en los pocos países que literalmente se vieron arrastrados por un proceso revolucionario como corolario del conflicto en sí mismo. La historia de las mujeres también tiene una periodización, pero un tanto distinta de la que podemos aplicar a la vida militar y política global.

Una última complejidad —al menos en numerosos casos cruciales— implica el desorden inherente a la hora de determinar

un comienzo y un final precisos de periodos clave, la necesidad de lidiar con la borrosidad de las transiciones incluso cuando un periodo puede definirse en última instancia de manera bastante clara. A menudo, por ejemplo, aparecen una serie de nuevas ideas, lo cual indica el nacimiento de hechos inéditos; pero tardarán cierto tiempo en ganar una aceptación generalizada y empezar a influir en las conductas. Fue a finales del siglo XVII, por ejemplo, cuando en el mundo occidental pensadores como John Locke empezaron a plantear la nueva propuesta de que los niños no tenían unas características inherentes, sino que eran «pizarras en blanco» cuyo aparato mental se desarrollaría o distorsionaría en buena medida a través del aprendizaje. Aquí, como una semilla, se hallaba el punto de partida de nuevos compromisos con la educación, un ataque a viejas ideas cristianas sobre los niños condicionadas por el pecado original y una interpretación potencialmente característica de la infancia en general. Pero estas ideas tardarían más de un siglo en ejercer influencia en las prácticas relacionadas con los niños, tanto por los padres como por las autoridades educativas o los reformadores políticos. Por tanto ¿cuándo empieza un nuevo periodo en la historia de la infancia, con las nuevas ideas fundamentales o con unas aplicaciones más amplias? Sin duda, un poco de ambas, y la existencia de un siglo o más de complicada transición simplemente debe incluirse en el esquema de periodización. Podemos atribuir una indefinición similar a periodizaciones importantes como la revolución industrial. Es bastante fácil determinar las fechas de nuevas tecnologías relevantes, como el motor de vapor o innovaciones clave como la maquinaria para la fabricación textil. Pero los inventos tardaron mucho tiempo en traducirse en cambios perceptibles en las economías nacionales, incluso en industrializadores pioneros como Gran Bretaña o Bélgica, y todavía más para que las consecuencias sociales más generalizadas quedaran

claras. Así pues ¿cuándo empieza el periodo industrial de la historia? Podría ser a mediados del siglo XVIII, si queremos documentar los primeros inventos, o un siglo después, si queremos abarcar el nacimiento mensurable de las sociedades industriales (fue en 1850 cuando la población británica era semiurbana, por ejemplo, la primera vez que ocurría en la historia universal), o incluso algo más tarde si tomamos en consideración el mundo fuera de Occidente.

En suma: la periodización da por sentado que, en ciertos momentos cruciales, los patrones otrora dominantes ceden ante otros patrones. La crucial tarea de introducir consecuentemente la periodización consiste en identificar cuáles eran los patrones anteriores y cuándo y cómo empezaron a cambiar, y luego identificar los nuevos temas que los sustituyen. A veces, esta tarea resulta más clara gracias a la existencia de grandes acontecimientos o hitos, que o bien causan la sustitución de un contexto por otro, o bien ofrecen pruebas simbólicas de que está produciéndose un cambio. Incluso en los casos más claros, la periodización debe complicarse por la idea de que ocurrirán otros cambios, a medida que las tendencias se afianzan y reaccionan a otras fuerzas, y al darse cuenta de que no todas las conductas humanas responden a los mismos factores, de modo que los periodos han de variar dependiendo de la temática. Por último, la complejidad a menudo se agudiza por el hecho de que los periodos importantes rara vez afloran por completo en una única fecha, así que las transiciones que desembocan en un periodo y, más tarde, se distancian hacia una nueva serie de acontecimientos, deben incorporarse al análisis.

La periodización sin duda requiere reflexión, e incluso cuando un estudiante de historia está evaluando la periodización de otra persona, en lugar de generar un esquema de partida, dicha re-

flexión sigue siendo esencial. La periodización invita a una identificación cuidadosa de las suposiciones que intervienen, desde la transición de un grupo de patrones a otro hasta el hecho de dilucidar cuántas facetas de la historia puede abarcar cada modelo de periodización. El resultado es una apreciación más inteligente y activa de cómo se produce el cambio. Sin embargo, el resultado también consiste en entender que las iniciativas de periodización son construidas por estudiosos y alumnos de historia y no vienen determinadas mágicamente por una mano divina, por lo cual, siempre pueden ser discutidas y debatidas.

Trasladar la periodización a la historia universal

El comentario del capítulo 2, donde se presentan características fundamentales de los esquemas de periodización utilizados en la historia universal, dejaba claro que la periodización es uno de los sistemas cruciales que utilizan los historiadores para que el vasto dominio de la historia universal sea coherente y gestionable. Con la periodización no es necesario avanzar siglo a siglo, sino ver contextos más generales, algunos de los cuales poseen una duración considerable. Asimismo, es posible identificar algunos momentos clave en los que cambian esos contextos, y comentar los actores y complejidades que intervienen en dichas transiciones.

Puesto que la periodización de la historia es por necesidad amplia y entraña dilatados periodos de tiempo, inevitablemente reproduce las diversas clases de complejidades señaladas con anterioridad. Los comienzos y finales indefinidos son ineludibles. Raras veces un periodo surge de manera repentina o clara, lo cual significa que las transiciones tanto al principio como al final

casi siempre forman parte de la ecuación, al igual que los debates sobre qué fechas concretas son más adecuadas. Ciertos periodos, sin duda, son más ordenados que otros; será tentador ver las unidades modernas como algo definido más rápidamente que los casos anteriores, aunque esto puede resultar engañoso. Sin embargo, un único acontecimiento central nunca pone en marcha un proceso de periodización en el ámbito de la historia universal. Incluso la Primera Guerra Mundial forma parte de una mayor acumulación de factores.

Los periodos de la historia universal también son temáticamente variados. Un periodo nunca abarca todos los aspectos de la experiencia humana igual de bien; algunos periodos vienen definidos por acontecimientos en el comercio y la vida cultural, con una forma política menos precisa, mientras que otras definiciones culturales son difíciles de encontrar. Por ello, es complejo discernir patrones políticos transregionales para el periodo clásico —lo cual no significa que no se produjeran acontecimientos políticos— y deben buscarse fundamentalmente dentro de regiones concretas. Por el contrario, las tendencias culturales comunes en buena medida eran inexistentes en los primeros siglos de la era moderna, pese a las innovaciones cruciales en varias regiones específicas. En otras palabras, la periodización de la historia universal pone de vivo relieve la diversidad temática de toda la empresa de periodización. Muy pocos temas salen de la nada constantemente; ni siquiera las innovaciones tecnológicas básicas entran en las definiciones esenciales.

Además, comprender los periodos básicos debe complementarse con una idea clara de las diversas tendencias y mejoras que se producen dentro del periodo; los periodos de la historia universal nunca son estáticos. En este caso, las presentaciones variarán dependiendo de la cantidad de tiempo de que dispongamos para

los detalles. En última instancia, por ejemplo, la formación de grandes imperios fue uno de los emblemas clave del periodo clásico. Pero no solo varió la naturaleza específica de los imperios dependiendo de la región, sino también la cronología. La forma imperial surgió rápidamente en Persia; pero en China, India y el Mediterráneo los imperios se desarrollaron tras una larga exposición a unidades políticas más localizadas. Si el tiempo lo permite, estudiar cómo sucedió esto es un elemento importante de la historia clásica, sin contradecir la insistencia en que la integración política a través del imperio se convirtió en una característica definitoria del periodo clásico en su conjunto.

Y los periodos de la historia universal entrañan otra variable que los esquemas de periodización más precisos y limitados a una sola región pueden evitar: la variable de la geografía. En esto hay aspectos positivos y negativos. El negativo es que pocos o ningún esquema de periodización de la historia universal funcionan igual de bien para todas las partes del mundo. Esto es ineludiblemente cierto hasta tiempos recientes, pero el problema persiste hoy en día. Señalar excepciones geográficas, regiones que tienen que abordarse caso por caso, simplemente complica los esquemas de periodización. Pero la periodización de la historia universal —y este es el aspecto positivo— debe pasar una prueba de geografía. Los temas básicos de cualquier periodo de la historia universal deben ser aplicables (aunque probablemente de manera característica para cada región) a varias zonas y sociedades, y no solo a una o dos. (Un desafío interesante para los estudiantes de historia universal cuando lleguen al periodo contemporáneo es asegurarse de que no confían demasiado en las tendencias de su país, suponiendo que, puesto que estas son importantes para ellos, deben de ser globales; la prueba multirregional no puede basarse en suposiciones provincianas.) Los contextos de la periodización de la historia universal son útiles pre-

cisamente porque designan temas a los que muchas sociedades han tenido que responder. El resultado es una combinación de patrones comunes y oportunidades para la comparación que impiden decisivamente que la historia universal se convierta en un mero catálogo de una crónica regional desconectada tras otra.

Pese a todas las complejidades, otras dos características vitales destacan a la hora de diseccionar la periodización de la historia universal. En primer lugar, los puntos del cambio fundamental no son numerosos. Las revoluciones agrícola e industrial, el impacto del hierro, la aceleración de los contactos interregionales hacia 1000 EC y de nuevo alrededor de 1500: esta es una lista manejable. En torno a ella, podemos crear un esquema de periodización más detallado, como veíamos en el capítulo 2.

La segunda guía para la periodización de la historia universal subraya la presencia de dos factores en casi todos los esquemas, al menos desde 1000 AEC en adelante. Cada periodo de la historia universal incluye cambios mensurables en la *naturaleza y el rango de las interacciones comerciales* (a menudo con cambios tecnológicos añadidos), y cada periodo conlleva cambios perceptibles en la *lista y el equilibrio entre las grandes sociedades o civilizaciones*.

Los cambios en los patrones de contacto son fundamentales. El periodo clásico, que en última instancia incluye nuevos niveles de comercio interregional entre las Rutas de la Seda y a través del océano Índico, obviamente contrasta con las interacciones más difusas e irregulares de las civilizaciones de las cuencas fluviales y otras sociedades; el posclásico redefinió los niveles, las rutas y las tecnologías del comercio, y estas fueron definidas de nuevo por los patrones globales surgidos a partir de 1500. Los niveles de producción y las tecnologías industriales generaron otro nivel en el largo siglo XIX, etc. Nota: el énfasis en los cambios en los patrones de contacto como criterio fundamental para

la periodización de la historia universal significa asimismo que, en cada nuevo periodo, el equilibrio entre lo local y lo global también cambia ligeramente a favor de este último, aunque algunas transiciones, como la posclásica, son más importantes que otras.

Los equilibrios de poder pueden sonar crudos, y algunos historiadores universales, ansiosos por dar a cada región lo que merece, pueden rehuir este criterio. Pero el auge de grandes Estados y zonas culturales en el periodo clásico, considerablemente equilibrado, pero con una importancia especial para el papel del sur de Asia, contrasta de forma marcada con el desarrollo del mundo árabe y el islam como la que probablemente sea la primera civilización «de talla mundial» en los siglos posclásicos. A la postre, este se vio reemplazado por el ascenso de Occidente, pero en medio de un considerable equilibrio regional en el periodo moderno temprano seguido por las breves décadas de control industrial de Occidente que ayudan a definir el largo siglo XIX. La Primera Guerra Mundial y el siglo XX inician un gradual y complejo derrocamiento de la dominación occidental, lo cual contribuyó a modelar el periodo contemporáneo.

Los patrones de comercio e intercambio y los equilibrios de poder nunca actúan de manera aislada: dependiendo del periodo, pueden verse complementados por factores culturales (como la propagación de las religiones mundiales en los siglos posclásicos) o cambios sociales (el declive de la esclavitud durante el largo siglo XIX o los cambios en los niveles demográficos) o alteraciones políticas como la omnipresencia de los imperios durante la era moderna temprana. Pero saber que dos criterios, durante los últimos 3000 años, siempre han intervenido simplifica la búsqueda de los motores de la periodización de la historia universal. En otras palabras, cuando se introduce un periodo,

hemos de buscar qué cambios se producen en los patrones comerciales y los equilibrios entre sociedades, y luego preguntar qué otros factores se suman a estos con esas dos categorías para dar forma al nuevo periodo en general y diferenciarlo de lo sucedido antes. La periodización de la historia universal no resulta sencilla, pero no es un nuevo menú de ingredientes sociales cada vez. Y las transformaciones más fundamentales —agricultura, hierro, nuevos niveles de interacción e industrialización— contribuyen también, en especial a los patrones de intercambio. La periodización de la historia universal, en otras palabras, tiene una estructura analítica que no es ni mucho menos aleatoria y que no resulta imposiblemente detallada.

El grado de coherencia en la periodización de la historia universal impone cierta precaución. Un historiador universal ha subrayado lo difícil que es pretender integrar la mayoría de los fenómenos clave en una lista de periodos y por qué «una periodización que parece ilustrativa para un estudioso es errónea para otro». Pese a todo esto, en realidad existe un notable consenso sobre los grandes indicadores, y la involucración en la historia universal no requiere una disputa incesante o una enorme incertidumbre sobre los patrones de cambio o tiempo. Cada periodo debería someterse a una evaluación crítica —esto es verdaderamente importante—, pero no hay necesidad de incorporar una controversia constante.

LISTA DE PERIODIZACIÓN

(1) ¿Han sido señalados los temas del periodo anterior y se ha identificado un cambio en su naturaleza o importancia?

(2) (a) ¿Han sido identificados los temas del nuevo periodo? ¿Se dan cambios relacionados en la tecnología o la demografía? (b) ¿Se han identificado los cambios en los equilibrios de poder y los patrones de contacto? ¿Qué otros nuevos temas deben añadirse a estos?

(3) ¿Existen acontecimientos indicativos o procesos al principio y al final del periodo y, si no, hay signos de un cambio adecuado de todos modos?

(4) ¿Existen indicios claros de que la nueva periodización es aplicable a varias sociedades y regiones y no solo a una o dos?

Lista secundaria:

(1) ¿Hay temas importantes a los que esta periodización particular no sea aplicable?

(2) (a) ¿Existen algunas regiones o sociedades a las que la periodización no sea aplicable? (b) ¿Cuáles son las principales diferencias comparativas en las respuestas regionales al nuevo contexto comparativo?

(3) ¿Hay algunas complejidades transicionales al principio o al final del periodo o ambos?

(4) ¿Hay opciones alternativas que puedan plantearse en lugar de esta periodización?

Aplicar la periodización de la historia universal: las primeras fases

La periodización tiene un propósito serio y constructivo, que es ayudar a concentrarse en los temas principales de cambio en cualquier temática histórica. Esto apela a las capacidades analíticas, ver cómo esos temas ejercen influencia en diversas actividades o regiones y discernir las inevitables complejidades de las borrosas transiciones y los procesos de cambio una vez que se establece inicialmente el contexto de un periodo. En la historia universal, la periodización ayuda a poner de relieve momentos de cambio particularmente importantes y generalizados, y también llama la atención sobre definiciones recurrentes de los sistemas de comercio y de transformación y los equilibrios de poder. Comprender qué interviene en las decisiones de periodización ayuda a gestionar y clasificar datos históricos, y ofrece coherencias amplias aunque, por definición, no permanentes. La periodización también plantea cuestiones comparativas clave a la hora de averiguar cómo respondieron diferentes sociedades a temas básicos.

Traducir los principios de periodización a la cobertura de la historia universal ilustra las características generales de la técnica y ofrece ciertas advertencias y guías adicionales. Los temas en los numerosos miles de años de la experiencia humana temprana difieren de los de los últimos tres milenios.

La primera pregunta, que ha concitado una enorme atención recientemente, es muy sencilla: ¿por dónde empezamos con la historia universal? En los viejos tiempos, los comienzos del estudio de la historia normalmente ponían el acento en la aparición de la escritura, distinguiendo entre prehistoria (un tema más para la arqueología que para la historia en esas formulaciones) y la historia real basándose en las crónicas escritas. Esta distinción prácticamente ha desaparecido, y la mayoría de los programas de historia universal empiezan ahora con un breve comentario

sobre los orígenes y migraciones humanos y la naturaleza de la economía cazadora-recolectora como telón de fondo para el primer cambio sistemático en la experiencia humana con el nacimiento de la agricultura.

Empezando dubitativamente en los años ochenta y con más brío en la última década, ha surgido un planteamiento alternativo que adopta la etiqueta deliberadamente grandilocuente de «gran historia» y pretende incorporar la historia universal en una visión cronológica y temática mucho mayor. Los defensores de la gran historia alientan a prestar atención a toda la historia del universo y sus más de 13.000 millones de años. Empiezan con el Big Bang, pasan a la creación de las primeras estrellas; la aparición de la vida se convierte en la quinta fase de un escenario en ocho partes, el nacimiento de la especie humana es la sexta, la agricultura la séptima y la llegada de la modernidad industrial es el estadio final hasta la fecha. El objetivo es buscar temas y patrones comunes sin una plena distinción entre la experiencia humana y la evolución anterior y continua de sistemas físicos y biológicos mayores. El campo abarca la biología, la climatología, la arqueología y, obviamente, estudios demográficos y medioambientales. Esta interdisciplinaridad es uno de los grandes ganchos de la gran historia. En ella intervienen varias escalas temporales, si bien una atención desproporcionada se desvía hacia la aparición y las actividades de los humanos. Los estudiosos y profesores de la gran historia aducen que comprendernos a nosotros mismos solo es posible mediante una exposición a «la historia más amplia de todas». La gran historia tiene defensores acérrimos, pero todavía está por ver si generará nuevos criterios para las primeras fases de la mayoría de los programas de historia universal.

Al margen del desafío que constituye la gran historia, los programas de su vertiente universal se topan con otros problemas a la hora de lidiar con las primeras fases de la experiencia humana. La manejabilidad es algo a tener en cuenta en este caso; la falta de información sistemática inhibe el despliegue completo del esquema de periodización factible desde la era clásica en adelante; y la disyunción de acontecimientos clave en el tiempo y el espacio geográfico generan limitaciones. Algunos puntos clave, asimismo, todavía no están del todo claros. Por ejemplo, no sabemos con exactitud cuándo nació la capacidad del habla, y los cálculos varían hasta en 50.000 años. Tampoco conocemos los procesos mediante los cuales el *Homo sapiens sapiens* se convirtió en una especie humana individual, a diferencia de otras tipologías humanas avanzadas como la neandertal.

Los indicios de patrones que ayudan a demarcar periodos históricos posteriores también son frustrantemente esquivos. Sabemos que los grupos cazadores-recolectores no solo emigraban, sino que interactuaban periódicamente, estableciendo así unos contactos que podrían compararse con intercambios posteriores y más sistemáticos. Pero a menudo es difícil ir más allá de la mera afirmación de que a veces se producían contactos. Sabemos, por ejemplo, que entre 30.000 y 15.000 AEC, los humanos de algún lugar de África o Asia inventaron el arco y la flecha, un considerable avance en la tecnología de la caza y militar que permitía matar a distancia. Sabemos que dicha tecnología se propagó y que a la postre llegó a todos los rincones de Asia, África y Europa. En algún momento también llegó a las Américas, donde empezó a avanzar hacia el sur de manera muy gradual. Cuando Colón llegó en 1492, los nativos de toda Norteamérica (entre ellos los aztecas de Centroamérica) y la zona septentrional de Sudamérica comprendían y utilizaban el arco y la flecha, pero los incas, que

vivían un poco más al sur, en los Andes, todavía no habían adquirido esas armas. (Los nativos australianos quedaron totalmente excluidos de este proceso de intercambio.) ¿Cómo se producían las transmisiones de esta índole y por qué a veces eran lentas y limitadas? Surgen interrogantes similares acerca de las primeras actividades comerciales. Existen pruebas de que los plátanos —originarios de la actual Indonesia— habían llegado a Madagascar en 1000 AEC, pero no sabemos con certeza si también habían penetrado en África por aquel entonces, ni qué tipo de comercio y viaje los llevó ni siquiera a parte del océano Índico. En resumen, somos conscientes de que se produjeron intercambios muy pronto, una señal inequívoca de que la gente comprendía sus ventajas al menos ocasionalmente, pero sabemos demasiado poco sobre ellos para ofrecer un punto de partida claro para interacciones posteriores que fueron más amplias y se documentaron de manera más abundante.

Agricultura y civilización

Las oportunidades para la periodización sin duda mejoran enormemente con la gran revolución agrícola. Las comunidades sedentarias empezaron a dejar mayores cantidades de pruebas materiales para análisis posteriores, entre ellas obras de arte más variadas, pero también materiales utilizados en la producción y el comercio. La aparición de civilizaciones como formas de organización humana ampliaron todavía más las pruebas, y el periodo de la civilización de las cuencas fluviales, de 3500 a 1200-1000 AEC, aproximadamente, puede desglosarse en afirmaciones mucho más precisas sobre cambios y continuidades en so-

ciedades concretas como Mesopotamia y Egipto, donde los esquemas de periodización son bastante elaborados.

No obstante, sigue habiendo limitaciones. Se sabe mucho más acerca de Oriente Próximo y el norte de África que sobre Harapa o incluso la China antigua, lo cual dificulta las generalizaciones sobre acontecimientos de la historia universal en el periodo temprano de la civilización. La cronología de los grandes acontecimientos todavía variaba considerablemente según las regiones. Mientras que la dinastía china Shang encaja en el modelo de las civilizaciones de las cuencas fluviales, surgió bastante más tarde que ejemplares anteriores situados más al oeste, del mismo modo en que las fechas de la agricultura en ciernes habían variado enormemente en función de las regiones. Asimismo, debido a la pronunciada separación de la mayoría de los acontecimientos regionales, es difícil generalizar mucho sobre el final del periodo de las cuencas fluviales. El desmoronamiento de la sociedad de Harapa y el influjo y posterior adaptación paulatina de los cazadores-recolectores indoeuropeos contrasta con la transición más pausada de las cuencas fluviales al primer periodo clásico en China, que, de nuevo, fue distinto del declive gradual del reino egipcio. Utilizar aproximadamente 1000 AEC para indicar la transición del periodo de las cuencas fluviales al clásico en realidad es solo una datación por comodidad, no un límite de periodización que marque diferencias regionales.

Por último, los debates sobre periodización de la Antigüedad, tras la aparición de la agricultura e incluso de la civilización, siempre se ven limitados por la necesidad de tener en cuenta la viabilidad e importancia continuadas de sistemas alternativos, y sobre todo las economías nómadas. En este caso, los esquemas de periodización detallados no funcionan en absoluto, excepto cuando las migraciones o invasiones de un grupo nómada con-

creto, como los indoeuropeos o los hunos, entraron en las crónicas históricas de otras sociedades. Sin embargo, no solo existían zonas nómadas clave, sino que podían causar un impacto histórico considerable. Constituyen otro indicio de la variabilidad humana y regional que complica cualquier afirmación sobre periodización en tiempos bastante recientes.

Aplicar la periodización de la historia universal: las fases posteriores

Las dificultades de la periodización no desaparecen ni mucho menos con el desarrollo de las grandes sociedades clásicas, sino que empiezan a adoptar diferentes contornos. Los indicios mejoran; la variedad regional, si bien todavía grande, disminuye un poco, sobre todo en zonas muy importantes de África, Asia y Europa; los patrones de intercambio y equilibrio entre las grandes sociedades empiezan a proporcionar los mercados que permiten un análisis más coherente.

Periodo clásico

Lo que estaba sucediendo, al menos hacia 500 AEC, fue el desarrollo de nuevos paralelismos entre grandes regiones de Asia, el sur de Europa y el norte de África, basado en el uso de herramientas y armas de hierro y las oportunidades que ello brindaba para gozar de mayores zonas regionales de operación. La aparición de conexiones comerciales interregionales más regulares e identificables entre las mismas zonas permite un análisis mucho

más claro de este aspecto de la periodización de la historia universal. Incuso cuando grandes regiones definían características muy diferentes, los patrones de la historia universal se volvían más claros, lo cual permite a su vez un uso significativo y amplio de las técnicas de periodización.

El periodo clásico se hace eco, sin duda, de algunos de los temas anteriores. Las sociedades clásicas no abarcaron el mundo entero, lo cual limita la cobertura de la periodización clásica. Grandes tramos de la Europa meridional y buena parte del África subsahariana se movían de acuerdo con dinámicas diferentes, donde los temas clave implican la propagación de la agricultura o nuevos movimientos de gente, como en las grandes migraciones bantúes o la llegada de los pueblos eslavos a nuevas zonas del este de Centroeuropa. Las Américas también seguían patrones dispares (el periodo olmeca y los primeros mayas, en el caso de Centroamérica) que, de nuevo, son interesantes e importantes pero no encajan en un esquema de periodización basado en los patrones de las sociedades clásicas. El hecho de que, incluso en el caso de las grandes sociedades, el periodo clásico empiece sin acontecimientos o señales transregionales importantes (aunque el impacto de los indoeuropeos en India y también Oriente Próximo y el sur de Europa tiene cierta relevancia) aporta algo más que la habitual complejidad transicional a este aspecto del análisis. El final del periodo es más definible, con la inclusión más común de nuevos desafíos como son las invasiones, el declive social y las enfermedades, pero, solo para recordarnos a todos que la historia universal es difícil de presentar de manera cómoda, los acontecimientos se extienden a lo largo de tres o cuatro siglos, con diferentes cronologías específicas en cada región.

La duración del periodo clásico también es un desafío. Pueden identificarse subperiodos en cada región, dependiendo del tiempo del que dispongamos para entrar en detalle. El paso de la dinastía Zhou a la Han y los cambios institucionales y culturales que ello conllevó no es una progresión sencilla en absoluto; la historia india viene marcada por varios intervalos, incluido el imperio Mauria y, más tarde, las dinastías Gupta; la característica dinámica persa ya se ha señalado. En el Mediterráneo, el paso de Grecia a través del helenismo y la llegada de Roma precipita cambios importantes en la base y el centro geográficos, así como significativas transformaciones en las características. En la historia estrictamente occidental, este dilatado periodo se disgrega convencionalmente en dos o tres fases (Grecia, Roma y a veces una pausa intermedia para el helenismo), pero gran parte de los historiadores universales rehúyen de este nivel de trato detallado. No obstante, el desafío del cambio interno durante el periodo es bastante real, y no solo para el Mediterráneo.

Periodo posclásico

Podríamos decir que la coherencia mejora en los siglos posclásicos, pese a la expansión en el número y alcance de las sociedades a documentar. Aun así, es cierto que algunas partes clave del mundo no se ven abarcadas por los temas de la era posclásica, pero la expansión de la civilización en el norte de Europa, África, el sudeste de Asia y Japón reduce el alcance de este problema. Existe cierto debate en torno a la fecha elegida para iniciar el periodo. Algunas historias universales lo fechan en el año 500, para incluir algunos acontecimientos en China, Europa occidental y el Imperio Bizantino, entre ellos la

expansión del budismo y la cristiandad, mientras que otros se decantan por el 600 y el auge del islam, que sin duda se convierte en un tema crucial. Hay mucha más complejidad transicional al final del periodo, una vez que la preeminencia árabe empieza a ceder y los nuevos papeles de China, el periodo mongol y las innovaciones de Europa occidental deben ser tomadas en consideración. Por último, algunos historiadores alientan una división del periodo posclásico, en torno a 1000 EC, principalmente para documentar la importancia de los patrones de intercambio transregional que funcionaban a pleno rendimiento en ese momento. La falta de definiciones políticas convenientes para el periodo posclásico en general, a pesar de los importantes cambios en ese ámbito que vivieron algunas sociedades, también podría considerarse un inconveniente.

Los problemas de la época posclásica no eclipsan el hecho de que el periodo puede definirse mediante grandes temas, que a su vez difieren de los grandes temas del periodo clásico y de los que a su vez diferirán los temas del periodo moderno temprano (si bien están vinculados a acontecimientos posclásicos). La capacidad para utilizar dinamismos regionales y relaciones de poder cambiantes y, sobre todo, transformaciones en los patrones de intercambio como elementos fundamentales de los debates sobre la periodización destaca de manera clara.

Periodo moderno temprano

El mayor desafío convencional del periodo moderno temprano es el hecho de que se corresponde estrechamente con la periodización estándar en la historia occidental y documenta el afloramiento del Renacimiento y se extiende hasta la Ilustración,

lo cual acrecienta el peligro de ver excesivamente el periodo en términos occidentales. El desafío puede superarse, pero requiere un esfuerzo explícito. A algunos historiadores universales les preocupa la fecha de 1450 como inicio del periodo, y aducen que principios del siglo XVI sería mejor para poner de relieve el hecho de que la inclusión de las Américas estaba en marcha y que la importancia del Imperio Otomano se vio confirmada e incrementada por una victoria sobre un ejército egipcio (derrota de los mamelucos, 1517). Los historiadores chinos han señalado desde hace mucho tiempo que la fecha de 1450 no coincide con la periodización de su país, que normalmente se centra en el afianzamiento de la nueva dinastía Ming a finales del siglo XIV. Pero aunque pueda hacerse notar esta clase de desorden —las dinámicas regionales específicas suelen diferir de las decisiones de periodización de la historia universal— no es necesaria la elección de otra fecha. De hecho, la decisión que tomó China en 1439 de poner freno a sus grandes expediciones comerciales acrecienta la importancia de mediados del siglo XV como el inicio de una nueva e importante transición en la historia universal que incluiría nuevas actividades occidentales, rusas y otomanas.

Recientemente, el sociólogo e historiador Jack Goldstone ha planteado una nueva cuestión sobre el periodo moderno temprano. Goldstone ve esos siglos como el principio del fin de los patrones premodernos o agrícolas, y se pregunta incluso si podría replantearse la periodización de la historia universal en su conjunto: un nuevo y más prolongado periodo antiguo o premoderno captaría el epicentro de la experiencia agrícola, desde las primeras civilizaciones de 3500 AEC en adelante hasta el término del periodo posclásico. El siguiente periodo, desde el final del periodo posclásico hasta 1900, se agruparía como «etapa premoderna tardía». Obviamente, esta alternativa es en parte una

cuestión de etiquetas. Pero también llama la atención sobre los siglos posteriores a 1400, y no solo en Occidente, como simiente de innovaciones provisionales que a la postre derrocarían los viejos patrones agrícolas de la política y la cultura, además de la economía.

La última vulnerabilidad analítica del periodo moderno temprano (destacar la brevedad del periodo y adentrarse en definiciones del largo siglo XIX) es la falta de indicadores claros del final del periodo. La Guerra de los Siete Años (1756-1763) reequilibró las relaciones de poder en Europa, transformó las políticas británicas en Norteamérica y, por encima de todo, allanó el terreno para el creciente control británico en India. Fue un conflicto geográficamente extenso que reveló y fomentó un poder internacional europeo cada vez mayor. Y hacia 1750 (aunque la década de 1770 probablemente sea mejor opción), los primeros signos claros de la industrialización británica dieron pie a una vital transición económica y social en Europa y el mundo. Por otro lado, hasta 1840, aproximadamente, la relación económica de Europa con China no cambió, para desventaja de esta última. Y luego está la cuestión de cómo encajar las revoluciones francesa, haitiana y americana y las luchas latinoamericanas por la independencia. El hecho es que elegir un final para el periodo moderno temprano y definir cuándo los nuevos temas empiezan a ocupar el centro del escenario —crucial para definir el largo siglo XIX— es un trabajo en proceso. No existe aquí un debate enconado, al margen de la interesante propuesta de Goldstone, pero sería posible defender unas decisiones de periodización un tanto distintas.

El largo siglo XIX

Sin embargo, hasta el momento la mayoría de los historiadores universales tienden a definir un «largo siglo XIX» independiente, aunque el periodo es bastante breve y muchos de los nuevos temas más claros, incluido el impacto internacional de la industrialización y la aparición de características clave de la globalización, no surgen de forma manifiesta hasta la década de 1850, aproximadamente.

Si buena parte del énfasis recae en el creciente papel mundial de Europa, el auge relacionado de sociedades de colonos como Estados Unidos y el relativo o absoluto declive de la mayoría de las regiones restantes, el largo siglo XIX funciona bastante bien como periodo, y el hecho de que fuese una época breve cuyo final se vio eclipsado por las experiencias y consecuencias de la Primera Guerra Mundial forma parte de la definición. Este es un periodo condicionado sobre todo por las dinámicas de poder, y desbaratado cuando dichas dinámicas empezaron a cambiar a principios del siglo XX.

La era contemporánea

El último final posible de la historia universal —la era contemporánea todavía estaba desarrollándose— conlleva inevitablemente diferentes cuestiones analíticas de las que rodean a otros grandes periodos porque no conocemos el desenlace. Las definiciones de nuevos temas son inherentemente más provisorias, y regresaremos a la cuestión de la relación entre el mundo contemporáneo y la historia universal en un capítulo final.

Algunos historiadores universales, al afrontar el siglo XX y sus particulares complejidades e incertidumbres, simplemente aceptan un planteamiento de periodización entrecortado, aduciendo que las décadas de entreguerras están delimitadas por dos grandes conflictos y embellecidas por la Depresión y luego pasan a la Guerra Fría y el contexto de la descolonización durante las cuatro décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, para hablar después de tendencias recientes de una manera más indefinida cronológicamente. Otro grupo de historiadores, fascinados por la innovadora fuerza de la globalización, restan importancia a la primera mitad del siglo XX y ven los años cincuenta como el punto de inflexión de la nueva era con la globalización como principio organizador. En resumen, hay mucho menos consenso sobre este giro más reciente en la periodización de la historia universal que sobre los problemas que entrañaban las épocas anteriores.

El aspecto crucial en este ejercicio final es saber cuáles son los temas en varias opciones y, sobre todo, aplicar criterios analíticos derivados de evaluaciones anteriores de periodización sobre la experiencia contemporánea. Las guías están claras: buscar una reducción en la fuerza de temas anteriores —en el caso más obvio, los temas del largo siglo XX— y definir simultáneamente nuevos temas, entre ellos los cambios en las relaciones de poder y los patrones de interacción.

La periodización depende de las decisiones que tomen los alumnos y estudiosos sobre la mejor manera de definir el tiempo y el cambio dentro del tiempo. Como ocurre con cualquier decisión, pueden y deben debatirse alternativas. Incluso si las decisiones convencionales —como las que exponen, por ejemplo, los libros de texto estándar de historia universal— parecen plenamente aceptables, deben ser evaluadas y comprenderse sus

bases. El resultado se derivará en el fomento de unos hábitos mentales apropiados y no solo hará que la tarea de asimilar datos de la historia universal —los materiales factuales— sea más coherente, sino, en última instancia, al ofrecer aspectos clave por anticipado, también más sencilla.

Pero las decisiones sobre el tiempo son solo un primer paso en el proceso para comprender cómo se organiza la historia universal. Estas conducen ineludiblemente a la necesidad de tomar decisiones sobre el lugar. Los periodos básicos de la historia universal exponen temas fundamentales, entre ellos cambios en los patrones de interacción y, por definición, los temas deben aplicarse a varias sociedades diferentes. Sin embargo, los temas no predicen cómo gestionarán las respectivas sociedades los cambios. Los temas, en esencia, son el elemento global del ejercicio de la historia universal: deben combinarse con lo local y lo regional. Decidir el lugar —cómo definir y gestionar diferentes unidades regionales— es el siguiente paso de un ejercicio más general.

Otras lecturas

La periodización no se aborda tan a menudo como cabría imaginar dada su importancia para la investigación y la enseñanza históricas, pero estos son algunos libros y artículos importantes. Véanse Lawrence Besserman, ed., *The Challenge of Periodization: Old Paradigms and New Perspectives* (Nueva York: Routledge, 1996) y Jerry H. Bentley, «Cross-Cultural Interaction and Periodization in World History», en *American Historical Review* (junio de 1996): 749-770. Véanse también Ross Dunn, «Periodization and Chronological Coverage in a World History Survey», en *What Americans Should Know: Western Civilization or World*

History?, Josef W. Konvitz*, ed*. (East Lansing: Michigan State University, 1985), y Jack Goldstone, «The Problem of the 'Early Modern' World», en *Journal of the Economic and Social History of the Orient 41* (1998): 249-284. Sobre la Gran Historia, véase David Christian, *Mapas del tiempo. Introducción a la «Gran Historia»* (Barcelona, Crítica, 2005).

5. GESTIONAR EL ESPACIO

Regiones y civilizaciones de la historia universal

Buena parte de Turquía está situada en el sudoeste de Asia, pero con un extremo que se proyecta hasta el sudeste de Europa. En ocasiones, el país ha sido controlado por los europeos, pero antes de convertirse en la nación actual formaba parte de un Imperio Otomano que incluía territorio europeo y del sudeste asiático, e incluso parte del norte de África. Turquía es predominantemente musulmana, pero ha estado controlada por un gobierno laico a lo largo de más de ochenta años, durante los cuales ha intentado imitar los patrones occidentales en muchos sentidos, incluida la adopción de un alfabeto occidental para su característico lenguaje (que, no obstante, está relacionado con el finés, gracias a migraciones turcas anteriores). Su etnicidad dominante, así como su idioma, difieren de los árabes y otros vecinos del lado asiático. Recientemente, Turquía solicitó su inclusión en la Unión Europea, y ha adoptado otros patrones occidentales contemporáneos —entre ellos la abolición de la pena de muerte— como parte de este proceso. Sin embargo, la solicitud se ha estancado, ya que varios líderes europeos han manifestado que Turquía es demasiado distinta de Europa como para ser incorporada. Por tanto, ¿dónde está Turquía? ¿De qué región forma parte? ¿Pertenece a Asia (que es la zona geográfica que ocupa mayoritariamente)? ¿O a Europa (donde algunos de sus líderes parecen querer estar, al menos económica o políticamente)? ¿O debe considerarse simplemente un caso especial, una región en sí misma? Y, de ser así, ¿cuántas regiones especiales de mediana envergadura deben identificarse dentro de un programa de historia universal?

El ejemplo turco es tan solo uno de los numerosos dilemas que entraña el elegir regiones para su tratamiento en la historia universal. Solapa ligeramente regiones geográficas; su historia denota una identidad regional cambiante que depende de varios factores culturales y políticos; y su sentido de la identidad regional puede diferir de la que algunos de sus vecinos (en especial sus vecinos europeos en este momento) le asignan.

En la historia universal, los lugares vienen determinados por una combinación de características geográficas y experiencias históricas compartidas. La geografía es crucial, y la historia universal depende de cierto conocimiento, no solo sobre dónde están las cosas, sino sobre rasgos y límites físicos, entre ellos las zonas climáticas. Pero la geografía por sí sola no determina qué regiones forman una unidad y qué regiones se diferencian. Las culturas e instituciones comunes también son vitales. Este capítulo trata los problemas que plantea el identificar regiones y la cuestión relacionada de la definición de las civilizaciones. En la historia universal, el lugar a veces se corresponde con los límites políticos, pero no siempre es así; de hecho, no suele serlo. Muchos estudiantes, formados en historia nacional, dan por sentado que las naciones son la unidad de análisis lógica. Por suerte (ya que existen en la actualidad más de 200 Estados independientes), esto no es cierto, y muchas regiones cruciales y definibles suelen operar en medio de divisiones políticas e incluso grandes dosis de guerra interna (al fin y al cabo, la beligerancia entre vecinos puede ser una característica regional compartida). El resultado es que hay que decidir los lugares; no aparecen por arte de magia desde un mapamundi o una lista de miembros actuales de Naciones Unidas. Las decisiones, a su vez, combinan componentes analíticos —sobre geografía e historia comunes— con consideraciones prácticas sobre cuánto tiempo hay para detalles regionales más minuciosos. La amalgama de lo analítico y lo pragmático duplica en el caso del espacio las mismas consideraciones relevantes para la periodización.

Las decisiones geográficas pueden generar más disputas en, y en torno a, la historia universal que la periodización. La mayoría de los historiadores se han formado para centrarse mucho en determinados lugares. Son expertos en Corea, Francia o Brasil, y a veces los obligan a impartir un curso ligeramente más general sobre Asia oriental, Europa o Latinoamérica, pero no les gusta diluir sus sustanciosos conocimientos sobre detalles locales con excesivas generalizaciones regionales. Actualmente, en el conjunto de la profesión histórica, al menos en Estados Unidos, las especializaciones regionales se están convirtiendo en algo más intenso (pese al auge de la historia universal), ya que los estudiosos participan con entusiasmo en reuniones e intercambian publicaciones con otros expertos en su ámbito particular. Existe incluso un grupo de microhistoriadores que aducen que cualquier lugar más grande que una pequeña localidad genera un nivel inaceptable de simplificación e inexactitud.

Puesto que las decisiones de la historia universal no pueden solaparse totalmente con criterios regionales en campos más especializados —los historiadores europeos, por ejemplo, no tienen problemas en reconocer el lugar especial que ocupa Francia, pero los historiadores universales normalmente no disponen de tiempo para estudiar cómo difiere Francia de otras zonas de Europa occidental—, es inevitable cierta tensión analítica. Un libro de Jared Diamond publicado en 1997, que es una de las empresas recientes más exitosas de la historia universal, al menos en cuanto a atención pública generalizada, era un esfuerzo no solo por lidiar con regiones muy grandes, sino por afirmar que las geografías particulares de esas grandes regiones han afectado profundamente y quizá determinado la historia humana desde los primeros días hasta el presente. Diamond estaba interesado sobre todo en explicar por qué a la gente inteligente y trabajadora de algunas sociedades le resultaba tan difícil

alcanzar los niveles de poder y prosperidad existentes en otras regiones. Rechazando explicaciones genéticas que podrían aducir que algunas razas son biológicamente superiores a otras, Diamond hallaba la respuesta básica en distinciones geográficas regionales. La gran brecha, a su juicio, se encontraba entre Eurasia (que abarca sociedades como China, India, Rusia y Europa occidental) y el resto del mundo, pero en especial en lugares como África y las sociedades nativas de las Américas y Australia. Sin duda, algunas de las civilizaciones más grandes y prósperas de la historia universal se desarrollaron en Asia o Europa y, obviamente, algunas, en especial de Europa, conquistaron o desplazaron a pueblos en varias regiones situadas fuera del territorio eurasiático.

Las causas de esta división regional básica, según Diamond, radican en la disparidad entre las plantas y los animales existentes en Eurasia en comparación con otros lugares. Desde el auge de la agricultura en el sudoeste de Asia, los eurasiáticos tenían acceso a una inusual gama de cosechas productivas, como el trigo y la cebada, que tienen un alto contenido en nutrientes y son fáciles de plantar. Por el contrario, los nativos americanos dependían del maíz, cuya cosecha es mucho más laboriosa y posee menos nutrientes, lo cual dificulta la producción de excedentes. La diferencia animal era todavía mayor. Los eurasiáticos podían contar con animales de lo más útiles y dóciles en cualquier parte, como por ejemplo asnos, bueyes, vacas, cerdos y pollos. Los africanos tenían sobre todo animales salvajes a los que enfrentarse, y aunque podían importar bestias eurasiáticas, los problemas de enfermedades, en particular los causados por la mosca tsé tsé, hacían difícil la cría local. Los americanos prácticamente no disponían de animales útiles, y los australianos de ninguno hasta que llegaron especies desde Eurasia. Por último, lo eurasiáticos se beneficiaban de un clima más o menos compartido que hacía relativamente fácil propagar cosechas y animales de un lugar a otro a lo largo de rutas este-oeste. Por el contrario, en las Américas, las posibles rutas de transmisión discurrían principalmente de norte a sur, pero esto conllevaba enormes diferencias climáticas que hacían

muy difícil utilizar las cosechas desarrolladas en un lugar, como el maíz, de manera tan generalizada.

Pocos historiadores universales aceptan plenamente la perspectiva de Diamond sobre la regionalización. Señalarían la importancia de patrones culturales regionalmente más preciosos, en contraposición a un determinismo geográfico bastante limitado. Al mismo tiempo, algunos elementos del poder condicionante de la geografía sobre patrones regionales característicos son ineludibles, y el planteamiento obviamente puede ampliarse. India, adonde se puede llegar a través de varios pasos montañosos y, por supuesto, numerosos puntos marítimos, es vital para señalar que China tampoco estaba aislada del todo. El país, como sociedad, se benefició de una agricultura muy productiva en parte gracias a que los terrenos fértiles de Asia central afloran con regularidad merced a los vientos predominantes, lo cual brinda a la nación una ventaja económica natural respecto de sus vecinos occidentales que todavía se aprecia hoy. El papel del clima en la historia rusa es obvio, y hasta hace poco requería que un porcentaje inusualmente elevado de gente trabajara la tierra en comparación con las personas disponibles para ocupaciones urbanas, además de inspirar numerosas campañas militares y diplomáticas para ganar acceso a puertos de agua caliente. No cabe duda de que varios factores geográficos ayudan a definir experiencias regionales características, aunque es probable que las tecnologías y comunicaciones posibles durante los últimos 200 años modifiquen, o modifiquen potencialmente, algunas de las diferencias de manera paulatina.

Elecciones regionales

Las cuestiones regionales que más preocupan a los historiadores universales se distancian de los extremos del localismo, por un lado, o del determinismo geográfico general, por otro. Algunos de esos

temas giran de manera muy sencilla en torno a la cuestión de cuántas regiones es práctico identificar, y aquí el número depende en parte de cuánto tiempo tiene un programa de historia universal para el detalle. Otras ponen de manifiesto el hecho de que algunas regiones son más difíciles de consensuar que otras por una mezcla de razones geográficas e históricas.

Esta es una lista actual de «regiones que deben conocerse» extraída de un importante programa de historia universal (el Curso Avanzado), que lleva inmediatamente a un debate sobre cómo y por qué algunas regiones son más claras que otras (y también qué se descarta incluso en este valioso esfuerzo). La lista es la siguiente: norte de África, África occidental, África oriental, África ecuatorial, sur de África, Oriente Próximo, Asia oriental, sudeste de Asia, Latinoamérica y sur de Asia. Al menos tres regiones —Europa oriental y occidental y Asia central— no se incluyen porque constituyen zonas culturales que «han cambiado a menudo a lo largo del tiempo».

Varios de los candidatos parecen bastante claros. Asia oriental es un término utilizado bastante a menudo en historia universal y abarca China, obviamente, pero también Corea y Japón, ambos cercanos y con frecuencia influidos por la primera y, en general, también Vietnam.

El sur de Asia es otro caso bastante claro, geográficamente enmarcado por el subcontinente indio, aunque suele incluir a Sri Lanka. No obstante, el mapa del Curso Avanzado incluye a Bangladesh, una nación de mayoría musulmana, como parte de la región (buena parte de la cual está ocupada por India), pero empuja Pakistán y Afganistán (otros dos casos musulmanes) hacia Oriente Próximo, lo cual es cuestionable salvo en términos de afiliación religiosa compartida.

Oriente Próximo (conocido de manera más precisa pero menos habitual como el sudoeste de Asia), aunque a menudo (como en la actualidad) dividido en diferentes unidades políticas, tiene cierta

coherencia regional. Los límites orientales han variado, como ya hemos señalado: Persia y el imperio de Alejandro Magno se extendieron a Afganistán y Pakistán, pero esas zonas, o partes de ellas, a menudo figuran en la historia del sur de Asia. Los mares Caspio y Negro constituyen una frontera septentrional razonablemente clara para Oriente Próximo, como ocurre con el Mediterráneo al oeste y el océano Índico al sur. La separación del norte de África, no obstante, no es tan clara, ya que el mar Rojo no llega hasta el Mediterráneo, y culturalmente y a veces políticamente, el norte de África y Oriente Próximo se han unido.

Otras secciones son regionalmente más difíciles de definir. El sudeste de Asia es, obviamente, el este del sur de Asia y el sur de Asia oriental, lo cual ayuda un poco. Incluiría siempre las naciones actuales de Myanmar, Tailandia y Malasia, y normalmente abarca también los vastos territorios isleños de Indonesia. Pero ¿debería incluirse Filipinas en el sudeste de Asia pese a ser una isla un tanto separada y tener una experiencia histórica considerablemente diferente? El hecho de que el sudeste de Asia esté y haya estado desunido política y culturalmente se combina con unos límites geográficos menos claros para crear un caso regional más complejo.

Asia central es un rompecabezas porque rara vez ha sido el centro de Estados organizados, sino una amalgama de territorios nómadas combinados más recientemente con invasiones de imperios vecinos, como el chino, el ruso o el otomano. Con la caída de la Unión Soviética, la región está ahora dominada por naciones independientes al oeste, pero sobre todo al este del mar Caspio. Pero la zona occidental de China afecta a Asia central (que de lo contrario podría considerarse que se extiende hasta Mongolia) y Rusia todavía controla regiones eminentemente islámicas —algunas de ellas, como Chechenia, bastante inquietas— que también pertenecen a la región.

África, en la presentación comentada antes, plantea algunos desafíos regionales interesantes. Este es el segundo continente más grande después de Asia, así que no es sorprendente que exista una

considerable diversidad regional. Pero no hay un acuerdo claro en el ámbito de la historia universal sobre cómo abordar el resultado. Veremos que las generalizaciones no siempre cumplen el esquema regional relativamente detallado que propone el Curso Avanzado de historia universal.

No es difícil identificar el *norte de África*. La región, separada de buena parte del resto de África por el gran desierto del Sáhara, tiene una geografía y una historia características, a menudo vinculadas a otras partes del Mediterráneo u Oriente Próximo o a ambos.

La división del resto de África en cuatro grandes partes se corresponde, como es habitual, con una mezcla de características geográficas y experiencias históricas. El *este de África*, que parte de la costa del océano Índico pero también incluye las islas de Zanzíbar y Madagascar, nunca ha sido una unidad política. *África meridional* se afianzó más tarde que la mayoría de las regiones del continente; la agricultura y los grupos que utilizaban el hierro estaban bien establecidos hacia 500 AEC, pero también había bolsas de cazadores-recolectores. El *oeste de África central*, que se extiende hacia el norte desde la región meridional pero apenas toca la costa atlántica, presenta unas zonas más boscosas. Esta región incluye gran parte de la cuenca del Congo, pero también la zona oriental de la Nigeria actual, y se extiende hacia el Sáhara. Por último, *África occidental*, también situada bajo el Sáhara pero más cerca de la costa atlántica, a menudo era conocida como la región sudánica en el periodo posclásico (si bien la nación moderna de Sudán se encuentra al este). Aquí fue donde surgieron algunos de los grandes reinos africanos tempranos, empezando por Ghana, debido en parte a la gran participación de la región en el comercio transahariano utilizando camellos y caballos llevados allí desde otros lugares.

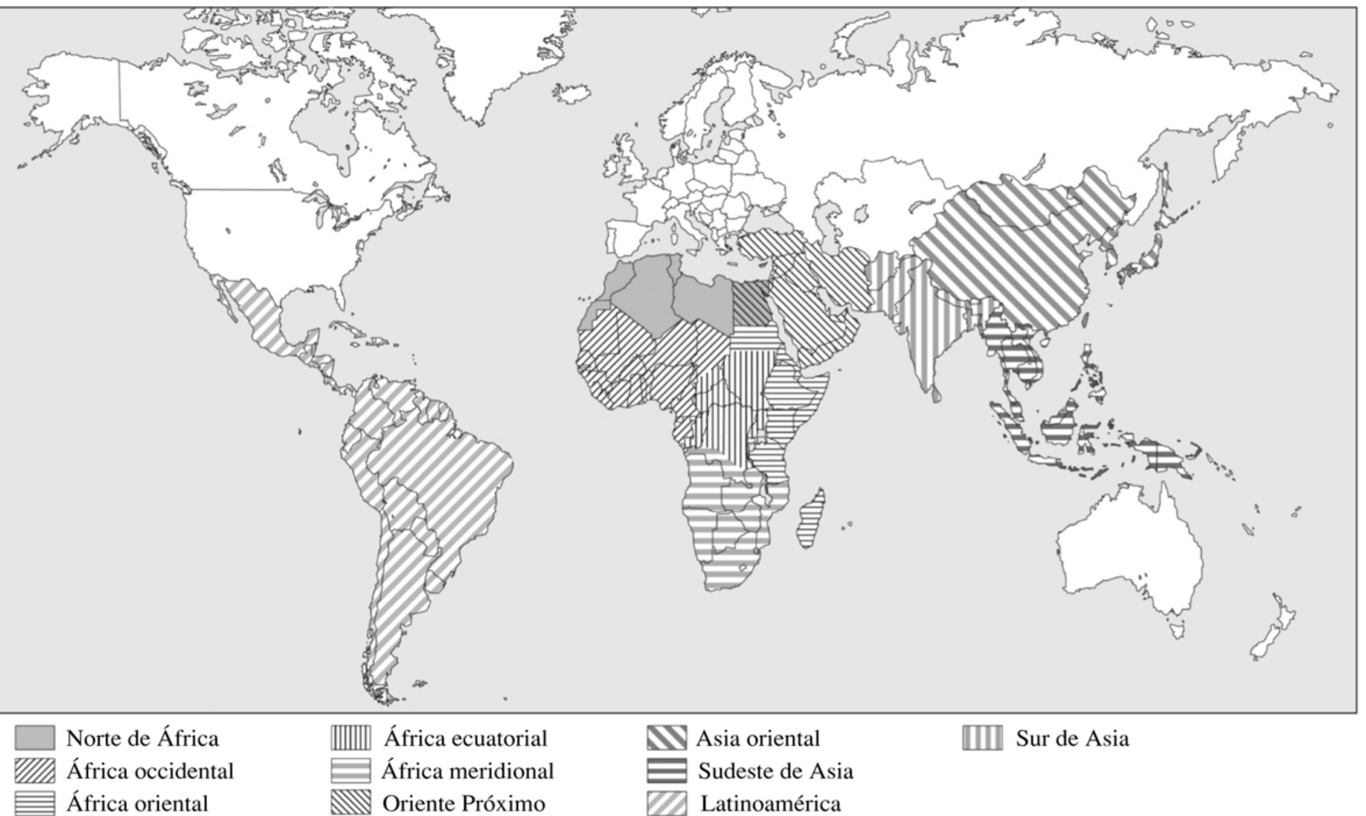

Norte de África
África occidental
África oriental
África ecuatorial
África meridional
Oriente Próximo
Asia oriental
Sudeste de Asia
Latinoamérica
Sur de Asia

Figura 5.1

Las regiones de África pueden definirse bastante bien. La pregunta obvia para la historia universal es si deben adoptarse como contextos independientes o si rasgos africanos más generales simplifican las definiciones regionales. Aquí las opiniones varían y, como siempre, el tema combina consideraciones pragmáticas —a más tiempo de aprendizaje, más detalle y precisión regionales pueden aventurarse— con distinciones geográficas ineludibles.

Latinoamérica, que abarca toda Sudamérica pero también Centroamérica, incluyendo México y el Caribe, es la última región expuesta de manera específica en el Curso Avanzado. La idea de una gran región latinoamericana depende de la importancia de la invasión hispano-portuguesa y la posterior experiencia colonial, que entre otras cosas estableció el español (o en Brasil el portugués) como lengua dominante. Dicho esto, también existen importantes divisiones regionales internas que deben tenerse en cuenta a la hora de estudiar esta extensa zona y crean algunas tensiones entre características generales y elementos específicos geográficos no del todo distintos de aquellos apreciados en África. La región andina del continente sudamericano, por ejemplo, tiene una característica experiencia histórica y también una gran mixtura de nativos americanos y mestizos, además de su terreno montañoso, en contraste con las zonas más templadas con una población de origen europeo más numerosa, como Argentina o Uruguay.

Esto deja, por último, las regiones que la lista del Curso Avanzado ignora o considera inusualmente complejas, además de Asia central. En primer lugar está la cuestión de Europa. El continente está unido a Asia, y la separación en el extremo oriental —centrada principalmente en los montes Urales rusos— no siempre es clara. A veces concitan interés las distinciones entre el sur y el norte de Europa: el sur comparte muchas características mediterráneas con la zona occidental de Oriente Próximo y el norte de África, entre ellas pueblos relativamente grandes y una exposición a las culturas y los imperios de la Grecia y la Roma clásicas. Pero la gran pregunta,

debidamente recogida en las notas al pie del Curso Avanzado, versa sobre el este y el oeste. Aquí tampoco existe una línea divisoria clara o constante, aunque algunos sistemas fluviales, como el Elba, pueden ayudar un poco. El hecho de que Rusia se haya adueñado desde hace mucho tiempo de un considerable territorio del norte de Asia contribuye a la complejidad.

Las omisiones en la lista del Curso Avanzado también plantean problemas. Norteamérica no supone grandes contratiempos de identificación, excepto por la división habitual entre México, como parte de Latinoamérica, y el resto del continente. Sin embargo, cómo lidiar con la historia nativa americana en lo que ahora es Estados Unidos y Canadá es un problema regional que la mayoría de los historiadores suelen esquivar hasta el momento.

Por último, está la cuestión de Australia, Nueva Zelanda y las cadenas de islas del Pacífico. Nueva Zelanda, pese a hallarse relativamente cerca, tuvo una historia bastante separada de Australia hasta los últimos dos siglos, ya que formaba parte de la gran expansión polinesia durante el periodo posclásico que también llegó a lugares como Hawái. Las propias cadenas de islas del Pacífico tienen una población relativamente escasa y pueden recibir poca atención en el ámbito de la historia universal, salvo, quizá, una breve mención al interés y la ocupación occidentales durante los siglos XVIII a XIX. Oceanía es una categoría desafiante.

Ordenar la lista

Hay muchas regiones en el mundo. Casi todas ellas precisan algunas decisiones sobre coherencia interna, límites externos y la combinación general de indicadores geográficos e historias comunes. Las decisiones sobre viabilidad también son esenciales, y esto llevará a disputas y diferencias en cuanto al gran número de regiones identificadas.

Muchas regiones poseen unas sociedades básicas, a menudo localizadas centralmente, y otros territorios situados en la misma zona geográfica, donde interacciones frecuentes (amistosas y hostiles) crean un espacio histórico compartido. El Reino Medio de China, definido por una mezcla de historia duradera y algunos límites geográficos, está unido al resto de Asia de este modo, con sus principales indeterminaciones en el sudeste (donde no existe una línea geográfica sólida y donde China estableció de manera recurrente territorios fronterizos que afectan al Vietnam actual) y en zonas de expansión periódica de China en el oeste.

Las regiones pueden incluir una geografía interna diversa tanto en cuanto al clima como a la topografía —el subcontinente indio es un buen ejemplo de ello, pero también el norte y el sur de China y Europa—, siempre que las interacciones y la experiencia comunes hayan trascendido esas características, al menos en parte.

Otras regiones vienen definidas de forma más indirecta, y su claridad se ve perjudicada. Las diversas zonas del sudeste de Asia están cerca unas de otras, y muchas de ellas han interactuado recurrentemente, pero también están marcadas por el hecho de NO formar parte de China o India, aunque sí estén abiertas a influencias de ambas. Asia central cobra cierta forma mediante una combinación de geografía compartida, pero también su separación de vecinos poderosos.

Muchas regiones, como es comprensible, tienen zonas tampón, que a veces parecen más vinculadas al territorio en una dirección y a veces en otra. Las naciones poscomunistas del este de Europa central habitan un territorio que también puede orbitar hacia regiones de ambos lados, dependiendo de las circunstancias históricas; no hay ninguna definición para cualquier época que tenga sentido histórica o geográficamente.

El África subsahariana (dejando el norte como un caso aparte) y Latinoamérica (Sudamérica y Centroamérica, además del Caribe) plantean claros dilemas de escala. Ambas pueden definirse como

regiones extensas, con algunas experiencias históricas comunes al menos en ciertos momentos, y obviamente una geografía continental también común (sumada a algunos grupos de islas vecinas). Sin embargo, ambas presentan importantes distinciones internas en cuanto a topografía, clima e historia. La mayoría de las historias universales abordan las regiones en su conjunto por motivos pragmáticos, debido al tiempo disponible, pero también por la posibilidad de identificar algunos factores contrapuestos (entre ellos el colonialismo en siglos recientes). Pero la conciencia de las distinciones regionales internas también es vital para no ser engañoso con generalizaciones, en especial en el caso del África subsahariana. No existe ninguna fórmula prolija.

Cualquier lista de regiones —ya sea lo más breve posible, un poco más detallada que en el plan del Curso Avanzado o más exhaustiva para hacer justicia a Latinoamérica— corre el riesgo de parecer inerte e incluso un tanto aleatoria. Los historiadores universales aducirían que un conocimiento básico de la regionalización es básico para la gran empresa. Esto incluiría una breve lista de las regiones indispensables y dónde se encuentran y cómo están definidas geográficamente, además de la conciencia de los argumentos para una diferenciación más detallada y la identificación de casos (como Europa) que parecen plantear complejidades particulares en su definición. Pero los historiadores universales también afirmarían que esta iniciativa regional temprana es solo un primer paso, que hay que hacer sobre todo para engrosar las características culturales e históricas que dan a esta geografía una panorámica más vívida. Un vehículo para este otro debate —que se solapa con la regionalización, pero aporta un componente histórico más amplio— conlleva el uso del concepto de civilización y las definiciones y desafíos que surgen de él.

Civilizaciones y regiones

Definir naciones clave es el movimiento crucial a la hora de decidir cómo dividir y categorizar las regiones del mundo en muchos programas de historia universal. El concepto de civilización combina las características geográficas estándar de numerosas regiones con un sentido más histórico de cómo han compartido determinadas zonas sus experiencias políticas, económicas y culturales. También puede incluir un sentido activo de la identidad que va más allá de la coexistencia regional.

Como ya hemos visto, civilización tiene diversos significados que se entrelazan de manera confusa. Dos de los significados resultan útiles para la historia universal, y el tercero, decididamente no, aunque es difícil desprenderse de él. La civilización es, en primer lugar, esa forma compleja de organización humana que nació en Mesopotamia hacia 3500 AEC e incluía Estados formales, ciertas redes urbanas con unos niveles de comercio relacionados y, por lo común, la escritura como un medio para llevar registros y comunicarse. Civilización designa asimismo una serie coherente de valores culturales y experiencias históricas que ofrecen características definibles y a menudo cierta idea de identidad y continuidad: este es el uso del concepto de civilización que domina lo que llega después. La civilización india, en otras palabras, entraña un reconocimiento de que India consiguió Estados formales, escritura y similares, y una determinación de que la versión particular india de la civilización incluye algunas características propias del subcontinente. Por último, hay un tercer significado: el término civilización, o al menos el de civilizado, puede apuntar a tipos superiores de conducta: gustos más sofisticados, hábitos más apropiados y menos crudeza. Esta definición, muy buena, no resulta útil en la historia universal. El problema es que muchas civilizaciones no generan predeciblemente más conductas de esta índole que otras no civilizaciones. Los miembros de las civilizaciones pueden ser más brutales y rudimentarios que aquellos pertenecientes a otros tipos de

sociedades. Retomaremos este inconveniente después de evaluar las definiciones más útiles.

Utilizar el concepto de civilización

Las enormes ventajas de utilizar las civilizaciones como un principio regional e histórico organizativo son, en primer lugar, que el número de civilizaciones fundamentales puede ser plausiblemente limitado, en última instancia, quizá tan solo siete u ocho casos básicos. Esto indica, como es obvio, que ciertas civilizaciones se extienden más allá de las regiones individuales, lo cual ha de demostrarse pero al menos es una proposición defendible. Australia y gran parte de Norteamérica, por ejemplo, se convierten según esta formulación en parte de la civilización occidental, gracias a la expansión de unas poblaciones, unos valores y unas instituciones predominantemente europeos. Por supuesto, presentan algunas características especiales, en parte por la geografía, y en parte por la mezcla de población, pero su inclusión en una órbita occidental ampliada al menos sirve como base para un análisis y un debate coherentes. Asimismo, con anterioridad, gracias a la expansión del islam y la cultura y las instituciones árabes, el norte de África y Oriente Próximo pueden evaluarse con relación a la participación en una única civilización, aunque durante el periodo inicial de esta, muchos siglos antes, la separación política y cultural entre Egipto y Mesopotamia requería dos exposiciones distintas.

Además de la posibilidad de limitar el número de casos básicos, hemos observado que el concepto de civilización presta un servicio vital para valorar los límites del cambio. Por ello, China, aunque no se mantiene inalterada, sí conserva ciertos aspectos de identidad desde el periodo clásico, lo cual ayuda a definirla como una civilización, pero también a modificar cualquier impulso por poner demasiado énfasis en el cambio u homogeneizar indebidamente

reacciones a fuerzas clave como la conversión religiosa o las innovaciones de las redes de comercio transregionales.

La civilización, en resumen, ayuda a los historiadores universales a lidiar con cuestiones de diversidad regional y con el cambio a lo largo del tiempo. Las civilizaciones establecen categorías fundamentales para el análisis comparativo (en el que, no obstante, deben indicarse similitudes inesperadas junto con el énfasis más habitual en las diferenciaciones). Como cabría esperar, pues, el concepto de civilización aparece en numerosos proyectos de historia universal, motivo por el cual esbozar las formulaciones más comunes es un elemento vital para determinar los aspectos básicos de todo el campo.

Advertencias y preocupaciones

El uso del término civilización conlleva algunas advertencias, aparte de la importancia de cerciorarse de que el contexto de la civilización no domina toda la presentación de historia universal. Las civilizaciones no deben verse como entes plenamente diferenciados, ya que el proceso de reaccionar a intercambios compartidos e incluso crear instituciones y valores integradores generó una sorprendente gama de características comunes, que la comparación debe identificar junto con las diferencias. Y las civilizaciones no son constantes: no solo cambian, sino que a veces desaparecen por completo. La lista de civilizaciones que pueden identificarse en la actualidad no es la misma que en periodos anteriores. Fusiones y nuevas entradas salpican también el panorama de las civilizaciones, desde que estas nacieron como fenómeno hace unos 5.500 años. Decidir utilizar el término civilización es solo el primer paso: luego debemos proceder a la compleja tarea de decidir qué civilizaciones, en cualquier momento dado, explican mejor cómo se estructuraron regiones clave.

Hay otras dos cuestiones preliminares —como siempre, conceptuales y prácticas— que pueden identificarse antes de que dé comienzo el proceso más preciso de la definición. Todas las civilizaciones combinan características esenciales con varios tipos de diferencias y disputas internas, y no siempre es fácil establecer un equilibrio entre los aspectos generales más obvios y algunas de las realidades menos uniformes. A veces es tentador presentar las civilizaciones como entidades uniformes y ordenadas, pero nunca lo son. Y en segundo lugar, todas las civilizaciones entrañan algunas tensiones particulares al lidiar con el cambio a lo largo del tiempo, y estas también deben incorporarse al planteamiento general sobre el fenómeno de las civilizaciones al completo.

Demostrar que una civilización comparte ciertas características internas es crucial para utilizar las civilizaciones como componentes activos de las presentaciones de historia universal y como guías para definiciones regionales. Pero cualquier civilización, y especialmente una de gran envergadura, también incorporará diversas variantes, basadas entre otras cosas en la geografía y la política. Para la Europa occidental posclásica, por ejemplo, es válido señalar una civilización general basada en un catolicismo común y formas políticas y económicas como el feudalismo y el señorío. Pero Francia, que fue creando paulatinamente una monarquía feudal, y Alemania, más dividida internamente dentro del impreciso Sacro Imperio Romano, apenas se asemejaban, ya fuera política o culturalmente, y desarrollaron idiomas distintos. También combatieron en repetidas ocasiones (aunque esto también significa que compartían una considerable propensión bélica; las civilizaciones no dependen necesariamente de una armonía interna). Las complejidades regionales son pertinentes incluso cuando no existen límites políticos internos formales. China a menudo puede parecer una civilización muy centralizada, y con frecuencia ha aspirado a serlo, pero el sur del país incluye idiomas y grupos de población diversificados en comparación con el norte, bastante distanciados de regiones fronterizas del oeste o el sudeste. Debemos interpretar que las

civilizaciones ofrecen algunas características generales que, sin embargo, no definen cada región interna de manera uniforme.

Las civilizaciones también incluyen diferentes grupos sociales, y esos pueden participar de forma más o menos plena en algunas de las características generales definitorias. El confucianismo, por ejemplo, marcó la cultura y la política chinas desde el periodo clásico en adelante. Pero, sobre todo en las primeras fases, el confucianismo estaba más extendido en las clases altas, especialmente la famosa nobleza erudita que constituía la burocracia, que en el pueblo llano. La gente corriente cogió elementos del confucianismo, y cabe de decir que, para que una civilización mantenga su cohesión, deben existir elementos culturales comunes entre diferentes segmentos sociales. Sin embargo, nunca surgió una uniformidad completa.

Definir una civilización da por sentado que varias características fundamentales y experiencias comunes unían a la región —a veces, como en el caso de China o India, una vasta región—, al menos hasta cierto punto. Esas cualidades probablemente son más importantes, sobre todo en el ámbito de la historia universal, que las divisiones regionales y sociales y las diferencias y variantes internas. No obstante, utilizar civilizaciones definidas es un compromiso, incluso en los casos más claros, como China, en contraste con varias opciones más depuradas. Cómo esté modelado el compromiso depende en parte del tiempo disponible para los detalles, aunque nunca debe permitirse que las generalizaciones se simplifiquen indebidamente.

El peligro de excederse con la continuidad dentro de las civilizaciones capta el problema general en este planteamiento, aunque probablemente sea más fácil lidiar con él que con el desafío de lograr un equilibrio entre lo general y lo divisivo. Esta es la cuestión: definir una civilización hace esencial demostrar que algunas características perduran en el tiempo, a menos que la civilización, como entidad, desaparezca casi por completo, cosa que ocurre (pongamos por caso el antiguo Egipto o la civilización bizantina). Si no existe cierta continuidad, y la civilización cambia de tipología

con cada periodo que transcurre, es difícil aducir que la civilización existe de verdad. Pero las civilizaciones no son ni pueden ser estancadas. Todas deben equilibrar importantes cambios con algunas características duraderas. Por tanto, el uso analítico de la civilización a lo largo del tiempo debe captar también esta tensión.

La naturaleza exacta de este problema varía en cada caso. China instauró unas tradiciones prósperas bastante pronto, y hemos visto que algunos estudiosos afirman que era particularmente inmune al desafío de las frecuentes invasiones (aunque se produjeron algunas crisis). Puede ser tentador ver las cualidades chinas como algo casi constante, al menos hasta hace uno o dos siglos. Pero China cambió a la vez que conservaba características clave del pasado, en parte debido a cambios en los patrones de contacto, y es esencial comprender la interacción entre el cambio y la continuidad. En otros casos —la civilización occidental puede ser un buen ejemplo de ello—, la apertura al cambio puede considerarse un rasgo dominante, lo cual hace más difícil determinar qué cualidades, de haberlas, definen realmente la civilización a lo largo del tiempo. Por tanto, en este caso es vital contrarrestar demasiada fascinación por cómo Occidente logró deshacerse de sistemas pasados señalando al menos unas cuantas características que, de un periodo al otro, todavía convertían a Occidente en una civilización común, en algo más que términos geográficos. Ninguna civilización elude la necesidad de captar una mezcla de continuidad y cambio.

La lista de civilizaciones: tradiciones formativas

Aunque el análisis de las sociedades de las cuencas fluviales es valioso, fue en el periodo clásico cuando empezaron a nacer civilizaciones razonablemente duraderas. Ese es el motivo, a fin de cuentas, por el que se utiliza el término «clásico» para indicar sociedades que generaron unos legados que sobrevivieron. Las

civilizaciones clásicas aprovecharon los logros de sus predecesores de las cuencas fluviales. Así, Grecia y Persia recurrieron al legado de la sociedades mesopotámicas, además de Egipto; la China clásica utilizó precedentes de las dinastías Hwang Ho anteriores. Pero solo en el periodo clásico es posible decir que las regiones empezaron a compartir ciertas características culturales, institucionales y sociales, y que algunas de dichas características durarían mucho tiempo mucho después de que un periodo hubiese terminado.

Esto a su vez es lo que requiere definir una civilización, cuando el objetivo no es solo identificar aparatos como un Estado formal o alguna red urbana, sino también indicar qué elementos unificaban una civilización en particular, normalmente en una región considerable, y la diferenciaban en ciertos aspectos de otras civilizaciones. Al menos dos de las sociedades clásicas, China e India, ofrecen un modelo auténtico de los criterios que conlleva el definir y utilizar el planteamiento de las civilizaciones, y el hecho de que fuesen bastante distintas la una de la otra nos recuerda que los énfasis que pueden aportar coherencia a una civilización pueden variar de manera considerable, desde lo altamente político, en el caso de China, a lo cultural-social, en el de India.

Aquí, utilizando los ejemplos chino e indio, esto es lo que debemos buscar: las civilizaciones generan algunos rasgos culturales característicos, en esos casos a través de grandes filosofías y religiones que no solo se propagan enormemente, sino que ayudaron a modelar las instituciones políticas y sociales. La cultura común se vio aumentada por algunas experiencias institucionales compartidas (especialmente vívidas en el caso chino) o estructuras sociales características (particularmente sorprendentes en el caso de India). Esas características comunes —que trascienden más de un aspecto de la actividad de la sociedad— reflejaban y fomentaban experiencias históricas compartidas desde el periodo clásico en adelante, y funcionaban dentro de regiones contiguas que hasta cierto punto pueden identificarse geográficamente. Por último, las características,

si bien están abiertas a varias clases de innovación, entre ellas los cambios resultantes de nuevas influencias externas, demuestran una considerable durabilidad. Nadie debería confundir la China o India contemporáneas con sus predecesores clásicos, puesto que han invertido multitud de cambios, pero India sigue muy condicionada por el hinduismo y sigue lidiando con los legados del sistema de castas, mientras que China conserva, en formas radicalmente modificadas, varios vestigios de una herencia confuciana.

Cuando se formó la civilización islámica bajo el liderazgo árabe en Oriente Próximo y el norte de África, surgió otra categoría bastante clara. La cultura islámica proporcionó la fuerza motriz más obvia, pero la experiencia política y las categorías sociales árabes también contaban, amén de algunas formas culturales laicas. La civilización se construyó a partir de acontecimientos sucedidos en la región con anterioridad, desde los logros de las cuencas fluviales hasta el Imperio Romano, pero su plena expresión no llegaría hasta el periodo posclásico. El islam se propagó más allá de esta región y desempeñaría cierto papel en India, el sudeste y el centro de Asia y África, pero sin suficientes experiencias políticas y sociales comunes como para formar una civilización definible en la totalidad del vasto mundo islámico. Incluso en Oriente Próximo, la existencia de una tradición persa diferenciada, además de varias divisiones políticas, complica periódicamente la definición. Pero los criterios básicos de características definibles, al margen de la cultura en sí misma, y la experiencia geográfica común y la proximidad geográfica, se cumplen con facilidad, además de la durabilidad de la civilización a lo largo del tiempo.

LISTA DE LAS CIVILIZACIONES

(1) ¿Cuáles son las principales características de la civilización en cuanto a rasgos culturales, políticos y

sociales identificables?

(2) ¿Existe una experiencia histórica compartida y cuándo empezó?

(3) ¿Qué características pueden evaluarse a lo largo del tiempo, por muy modificadas que se hayan visto? ¿Persisten esas características en la actualidad?

Otras cuestiones

(1) ¿Cuáles son las principales complejidades a la hora de definir la civilización en cuanto a tensiones regionales o sociales internas?

(2) ¿Interactuaba la civilización con otras sociedades o las imitaba, y afectó esto a alguna característica principal?

(3) ¿Cuáles han sido los principales cambios en la definición de la civilización a lo largo del tiempo?

Civilización occidental

En la historia universal normalmente se identifica una cuarta tradición clara desarrollada en Europa occidental. Sin embargo, este caso entraña unas cuantas vueltas de tuerca, empezando por la necesidad de evitar suposiciones sobre una importancia o superioridad especiales de Occidente. El aspecto clave es el debate acerca de cuándo y sobre qué base empezaron a labrarse las características occidentales y cuáles son. Algunos rasgos asociados en última instancia con Occidente se desarrollaron en la Grecia y la Roma clásicas, pero el legado clásico también afectó profundamente a Oriente Próximo y Europa del Este, mientras que sufrió grandes modificaciones en el propio Occidente. No existe una sencilla ecuación grecorromana-occidental. Las características occidentales

más claras se forman durante los siglos posclásicos, incluida la versión occidental de la cultura y la política cristianas, y otras formas políticas y sociales generalizadas (incluida la guerra interna, sorprendentemente omnipresente). Pero Occidente cambiaría considerablemente en los primeros siglos de la era moderna, sobre todo con la nueva importancia de la ciencia en la mezcla cultural. Algunos observadores aducen que una característica occidental identificable es la inusual capacidad para cambiar, pero esta aseveración precisa una comparación exhaustiva con la flexibilidad de otras regiones (por ejemplo, Japón). La civilización occidental como concepto se utiliza más frecuentemente como etiqueta que como categoría analítica, puesto que identificar sus características requiere cautela. Los rasgos occidentales contemporáneos, como la democracia política, a menudo se remontan a un pasado más lejano de lo que sugieren los indicios, de nuevo, una señal de que Occidente, aun pudiéndose utilizar como categoría de civilizaciones, necesita cierta evaluación crítica y una cuidadosa comparación, tal como se estudia en el proyecto de la historia universal.

El hecho es que identificar civilizaciones —como contextos coherentes para aspectos importantes de la experiencia humana— es más fácil en algunos casos que en otros, debido a cómo se desarrollaron las diferentes historias regionales. Esto no significa que algunas civilizaciones sean mejores que otras, pero sí que, aunque existen algunos criterios básicos muy generales para definir una civilización, en cuanto a experiencias compartidas y durabilidad, el fenómeno también debe abordarse hasta cierto punto caso por caso. Son válidas diferentes clases de complejidades, como ya indica la evolución occidental.

África

Los acontecimientos en África son extremadamente importantes en la historia universal desde el periodo de las cuencas fluviales en adelante, aparte del vital hecho de que las especies se originaron allí con anterioridad. Pero no cabe duda de que incluir a África en el contexto de las civilizaciones entraña algunos desafíos especiales. Muchas historias universales hacen referencia a la civilización del África subsahariana, pero esta formulación plantea varios problemas que difieren de los que nos hemos encontrado hasta el momento al estudiar la categoría de las civilizaciones.

El primer problema es más aparente que real, pero aun así puede afectar a las percepciones debido a conceptos erróneos duraderos sobre la historia africana y a las innegables dificultades que numerosas naciones africanas afrontan hoy. Los observadores occidentales supusieron hace largo tiempo que África no estaba civilizada, al menos hasta que la llegada de los europeos empezó a introducir unos criterios más elevados. Esto es una absurdidad histórica. La civilización como forma de organización humana comenzó en el África subsahariana bastante pronto, al principio en la región del Nilo Alto con Kush y sus sucesores. En el periodo posclásico se habían extendido más Estados organizados y redes urbanas, aunque desde luego no en todo el vasto subcontinente. De hecho, incluso en el periodo moderno temprano, la penetración europea en buena parte de África occidental estuvo limitada por la fortaleza de los Estados ya existentes. También es cierto que el África contemporánea incluye algunas regiones muy pobres, y que los niveles de agitación política han sido altos, pero esos hechos no encierran ningún mensaje retrospectivo en particular salvo invitar la comparación con periodos de inquietud política en la experiencia de otras sociedades.

Las subdivisiones regionales de África plantean un reto obvio, si bien pocos apuestan en este caso por civilizaciones regionales independientes. Asimismo, suficientes contracorrientes implican a diferentes regiones —el alcance de las migraciones bantúes y la

propagación de sus lenguas y culturas, el impacto del islam (mucho mayor, sin duda, en algunas regiones que en otras) y después el impacto del imperialismo y la descolonización europeos— como para permitir debates sobre experiencias comunes.

La última cuestión guarda relación con el hecho de que África, a la vez que genera importantes culturas locales, también ha importado grandes tradiciones de otras sociedades, como el islam, la cristiandad e incluso el nacionalismo. Los africanos han adaptado esas tradiciones con creatividad y no se han limitado a copiar, y a menudo las han combinado de forma particular. Pero no existe un monumento cultural africano claro que señalar, como ocurre con China y Occidente. Esto es cierto en muchos otros casos —África no es única en este sentido—, pero es otra complejidad, sobre todo sumada a las otras preocupaciones.

Sudeste de Asia

El sudeste de Asia plantea algunos desafíos similares a los de África, aunque es justo decir que la mayoría de los historiadores universales los han abordado de manera menos intensa. La región desarrolló muy temprano una civilización como forma de organización humana, en algunos casos durante el periodo clásico, y de manera más generalizada durante el posclásico. Pero la coherencia de la región se vio un tanto limitada por la diversa geografía. Nunca existió un periodo de unidad política, ni siquiera fugaz, o (al menos hasta un encuentro común con el imperialismo occidental en el siglo XIX) una experiencia histórica compartida aparte de la participación extendida en el comercio en el océano Índico.

Como en el caso de África, el sudeste de Asia era más un receptor que un generador de movimientos culturales sorprendentes. Abundan las prácticas culturales regionales, en muchos casos estudiadas exhaustivamente por antropólogos entusiastas. Pero las

experiencias culturales e históricas más unificadoras resultaron de las grandes importaciones de India (incluidos el hinduismo y, de forma incluso más generalizada, el budismo), China (con importantes minorías de mercaderes chinos en muchas zonas de la región) y Oriente Próximo (islam). En parte debido a esos préstamos, en parte debido a experiencias comunes en el comercio en el océano Índico y con el colonialismo británico y holandés, y en parte por las limitaciones del tiempo disponible en los estudios de la historia universal, algunas categorizaciones intentan embutir el sudeste de Asia en una categoría más general denominada «Sur y sudeste de Asia». Sin embargo, este vínculo es cuestionable: India y el sudeste de Asia eran civilizaciones que mantenían contacto, pero no constituían una única civilización a tenor de sus definiciones. Este es un trabajo de historia universal en proceso.

Asia oriental y Europa del Este

Japón, Corea y Vietnam —además de China, en la región de Asia oriental—, Rusia y ciertas zonas de Europa del Este también plantean un desafío a la perspectiva de las civilizaciones, pero por motivos diferentes. La cuestión en esos casos consiste en cotejar vínculos y solapamientos respecto de una región vecina con la existencia de unas cualidades claramente independientes. ¿En qué momento disipa las líneas de la civilización una imitación notable y deliberada? Son casos en los que los criterios podrían ir en cualquier dirección; no existe una respuesta definitiva. Pero las propias dudas y preguntas son reveladoras en sí mismas, y demuestran la utilidad de la perspectiva de las civilizaciones para identificar problemas, incluso entre incertidumbres y debates.

Japón, Corea y Vietnam nunca formaron parte de una unidad política con China o (a excepción de la ocupación japonesa) entre sí. En la actualidad, las tres zonas albergan un fuerte sentimiento de

identidad regional o nacional independiente, y las hostilidades dentro de la región a menudo son considerables. Sin embargo, esas zonas también experimentaron una enorme influencia china durante largos periodos de tiempo, desde el clásico tardío en adelante. El resultado es que compartieron mucho arte, literatura, cultura, religión, perspectiva social y, sobre todo, el confucianismo. Desde luego, algunos elementos fundamentales de China no tuvieron acceso, incluido el taoísmo en la esfera cultural o los vendajes de pies para las mujeres en la esfera social. Y ninguno de esos ámbitos limitó la política china, pese a algunos esfuerzos periódicos por reproducir una estructura imperial de estilo chino.

Por tanto ¿es más útil ver una gran zona civilizada en el este de Asia, basada en una gran influencia china pero con regiones un tanto distintas unas de otras? ¿O la precisión obliga a reconocer al menos una civilización japonesa, vinculada al caso chino pero distinta de él? El debate es saludable, aunque no pueda solventarse por completo. Y no es solo una cuestión histórica. Muchos analistas han hablado de la importancia de los valores confucianos modificados a la hora de modelar un planteamiento característico y obviamente satisfactorio al desafío de la industrialización del mundo contemporáneo. Japón respondió primero, pero el auge económico de Corea del Sur y ahora China puede ser una prueba de que la región comparte más de lo que cabría imaginar. El argumento en este caso es que los patrones de Asia oriental difieren de los de Occidente, por ejemplo a través de la gran implicación del Estado en la economía; pero también de otras partes del mundo que hasta la fecha no han respondido con tanto vigor a las oportunidades industriales. La idea de una zona de civilización más vasta no puede desecharse por completo.

Rusia constituye un claro reto, como ya indicaba el debate regional. Es justo decir que tanto los historiadores de Europa como los universales manifiestan algunas incertidumbres a este respecto. Empezando por los territorios europeos del Imperio Bizantino en el periodo posclásico, Europa oriental y occidental se tornó cada vez

más cristiana. Pero las versiones de la cristiandad, y sus consecuencias políticas y culturales, eran bastante distintas en el este y el oeste, lo cual dificulta abarcar ambas regiones bajo el mismo paraguas de la civilización. Tras la caída del imperio y con el posterior auge de Rusia, la cuestión de la civilización fue reformulada. Rusia y otras zonas de Europa del Este (fuera del Imperio Otomano, en el sudeste) interactuaban cada vez más con el oeste. En los siglos XVIII y XIX surgió una especie de alta cultura común, donde artistas y escritores del este contribuyeron activamente a una empresa intelectual compartida; y los científicos también participaron. Pero las políticas y algunos aspectos clave de la cultura popular en Europa del Este eran bastante diferentes, y muchas de esas distinciones, aunque redefinidas, continuaron durante el siglo XX. Una porción de los líderes rusos también mostraban una gran preocupación por una excesiva identificación con Occidente, y preferían adherirse a unos valores rusos distintos. Por último, las estructuras sociales diferían de manera aún más notable, al menos hasta finales del siglo XX, con un segmento urbano más reducido y más agricultura estatal en la zona oriental. ¿Formaba parte Rusia de Occidente con algunas diferencias manifiestas o necesitamos una categoría independiente? La mayoría de los historiadores universales optan por esta última posibilidad o simplemente restan importancia a Rusia y Europa del Este en su conjunto; pero tal vez sea deseable un debate más activo.

En resumen, algunas sociedades, y además importantes, desarrollan patrones de contacto e imitación, pero sin fusionarse del todo con la civilización con la que interactúan. Debatir definiciones en este caso puede ser frustrantemente inconcluyente, pero revelan características importantes de todas las partes involucradas. No ofrecen un mapa de una civilización pactado mágicamente para la historia universal, pero sí generan una idea sobre las complejidades de una civilización que pueden, mejorar su comprensión.

Llegados a este punto, no sorprenderá que los serios dilemas definitorios sean aplicables a áreas en las que la formación de civilizaciones permanentes es más reciente que en el caso de Japón, Rusia o el sudeste de Asia.

Las Américas constituyen un desafío para los historiadores universales en varios sentidos, motivo por el cual, hasta hace poco las regiones eran desestimadas de plano en favor de Asia, Europa y normalmente África.

El desafío número 1 simplemente consiste en decidir cómo se documentan las Américas antes de 1492, en otras palabras, antes de que formaran parte de una serie de contactos globales permanentes. En las Américas nacieron dos civilizaciones que sin duda merecen atención, cronológicamente, en los periodos clásico y en especial posclásico. En Norteamérica también se desarrollaron periódicamente sociedades importantes. Pero los patrones americanos, aunque pueden compararse con civilizaciones antiguas de otros lugares —los mayas con las civilizaciones de las cuencas fluviales de Mesopotamia, los incas con Egipto—, no siguieron la dinámica de periodización aplicable a Afro-Eurasia. Por poner un ejemplo: la experiencia maya empieza en el periodo clásico pero continúa hasta el posclásico medio, con algunos cambios internos que no guardan relación alguna con el periodo de declive clásico en Afro-Eurasia. La omisión de las Américas antes del contacto europeo suprimiría de manera inadecuada una importante dimensión de la historia humana bastante distanciada de las adiciones a una comprensión comparativa de cómo nacieron y funcionaban las primeras civilizaciones. La omisión también despreciaría injustamente una serie de patrones, sobre todo en América central y los Andes, que tendrían cierto impacto en acontecimientos americanos posteriores. Pero no hay manera de realizar una inclusión del todo apropiada, puesto que el elemento esencial de la

periodización de la historia universal, la implicación en un patrón de contacto definible, está ausente. Esto significa asimismo que las consideraciones prácticas, por ejemplo, de cuánto tiempo disponemos para entrar en detalles, también son importantes.

El segundo desafío para la experiencia americana, una vez que los contactos europeos y africanos se intensifican desde el siglo XVI en adelante, conlleva problemas definitorios que se solapan con factores ya tomados en consideración al tratar el África subsahariana o Rusia, aunque, obviamente, con aspectos concretos distintos.

La civilización latinoamericana es una categoría que se emplea a menudo, pero debe probarse mediante dos interrogantes ahora conocidos. En primer lugar, ¿es la categoría lo bastante coherente, en términos de culturas, instituciones y experiencia histórica comunes, como para sostenerse ante claras diferencias regionales e internas como las comentadas en el capítulo anterior? La mayoría de las historias universales utilizan Latinoamérica sin demasiados reparos, e incluso intentan abarcar el Caribe, pero estudios recientes sobre la historia latinoamericana realizados por especialistas en la región casi siempre la subdividen por zonas. Es defendible cierta coherencia general, prestando atención a los impactos español y portugués, entre ellos el catolicismo, y la aparición de una estructura económica y social basada en la producción de alimentos y minerales para el comercio internacional. Pero, como mínimo, debe señalarse la tensión con las diferenciaciones internas.

En el otro extremo —y aquí el ejemplo ruso ofrece algunos paralelismos interesantes, pese a tener una historia específica muy diferente—, los historiadores de Latinoamérica y universales han debatido por igual si la región es un caso especial de una civilización occidental más general o, por el contrario, si debe entenderse como una categoría independiente. En el siglo XVI, las mejoras en los transportes empezaban a posibilitar la propagación de aspectos importantes de una civilización —en este caso, Occidente— a zonas situadas a una distancia considerable. Latinoamérica compartiría

numerosos aspectos de la alta cultura occidental, tanto en el arte como la literatura, y en última instancia, elementos de las tradiciones políticas de Occidente, en especial la aparición del liberalismo a partir de comienzos del siglo XIX. Muchas élites latinoamericanas verían a Europa como un modelo en otros ámbitos, por ejemplo, la higiene pública, o las políticas de familia o género.

Por otro lado, la influencia de las poblaciones y culturas americanas nativas y (en algunas zonas) africanas pueden dar una idea de Latinoamérica como versión de Occidente. Asimismo, la estructura económica característica de Latinoamérica, basada en la mano de obra barata y la abundante importación de artículos industriales, y las divisiones sociales resultantes, son un argumento para crear una categoría de civilización independiente. Como en el caso de Rusia, la alta cultura y la experiencia popular no apuntaban en las mismas direcciones en lo que respecta a la relación con Occidente. Como sucede con Rusia, cualquier decisión en el plano de la civilización —ya sea occidental u otra— requiere ciertas explicaciones y cualificaciones especiales. El resultado en modo alguno suprime la capacidad para añadir a Latinoamérica a la lista de civilizaciones —ya que puede tomarse y defenderse una decisión—, pero plantea una complejidad inevitable.

Excepcionalismo americano

Por último, está el caso de lo que numerosos historiadores universales conocen como las sociedades de colonos del periodo moderno temprano y el siglo XIX: Canadá, Nueva Zelanda, Australia y, sobre todo (en cuanto a envergadura e influencia global), Estados Unidos. Estas eran sociedades con una notable inmigración e influencia europeas, pero también unas interacciones con poblaciones nativas y una experiencia fronteriza que pueden cotejarse de manera útil con la historia latinoamericana.

Cuando la historia universal estaba desarrollándose como una disciplina docente, sobre todo en Estados Unidos, hubo una fuerte tentación inicial de no abordar demasiado la historia nacional. Después de todo, la mayoría de los estudiantes se topaban con la historia de Estados Unidos en otros cursos y había suficiente que abarcar sin añadir esta última. La decisión era insostenible: prestaba una atención insuficiente a una sociedad que se convirtió en una fuerza motriz de la historia universal al menos desde finales del siglo XIX (con cierta influencia anterior) y no presentaba un contexto explícito de historia universal para la historia nacional en sí.

Pero si hemos de incluir a Estados Unidos (con algunos guiños a las otras sociedades colonizadoras), surge la consabida pregunta sobre las civilizaciones: ¿es este otro caso más o puede verse como una extensión de patrones occidentales? Grandes porciones de la historia americana, y algunos programas universitarios de prestigio, están organizados en torno a la idea de que existe una civilización americana particular. Una perspectiva denominada *excepcionalismo americano* aduce que, aunque Estados Unidos se vio condicionado por importantes influencias europeas, al menos a principios del siglo XIX, estaba surgiendo una sociedad diferente (algunos también aducirían que mejor) que era una excepción a los criterios europeos. Debido a la experiencia fronteriza y (según algunos) a una abundancia material inusual, a la mezcla de razas y grupos étnicos y al éxito de la Revolución Americana (entre otras cosas), la nación empezó a desarrollarse de forma diferente, siguiendo un camino propio.

Por otro lado, Estados Unidos mantuvo un contacto estrecho con los patrones europeos. Es difícil defender una cultura literaria o artística propiamente estadounidense, en contraposición a la participación en un movimiento occidental o internacional más general. Estados Unidos se industrializó paralelamente a Europa, presentó en el mismo momento que el Viejo Continente unos índices de natalidad más reducidos y, más tarde, se comprometió (años cincuenta y sesenta) con nuevos papeles laborales para las mujeres al

mismo tiempo que Europa. También podemos argumentar que Estados Unidos (y las otras sociedades de colonos) es una extensión de los patrones occidentales con ciertos ajustes importantes.

Civilización y cambio

Existe un último giro en el rompecabezas de la definición: las respuestas a preguntas sobre descripciones de la civilización pueden cambiar con el tiempo. Gracias a patrones económicos y políticos comunes, por ejemplo, Estados Unidos y Europa occidental se asemejaban más en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial y experimentaron lo que algunos analistas denominan una convergencia creciente. A finales del siglo XX, no obstante, surgieron nuevas diferencias, cuando Estados Unidos se caracterizaba más por unos elevados niveles de compromiso militar y nuevas oleadas de intensidad religiosa, cosa que Europa occidental estaba desechando. Japón y China convergían en muchos aspectos durante el periodo moderno temprano, a medida que el confucianismo ganaba una mayor influencia en Japón, pero se distanciaron durante las décadas posteriores a 1868, cuando Japón se comprometió con un movimiento reformista y China se encaminó hacia la revolución. La relación moderna de Rusia con Occidente, asimismo, no ha sido constante.

Utilizar las civilizaciones para organizar la historia universal obviamente no es una ciencia exacta. Casos bastante claros contrastan con situaciones más ambiguas, y estas últimas no siempre resisten el paso del tiempo. Sin embargo, las complejidades no son imposibles de gestionar. El esfuerzo por definir las características de una civilización conduce a importantes preguntas comparativas que pueden mejorar la comprensión de categorías regionales incluso cuando no existe un listado definitivo.

Algunos historiadores universales se oponen al uso del concepto de civilización, ya que puede implicar una distinción injusta entre un grupo de sociedades y las muchas otras que no se ajustan a los criterios definitorios de una civilización. Muchas civilizaciones a menudo tachaban a otros grupos de «bárbaros» y, de manera más general, es difícil separar la idea de civilización de cierta noción de avance. Al menos, una distinción injustificada entre civilizaciones y «otras» requiere atención, incluido un tratamiento explícito de culturas nómadas y de otra índole.

El uso de civilización también parece dividir la atención entre historias independientes, mientras que la historia universal pretende situar en primer plano las conexiones. Este es un segundo tipo de preocupación, aunque puede sumarse a la inquietud por las comparaciones injustas. Por ello, un historiador universal ha propuesto el uso de regiones de contacto, como las cuencas del Mediterráneo o el océano Índico, en lugar de las civilizaciones, como principio organizativo fundamental. Es innegable que algunos supuestos proyectos de historia universal ponen tanto énfasis en civilizaciones independientes que el resultado es una sensación de un grupo de experiencias tras otro en una ampulosa especie de lista de la compra regional. Sin embargo, no existe ningún motivo inherente para que el uso de las civilizaciones degenere en este patrón de «una cosa tras otra». La comparación es vital para entender cada una de las civilizaciones, subrayar qué es característico de ellas y alentar el debate sobre las causas de las grandes diferencias y las cualidades comunes; esto ya impide una enumeración mecánica de las civilizaciones. Es de igual importancia que las civilizaciones se yuxtapongan con el sistema de contactos que esté vigente en el momento, y la comparación puede poner de manifiesto cómo la implicación de una civilización se alinea con otras regiones en cuanto

a alcance e impacto. Analizar la interacción entre una civilización y los patrones cambiantes del intercambio transregional es un componente vital del planteamiento general de las civilizaciones en la historia universal.

Utilizar las civilizaciones es una opción. Con el tiempo, otras perspectivas pueden concitar más atención, ya que reducen parte del bagaje que pueden implicar las civilizaciones. Es cierto que las historias universales muestran un menor interés por las «grandes» civilizaciones, una tras otra, y prestan más atención a las comparaciones, contactos y respuestas a fuerzas transregionales comunes que hace una década o dos. Este es uno de los frutos principales de la maduración de este campo, que ha pasado de estudiar exhaustivamente una zona a un planteamiento más global. Aun así, es difícil negar que en la historia universal la fuerza de la experiencia cultural e institucional hizo que las reacciones chinas a las fuerzas globales fuesen distintas de las indias o árabes, que, en otras palabras, intervenían diferentes civilizaciones. Las vidas humanas se vieron condicionadas por el contexto específico de la civilización así como por el impacto de contactos o transmisiones más generales. Optar por prestar atención a las civilizaciones requiere cierta cautela; nunca debe proporcionar una estructura analítica exclusiva en la historia universal. Pero puede justificarse y también ayudar a organizar unas elecciones por lo demás muy difíciles sobre variación regional y el modo en que los patrones globales son filtrados por diferentes tradiciones y trayectorias.

Otras lecturas

Están disponibles varias iniciativas destacadas de categorización regional. Véanse Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Phillip II*, 2 vols. (Berkeley: University of California Press, 1996); Michael Pearson, *The Indian*

Ocean (Nueva York: Routledge, 2003); Douglas Egerton y otros, *The Atlantic World: A History, 1400-1888* (Wheeling, WV: Harlan Davidson, 2007), y Jared Diamond, *Guns, Germs and Steele: The Fates of Human Societies*, ed. rev. (Nueva York: W.W. Norton & Company, 1999). Sobre África, véase J.D. Fage y W. Tordoff, *A History of Africa* (Londres: Routledge, 2002); y sobre Asia central, E. Allworth, ed., *Central Asia, 130 Years of Russian Dominance: a historical overview*, 3.a ed. (Carolina del Norte: Duke University Press, 2002). Al respecto de Oceanía, véase P. D'Arcy, *The People of the Sea: environment, identity and history in Oceania* (Honolulú: University of Hawaii Press, 2006). Para Latinoamérica, véase Peter Bakewell, *A History of Latin America: c. 1450 to the present* (Oxford, UK: Blackwell Publishing, 2004); y sobre el sudeste de Asia, Milton E. Osborne, *Southeast Asia: an introductory history* (Crows Nest, Australia: Allen & Unwin, 2005).

Sobre cuestiones de civilización: Charles C. Mann, 1491: *New Revelations of the Americas Before Columbus* (Nueva York: Vintage Books, 2006); y Carl Guarneri, *America in the World: United States History in Global Context* (Nueva York: McGraw-Hill, 2007). Véanse también John King Fairbank, *East Asia: Tradition and Transformation* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1997); y Merle Goldman y Leo Lee, eds., *An Intellectual History of Modern China* (Reino Unido: Cambridge University Press, 2002). Véanse también «Sea and Ocean Basins as Frameworks of Historical Analysis», de Jerry H. Bentley, en *Geographical Review* 89 (1999): 215-24; y *Seascapes: Maritime Histories, Littoral Cultures and Transoceanic Exchanges* (Honolulú: University of Hawaii Press, 2007).

6. CONTACTOS Y LA ESTRUCTURA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Los debates sobre los principales periodos de la historia universal y los contextos más generales de periodización ya han lidiado con muchos aspectos de los contactos que se desarrollaron entre varias sociedades en diversos momentos del tiempo. Los cambios en los patrones de contacto —sobre todo, aunque no exclusivamente, a través de transformaciones en los intercambios comerciales— son el componente más importante a la hora de determinar transiciones de un periodo importante a otro. Está claro que, ya sea utilizando el planteamiento de las civilizaciones o no, los historiadores universales sienten cada vez más fascinación por los contactos y por cómo contribuyen a nuestra concepción de la historia humana. Los contactos nos llevan más allá del tratamiento de las civilizaciones una por una, al tiempo que permiten diferentes interacciones cuando se producen.

Los contactos pueden ser un arma de doble filo, por supuesto. Pueden desencadenar hostilidades y violencia mutuas. Sin embargo, en su conjunto, los contactos han ayudado a la especie humana a traducir las ganancias de una región a otra, ya sea con diferentes tipos de comidas, nuevas tecnologías o estilos de reciente creación. Han estimulado el cambio. Y han creado ricas historias humanas cuando individuos o grupos se encontraron

con conductas extrañas y maravillosas y sociedades lejanas de la suya.

A los historiadores universales les interesan toda clase de encuentros humanos. Desarrollan estudios sobre interacciones a través de la migración, las enfermedades, el intercambio, la expansión imperial, el comercio de larga distancia, la actividad misionera o la difusión de comida y tecnología. Utilizan los cambios en los sistemas de encuentros, incluida su base en el transporte y las tecnologías de las comunicaciones, como uno de los principios organizativos de la historia humana en general. Pretenden equilibrar la atención sobre la formación de tradiciones independientes —a menudo, la aparición de civilizaciones duraderas— con el modo en que los encuentros propician o fuerzan adaptaciones e innovaciones.

Muchos historiadores universales están particularmente ansiosos por demostrar que la obvia importancia contemporánea de los encuentros tiene un trasfondo histórico claro y constante. Como dice un texto, «las interacciones globales [...] no son en modo alguno características nuevas de la historia universal». Al poner de manifiesto cómo se desarrollaron los intercambios en épocas anteriores, la historia universal brinda oportunidades para demostrar qué es nuevo, pero también subrayar que los encuentros de hoy encajan en un continuo más extenso. De hecho, existen algunos patrones sobre los encuentros, algunos rasgos generales que ayudan a explorar las interacciones, se centren en tiempos pasados o en el mañana.

Este capítulo no documenta todos los encuentros relevantes, pero demuestra por qué las interacciones y los contactos son tan fascinantes. También cómo generan a menudo unos cambios inesperados. Aborda algunos patrones generales en los resultados de las interacciones. No hay leyes históricas irrebatibles aquí,

pero sí algunas respuestas habituales que pueden orientarnos en las interpretaciones del pasado y el presente. Por último, el capítulo retoma la cuestión del cambio y la continuidad en la historia de los contactos interregionales. La clara fascinación por explorar casos incipientes de contacto —uno de los verdaderos acicates para la investigación de la historia universal durante las últimas dos décadas— no debería impedirnos preguntarnos también cómo han cambiado los contactos.

El lado humano

En última instancia, el verdadero propósito de investigar contactos en la historia universal consiste en determinar cómo influyen unas sociedades a otras, los grados de importancia de diferentes formas de contacto y los cambios en los sistemas de contacto a lo largo del tiempo. Pero existe un lado menos formal y a menudo más personal que ayuda a explicar la fascinación por los contactos que muestran muchos historiadores universales y el considerable esfuerzo que se ha invertido en descubrir experiencias de contactos incluso en fases relativamente tempranas de la historia universal.

Los primeros intentos por supuesto están envueltos en un considerable misterio. Conocemos las enormes oleadas de migración salidas de África, incluidos los contactos entre diferentes especies de humanos en ciertos momentos. Pero no tenemos manera de saber cómo era la experiencia humana, qué nuevos aprendizajes o resistencias se desarrollaron. También es vital recordar que, hasta tiempos bastante recientes, pocos emigrantes volvían a su lugar de origen, lo cual limitaba el aspecto de contacto de sus viajes.

Aunque fueron surgiendo más sociedades organizadas, sabemos poco acerca de la naturaleza de las interacciones. Conchas del océano Índico llegaban a Siria (en la costa mediterránea de Oriente Próximo) ya en 5000 AEC, lo cual demuestra que se había desarrollado un comercio entre ambas regiones. Pero nadie sabe cómo afectó esto a los involucrados.

Los primeros contactos también se veían limitados a menudo por el hecho de que se producían en pequeños saltos, en lugar de unir directamente a grandes regiones. Hacia 2500 AEC, Egipto comerciaba productos —sobre todo especias— con India. Pero el intercambio pasaba por centros situados en Oriente Próximo, como la nación actual de Bahréin (denominada entonces Dilmún): sin duda, egipcios e indios mantuvieron algunos contactos allí, pero no se desarrolló un vínculo explícito entre Egipto e India. Hemos visto (capítulo 2) que unas cualidades similares describían el comercio en las rutas de la seda. Algunos artículos chinos llegaban a Oriente Próximo y el Mediterráneo, pero el pueblo chino no, y apenas existía un conocimiento mutuo entre una región y otra.

El contacto también se veía obstaculizado —y este es un tema que se perpetúa hasta nuestros tiempos— por la desconfianza mutua. Los mercaderes a menudo eran considerados sospechosos, sobre todo si además eran extranjeros. Los griegos clásicos confiaban mucho en los mercaderes procedentes de Oriente Próximo, pero no les concedían la ciudadanía y los miraban por encima del hombro en muchos sentidos. Numerosas sociedades antiguas utilizaban a extranjeros capturados como esclavos, otro tipo de contacto que podía fomentar un mayor aprendizaje sobre otras maneras de hacer las cosas; pero el estatus de esclavo no alentaba exactamente unas interacciones generalizadas.

Al mismo tiempo, sabemos que los contactos también podían generar entusiasmo a medida que se ampliaban las oportunidades. Las multitudes urbanas de Mesopotamia empezaron a disfrutar de los animales exóticos traídos de África: un poema hablaba de «bestias de tierras lejanas agolpándose en la gran plaza», en referencia a elefantes y varios monos. Los bienes de consumo, como las sedas y las especias, llamaban la atención sobre las ventajas de los contactos comerciales. En el tercer milenio AEC, grupos de mercaderes extranjeros se ubicaron en ciudades de todo Oriente Próximo para facilitar el comercio con sus países de origen; en el proceso, podían concienciar sobre otras alternativas a la manera local de hacer las cosas. Llegado el periodo clásico se desarrolló incluso cierto turismo, aunque principalmente dentro de las regiones importantes y no de una zona a otra. Los romanos adinerados podían ir a ver monumentos griegos y egipcios en el Mediterráneo oriental. Cuando gobiernos como el Imperio Persa empezaron a crear redes de carreteras, pero también posadas para viajeros, reflejaron y alentaron otras tipologías de contacto.

Un aspecto fascinante y casi inevitable del contacto implicaba la amalgama de hechos reales y fantasías que podían generar los encuentros, y en este caso también existe cierta continuidad entre pasado y presente, aunque supuestamente los contemporáneos somos un poco menos propensos, dada la abundancia de contactos disponibles en la actualidad, a inventar ideas exorbitadas sobre pueblos extraños. El viajero griego Herodoto, del siglo V, anhelaba escribir sobre los lugares que visitaba y mostraba una gran simpatía por las culturas extranjeras, incluso las de Persia, el enemigo de su país. Pero también le encantaba describir pueblos que no visitó y de los que los griegos habían oído hablar vagamente, y no tenía una idea

demasiado clara de lo que era inverosímil. Intentó hablar del valle del río Indo, señalando correctamente que sus habitantes llevaban ropa de algodón; pero también aseguraba que los hombres y las mujeres de la región mantenían relaciones sexuales en público, «como los animales de rebaño», y que encontraron oro en el desierto después de que fuese excavado por hormigas «más grandes que zorros».

Los periodos clásico tardío y posclásico amplían la gama de historias sobre encuentros. En tiempos de la dinastía Han, algunas princesas chinas eran enviadas a Asia central para que se convirtiesen en novias de los líderes tribales a fin de mantener la paz. Una escribía que vivía en tiendas de campaña y bebía leche fermentada de yegua, y hablaba también de su infelicidad: «Mi familia me ha casado en este rincón remoto del mundo… Solo hago que pensar en casa, y me duele el corazón». Un poco después, algunos budistas chinos empezaron a viajar a lugares lejanos. Un monje, Xuanzang, recorrió Asia central e India durante el siglo VII, y a la postre llevó a China un conocimiento más profundo del budismo e información que también podía animar a los mercaderes a ampliar su órbita para las exportaciones e importaciones. El *Informe sobre la región occidental* de Xuanzang fue una importante fuente de documentación para los líderes políticos y económicos chinos, mientras que las versiones populares de sus viajes (que incluían a un heroico mono y un cerdo avaricioso entre sus acompañantes) pasaron a formar parte de la tradición china.

La nueva religión del islam alentaba de manera activa los viajes y los encuentros con extranjeros desde el siglo VII. El gran peregrinaje anual a la Meca, recomendado a todos los creyentes si era posible al menos una vez en la vida, unía a gente de todo el vasto mundo islámico. Para algunos, el peregrinaje podía

inspirar otros itinerarios. Varios viajeros también escribieron relatos sobre sus periplos, que ahondaron los conocimientos sobre zonas cruciales del mundo y podían fomentar imitaciones. El que probablemente fue el mayor viajero de todos los tiempos, Ibn Batuta, un abogado de Marruecos, emprendió sus aventuras durante un primer peregrinaje realizado en 1325. A Batuta le encantaba visitar lugares nuevos, a menudo a expensas de viajes increíblemente largos y difíciles (cruzar empinadas montañas de camino a la Rusia dominada por los mongoles en pleno invierno fue solo una de sus hazañas). Con frecuencia conseguía trabajo durante sus viajes, merced a las oportunidades en la ley y la burocracia islámicas, y de vez en cuando se casaba con alguien para acabar divorciándose cuando estaba preparado para partir. Durante su vida, recorrió más de 122.000 kilómetros a pie, en burro y en barco, y cruzó Oriente Próximo y el Imperio Bizantino, así como gran parte de Asia central, India, Sri Lanka, las islas Maldivas, África occidental, Somalia y partes de China y el sudeste de Asia. Pareció disfrutar en casi todas sus paradas, excepto China, donde nunca se sintió cómodo:

> China era hermosa, pero no me complacía. Por el contrario, me preocupaba sobremanera el hecho de que los paganos llevaran las riendas allí. Cuando salía de casa, presenciaba innumerables horrores. Ello me inquietaba tanto que me quedaba en casa y solo salía cuando me veía obligado a hacerlo. Cuando veía musulmanes en China, me sentía como si estuviese contemplando a amigos y familiares.

Obviamente, los encuentros, tanto en el pasado como en el presente, no siempre procuran una satisfacción uniforme. Aun así, Batuta afirmaba que viajó bastante por China y hablaba con entusiasmo de los espléndidos barcos que construían sus habitantes. El relato de los viajes de Batuta, que en su conjunto resultan entusiastas, fue uno de los documentos, cada vez más

abundantes, que pudieron inspirar a otros a contraer el virus del viajero.

El drama del contacto no es solo un fenómeno premoderno. Después de que las flotas estadounidenses y británicas entraran por la fuerza en la bahía de Tokio a partir de 1853, algunos líderes japoneses previsores empezaron a darse cuenta de que debían aprender más sobre aquella fuerza intrusiva procedente de Occidente. Incluso antes de que Japón adoptara de manera oficial una política reformista en 1869, ciertas personas —algunas de las cuales tomarían la delantera en la redefinición de ámbitos como la educación— empezaron a visitar Estados Unidos y Europa. El encuentro fue a un tiempo complejo e importante: complejo porque los japoneses no habían desarrollado una experiencia dilatada en el espacio de más de 250 años, e importante porque eran viajes de estudio intencionados y concebidos para orientar nuevas políticas nacionales de cara al futuro. Los visitantes japoneses se sintieron impresionados por la tecnología occidental, aunque no tardaron en darse cuenta, y acertadamente, de que podían aprender a reproducir gran parte de ella. También se sintieron consternados por lo mucho que malgastaban los occidentales, y en particular los estadounidenses. Les interesaban mucho la ciencia y la apertura a nuevos conocimientos en Occidente, y estos se convertirían en temas del cambio educativo. Pero no les interesaba lo que consideraban una libertad indebida para las mujeres (en una época en la que, según aducen numerosos historiadores, las mujeres occidentales estaban bastante limitadas a las funciones domésticas): creían que a las mujeres se les concedía un respeto que en realidad debía procurarse a personas mayores, y no les convencieron de que esto tenía sentido. También los confundía profundamente la política parlamentaria o cómo la gente podía discutir de manera tan acalorada en los

pasillos del Congreso y aun así ser amigables. En general, estos observadores pioneros empezaron a identificar rasgos que Japón probablemente necesitaba copiar, pero también una serie de características que podían y debían ser ignoradas o rehuidas.

Temas generales

Parte de la exploración del contacto en la historia universal consiste en calibrar ciertas historias individuales, intentar averiguar qué pudieron aprender las personas en tiempos pretéritos sobre los relatos de viajeros, o medir el impacto de encuentros como las visitas japonesas de exploración. Los planteamientos más generales sobre los encuentros —que es lo que evaluaremos en este apartado al final son más importantes, y también existen algunos patrones básicos estándar (el apartado siguiente). Tanto los planteamientos como los patrones ofrecen una útil orientación para los casos de contacto en sí mismos.

Bueno y malo

Los historiadores no acostumbran a utilizar juicios de valor como «bueno» y «malo», en parte porque rehúyen este tipo de veredicto moral, y más bien porque la mayoría de las situaciones históricas son complicadas, con mezclas de ventajas y desventajas. No sería inteligente invertir demasiado tiempo en evaluar encuentros en términos positivos o negativos, pero está bastante claro que algunas situaciones de contacto perjudican a algunos de los participantes. Los nativos americanos, que se

toparon con europeos y africanos y sus enfermedades, presentaron unos índices de mortalidad apabullantes durante dos siglos. A ello sumémosle la conmoción de verse obligados a adoptar sistemas políticos y religiosos desconocidos, que dejaron a algunos fuera de la nueva corriente mayoritaria, y cuesta encontrar algo de lo que alegrarse. Había nuevos alimentos, armas y animales domesticados, y algunos nativos americanos adoptaron esos frutos del contacto de manera bastante creativa, pero el intercambio no fue positivo. (Interpretar los mismos encuentros desde un punto de vista europeo ofrecería una evaluación diferente. Algunos contactos tienen claros ganadores y perdedores.)

Obviamente, los resultados «malos» de un contacto eran especialmente probables cuando los encuentros presentaban enormes desigualdades, aunque, incluso en este caso, es importante no exagerar la impotencia. Las enfermedades y la pérdida de propiedades eran las vulnerabilidades más patentes en los encuentros con intrusos mejor armados. Pero (y la experiencia americana también lo demuestra) los contactos también podían implicar a un grupo de gobierno exterior que imponía nuevos criterios de conducta que alterarían la vida privada de manera poco ventajosa. Muchos europeos del periodo moderno temprano, sorprendidos por la aparente independencia de las mujeres nativas americanas, alentaban a los maridos a disciplinarlas con más vigor, a crear disposiciones domésticas más europeizadas, lo cual condujo a su vez a una reducción de las opciones y oportunidades de expresión para dichas mujeres.

Los «buenos» encuentros brindan a los grupos implicados la posibilidad de aprender nuevas técnicas o ampliar horizontes culturales, incluso en medio de cierta tensión en defensa de las viejas costumbres. En general, podemos decir que la interacción

japonesa con Occidente a partir de 1853 fue positiva. Desde luego ayudó a Japón a conservar la independencia adoptando nuevas políticas y tecnologías con suficiente rapidez como para impedir que Occidente se apropiara directamente de sus tierras (como ocurría en la vecina China). Una vez que el entusiasmo japonés por la imitación masiva fue modificado, por ejemplo por nuevas políticas en la década de 1880, con el propósito de preservar ciertos valores japoneses como la lealtad al grupo, se impuso un fructífero equilibrio entre reforma y continuidad. Por supuesto, algunos japoneses pensaban que, aun así, se estaba sacrificando demasiada tradición: había intelectuales que planteaban este argumento incluso a finales del siglo XX. Sin embargo, en general, la mayoría de los historiadores y, casi sin duda, buena parte de los japoneses de a pie, al menos después de las primeras oleadas de cambio, coincidirían en que los encuentros modernos han beneficiado a Japón.

Grados de impacto

No todos los encuentros son igual de importantes. Los relatos de viajes, por ejemplo, son fascinantes ejemplos de interacción, al menos para los individuos que participaron en ellos, pero no necesariamente generaron cambios significativos. La vida de Ibn Batuta revela la gama de conexiones geográficas que eran posibles hacia el siglo XIV, pero no está claro que sus excursiones tuviesen grandes repercusiones. De hecho, tampoco sabemos con certeza cuánto cambió el propio Batuta a raíz de sus experiencias, dada su tendencia a ver otras sociedades a través de una serie de valores personales bastante estrictos. Los escritos de Ibn Batuta contaban con un gran número de lectores, pero los

musulmanes más cultos ya sabían bastante sobre las regiones que describía. En contraste, un viajero europeo que visitó China justo un siglo antes —Marco Polo— escribió un relato que ponía énfasis en los logros chinos y que llegó a un público de Europa occidental que conocía mucho menos sobre el resto del mundo; en este caso, la información que proporcionaba sobre sus encuentros podía estimular nuevos pensamientos y motivar esfuerzos por establecer contacto. No era casualidad que Cristóbal Colón llevara una copia del libro de Polo en su primer viaje, buscando una nueva ruta entre Europa y Asia. Los encuentros y sus consecuencias, en otras palabras, generaron resultados cuya importancia variaba según el contexto.

A veces no es sencillo, ni siquiera cuando intervienen grupos más numerosos, averiguar qué tipos de adaptaciones produce una nueva serie de contactos. Un ejemplo contemporáneo interesante es el turismo global. Las oportunidades para que la gente visite lugares lejanos aumentaron enormemente en el periodo contemporáneo de la historia universal, sobre todo con la llegada de los viajes aéreos de finales de los años cuarenta en adelante. Un número importante de occidentales, y pronto de japoneses y otros, empezaron a visitar maravillas naturales o lugares históricos de todo el mundo. Muchas regiones, desde Tailandia hasta las Bahamas, basaban gran parte de su economía en el turismo global. Pero ¿fue el resultado de un encuentro importante? En 1950, un empresario belga fundó el Club Med, concebido para desarrollar centros turísticos en el sur de Europa, y, pronto, otros lugares bañados por el sol como Turquía y Malasia. Los emplazamientos eran distantes y exóticos. Pero el Club Med trató por todos los medios de organizar hospedajes de estilo occidental para huéspedes mayoritariamente occidentales y además servían cocina primordialmente de su región. Una vez por semana se ofrecían platos locales para añadir variedad, y se

organizaban excursiones fuera del complejo para visitar lugares no occidentales. Pero el Club Med hacía especial hincapié en limitar la cantidad de adaptaciones que sus huéspedes tendrían que experimentar. Con suerte, el resultado normalmente eran unas buenas vacaciones. Pero ¿era una experiencia de contacto importante para los europeos que la vivían?

En una nota más sorprendente, podemos formular la misma pregunta sobre las poblaciones locales que sirven a los turistas globales. Cabría esperar que la vida de los camareros que atienden a turistas extranjeros acomodados se viese desbaratada debido a las nuevas expectativas materiales y a la exposición a hábitos extraños. Sin embargo, la mayoría de los estudios indican que al menos durante un tiempo, los trabajadores locales no se ven afectados profundamente. Se van a sus casas, en su aldea, y con sus familias y desconectan de lo que han visto durante su estancia en el trabajo. Sin embargo, con el tiempo y una generación más joven, suelen cambiar los estilos de vestimenta (y pierden modestia), ya que los jóvenes interpretan el contacto de otra manera y lo utilizan para liberarse de ciertos controles paternos; los hábitos sexuales también pueden verse alterados.

Aun así, el argumento general está claro: no todos los contactos son tan importantes como podríamos imaginar. Pueden verse amortiguados por gente que se mantiene unida en sus enclaves étnicos y familiares e ignora un nuevo entorno que la rodea, y pueden ser modificados por la enorme fuerza de la desaprobación tradicional.

Por tanto, evaluar las experiencias de contacto conlleva dos tareas: intentar decidir cuál es el equilibrio entre consecuencias deseables y no deseables (reconocer que esto puede entrañar algunos juicios de valor que van más allá de una crónica histórica

objetiva); y, en segundo lugar, intentar dilucidar si el contacto ha tenido efectos importantes o si, por motivos diversos, no ha afectado a los más implicados.

Duración e intensidad

Existe un tercer aspecto en la evaluación del impacto de cualquier experiencia de contacto: estos pueden tener varias duraciones e intensidades, y los breves normalmente son menos importantes que los más prolongados. Los cruzados europeos actuaron en Jerusalén y alrededores durante varias décadas. Estuvieron influidos por la exposición a un entorno urbano más avanzado, como veremos más adelante, pero no está claro que las poblaciones islámicas locales se viesen particularmente afectadas excepto cuando los europeos las atacaban de forma directa. Desde luego, los musulmanes se formaron otras impresiones de los intrusos europeos: a veces admiraban su valentía, otras deploraban su violencia y su falta de auténtica fe, y en ocasiones los consideraban torpes y poco sofisticados. Pero no sacaron gran cosa del contacto que afectó a sus vidas una vez que los europeos se hubieron marchado. Los hábitos estaban demasiado arraigados, y la experiencia fue demasiado breve como para que tuviese demasiada importancia. Por el contrario, cuando los mercaderes y eruditos chinos empezaron a desarrollar nuevas interacciones con India a finales del periodo clásico, sobrevinieron varios siglos de intercambio y peregrinajes de estudiantes en torno a la incorporación del budismo en la vida religiosa y artística china. Aunque el gobierno de China a la postre se volvió contra el budismo y redujo su visibilidad, persistieron consecuencias relevantes, ya que la exposición había

sido demasiado extensa como para borrarla de un plumazo. Importantes minorías budistas se combinaban con recuerdos más generalizados de las enseñanzas de dicha fe y la influencia en los estilos artísticos y arquitectónicos.

Variedad

Los encuentros pueden tener toda clase de resultados. Pueden ayudar a una población a aprender sobre nuevas técnicas o alimentos. Sin duda influyen en los estilos. Los nobles rusos, durante el periodo de control mongol, adoptaron las costumbres y sobre todo los peinados de Mongolia, incluida una característica coleta. Cuando Pedro el Grande, recién llegado de un largo viaje por Europa occidental, intentó remodelar la nobleza orientándola a unas normas más occidentales, insistió en una conversión a esos estilos, y supuestamente él mismo cortó algunas coletas. Los contactos afectan a los patrones comerciales. Ciertas iniciativas llegadas del norte de África al principio del periodo posclásico, incluidas algunas incursiones directas, ayudaron a demostrar a los mercaderes del oeste de África los posibles beneficios de dirigir más comercio hacia el Sáhara, que amplificaba todavía más los contactos. Los encuentros pueden alterar la escolarización, llevando a los estudiantes a través de las fronteras para que aprovechen un aprendizaje desconocido. Así, los ciudadanos de Asia oriental acudían a centros budistas de India; estudiosos europeos del periodo posclásico llegaron en tropel a España y Bizancio para acceder a materiales clásicos y árabes; la interacción del oeste de África con el islam llevó a la creación de un centro de estudio en Tombuctú; y alumnos de

varias partes del mundo pueden acceder a instituciones occidentales en la actualidad.

Es tentador afirmar que los contactos son especialmente interesantes y profundos cuando también afectan a patrones culturales básicos, formas sociales o instituciones políticas, unos ámbitos que en principio podrían considerarse particularmente resistentes al cambio y la influencia externa. Por ello, la cuidadosa imitación japonesa de la tecnología y la alta cultura chinas durante el periodo posclásico no resultaron en una adopción total de las prácticas chinas hacia las mujeres, aunque las ideas de China ejercieron cierta influencia. En la actualidad, China está muy abierta a modelos extranjeros en materia de negocios o tecnología, pero quiere mantener controlados los patrones políticos externos. Sin embargo, hay casos en que los encuentros son tan amplios y duraderos que afectan a la vida privada o la política, además de otros ámbitos. Allá donde el contacto difunda la conversión religiosa, por ejemplo, se filtrará indudablemente a los patrones familiares. Las experiencias de Rusia durante el control de Mongolia, aunque condujo a un intenso disgusto por los caciques, probablemente afectó a los estilos y las expectativas de los gobernantes rusos posteriores, si bien el alcance de este legado político ha sido objeto de debate. Como ocurre con la duración, tomar en consideración cuántos ámbitos de la actividad humana se vieron afectados o no por el contacto ofrece herramientas de medición bastante precisas para dilucidar en qué consistió el encuentro.

Actitudes y receptividades

Diferentes sociedades en distintos periodos están más o menos abiertas a aprender de los encuentros. Algunos grupos gobernantes adoptan diversas interacciones como fuente de interés y posible ventaja. Los líderes mongoles eran muy tolerantes con los extranjeros, al igual que los primeros gobernantes mogoles de India. La política japonesa, desde el periodo posclásico hasta el presente, ha alternado un interés en los modelos extranjeros con el aislamiento. La sociedad occidental en el periodo posclásico, aun mostrándose hostil al islam por considerarlo una religión falsa, era bastante abierta en su interés por imitar varios aspectos de la sociedad islámica que conoció por medio del comercio y de otros contactos: de este modo, las interacciones afectaron a patrones occidentales que van desde la filosofía a la arquitectura y la ley comercial. Pero hacia el siglo XV, Europa occidental empezó a mostrarse menos dispuesta a reconocer las influencias islámicas (aunque todavía aprendía de sus contactos en ciertos aspectos, como la ingesta de café y las funciones públicas de las cafeterías). En términos más generales, al principio del periodo moderno temprano, los observadores occidentales empezaron a restar importancia a los logros de la mayoría de las sociedades con las que mantenían contacto, sobre todo por las aparentes inferioridades que mostraban otras sociedades en materia tecnológica.

En algunos casos, las actitudes pueden fomentar políticas que impidan los contactos, como cuando Japón limitó de manera tan decisiva el acceso extranjero y los viajes internacionales hacia 1600. Al menos igual de interesantes son los casos en los que los valores sociales dominantes disuaden a ciertos grupos de aprender gran cosa aunque se produzcan contactos, debido a ideas de superioridad especial. De nuevo, estas son oportunidades para una valoración explícita como parte del

proceso más general de determinar qué conlleva una serie de contactos.

El cambio a lo largo del tiempo

Probablemente, el tema general más complejo al que debemos prestar atención a la hora de lidiar con los contactos como un elemento básico de la historia universal sea el cambio a lo largo del tiempo. No cabe duda de que el ritmo de los contactos se ha acelerado en cada periodo sucesivo de la historia universal. A fin de cuentas, esta es una característica básica del esquema general de la periodización. En cada era se encuentran más sociedades, en distancias más largas y con mayor frecuencia. Esto significa a su vez que las tecnologías que sustentan el contacto cambian y, aunque son más difíciles de calibrar, también lo hacen las motivaciones, con mayor concienciación de las ventajas que podemos derivar de las iniciativas de contacto deliberadas. La parte sencilla de este tema, por tanto, consiste simplemente en hacer un recuento de cómo difieren los patrones de encuentro en un periodo respecto de otro.

No obstante, la pregunta más básica es la cuestión del cambio perjudicial. ¿Hubo momentos en la historia universal en los que el patrón de contactos cambió de forma tan decisiva que la naturaleza de la experiencia humana se vio alterada a consecuencia de ello, no solo en una sociedad, sino de manera más generalizada? Algunos historiadores, subrayando que las interacciones han sido un elemento constante de la historia universal, quieren poner énfasis en la continuidad: aunque los cambios en los contactos sin duda tienen incidencia, el fenómeno básico prosigue su marcha. Pero también hemos visto

diferentes perspectivas. Los historiadores que otorgan importancia a los acontecimientos sucedidos en torno al año 1000 a modo de división, con una diferenciación que predomina antes de ese momento, una convergencia basada en la expansión y una aceptación más deliberada de los contactos que imperaban a partir de entonces, señalan cambios decisivos en la experiencia de los contactos. Los expertos que ponen el acento en las cualidades fundamentalmente innovadoras de la reciente globalización tienen otra interpretación: ellos también afirman que los contactos empiezan a revolucionar la cultura y las instituciones, pero para ellos la línea divisoria es reciente.

Estas son cuestiones difíciles, precisamente porque pueden detectarse contactos en estadios tan prematuros de la historia humana —desde luego no son solo un invento moderno— y debido a que ciertos aspectos de su incidencia e impacto son difíciles de documentar con precisión. Por supuesto, los estudiosos discrepan. Pero la pregunta subyacente es valiosa pese a todo: cuando se evalúan los contactos a lo largo del tiempo ¿hay momentos en los que puede trazarse una línea divisoria para denotar un cambio de naturaleza o las historias fluyen de una manera acumulativa más gradual? Esta es una manera de reunir algunos de los temas más específicos sobre el impacto, la duración y la variedad.

Mutualidad: encuentros recíprocos

Una última serie de criterios sobre la historia universal de los contactos guarda relación no solo con temas de evaluación, sino con algunos hallazgos básicos que han surgido de los estudios

cada vez más numerosos sobre interacciones, entre ellos algunos explícitos de la historia universal.

Una de las grandes contribuciones al creciente interés por lo que ocurre cuando una sociedad de cierta índole se encuentra con otra —aprendido en parte gracias al trabajo antropológico sobre otras culturas, además de la propia historia universal—, implica reconocer que siempre que se produce un contacto serio, se dan impactos entre todas las partes involucradas. Los contactos son experiencias mutuas y generan compromisos y adaptaciones también mutuos.

Es especialmente importante insistir en esto cuando los contactos entrañan importantes disparidades de poder. De ahí que los famosos episodios de imperialismo europeo a finales del siglo XIX fuesen interpretados como imposiciones a los denominados pueblos nativos, ya que, sin duda alguna, los europeos ejercían un poder militar, político y diplomático dominante. La única cuestión podría ser el grado en que ciertas poblaciones consiguieron eludir un control europeo absoluto. De hecho, incluso el imperialismo era un proceso interactivo en el que las poblaciones locales lograban expresarse de muchas maneras en lugar de responder simplemente a directivas europeas, y los europeos involucrados también se veían afectados.

Esta expectativa general de que los contactos, incluso entre personas desiguales, generan interacciones complejas y no una mera imposición desde arriba tiene varias facetas.

En primer lugar, incluso los grupos muy poderosos rara vez se arriesgan a imponer en exceso cuando están en contacto con una población supuestamente «sometida». Podrían generar demasiada resistencia en el proceso o poner en peligro los beneficios que obtienen del contacto. Por ejemplo, las autoridades británicas en

Nigeria se esmeraron en conciliar a las poblaciones mayoritariamente musulmanas del norte durante su periodo de control imperial. Con frecuencia intentaban limitar a los misioneros cristianos y otros elementos reformistas, incluso los llegados de Gran Bretaña, basándose en que las autoridades islámicas locales mantenían el orden y no trataban de organizar una resistencia sistemática para aligerar los controles británicos y que, por tanto, no había que molestarlos. Las autoridades francesas y británicas titubeaban a la hora de interferir en ciertas prácticas de algunas regiones africanas, como la ablación femenina, que desaprobaban, pero existía el riesgo de una protesta popular si se emprendían reformas.

Asimismo, cualquier situación de contacto relevante no genera encuentros uniformes, como es obvio. Las poblaciones rurales, que están muy desperdigadas, a menudo se ven menos afectadas que los grupos urbanos (esto sigue siendo cierto hoy en día, por ejemplo con la exposición a las influencias de consumo externas). Algunos grupos trabajan, con frecuencia de manera eficaz, para ganarse el favor de una fuente externa de poder, y otros se abstienen. Una potente novela nigeriana moderna, *Things Fall Apart*, muestra cómo algunos grupos (de las regiones meridionales) se sintieron atraídos de inmediato por algunos aspectos de la cristiandad a finales del siglo XIX. Las madres de gemelos, por ejemplo, que corrían el riesgo de que sus hijos fueran sacrificados por considerarlos símbolos del mal según las creencias politeístas locales, podían buscar refugio en la religión externa. La gente joven podía encontrar oportunidades de expresión, precisamente porque sus padres todavía no participaban. Pero los hombres adultos, que atesoraban las posiciones más poderosas en el orden previo al encuentro, eran

los más proclives a mostrarse hostiles y a permanecer fuera de la órbita de contacto.

Por tanto, el primer objetivo a la hora de evaluar contactos o situaciones de encuentro en las que intervienen desequilibrios de poder es reconocer que ni siquiera los grupos aparentemente conquistados están sometidos a la máxima presión. Además, las experiencias con el contacto y los motivos para reaccionar varían considerablemente entre diferentes grupos.

El segundo punto consiste en examinar cómo incluso los grupos aparentemente dominantes también se ven condicionados por el contacto, aunque puedan afirmar que sus valores son superiores y deben permanecer inalterados. Las opciones alimentarias son un interesante ejemplo de las experiencias de los europeos en las Américas durante los siglos XVI y XVII. Cuando los europeos llegaron allí, descubrieron una serie de alimentos desconocidos. Su encuentro con la patata y el maíz y otras delicadezas como los pimientos picantes tendrían una enorme influencia en los patrones nutricionales globales cuando —a través de los contactos con los europeos— sociedades como China y África obtuvieron acceso a algunos de esos alimentos. Sin embargo, los europeos fueron conservadores en este sentido durante bastante tiempo, y evitaban gran parte de los ofrecimientos del Nuevo Mundo (todavía desdeñan el maíz por considerarlo «comida para animales»). Pero los europeos llegados a las Américas —las personas involucradas más directamente en el contacto desde el lado del Viejo Mundo— realizaron varias adaptaciones, además de llevar comida del Viejo Mundo al otro lado del Atlántico, cosa que también hicieron. Aunque hubo ciertas quejas sobre la sequedad de algunos usos del maíz por parte de los nativos americanos, los europeo-americanos pronto hallaron la manera de hacerlo más apetecible

(los nativos americanos, por su parte, criticaban el pan europeo, que también les parecía demasiado seco, «como comer tallos de maíz», como señalaba uno de ellos). Se produjeron fusiones alimentarias con bastante rapidez. Los americanos empezaron a utilizar grasa de cerdo para lubricar platos tradicionales a base de maíz como el tamale, y los europeos también comenzaron a disfrutarlos. El uso de pimientos picantes y judías americanas definió rápidamente una nueva perspectiva culinaria de estilo latinoamericano, que a menudo combinaba productos de origen europeo. Este, por tanto, es un caso en el que los criterios europeos fueron bastante inmunes a los resultados de un nuevo encuentro durante bastante tiempo, pero en el que los europeos que mantuvieron contacto, aunque formaban parte de una clase dominante que podría haber aspirado a un mayor purismo alimentario, se adaptaron bastante rápido y se unieron a elementos nativos de clases inferiores para crear menús mixtos que a su vez definirían —y de hecho siguen definiendo en ciertos sentidos— las diferencias entre los usos culinarios americanos y europeos. El argumento general es este: en situaciones de contacto, debemos buscar impactos mutuos y no solo imposiciones de un grupo a otro. Sea cual sea la posición de poder, es difícil, en situaciones de contacto prolongadas, no verse afectado hasta cierto punto o no modificar algunos hábitos en cierta medida.

El tercer punto también trata sobre las disparidades de poder en situaciones de contacto. Cuando el contacto es amplio en cuanto a duración e implicación de un número importante de personas, incluso los grupos menos poderosos encuentran la manera de preservar alguna forma de expresión independiente y, a través de esta, tendrán un mayor impacto en el propio encuentro. A veces, en un contacto, la gente sufre abusos tan manifiestos y un trato tan injusto que es tentador imaginar que

la represión es el único resultado, y quizá haya casos en que esto es así. A menudo se aprecia una escasez de pruebas. Contamos con pocos documentos sobre la experiencia de los esclavos capturados en Europa y enviados a Oriente Próximo en el periodo posclásico: hubo contacto, pero no conocemos sus dimensiones. Cuando los emigrantes e invasores indoeuropeos entraron en India, conquistando y reprimiendo a las poblaciones locales (probablemente con una violencia considerable), no disponemos de indicios directos sobre las oportunidades que tenían los lugareños, excepto que muchos de ellos aparecieron en los estratos más bajos del sistema de castas. Cuando sí contamos con pruebas, normalmente es válida la siguiente proposición: incluso en situaciones de gran desigualdad, el contacto es casi siempre de doble sentido. Este es el motivo por el que, en la historia universal, la experiencia de los grupos conquistados, por ejemplo los africanos bajo el imperialismo, debe ser estudiada con respecto a las interacciones y no solo a las imposiciones.

Una ilustración clásica e importante de la proposición general emana de la experiencia de los esclavos de origen africano en las Américas. Sabemos que los esclavos fueron apresados con gran brutalidad y sometidos a enormes penurias y deterioro en los barcos, y luego los obligaban a realizar trabajos degradantes y extenuantes y se alteraba cualquier lazo familiar que intentaran formar. La explotación sexual con frecuencia era considerable, y los propietarios de esclavos a menudo intentaban limitar el acceso a herramientas como la alfabetización. No obstante, los parámetros estándar de una situación de contacto siguen siendo válidos en todo esto. Los esclavos africanos ayudaron a crear una nueva cultura alimentaria en las Américas al llevar cosechas como la sandía, los caupíes, las berenjenas y el quingombó, que pronto llegaron a las cocinas de las plantaciones así como al suministro de los esclavos. El uso del jamón para dar sabor a las

sopas fue otra aportación africana que pronto pasó a formar parte de la cocina americana. Los ritmos de la música popular debían mucho a las raíces africanas, y a la postre se traducirían en el ragtime, el jazz e incluso el rock. Las modas africanas influyeron en los patrones de los edredones y en los diseños de ropa, de nuevo para poblaciones que iban mucho más allá de los propios afroamericanos. La música rap contemporánea es un signo de la supervivencia de las tradiciones orales africanas.

En zonas de Latinoamérica como Brasil, donde las poblaciones de esclavos eran incluso más numerosas que las del sur profundo de Estados Unidos, y donde los europeos americanos tenían menos prejuicios raciales y no mostraban tanta inclinación por la regulación cultural, los impactos africanos fueron todavía más notables. La música brasileña debía mucho a la danza y las tradiciones rítmicas africanas, incluida la percusión. La capoeira, un arte marcial brasileño, tiene su origen en patrones africanos. Las religiones africanas también tenían mucha fuerza, y combinaron tradiciones nativas americanas y europeas para crear nuevas síntesis de fe. Varias religiones brasileñas nacidas en el siglo XIX, como el candomblé y el umbanda, aunaban diversas creencias. Los africanos habían llevado a sus dioses consigo y los invocaban con danzas y cánticos tradicionales. Aunque los rituales eran tachados de paganos, no solo sobrevivieron, sino que atraían a públicos no afrobrasileños. Entonces, cuando la república de Brasil legalizó esas religiones como parte de una nueva separación de Iglesia y Estado en 1889, las combinaciones alcanzaron su esplendor, tanto en rituales secretos como en ceremonias públicas. Centenares de miles de personas profesan en la actualidad las religiones de inspiración africana, y muchas más combinan su práctica con una cristiandad más ortodoxa. El argumento está

claro: los grupos oprimidos no solo sobrevivieron al contacto preservando algunas de sus tradiciones propias, lo cual es importante en sí mismo, sino que también contribuyeron de manera activa al contacto ofreciendo cultura material, formas artísticas y creencias que atraerían a muchas otras personas de un modo que condicionó a toda la sociedad.

El último resultado estándar de los encuentros —y el más importante, ya que resume las consecuencias de las tres primeras características y otras— es la introducción del término sincretismo. La mayoría de los encuentros de relevancia producen mezclas de los grupos implicados que preservan algunas tradiciones anteriores (de nuevo, de todos los grupos que intervienen, al menos hasta cierto punto) pero que representan una nueva amalgama, cierto cambio para todas las partes. Así es como alteran los contactos la historia humana, normalmente no arrollando todos los principios de un grupo o destruyendo todos los patrones anteriores, sino formando nuevas mezclas. El sincretismo —«la combinación de diferentes formas de creencia o práctica»— describe de manera sumamente eficiente este resultado común. Por tanto, se utilice o no el término, siempre que se estudia un encuentro o intercambio en la historia universal debemos buscar el resultado sincrético. Obviamente, no hay manera de predecir con exactitud cómo será la mezcla: en este sentido, todos los encuentros tienen su propia historia. Pero pronosticar que habrá una mezcla sincrética es una apuesta muy segura.

Abundan los ejemplos, desde los primeros encuentros hasta los que se produjeron ayer. La cocina en las civilizaciones americanas mezclaba elementos locales, europeos y a menudo africanos: era un brebaje sincrético. Cuando, bajo Alejandro Magno, los eruditos y las autoridades de Grecia actuaron

durante más de un siglo en Bactria (al noroeste de India, parte del actual Pakistán), influyeron de tal manera en el arte local que durante muchas décadas las representaciones de Buda mostraban túnicas y peinados de estilo griego. La religión no se vio desplazada por las creencias griegas, pero un nuevo sincretismo definió cómo se presentaba. Cuando los misioneros jesuitas llegaron a China e India en el siglo XVI buscando, en principio, propagar el cristianismo, no tardaron en adoptar costumbres y hábitos locales, hasta tal punto que era difícil saber si estaban convirtiendo o si ellos mismos se habían convertido: en este caso, el sincretismo se aplicó al estilo de vida en un entorno de contacto.

El sincretismo puede adoptar formas inesperadas. El periodo de las cruzadas cristianas, desde finales del siglo XI en adelante, expresaba abiertamente su hostilidad hacia el islam y su control en Jerusalén. Las cruzadas condujeron a una considerable violencia contra los musulmanes y varias represalias. El episodio no parecería un candidato particularmente bueno para un resultado sincrético. Y de hecho, existen pocos documentos que presenten a los cruzados cristianos adoptando gran cosa del islam o viceversa. Pero sí aprendieron sobre los criterios materiales urbanos que eran algo habitual en Oriente Próximo, pero a años luz de las condiciones que se respiraban en las ciudades más primitivas de Europa por aquel entonces. Así pues, cada vez combinaban más la cristiandad con un nuevo grado de interés en comodidades materiales y niveles de viajes, que no solo afectaban a sus gustos, sino a los patrones económicos y sociales de su país. Fue un resultado sincrético inesperado, pero auténtico e importante pese a todo.

Las prolongadas interacciones de China con el budismo generaron fascinantes ejemplos de sincretismo. Muchos chinos se

convirtieron de manera sincera y profunda a la nueva fe. Pero, para abrirse paso en China, los líderes budistas también hubieron de adaptarse de manera significativa, poniendo un énfasis más claro en la inferioridad de las mujeres y las obligaciones familiares y también en la importancia de la lealtad al Estado. El resultado fue un tipo diferente de budismo con respecto al que se propagó en otras regiones, una versión claramente sincrética que mezclaba cambio y continuidad, desde la perspectiva china y con ciertos aspectos interesantes.

El sincretismo goza de buena salud en el mundo contemporáneo en medio de las presiones externas asociadas a la globalización. Japón toma un formato televisivo estadounidense, el programa concurso, y lo adapta a las tradiciones nacionales de conformidad y vergüenza de grupo: cuando un participante pierde, puede ser sometido a la desaprobación o ridiculización del grupo, cosa que los estadounidenses normalmente considerarían inaceptable o contrario a la dignidad personal. McDonald's, una de las grandes aportaciones de Estados Unidos a las culturas actuales de la alimentación internacional, obviamente propaga el cambio: la cadena, y otras similares, alienta un consumo más rápido, unos entornos más limpios y un servicio superficialmente más alegre en el que muchas tradiciones regionales habían insistido. Pero el cambio debe mezclarse con la adaptación para que nazca un McDonald's sincrético. Los restaurantes de India ofrecen más platos vegetarianos que los McDonald's en EE.UU. Las sucursales de Japón han introducido la hamburguesa de teriyaki. En Marruecos, McDonald's ofrece comidas especiales al anochecer durante el mes de ayuno islámico del ramadán, poniendo más énfasis en platos tradicionales que en las hamburguesas durante ese periodo. En Francia, McDonalds debe servir al menos cerveza, cuando no un poco más.

Estudiar el sincretismo, a medida que los contactos se multiplican en la historia reciente, ofrece unos medios dirigidos para analizar lo local y lo global, uno de los hábitos mentales básicos de los que depende la historia universal y que esta pretende inculcar. Desde luego ofrece un enfoque obvio para la investigación que da pie a un planteamiento coherente sobre el fenómeno de los encuentros. Esta es la última y más importante norma para orientar el análisis en este ámbito vital de la historia universal.

Conclusión

La larga crónica de los encuentros y sus resultados constituye uno de los epicentros de la historia universal. Alienta el análisis del cambio a lo largo del tiempo, tanto para evaluar los resultados de encuentros concretos como los cambios en patrones básicos de contacto. Organiza la comparación a la hora de determinar cómo respondieron diferentes sociedades o civilizaciones a las oportunidades de contacto, además de analizar cómo reaccionaron diferentes grupos a una experiencia particular de contacto. Aunque los contactos requieren evaluaciones individuales, hay algunos criterios de medición comunes que pueden hacer su estudio más coherente. Y hay algunos resultados habituales, en términos muy generales, que sobre todo alientan la evaluación de compromisos en cuanto a interacciones mutuas y resultados sincréticos. Algunas de las características más interesantes, además de importantes, en la historia humana están rodeadas de los tomas y daca de las interacciones a través de las fronteras de cualquier sociedad.

Otras lecturas

Existen muy buenos recursos sobre interacciones interculturales, entre ellos Jerry H. Bentley: *Old World Encounters: Cross-Cultural Contacts and Exchanges in Pre-Modern Times* (Nueva York: Oxford University Press, 1993); Greg Dening, *Beach Crossings: Voyaging across times, cultures and self* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2004); Xinru Liu y Lynda Shaffer, *Connections Across Eurasia: Transportation, communication and cultural exchange on the Silk Roads* (Nueva York: McGraw-Hill, 2007); Masao Miyoshi, *As We Saw Them: The first Japanese Embassy to the United States* (Berkeley: University of California Press, 1979); Stuart B. Schwartz, *Implicit Understandings: Observing, reporting and reflecting on the encounters between European and other peoples in the early modern era* (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 1994); y David Northrup, *Africa's Discovery of Europe 1450-1850* (Nueva York: Oxford University Press, 2002).

7. TEMAS DE LA HISTORIA UNIVERSAL

Los historiadores universales pasan bastante tiempo definiendo periodos cronológicos en su especialidad, además de regiones y sociedades importantes. Como hemos visto, no siempre coinciden, pero reconocen la relevancia del debate y la transparencia. La panorámica no es tan nítida cuando se trata de temáticas o tipos de actividades humanas en los que la historia universal pone énfasis. Este capítulo aborda los temas que casi siempre documenta la historia universal, pero también cómo está ampliando esa gama y, por último, cómo podría adoptar todavía más temas en el futuro.

Aquí se da una tensión obvia. Al igual que la historia universal en principio cubre todos los lugares en todo momento —pero en realidad intenta seleccionar énfasis más coherentes y manejables—, también aborda cualquier tipo importante de actividad humana siempre que figure en la crónica histórica. Asimismo, la historia como disciplina ha ampliado rápidamente su lista de temas investigables durante el último medio siglo, sobre todo a través del crecimiento del campo de la historia social. Ahora contamos con obras históricas serias sobre la infancia, el delito, la vejez, la muerte, el ocio, los hábitos alimentarios e incluso el sueño. ¿Puede incluir la historia una lista de esa índole? ¿En qué momento se convierte la ampliación de temas en algo imposible de gestionar?

Los historiadores universales suelen coincidir en que deben tratar algunos tipos de temáticas. Los patrones comerciales son un ejemplo obvio de ello. Deben incluirse las grandes estructuras políticas. Los sistemas culturales importantes, como las principales religiones, son inevitables. Temas como la historia del medio ambiente también están cobrando cierto impulso. Pero existe menos consenso sobre cómo

gestionar ciertos tipos de temas históricos, entre ellos algunos recién llegados a la lista de la historia social.

Los temas principales

Temas de contacto

Varios temas habituales, recurrentes en la mayoría, si no en todos los periodos de la historia universal, fomentan el estudio de contactos entre grandes sociedades. Los patrones comerciales —no hay sorpresas aquí— constituyen el tema de contacto más sistemático en la historia universal, desde los indicios de intercambio interregional antes del periodo clásico —por ejemplo, entre India y Oriente Próximo— hasta el intenso comercio que hoy constituye la columna vertebral de la globalización. Conocer el papel y la evolución del comercio interregional es un aspecto esencial de la historia universal. Esto también conlleva una atención a las tecnologías que intervienen en el comercio (transporte y dispositivos de navegación), además de organizaciones comerciales relevantes, como las grandes empresas del periodo moderno temprano o las multinacionales de finales del siglo XX y el XXI.

Otros temas de contacto también son importantes, pero en cierto sentido más esporádicos. El desarrollo de las religiones misionarias, que alcanzó su apogeo a partir de 600 EC, es una faceta cultural vital de un mayor interés en los encuentros. Otros acontecimientos del periodo moderno temprano, especialmente en las interacciones del cristianismo con las poblaciones de las Américas, y después los signos de la propagación de la ciencia y de nuevas ideas políticas en los siglos XVIII y XIX, sostienen el tema del contacto cultural.

La atención a los contactos también implica elementos clave de la *historia diplomática* y *militar*. Antes de la era moderna solo existían unas pocas campañas militares interregionales, pero sin duda merecen atención: las campañas de Alejandro Magno y las enormes conquistas

de Mongolia son casos obvios. Las batallas entre Grecia, y más tarde Roma, y Persia; la expansión militar árabe; la guerra chino-árabe al oeste de China en el siglo VII; la expansión territorial china y las relaciones de tributos con Estados vecinos; las breves cruzadas europeas en Oriente Próximo; y las expansiones turca y rusa formarían una lista representativa de casos en los que las campañas militares fueron más allá de una única región o civilización. Las conquistas y el imperialismo occidentales de 1500 a 1914 encabezan la agenda militar interregional moderna (incluida la Guerra de los Siete Años, 1756-1763, como primer conflicto «global»), pero los recurrentes conflictos entre Rusia y Turquía y las guerras de independencia americanas merecen atención. Copada por las dos guerras mundiales, la lista militar interregional se amplía notablemente en el periodo contemporáneo. Las interacciones diplomáticas regulares son sobre todo un tema moderno, ya que la práctica de enviar representantes y negociar entre Estados lejanos comenzó a ser algo habitual desde principios de la Edad Moderna. Sin embargo, existen algunos precedentes, como las visitas de tributo a China. Hacia el siglo XIX, el tema de la diplomacia internacional también debe incluir el nacimiento de organizaciones internacionales de pleno derecho como la Unión Postal Internacional o la Cruz Roja y, obviamente, esta innovación se amplía mucho más en los siglos XX y XXI.

La migración concita un interés cada vez mayor, aunque en este caso los grandes acontecimientos también son esporádicos en lugar de sistemáticos a lo largo del tiempo. Los primeros viajes del *Homo sapiens sapiens* fuera de África; las migraciones indoeuropeas en el segundo milenio AEC; y las migraciones eslavas, bantúes y turcas como momentos destacados que se extienden hasta el periodo posclásico constituyen una lista inicial. Las migraciones europeas, además de los movimientos forzados del comercio de esclavos atlántico son protagonistas del tema en los anales de la era moderna. Alimentado por los nuevos sistemas de transporte y el crecimiento de la población global, el tema de la migración, especialmente desde las regiones más pobres hacia zonas industriales, constituye un tema importante desde el siglo XIX hasta el presente.

La *transmisión interregional de enfermedades* es el último tema de contacto común, de gran importancia pero, por suerte, más recurrente que constante. El papel de las plagas en el periodo clásico tardío, la epidemia bubónica del siglo XV y la propagación de enfermedades a las Américas en los siglos XVI a XVII son momentos cruciales de esta área temática. Las epidemias del siglo XIX, como el cólera, también merecen atención, junto con las nuevas respuestas de la sanidad pública, la medicina y las organizaciones globales, y este variado tema llega hasta el periodo contemporáneo de la historia universal.

Estructuras sociales. La segunda serie de temas estables puede incluir patrones de contacto, pero los temas están más relacionados con características básicas de las grandes sociedades. Esos temas —empezando por las estructuras políticas— permiten estudiar cambios y continuidades clave dentro de las sociedades (como el paso del feudalismo a las monarquías más centralizadas en Europa entre los periodos posclásico y moderno temprano). También admiten comparaciones, prestando atención a acontecimientos comunes o paralelos además de diferencias entre civilizaciones. A veces, los mismos temas también incluyen los resultados del contacto, como cuando una sociedad intenta copiar la estructura política de otra, o cuando, en tiempos modernos, los movimientos más importantes tratan de exportar sistemas políticos concretos (ya sean marxistas o democráticos) a través de las fronteras regionales.

Una buena manera de abordar este segundo grupo de temas comunes es preguntar qué funciones debe desempeñar cualquier sociedad compleja. Por ello, cada sociedad debe organizar relaciones de poder, y en las civilizaciones esto ocurre, al menos en parte, a través de una estructura formal de gobierno. Discernir la naturaleza y las funciones del gobierno —historia política— es un tema estándar obvio. Todas las sociedades realizan un esfuerzo por explicar la naturaleza física y el propósito de la vida humana, que a su vez implica creencias y suposiciones fundamentales, amén de representaciones artísticas; en pocas palabras, toda sociedad tiene una *cultura*. Toda sociedad organiza la producción y el comercio, el aspecto económico de la historia de la

sociedad. Y cada sociedad define las relaciones y desigualdades sociales, convirtiendo la historia social en un tema esencial en cualquier lista.

Historia política

La estructura política suele desencadenar debates sobre organización estatal en la historia universal, tras el ascenso de un gobierno formal de cualquier índole.

Los periodos imperiales, y las sociedades que tendían a favorecer el imperio, forman un tema claro. El imperio es tanto una forma de gobierno como una expresión de expansión, y ambos aspectos son importantes. Hasta la llegada de los imperios europeos de ultramar, la forma del imperio normalmente conllevaba una considerable centralización, al menos conforme a los criterios premodernos, y unas burocracias relativamente numerosas. El cargo de emperador estaba rodeado de una autoridad y un ritual considerables, y a veces de pretensiones de divinidad.

Algunas formas políticas menos centralizadas incluyen las ciudades-Estado y los principados (como en la Grecia clásica y, con frecuencia, India), aunque estos a veces adoptaban una intensa vida política local. Las monarquías organizadas sin demasiado rigor —como en Rusia o el África subsahariana en el periodo posclásico— también eran comunes. Las características políticas especiales del feudalismo (durante parte de la dinastía Zhou en China, pero también la Europa occidental y el Japón posclásicos) constituyen otra opción.

Los últimos siglos han sido testigos de una serie de opciones políticas más numerosas, además del declive gradual de la monarquía y el imperio. Las oleadas revolucionarias (finales del siglo XVIII y principios del XIX y el siglo XX) marcan cambios fundamentales. Las democracias y las nuevas formas de autoritarismo son acontecimientos importantes durante los dos últimos siglos, junto con el auge de formas parlamentarias más modernas y la idea de las protecciones constitucionales de los derechos humanos. La escalada del nacionalismo

a partir de finales del siglo XIX y su propagación global son innovaciones importantes por derecho propio, pero pueden guardar relación con varias formas de organización gubernamental diferentes. Documentar la aparición de la nación-Estado es otro tema moderno de impacto global.

No obstante, además de la estructura de gobierno, otros temas políticos merecen consideración, aunque son destacados con menor frecuencia en la historia universal. Las *funciones del gobierno* son al menos tan importantes como su forma, aunque ambas características suelen estar relacionadas. Algunos gobiernos se adjudican numerosas funciones más allá del compromiso habitual de defender el territorio y ofrecer un sistema de justicia y control delictivo (y, por supuesto, definir algunas fuentes de recaudación de ingresos). Muchos de los primeros gobiernos intentaban imponer sistemas religiosos o culturales concretos, y la relación entre religión y Estado, y los grados de tolerancia, son un tema crucial para muchas sociedades.

Algunos Estados han sido más belicosos que otros, y los cambios fundamentales en la organización militar y la naturaleza de la guerra suponen una faceta vital de la historia política. Diferentes estructuras de gobierno ayudan a generar cambios en la envergadura de los ejércitos. El cambio tecnológico es un elemento vital para alterar la guerra y el ejército, de manera particularmente manifiesta con la llegada y la evolución de los cañones, pero también antes. La transformación militar moderna también está vinculada a otras alteraciones en las funciones del gobierno, por ejemplo, los controles de impuestos y finanzas o la propaganda.

Las formas y funciones de los gobiernos pueden delimitarse mediante un esfuerzo por caracterizar qué relación existía entre un Estado y el pueblo llano, qué voz tenía este último (si la tenía), qué podía esperar que aportara el gobierno a sus vidas y qué esperaba que hicieran los Estados. Las relaciones entre el Estado y el pueblo varían entre las sociedades y cambian a lo largo del tiempo. Uno de los giros clave en la historia política moderna es un impacto cada vez mayor del gobierno en una amplia gama de actividades.

Historia cultural

La categoría cultural tiene menos subtemas que la política, pero también entraña algunas complejidades especiales.

Para la mayoría de las civilizaciones agrícolas, la principal religión o religiones suponen el punto de partida más obvio para llegar a las creencias y suposiciones, que a su vez son el interés fundamental del análisis cultural. Las religiones expresaban ideas sobre la naturaleza, la esencia humana y la sociedad, además de preocupaciones espirituales y éticas. Cierto conocimiento del politeísmo también es esencial para comprender contextos culturales previos al auge de religiones como el budismo y el islam, y también para identificar vestigios incluso después de la conversión a fes más importantes. El confucianismo —una filosofía más que una religión— obviamente desempeñó un papel destacado en la organización de culturas en Asia oriental, y en la filosofía mediterránea clásica requiere consideración junto a la religión.

En épocas más recientes, las religiones, aun siendo importantes, han encontrado competidores para la provisión de amplios contextos culturales. Ideologías como el marxismo o el nacionalismo, pero también las suposiciones culturales que rodean al consumismo, requieren atención aquí.

La mayoría de las sociedades generaron *teorías políticas*, a veces en relación con ideas religiosas, sobre el papel del Estado, pero en ocasiones de manera independiente, como con el confucianismo. Este tema enlaza cultura y políticas *per se*. Los cambios en la teoría política durante las eras modernas a menudo implican contactos e influencias interregionales.

Junto con los contextos culturales dominantes y las creencias políticas, el papel de la ciencia constituye un elemento vital del análisis cultural, incluida su incidencia en la organización del conocimiento sobre la naturaleza física y la enfermedad, la relación entre ciencia y religión y las consecuencias de la ciencia para la tecnología. La enorme

redefinición de la ciencia y su papel desde el siglo XVII, a la postre de manera global, es un importante factor del cambio cultural generalizado de la historia universal moderna.

Los principales estilos artísticos —al menos en pintura, escultura y arquitectura— representan el último gran tema cultural de la historia universal. Diferentes sociedades poseían distintos estilos característicos en esas materias, y se han producido cambios a lo largo del tiempo y ejemplos de influencia interregional.

Por último, la historia cultural explora las relaciones entre la «alta» cultura —el trabajo de destacados pensadores, líderes religiosos o artistas— y la cultura popular, esto es, las creencias y estilos de la gente de a pie. Por lo general, las dos esferas culturales están relacionadas entre sí, pero normalmente de manera imperfecta. La gente corriente tiene ideas distintas sobre la naturaleza (incluida la magia) o la belleza de las que sus líderes les imponen. La alta cultura es más fácil de identificar y describir que la popular, pero es esencial prestar cierta atención a la relación para comprender cómo es realmente una cultura, y las tensiones y solapamientos son interesantes en sí mismos.

Historia económica

Además de los patrones comerciales, los temas económicos incluyen la *tecnología* y el *cambio tecnológico*. Distintas sociedades desarrollan diferentes niveles de tecnología para la agricultura, la fabricación y el transporte. El cambio tecnológico incluye patrones de influencia e imitación mutuas. La tecnología militar puede verse como un tema parcialmente independiente, pero a menudo también tiene impactos económicos.

Los papeles de los comerciantes y las ciudades varían. Todas las sociedades complejas desarrollan algunos centros urbanos y especialistas en comercio, pero su envergadura y estatus varían de un caso a otro y, por supuesto, cambian con el tiempo.

La agricultura y la fabricación son subtemas obvios. Los patrones agrícolas implican cosechas y animales, tecnología, sistemas de trabajo y niveles de producción (excedente) particulares. La historia de la fabricación se centra sobre todo en la revolución industrial y su permanente expansión global, que todavía sigue en marcha. Las sociedades preindustriales tenían sistemas de fabricación artesanales y rurales que merecen atención.

Los sistemas de trabajo varían considerablemente en la agricultura y la fabricación. La esclavitud (en varias formas; esta no es una única institución a lo largo del tiempo), la servidumbre y el trabajo remunerados son las opciones más habituales, a menudo en combinación. Pueden ser cotejadas, y los cambios de un sistema a otro con frecuencia son aspectos clave del cambio económico de manera más general. Los sistemas de trabajo incluyen, por último, papeles diferenciales pero variables para segmentos particulares de la población: mujeres, niños y ancianos.

Las economías pueden estar organizadas de varias maneras. Los sistemas financieros también ayudan a modelar las estructuras y tecnologías laborales y viceversa. El señorío, basado en las relaciones entre los patrones y los siervos, puede ser un sistema económico crucial, al igual que la agricultura de Estado. El capitalismo es, sin ningún género de duda, el sistema económico más importante de la historia universal moderna, aunque adopta diversas formas en diferentes épocas y lugares. El auge del capitalismo, al principio en el comercio, pero, en última instancia, en la agricultura y la fabricación, es un cambio fundamental en la historia universal y merece un análisis explícito. El auge de los movimientos socialistas y algunas economías de esa índole en los siglos XIX y XX permite una exploración de iniciativas alternativas de organización financiera. El desarrollo de instituciones económicas globales, en especial desde la Segunda Guerra Mundial, forma parte de la historia económica contemporánea y de la del capitalismo formulada de manera general.

Todas las sociedades complejas introducen varias formas de desigualdad social, entre grupos y entre los dos sexos. Esas formas reflejan pero también contribuyen a modelar sistemas políticos y económicos, y poseen una profunda dimensión cultural en las ideas y suposiciones sobre cómo es adecuado organizar y justificar la desigualdad.

La *estructura de clases* es un punto de partida esencial. Varias sociedades ofrecen diferentes sistemas, desde castas hasta clases, con distintas posiciones económicas y políticas para cada grupo relevante. La existencia o ausencia de una esclavitud significativa es otra variable obvia. Las definiciones de la clase o clases altas varía, y este es otro punto de entrada en la estructura social. Las oportunidades para la *movilidad social* también divergen.

La *raza*, además de la clase, influye en los sistemas de desigualdad. Los historiadores debaten qué importancia tenía la raza o incluso cómo era identificada antes de la era moderna. No hay conclusiones firmes sobre el papel de la raza en la esclavitud romana o árabe o en el sistema de castas indio, aunque los debates son cautivadores. Con el auge del imperialismo occidental, y sobre todo en los siglos XIX y XX, las afirmaciones sobre la raza cobraron mayor importancia a la hora de definir estructuras sociales, tanto en el marco de las sociedades como globalmente.

El creciente interés en la *historia de las mujeres* ha afectado profundamente a los estudios de historia universal durante los últimos 20 años, aunque todavía existen lagunas en el análisis. El ascenso de los sistemas patriarcales, sumado a varias aplicaciones concretas de este sistema en las grandes sociedades de todo el mundo, planteó algunos problemas comparativos sutiles durante la prolongada fase agrícola de la historia universal. En toda sociedad, las diferencias entre las clases altas y bajas tienen influencia en lo tocante al papel de las mujeres, sus oportunidades culturales y los índices de natalidad.

Como siempre, el cambio requiere atención en la conexión entre la crónica de las mujeres y la historia universal. ¿Qué impactos generales tuvo, de haberlos, la propagación de las religiones misionales, con sus afirmaciones de igualdad espiritual, en las relaciones de género? ¿En qué medida han alterado la industrialización y la proliferación de nuevas ideas sobre las mujeres las características patriarcales de las sociedades agrícolas?

La atención a las mujeres conduce a cierto debate sobre los sistemas familiares y, potencialmente, también sobre la masculinidad. No obstante, esos temas no se han desarrollado por completo en la cobertura de la historia universal hasta la fecha, en comparación con los análisis a través del papel y el estatus de las mujeres. Se documentan algunas tipologías familiares importantes —por ejemplo, nuclear (padres e hijos) en oposición a numerosa (abuelos, tíos, primos)—; y se aprecian referencias periódicas a sistemas de parentesco (vitales en la historia social africana). Esas categorías llevan a otras comparaciones entre sociedades y a una valoración adicional de los patrones de cambio, como el impacto de la industrialización y el auge de las ciudades en las relaciones tradicionales de la familia numerosa.

Tabla 7.1 Lista de temas (para grandes sociedades y el cambio y la continuidad a lo largo del tiempo)

Contactos	*Política*	*Cultura*	*Economía*	*Temas sociales*
Comercio	Formas de gobierno	Religión	Tecnología	Estructura de clases
Cultura	Funciones, incluido el ejército	Teoría política	Papel de los mercaderes, ciudades	Raza (cuando sea relevante)
Diplomacia/guerra	Protesta importante	Otros sistemas de valores	Sistemas laborales	Estructura de géneros
Migraciones	Ciencia	Agricultura/fabricación	Estructura familiar	
Enfermedades	Estilos artísticos	Medio ambiente	Demografía	

Instituciones globales (década de 1850 en adelante)				

El aspecto vital de la historia de la familia, elaborado de manera general, que la historia universal subraya de manera sistemática es la *demografía*, o los patrones de población. Las grandes variaciones en los índices de natalidad y mortalidad, y las estructuras etarias resultantes, contribuyen a las comparaciones entre las sociedades importantes, además de las clases altas y bajas. La interacción entre demografía y migración es otra conexión clave. Por encima de todo, documentar el impacto del auge de la agricultura y su desplazamiento más reciente por unas economías más industriales en patrones demográficos básicos —los índices de natalidad y mortalidad— ofrece algunos indicadores cruciales en la historia universal.

Resumen

Aunque es vital contar con una lista de grandes temas, los historiadores universales también documentan sus interrelaciones: por ejemplo, cómo afectan las creencias religiosas al comportamiento demográfico en las sociedades modernas; o cómo las ideas sobre las mujeres o los cambios tecnológicos condicionan las estructuras políticas. Es la combinación, además del análisis de causa y efecto, lo que contribuye a definiciones más generales y alimenta las comparaciones de las grandes sociedades, y es el mismo análisis combinado el que en última instancia ayuda a explicar el cambio y la periodización en la historia universal.

Otras áreas temáticas

Cualquier apreciación de la historia universal debe reconocer la necesidad de innovación en los temas a medida que la materia sigue el ritmo de acontecimientos más generales y las necesidades cambiantes de las sociedades que nos rodean.

La historia de los alimentos está ganando interés como un aspecto revelador de las sociedades individuales y, sin duda, como una manera de documentar el impacto humano de los contactos. El tema todavía no es esencial en la historia universal, salvo en ejemplos concretos, como el intercambio colombino, pero puede expandirse.

La nueva entrada crucial es la historia del medio ambiente, ya que los impactos medioambientales, los debates y los esfuerzos por desarrollar nuevos métodos de control se están convirtiendo en un elemento vital de nuestro mundo. Una de las principales atracciones de la Gran Historia es su ubicación del pasado humano en el desarrollo de la evolución de la Tierra. Al margen de la Gran Historia, la mayoría de los programas de historia universal incluyen ahora cierta atención a los impactos medioambientales del pasado, incluso en algunas sociedades cazadoras y, desde luego, en la agricultura. Las consideraciones medioambientales pasan a formar parte del examen de sociedades y culturas individuales —ha habido ideas bastante diversas sobre las responsabilidades humanas hacia la naturaleza en el pasado y en la actualidad— y de la definición de periodos clave de la historia universal. La historia medioambiental cobra importancia desde la revolución industrial (incluidos los efectos de la demanda de materias primas en zonas como África o Brasil). La exploración en la historia reciente propicia inevitablemente amargos debates políticos contemporáneos sobre temas como el calentamiento global. El tema todavía está adoptando una forma completa a medida que se amplían los hallazgos de las investigaciones, pero sin duda forma parte de cualquier lista esencial.

Una mayor expansión de los temas NO forma parte de la agenda de la historia universal, al menos hasta la fecha. Por ejemplo, es importante saber algo sobre el consumismo como parte de los últimos 150 años de la experiencia humana, pero no es (al menos todavía) esencial para identificar una historia del consumismo premoderno (aunque es muy interesante). No hay tiempo suficiente para abarcarlo todo, y todavía no sabemos suficiente sobre algunos temas de manera global para llevarlos adelante.

Aun así, existe y debería haber una tensión entre cualquier lista de temas de historia universal y lo que esa lista podría devenir en última instancia, con temas adicionales y prioridades cambiantes. Una parte válida de la experiencia de la historia universal debería incluir alguna idea sobre cómo abarcar otros temas, sin insistir en que la lista estándar se amplíe hasta el infinito.

La infancia es un buen ejemplo. Excepto por la atención a la demografía, la infancia rara vez es mencionada en las historias universales actuales (la mayoría de los libros de texto no incluyen el tema en el índice u ofrecen una referencia o dos, normalmente cuando tratan los sistemas educativos como parte del cambio político y cultural moderno). Pero los historiadores de la infancia aspiran a una cobertura geográfica más completa, y puede desarrollarse un mayor vínculo mutuo con la historia universal.

Una historia universal de la infancia ya genera un contexto general plausible. El contexto de la infancia y las funciones de los niños oscilan considerablemente con la llegada de la agricultura debido a las crecientes obligaciones laborales y la mayor envergadura de la familia, y cambian de nuevo con la industrialización y un mayor énfasis en la escolarización. Estos son dos momentos de referencia conocidos pero esenciales que ayudan a organizar este nuevo tema. La comparación también es importante: diferentes sociedades definían de manera distinta los aspectos concretos de la infancia; había incluso variaciones en prácticas habituales como (en las primeras sociedades agrícolas) el uso del infanticidio. La propagación de las religiones mundiales provocó algunos cambios generales en la infancia, como un nuevo

estímulo a la formación religiosa y un ataque al infanticidio. Más recientemente, otras innovaciones culturales y políticas como el consumismo o el comunismo también dejan una marca en la infancia. Al menos en la historia reciente, los contactos, incluidas las ideas sobre algunas obligaciones globales comunes hacia los niños, también desempeñan cierto papel, conectando la infancia con este aspecto de la historia universal.

Una enorme serie de nuevas incorporaciones a la lista de temas de historia universal NO acecha a la vuelta de la esquina. Por el contrario, cabe esperar una innovación y un reequilibrio constantes. Y está claro que la historia universal puede contribuir a otros temas y verse enriquecida por ellos. Saber al menos cómo iniciar una conexión desconocida amplía la capacidad analítica de este campo.

Conclusión

Comprender qué temas aplicar a una civilización o periodo concreto es el último paso para desarrollar una hoja de ruta en historia universal, además de identificar regiones y cronologías clave. La lista de temas no predice qué encontraremos —deben rellenarse casillas como funciones gubernamentales o impactos medioambientales en cada caso—, pero sí ofrece cierta orientación sobre qué buscar. La misma lista, como hemos visto, puede modelar comparaciones, donde deben incluirse similitudes y diferencias. También ayuda a trazar el cambio y la continuidad a lo largo del tiempo: ¿incluye un nuevo periodo cambios en las relaciones de género y, de ser así, qué relación guarda esto con otros acontecimientos clave? El análisis local/global gana coherencia cuando se aplica también a temas concretos. Y, por último, la lista de temas tiene su propia dinámica: además de algunos elementos fundamentales, la identificación de temas puede ampliarse, y este proceso ayuda a adaptar la historia universal a las preocupaciones cambiantes de nuestras sociedades y a nuevos descubrimientos sobre el pasado.

Otras lecturas

Al respecto de las migraciones, véase Patrick Manning, *Migration in World History* (Londres: Routledge, 2005); sobre comercio, Kenneth Pomeranz y Steven Topik, *The World that Trade Created: Society, culture and the world economy, 1400 to the present* (Armonk, NY: M.E. Sharpe, 1999); sobre el medio ambiente, Stephen Mosley, *The Environment in World History* (Londres: Routledge, 2009). Para temas culturales, véase Donald y Jean Johnson, *Universal Religions in World History: Buddhism, Christianity and Islam* (Nueva York: McGraw-Hill, 2007); sobre ciencia, James E. McClellan, III y Harold Dorn, *Science and Technology in World History: An introduction*, 2.a ed. (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2006).

8. DISPUTAS EN LA HISTORIA UNIVERSAL

En el capítulo 3 hemos visto que uno de los hábitos mentales que analizan los historiadores está relacionado con la capacidad de abordar debates históricos o diferencias en cuanto a la interpretación. Las controversias por cuestiones sociales son algo de lo más común actualmente. Averiguar cómo enfrentarse a opiniones distintas sobre temas del pasado (desde identificar qué tipos de pruebas se utilizan y en qué medida se utilizan de forma adecuada hasta evaluar la lógica de los argumentos, pasando por explorar las posibilidades de llegar a una síntesis analítica o a un punto medio) puede resultar de utilidad para una habilidad intelectual crucial que es importante tanto dentro como fuera de la clase de historia.

En este capítulo no se pretende confeccionar una lista de todos los debates importantes o posibles de la historia universal, puesto que no hay una lista acordada de «Controversias que un estudiante debe conocer». Los debates sobre periodos y, en mayor medida, sobre regiones (y decisiones de civilizaciones) ya se han analizado en capítulos anteriores.

Debates dentro de la disciplina: ¿por qué se discute tanto?

A los expertos, y en especial a los historiadores, les gusta la controversia. Debatir sobre investigaciones y análisis del pasado contribuye al progreso del conocimiento, aunque hay que admitir que algunas discusiones pueden pasar al plano personal y otras muchas pueden llegar a un callejón sin salida o volverse absurdas. Aun así, por lo general, poner en duda la sabiduría adquirida basándose en nuevas pruebas o nuevos patrones de análisis ayuda a entender mejor las cosas. Aunque a veces los cuestionamientos puedan resultar un poco excesivos, y en última instancia sea posible llegar a algún punto medio o amalgama, pueden esclarecer más las cosas y obligar a poner a prueba argumentos muy arraigados e ideas preconcebidas, lo que resulta útil.

En historia, muchos debates se centran en la causalidad, es decir, ¿por qué tuvo lugar un cambio importante? Uno de los debates clásicos, que guarda cierta relación con la historia universal, gira en torno a los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Justo después de la guerra, todo tipo de observadores se apresuraron a afirmar que había sido culpa de Alemania por mostrar una actitud demasiado agresiva y depender en exceso de un plan militar fijo, pero otros aseguraron que Francia y Gran Bretaña tenían parte de responsabilidad por no haber aclarado su posición antes y de una forma más rotunda. Es evidente que este debate concreto tuvo repercusiones tanto diplomáticas como académicas, y al final terminó por no llevar a ningún lado. La cosa mejoró cuando los historiadores (en su mayoría una nueva generación que no se había visto envuelta en los horrores de la propia guerra) empezaron a dejar de intentar echarle la culpa a un país o a otro y se pusieron a buscar factores más básicos, como los excesos del imperialismo europeo o lo mucho que dependía el capitalismo industrial en ese momento de los gastos en materia de artillería pesada y las distracciones de las

cuestiones sociales. Actualmente, un siglo después de la guerra, prácticamente todas las discusiones han llegado a su fin y se ha aceptado de forma generalizada un contexto más profundo para entender los orígenes del conflicto.

La verdad es que la historia universal, como ámbito, no ha generado tantos debates acalorados como otras áreas más convencionales, como la historia diplomática occidental. El hecho de que este ámbito sea relativamente nuevo, considerado un enfoque importante dentro de la disciplina de la historia, ayuda a explicar lo anterior: seguramente irán surgiendo más debates clásicos a medida que la historia universal se amplíe y madure.

La historia universal y Occidente/Estados Unidos

Uno de los debates endémicos está relacionado con los planteamientos sobre Occidente, ya que, en conjunto, los historiadores universales siguen discutiendo por las cuestiones que implican. Desde el punto de vista de la historia universal, la necesidad percibida de reducir la cantidad de atención que se asigna de forma colectiva a Occidente puede adoptar un cierto grado de agresividad. Y algunos historiadores universales están tan deseosos de rectificar la versión tradicional centrada en Occidente y se muestran tan hostiles a todo lo que pueda sonar a superioridad occidental que fustigan los errores occidentales de manera desproporcionada, un proceso que se conoce como «desprestigiar a Occidente». Por consiguiente, los *National Standards* de historia universal publicados en 1994 subrayaban claramente —y podría decirse que legítimamente— errores de Occidente como el comercio atlántico de esclavos o el racismo,

pero se esmeraban en abstenerse de realizar una valoración crítica del resto de tradiciones de las civilizaciones analizadas: si se hace una lectura simplista, podría parecer que solo Occidente ha causado un perjuicio a nivel mundial. El reciente interés por la historia medioambiental podría caer a veces en la trampa de desprestigiar a Occidente de forma desproporcionada, como si la experiencia y los valores occidentales fueran los únicos responsables de la degradación medioambiental.

Es evidente que algunos de los debates sobre historia universal se desarrollan a un nivel curricular global, como por ejemplo: ¿deberían impartirse clases de historia universal en lugar del viejo esquema de la civilización occidental? ¿Cómo podemos superar los proyectos de «corta y pega» que siguen otorgando más importancia a Occidente para alcanzar una perspectiva de historia universal más auténtica? Pero algunas discusiones sobre cómo incluir la valoración crítica a la hora de analizar las sociedades no occidentales en una época de evidente sensibilidad internacional y de resistencia comprensible a la superioridad moral occidental generan controversias importantes dentro del propio proyecto de la historia universal. Por ejemplo, ¿cómo debería abordarse la participación de comerciantes y gobiernos africanos a la hora de proporcionar esclavos para el comercio atlántico en los primeros siglos de la Edad Moderna? Además de la necesidad evidente de corregir estereotipos incorrectos acerca del islam y las mujeres, ¿hay, aun así, aspectos del registro histórico que susciten cuestiones más complicadas?

Así, un conjunto importante de argumentos gira en torno a los problemas de volver a encontrar un equilibrio entre el enfoque tradicional centrado en Occidente y las ideas preconcebidas correspondientes sobre los méritos especiales de los valores occidentales, junto con el análisis riguroso de las

complejidades de otras tradiciones. Al igual que con los viejos argumentos sobre la Primera Guerra Mundial, los debates en estos ámbitos son tanto académicos como políticos y tienen repercusiones contemporáneas importantes, lo que hace que sean especialmente complejos pero también inevitables.

El *lugar que corresponde a la historia de Estados Unidos* en un proyecto de historia universal amplía aún más esta área de debate. Se están realizando unos esfuerzos significativos por revisar el análisis convencional de la experiencia nacional en términos de internacionalización. Desde el punto de vista de la historia universal, surge un posible debate crucial en torno a si Estados Unidos se comportó de una forma distinta o básicamente siguió patrones fijados por potencias anteriores, como Gran Bretaña, a medida que se fue convirtiendo en una potencia mundial a partir de finales del siglo XIX. Esa es una forma de traducir las controversias en torno a la excepcionalidad estadounidense en términos más internacionales.

Debates clásicos

En estudios académicos históricos anteriores se ha planteado un elevadísimo número de controversias, que evidentemente tienen repercusiones para la historia universal, aunque los debates no empezaran dentro del marco de la historia universal. Este es el punto en el que la lista puede llegar a ser abrumadoramente larga, dependiendo de la cantidad de tiempo y de atención disponibles. Unos cuantos ejemplos bastarán para indicar la naturaleza y la utilidad de una categoría más amplia. En varios casos, los historiadores universales no solo pueden participar en debates definidos, sino que además pueden

amplificarlos mediante nexos de unión con un ámbito más general.

El papel de los individuos en la historia

Este solía ser un tema importante y sigue teniendo validez. La historia de cualquier región —y, sin duda, la historia universal— presenta numerosos ejemplos de personas extraordinarias, que en su mayoría eran los poderosos, pero que de vez en cuando eran también asombrosos individuos de a pie. ¿Qué papel han desempeñado esas personas en la historia? ¿Suelen los individuos tener un efecto importante con sus propias acciones o son meros factores en medio de fuerzas más grandes? Algunos historiadores universales han estudiado a los individuos, como el viajero Ibn Batuta, y han hecho uso de las biografías para especular acerca del impacto de los individuos. Conquistadores como Alejandro Magno o Gengis Kan son los primeros que vienen a la mente cuando pensamos en individuos que han cambiado el rumbo de las cosas (en 1999, una revista seria eligió a Gengis Kan como la persona más importante de toda la historia universal en los últimos mil años), así que esa es una forma de centrar el debate. Pero otros individuos, en otras categorías de logros, pueden suscitar una discusión; por ejemplo, si pensamos en las razones que impulsaron la revolución industrial, ¿importa mucho algún individuo? ¿O fue todo una cuestión de fuerzas de una escala mayor?

El papel de las personas corrientes

En parte debido a que la historia social lleva menos tiempo que el resto de áreas temáticas normales y en parte porque a veces se mueve siguiendo unos patrones temporales distintos a los de los acontecimientos políticos o culturales, algunos historiadores universales han tenido la tentación de restarle importancia. Y este es el debate resultante: ¿en qué medida merece la pena analizar qué nivel de opresión sufrían las clases bajas y las mujeres cuando se sabe que eran pobres y estaban oprimidas? India tenía un sistema de castas, y Roma tenía la esclavitud; pero ¿importa mucho esa distinción para analizar cómo vivía la gente en cuestión o cómo funcionaban sus sociedades? ¿Importan mucho las diferencias entre los distintos sistemas de esclavitud —la esclavitud en el mundo árabe, por ejemplo, en comparación con la esclavitud atlántica a principios de la Edad Moderna—, teniendo en cuenta que, por definición, todas implicaban una falta común de libertad legal? En otras palabras, estos debates se centran en el papel de las personas corrientes y en la importancia de los detalles específicos de los sistemas en los que estaban atrapadas. Estas mismas cuestiones son perfectamente aplicables a las mujeres: si sabemos que todas las sociedades agrícolas son patriarcales, ¿tienen relevancia las diferencias en cuanto a la naturaleza concreta y el tono del patriarcado? Incluso en épocas más modernas, ¿es mejor considerar a las personas corrientes como víctimas o como actores positivos que contribuyen a modificar el medio que los rodea?

La herencia africana

Sabemos que en la Grecia clásica enviaban a viajeros a Egipto y a otros lugares para estudiar matemáticas, entre otras cosas. Pero hace dos décadas un experto fue mucho más lejos al afirmar que la ciencia, la cultura y el arte griegos provenían básicamente de Egipto y Mesopotamia. Los historiadores griegos se apresuraron a refutar dicha afirmación alegando que los logros de sus compatriotas se debían mayoritariamente a genios locales. La controversia resulta interesante: está relacionada con los mejores criterios sobre los hechos de los que se dispone, pero también puede verse afectada por un sincero deseo de brindar más atención positiva a África o, a la inversa, de asegurarse de que la creatividad europea siga llevándose un mérito especial. El debate merece la pena, ya que nos obliga a evaluar la difícil cuestión de la herencia preclásica, así como los posibles prejuicios contemporáneos, pero no tiene una respuesta fácil.

La caída del Imperio Romano

Este es un viejo debate que realmente empezó cuando algunos observadores notaron que la parte occidental del Imperio Romano estaba desmoronándose a su alrededor. Distintos historiadores han aceptado este reto a lo largo de muchos siglos. Las explicaciones han incluido manchas solares (desacreditada actualmente), el papel del cristianismo a la hora de desprestigiar las virtudes romanas (desacreditada actualmente) o alguna ley de la historia que dicta que al final toda civilización debe derrumbarse y desaparecer (cuando menos complicada actualmente). En estos momentos el debate está centrado en la prioridad de señalar hacia la invasión externa y cuestiones internas (incluidas unas enfermedades epidémicas que, por lo

que sabemos ahora, eran muy graves). Asimismo, el papel de los cambios antisociales en los hábitos de la clase alta, el deterioro del liderazgo y la corrupción de la población siguen disputándose la atención: resulta difícil no considerar que los cambios en el comportamiento humano tuvieron algo que ver. Por último, una serie de historiadores han intentado incluir el caso del Imperio Romano en una categoría recurrente y más amplia en la que la expansión territorial excesiva mina la fortaleza interior y hace que la sociedad se tambalee. Esta investigación no pretende establecer una ley histórica general, sino presentar una serie de casos concretos que pueden enmarcar los factores del Imperio Romano en un contexto causal más amplio y, por consiguiente, ampliar el debate histórico.

Políticas islámicas

Distintos expertos han tratado de generalizar los principios políticos que se derivaron del islam, teniendo en cuenta que los gobiernos reales del califato árabe nunca llegaron a coincidir plenamente con los ideales especificados. En este tema se han inmiscuido cuestiones contemporáneas que han desencadenado afirmaciones como que los principios islámicos no son compatibles con la democracia, así como argumentos en contra que aducen una flexibilidad considerable y el hecho de que ninguna religión estaba adaptada inicialmente a la democracia. Esta controversia es compleja por naturaleza y ahora es también un tema delicado que, sin duda alguna, suscita un proyecto de historia universal, y no solo de historia regional.

El papel de las cruzadas

Los historiadores europeos debatieron en su día si las cruzadas representaron un acontecimiento significativo y la expresión de una fuerza nueva o una distracción y un intervalo sin importancia. Ahora este debate se ha ampliado, gracias en parte al interés de los historiadores universales por los patrones del comercio y del consumismo que parecen haberse derivado involuntariamente de los nuevos contactos europeos. Algunos debates sobre los impactos dentro del mundo islámico —desencadenados en parte por una sensibilidad reciente y meramente contemporánea ante la palabra «cruzada»— pueden añadir más elementos a los antiguos.

Los impactos de los mongoles sobre Rusia

La tradición rusa hace hincapié en lo distintos y lo bárbaros que eran los mongoles y en cómo Rusia al final se liberó triunfalmente de su yugo. Pero Rusia ya estaba cambiando antes de que llegaran los mongoles, así que no hay por qué achacar todos los problemas a los invasores. Y luego está la difícil cuestión de hasta qué punto los mongoles cambiaron Rusia de cara al futuro, por ejemplo en la escena política o en cuanto a aspiraciones militares.

Las expediciones chinas

¿Por qué pusieron fin los chinos a sus expediciones por el océano Índico a finales de la década de 1430? Este es un buen debate sobre causalidad con repercusiones para los papeles comerciales de China en un sentido más amplio. Algunos historiadores lo achacan a factores bastante concretos: un nuevo emperador que quería seguir su propio rumbo o las preocupaciones concurrentes de construir una nueva capital y ampliar la Gran Muralla. Otros —que no se oponen rotundamente, sino que adoptan una visión más amplia— afirman que los factores clave fueron la desconfianza de los chinos frente al mundo exterior y una tendencia confuciana/burocrática a menospreciar la innovación, sobre todo en materia comercial. Las decisiones en este sentido son importantes en cuanto a si esta importante decisión revela ciertos fallos elementales de la China tradicional o simplemente algunas consideraciones más a corto plazo.

Los declives americanos

Averiguar por qué se empezó a desmoronar la civilización maya mucho antes de sufrir la presión de Europa o por qué el imperio azteca y, sobre todo, el inca estaban teniendo problemas justo antes de que llegaran los españoles plantea toda una serie de cuestiones de causalidad interesantes que se complican por la falta de pruebas que sean del todo adecuadas (aunque hay más material que en el caso de Harapa, que hemos visto anteriormente). Los debates van desde reacciones ante la opresión política hasta problemas con fuentes de agua y otros factores medioambientales.

Expansión europea

Por lo general, los historiadores del Viejo Continente han enmarcado los viajes europeos de exploración del siglo XV en términos de un espíritu nuevo y dinámico asociado con gobiernos más ambiciosos y el espíritu del Renacimiento. Las cuestiones concretas de por qué España y Portugal fueron pioneras podrían atribuirse al papel de cada uno de los líderes (hemos visto que la historia universal plantea cuestiones generales interesantes sobre momentos en los que los individuos influyen enormemente en su época) y a las consecuencias de la Reconquista de la Península Ibérica por parte de los cristianos. No obstante, expresar este debate en términos de historia universal plantea otras cuestiones relativas a las consecuencias de que los europeos tomaran prestadas tecnologías árabes y chinas (la vela, la brújula y las pistolas), así como problemas europeos específicos a la hora de encontrar una manera de financiar las importaciones asiáticas que deseaban. Varios expertos han afirmado recientemente con bastante rotundidad que ese logro europeo se debió no tanto a una chispa occidental distintiva como a la gran cantidad de cosas que los europeos habían copiado (a veces sin un reconocimiento claro) de Asia. La consecuencia es un debate viejo y nuevo, a la vez que es importante tanto para la historia universal como para la historia europea.

La revolución industrial

Averiguar qué provocó la revolución industrial y por qué surgió primero en Gran Bretaña es otro debate antiguo que ahora se puede volver a plantear. Entre los ingredientes clásicos se incluían el aumento de inventores imaginativos (desproporcionadamente británicos), la expansión de la banca, las nuevas doctrinas económicas liberales y un nuevo espíritu empresarial. Ahora se hace menos hincapié en estos componentes, aunque no cabe duda de que encajan con algunas interpretaciones políticas sobre qué es lo que mejor fomenta el crecimiento económico. En su lugar entran en juego factores más impersonales como el crecimiento de la población y los cambios en la política estatal. Los historiadores que descubrieron un siglo XVIII pero con una expansión preindustrial del consumismo en Europa añadieron un nuevo componente crucial basado en una prueba fiable: los nuevos niveles de demanda contribuyeron a provocar la revolución industrial y no a la inversa. En este caso, los historiadores universales también pueden hacer uso de este debate, que en parte gira en torno al genio individual en contraposición a unas tendencias más generales, pero también pueden ampliarlo, sobre todo señalando el papel de la expansión previa de mercados extranjeros y del capital obtenido en el comercio mundial. Asimismo, algunas obras recientes hacen hincapié en el hecho de que los europeos decidieran que tenían que innovar a nivel tecnológico para equipararse, por ejemplo, al coste de fabricar un tejido de algodón en India. Por consiguiente, un debate ampliado puede incluir ahora una nueva búsqueda del equilibrio entre factores meramente europeos y factores mundiales desde el principio.

Emancipaciones

Los historiadores llevan debatiendo desde la década de 1940 por qué la esclavitud empezó a tocar a su fin. Un experto antillano insistió en que la respuesta era simple y llanamente de tipo económico: la esclavitud era ineficiente en la economía capitalista e industrial temprana que estaba apareciendo en las primeras décadas del siglo XIX. Esta perspectiva no se ha descartado por completo, pero existen pruebas empíricas de peso que lo refutan. Otros expertos más contemporáneos han subrayado e intentado explicar la aparición de un nuevo espíritu humanitario, y la atención al malestar de los esclavos también ha sido un factor que se ha tenido en cuenta. Algunos cínicos han añadido la posibilidad de que los primeros propietarios de fábricas se aprovecharan deliberadamente de la esclavitud como una forma de distraer a su propia sociedad de los abusos laborales que había más cerca de su casa. Este es un debate muy bueno sobre cómo elegir, así como encontrar, un equilibrio entre varios tipos de factores muy distintos. La concienciación cada vez mayor en cuanto a las limitaciones de la emancipación, incluidos el racismo y la explotación persistente, así como el papel que desempeña el crecimiento de la población mundial a la hora de proporcionar una mano de obra alternativa, le aportan una complejidad deseable, además de un planteamiento más internacional que meramente atlántico.

El imperialismo

Desde finales del siglo XIX se han producido encarnecidos debates sobre qué fue lo que provocó el imperialismo. Algunos expertos (incluidos los marxistas e incluso el propio Lenin)

consideran que fue la economía industrial: la necesidad de tener unos mercados asegurados, oportunidades de inversión y materias primas en medio del avance del capitalismo. Pero otros expertos han tratado de desacreditar dicha teoría, entre otras cosas mediante argumentos empíricos sobre lo mucho que costaron las colonias y cómo la mayor parte de la inversión internacional no se centró realmente en las colonias, sino en lugares como Estados Unidos, o cómo la mayor parte de las exportaciones industriales fueron a parar a otros países industriales. Pero las explicaciones económicas se niegan a desaparecer. Aparte de ellas, o posiblemente en su lugar, otros expertos han postulado la importancia de la rivalidad nacional y la diplomacia dentro de Europa; el papel de los individuos, incluidos tanto los aristócratas, que ya estaban incómodos en sus países natales industriales, como los meros especuladores. El papel de la prensa de masas e incluso las afirmaciones de que en las sociedades industriales había gente que se aburría y estaba ávida de aventuras ajenas también entran en el mismo saco. Hace poco, la historia de género ha contribuido con debates sobre cambios y retos en la masculinidad occidental, pero también sobre los papeles que desempeñaron las mujeres a la hora de influir en la empresa imperial.

Este viejo debate, que todavía puede proporcionar contribuciones innovadoras, encaja bastante bien en la historia universal, claro está. Una vez más, la historia universal también puede realizar su contribución. Además de los factores europeos, los historiadores universales se fijan más en los tipos de aliados que los imperialistas podían adquirir en zonas de expansión como India o África: el imperialismo se convierte en algo más que una mera empresa occidental, ya que requiere también una investigación de las complejidades de las sociedades receptoras.

Por falta de tiempo, la historia universal no puede analizar todas las controversias interesantes una por una. Pero elegir algunas de las discusiones más reveladoras y enmarcarlas dentro de un contexto más amplio y más interactivo constituye una parte crucial del análisis de la historia universal, así como una introducción perfecta del fatigoso arte de dar un sentido a la discrepancia.

Tres grandes debates

Hay tres disputas importantes sobre interpretaciones básicas que van más allá de las cuestiones asociadas con los periodos, las regiones y los temas de la historia universal al plantear cuestiones con las que merece la pena lidiar. Dos de las disputas están bien definidas, pero no están resueltas del todo, ni mucho menos; la tercera es más reciente —apenas está empezando a cobrar forma— y todavía no se pueden determinar del todo sus dimensiones.

La economía mundial

Toda una serie de expertos en distintas disciplinas han colaborado para generar lo que se ha denominado la teoría de la economía mundial, pero el enfoque se ha relacionado más estrechamente con el sociólogo Immanuel Wallerstein.

El quid de la teoría es el siguiente: Wallerstein y otros analistas de la economía mundial aducen que a medida que el comercio mundial empezó a aumentar a partir del año 1500, con

la inclusión de América, también empezaron a surgir las desigualdades persistentes en las relaciones comerciales entre regiones clave. Por un lado cobraron forma una serie de sociedades «nucleares» (inicialmente, España y Portugal y, más adelante, el noroeste de Europa). Las sociedades nucleares exportaban productos manufacturados (como pistolas), dominaban las empresas comerciales que gestionaban el comercio mundial y también construían los navíos. En todos esos mercados se podía ganar dinero. Asimismo, las sociedades nucleares tenían gobiernos y ejércitos inusitadamente fuertes, y utilizaban esa fuerza para adentrarse en otras partes del mundo, y los beneficios comerciales contribuyeron a su vez a financiar gobiernos más grandes. También desarrollaron las economías del empleo remunerado, lo cual facilitó la movilidad y la flexibilidad de los trabajadores. No cabe duda de que las sociedades nucleares adquirieron una riqueza desproporcionada a base del comercio mundial, aunque las asignaciones internas mantuvieron grandes focos de pobreza entre los trabajadores.

Las sociedades «periféricas» (inicialmente Latinoamérica y el Caribe) eran el reflejo de las nucleares. Exportaban materias primas y alimentos baratos y tenían que importar la mayor parte de los bienes manufacturados, por lo que perdían dinero en la transacción. Tenían clases de mercaderes poco numerosas (porque las sociedades nucleares se encargaban del comercio) y una construcción naval escasa. Evidentemente, aunque las sociedades periféricas pudieran generar riqueza individual para los propietarios de minas o latifundistas, las sociedades en su conjunto sufrían los efectos del comercio mundial, aunque no podían escapar a sus tentáculos. Los gobiernos eran débiles, porque las sociedades nucleares no querían que se interfiriera a nivel local y porque los latifundistas también intentaban evitar a toda costa que se impusieran controles sobre sus operaciones,

además de porque los ingresos fiscales eran escasos. A fin de cuentas, la periferia dependía de los sistemas laborales coercitivos y de bajo coste como la esclavitud o el tipo de servidumbre impuesta a los nativos y mestizos en las minas y latifundios de Latinoamérica (así como en las colonias sureñas de las tierras británicas de Norteamérica).

La teoría de la economía mundial incluye también un tipo intermedio de sociedad, la «semiperiférica», y califica por último a algunas sociedades —como Rusia, al menos hasta el siglo XVIII — de «externas», lo suficientemente fuertes como para mantenerse al margen de las relaciones comerciales internacionales profundas y que, por consiguiente, no quedan definidas por esas relaciones. Por definición, aparte de una relativa falta de participación, no se puede predecir gran cosa sobre las características de los casos externos.

Esta teoría es bastante sólida y ha ganado muchos adeptos. Presenta varias posibles ventajas. En primer lugar, explica las relaciones existentes entre los distintos aspectos de una sociedad nuclear o periférica: si sabemos cómo está la situación de exportación-importación, también podemos predecir el nivel básico de gobierno, así como la naturaleza del sistema laboral. En segundo lugar, por la misma razón, esta teoría facilita la comparación. Si dos sociedades son nucleares presentarán, con independencia de sus diferencias superficiales, muchas similitudes en cuanto a las características económicas, políticas y laborales, y lo mismo se puede aplicar a los componentes de la periferia. Además, esta teoría enmarca automáticamente cualquier comparación entre un caso nuclear y un caso periférico. En tercer lugar, esta teoría puede captar la expansión de las categorías básicas. En el siglo XVIII, por ejemplo, Polonia, que tenía un gobierno débil que exportaba cereal barato a

Europa occidental, presentaba muchas de las características periféricas de Latinoamérica, a pesar de las enormes diferencias en cuanto a geografía e historia previa. Y hay innumerables ejemplos de este tipo; por ejemplo, si consideramos a Japón como una nación que pasó a formar parte de las sociedades nucleares a mediados del siglo XX. Por último —y esta fue la motivación inicial de Wallerstein—, esta teoría ayuda a explicar la continuidad a lo largo del tiempo. Una vez que una sociedad logra el estatus de «nuclear», lo más probable es que no deje de serlo, ya que la riqueza y los gobiernos fuertes tienden a perpetuarse. Bien es verdad que España y Portugal no mantuvieron su posición y que se desplazaron hacia la «semiperiferia», pero Gran Bretaña, Francia y otras sociedades que pasaron a ser nucleares han persistido sin problemas. Y lo que es más importante: la falta de ingresos, de mercaderes, de mano de obra cualificada y de un gobierno eficiente hace que sea muy difícil que una sociedad pueda salir de la periferia, y cabe afirmar que hoy en día hay partes de Latinoamérica que se quedaron ancladas en la periferia a principios de la Edad Moderna y que se pueden seguir describiendo esencialmente en esta posición.

Pero la teoría ha recibido muchas objeciones; y ahí es donde surge el debate. Para muchas personas —quizá para la mayoría de los historiadores universales—, las objeciones han eclipsado las ventajas de la teoría. Pero la controversia sigue siendo interesante y relevante, importante en sí misma e ilustrativa del tipo de argumentos basados en generalizaciones sobre el tipo de historia universal que ayuda a curtirse en materia de gestión de debates y que puede aclarar cuestiones clave, independientemente del bando que se acabe eligiendo.

La teoría es demasiado simplista: tanto Gran Bretaña como Francia eran sociedades nucleares en el siglo XVII, pero Francia tenía un gobierno mucho más grande y más centralizado. Las diferencias políticas podrían haber anulado perfectamente las características nucleares compartidas. África occidental, que estaba sumida en el comercio de esclavos, podría haber evolucionado hasta convertirse en una economía periférica como la de Latinoamérica (considerando, desgraciadamente, a los esclavos como exportaciones baratas), pero los gobiernos de África occidental eran mucho más fuertes que sus homólogos americanos a principios de la era moderna.

La teoría omite las características culturales. Muchos historiadores económicos creen realmente que las sociedades responden a unos factores económicos básicos sin ningún tipo de influencia cultural: un libro publicado recientemente descarta así cualquier papel que puedan desempeñar la ciencia o la cultura moderna a la hora de explicar por qué Gran Bretaña fue la primera en industrializarse, y se fija únicamente en los costes de la mano de obra y de la energía y en la respuesta económica racional a dichos factores. Pero muchos historiadores universales aducirían que las relaciones entre Europa occidental y América o África, por poner un ejemplo, estuvieron marcadas por creencias y valores y no solo por fríos cálculos.

La teoría no explica claramente el cambio. Una vez que una sociedad ha cambiado, es fácil saber en qué categoría de la economía mundial incluirla, pero no siempre resulta sencillo determinar por qué y cómo tuvo lugar dicho cambio (por ejemplo, tratar de averiguar por qué España dejó de ser una sociedad nuclear). Ninguna de estas objeciones es demoledora, pero se van sumando a preguntas importantes en cuanto a la

precisión, y muchos historiadores universales prefieren un análisis más sensible caso por caso.

Pero la principal recriminación a la teoría de la economía mundial, al menos en lo referente a los principios de la era moderna, está relacionada con la cuestión de caracterizar la mayor parte de Asia. Los teóricos de la economía mundial creen que Europa occidental obtuvo una ventaja injusta en el comercio mundial —es fácil utilizar la teoría como parte de la mecánica de desprestigiar a Occidente— pero también hacen hincapié en lo poderosa que se volvió esta región. Muchos historiadores universales aducen que atribuir tanta influencia a Occidente, al menos antes del largo siglo XIX, es sencillamente una imprecisión, otro ejemplo del fracaso a la hora de escapar de la trampa del análisis histórico centrado en Occidente. Y no protestan simplemente por una cuestión de principios: también afirman que la teoría de la economía mundial no reconoce el gran éxito que tuvieron China e India en el comercio mundial desde bien entrado el siglo XVIII en adelante. Al fin y al cabo, China obtuvo más plata gracias al comercio mundial que cualquier potencia europea, seguida de India. China no era exactamente una sociedad nuclear: no controlaba las empresas comerciales ni los transportes de exportaciones e importaciones. Pero esa es precisamente la cuestión: no encaja en la teoría de la economía mundial, y su excepcionalidad —además de su tremenda importancia en la economía de principios de la era moderna— implica no solo que la teoría es errónea, sino que en realidad hace más mal que bien.

Entonces ¿se puede arreglar o modificar la teoría para solucionar algunos de los problemas o el esfuerzo que hay que realizar es tan engorroso que los historiadores deberían descartarla (como han hecho muchos)? ¿Es posible conseguir que

el debate sobre la teoría resulte útil a la hora de analizar la historia universal, no solo en los principios de la era moderna, sino también (tal y como postula Wallerstein) a la hora de abordar las desigualdades económicas mundiales desde el siglo XIX en adelante? Distintos historiadores reaccionarán de forma diferente a estas cuestiones, y eso es, al fin y al cabo, en lo que consiste un debate. Analizar la controversia y las posibles soluciones sigue siendo un ejercicio muy útil, empezando por entender por qué cada uno de los «bandos» de la discusión adopta la posición que adopta.

Modernización

Esta teoría tiene más años que el enfoque de la economía mundial, y la contradice en varios aspectos. La teoría cobró forma en la década de los cincuenta entre distintos economistas y científicos sociales estadounidenses, aunque se basaba en obras anteriores como la del gran sociólogo alemán Max Weber.

Aunque existen varias versiones específicas de la teoría de la modernización, la idea se centra en los cambios que tienen que acompañar, o preparar, el crecimiento industrial de una economía y el cambio económico que este conlleva. Los gobiernos deben volverse más eficientes, con más formación especializada y selección por méritos para la burocracia; este es un aspecto clave de la modernización política que acompaña o prepara el cambio económico. Los gobiernos modernizados tienen que prestar más atención a la sanidad pública y a la educación. No cabe duda de que la modernización militar incluye armamento de última generación y técnicas de entrenamiento y una selección que se base más en los méritos a

la hora de ascender a los oficiales. Las familias se tienen que modernizar, al menos hasta el punto de reducir la tasa de natalidad, ya que el exceso de población hará que se ralentice el crecimiento económico moderno. Los nuevos niveles de educación son esenciales; esta es una faceta tanto política como social de la modernización, junto con el interés creciente por los asuntos científicos. Muchos teóricos de la modernización también alegarían que las diferencias de género deben reducirse, al menos en términos de acceso a la formación y a puestos de trabajo serios. Una de las preguntas acerca de la teoría de la modernización gira en torno a su alcance: ¿cuántas instituciones y cuántos comportamientos engloba?

La teoría de la modernización presenta varias ventajas posibles, y por eso su uso está muy extendido a pesar de que sus límites no están muy claros. En primer lugar, relaciona entre sí distintos patrones de cambio, aduciendo que forman parte de un paquete general. Por consiguiente, la teoría se puede aplicar a la historia occidental de los últimos tres siglos para demostrar cómo el cambio educacional, por ejemplo, estaba relacionado con el desarrollo industrial, que, a su vez, está ligado a las reformas de la contratación de la función pública (burocrática). Del mismo modo, la teoría puede ayudar a explicar por qué cuando Japón acometió su ingente plan de reformas en 1868 se centró en el cambio militar, la sanidad pública, la educación, las relaciones de género (hasta cierto punto), así como en el cambio económico propiamente dicho.

En segundo lugar, muchos teóricos de la modernización aducen que la teoría tiene una cualidad predictiva: anticipa que cada vez más sociedades se van a subir al tren de la modernización y que, en el proceso, introducirán cambios que

seguirán las líneas ya definidas en Occidente, Japón y otras partes del mundo.

Por último, ampliando el elemento de predicción, algunos teóricos de la modernización también han utilizado la teoría para plantear preguntas sobre por qué algunas sociedades son más lentas a la hora de modernizarse para identificar qué problemas específicos pueden estar en juego. Así, Turquía, que empezó a intentar modernizarse en los años veinte, cuando Kemal Atatürk estaba en el poder, siguió un proceso muy lento en comparación con Japón. Algunos teóricos se preguntan qué es lo que fallaba: ¿era el contexto religioso u otra serie de cuestiones? Hay un libro interesante que analiza la historia china a finales de la década de 1800 en términos de barreras a la modernización. En suma, la modernización se puede utilizar para plantear preguntas comparativas sobre por qué algunas sociedades se mueven a más o menos velocidad que otras.

Por otro lado, muchos historiadores se han opuesto radicalmente al paquete de modernización por varias razones. En primer lugar, algunos sostienen que ni siquiera la propia experiencia occidental encaja en dicha teoría. Así, el crecimiento económico no estaba distribuido de forma equitativa: la teoría de la modernización puede hacer parecer que todos los actores implicados obtuvieron beneficios similares a los de cualquier hombre de clase media, cuando en realidad hay que diferenciar la experiencia de los obreros o de las mujeres. Otros alegan que la ecuación simplista entre educación e industrialización entraña un error *de facto*: muchos obreros sin estudios participaron de una forma muy activa en la industrialización, y la correlación postulada es, cuando menos, inexacta. Por tanto, estos críticos cuestionan la primera ventaja de la teoría de la modernización,

que postula la existencia de relaciones entre los distintos tipos de actividad y el cambio histórico.

Pero las críticas son más exacerbadas en lo referente a las afirmaciones sobre los procesos de modernización fuera de Occidente. En este sentido, hay dos puntos adicionales: en primer lugar (y todos los historiadores universales pueden predecir fácilmente lo que viene a continuación), toda la teoría hace que parezca que el mundo va a volverse, o debería volverse, lo más parecido posible al Occidente moderno. Los detractores sostienen que eso es incorrecto como objetivo y como medida histórica: muchas sociedades no quieren ser como Occidente, no van a acabar pareciéndose a Occidente o no deberían acabar pareciéndose a Occidente (elíjase la opción que se desee). Los teóricos de la economía mundial podrían aducir específicamente que la teoría le resta importancia a lo extremadamente difícil que les resulta a las sociedades periféricas modernizarse, y es su periferización, no sus esfuerzos incipientes de modernización, lo que debería recibir más atención. Y, por último, muchos detractores se echan a temblar con solo pensar en proyectos de investigación orientados a los fracasos de la modernización, como si algunas sociedades fueran en cierto modo estúpidas o retrógradas, o en la posibilidad de que estas condenas puedan acabar formando parte de una evaluación histórica seria.

No cabe duda de que los teóricos de la modernización se han visto más asediados en las últimas décadas. Entre otras cosas, las ideas de la modernización, aplicadas por los invasores estadounidenses primero en Vietnam y luego en Irak, no han salido a pedir de boca: resulta que importar la modernización y esperar un resultado rápido y entusiasta no funciona. Pero sigue habiendo centros de teoría de la modernización, y el término y la idea se siguen utilizando de manera informal a pesar de sus

limitaciones. Los estudios de historia rusa, por ejemplo, califican casi siempre a Pedro el Grande de modernizador (de ser cierto, fue de lo más selectivo, y no un reformista para toda la población, así que hay que tener cuidado con esta referencia persistente).

Los teóricos de la modernización que están al día sostendrían que es posible distinguir entre modernización y occidentalización total. Japón es un claro ejemplo: se podría afirmar que se ha modernizado, pero ni su cultura ni su política han llegado a ser totalmente occidentales. China podría ser otro ejemplo ahora mismo: está modernizándose a marchas forzadas en muchos sentidos, pero rechaza de plano la versión occidental de las estructuras políticas modernas. Distinguir entre modernización y occidentalización es difícil, e implica ciertos debates activos y sutilezas, pero es una posibilidad.

Los teóricos de la modernización también aducirían que, a pesar de todos los problemas que presenta su enfoque, un intento mundial de modernización es precisamente lo que ha cobrado forma a nuestro alrededor, con las sociedades que están intentando reformar sus sistemas educativos, estructuras militares, relaciones de género (al menos hasta cierto punto), etc., y con las tecnologías modernas y el crecimiento económico como objetivos definitivos clave. Hay muchas cosas en juego en la tensión entre una cierta teoría de la modernización con las debidas precauciones y la petición alternativa de plantearse la historia de cada una de las sociedades a lo largo de los últimos dos siglos, yendo caso por caso o a través de la lupa de las categorías de la economía mundial.

Globalización

Esta última categoría puede aplicarse de forma general a la historia universal, al igual que las teorías de la economía mundial y de la modernización. Es un área de debate más reciente (el término «*globalization*» no se introdujo en la lengua inglesa hasta los años noventa, aunque los japoneses tenían una palabra para ella desde hacía 30 años). Todavía no está claro si va a tener lugar un debate de calado a medida que los historiadores traten de convertir el concepto (que fue desarrollado por otros científicos sociales) en un programa de historia universal. Pero, como mínimo, tiene mucho potencial para plantear algún que otro debate interesante.

La globalización es el proceso de «transformar los fenómenos locales en mundiales. [...] un proceso por el cual los habitantes del mundo pasan a formar parte de una única sociedad y funcionan de manera conjunta» o, al menos, es un proceso que va en esa dirección a gran velocidad. Implica la integración de las economías regionales en una única economía internacional a través del comercio, la inversión extranjera, la tecnología compartida y, por encima de todo, la participación compartida en la producción básica y los procesos de intercambio. Pero también implica influencias culturales a nivel mundial sin precedentes, por ejemplo en los ámbitos de la ciencia y del consumismo, así como instituciones y normas políticas internacionales sin precedentes. Es un proceso de generalización que trasciende toda una serie de aspectos de las sociedades humanas.

La idea de la globalización puede ser aceptada sin un juicio de valor claro. La mayoría de los teóricos de la globalización, al igual que la mayoría de los teóricos de la modernización, se han inclinado por acoger positivamente los acontecimientos que

analizan, pero es perfectamente posible admitir que la globalización está teniendo lugar y deplorar sus consecuencias. Como hemos visto anteriormente, las encuestas internacionales revelan de hecho que a la mayoría de los habitantes del mundo no les gusta la globalización (al 72 % no le gusta su aspecto cultural, al 56 % no le gusta su aspecto económico y solo una ajustadísima mayoría del 51 % aprueba la globalización política —pero la mayoría de los estadounidenses discreparían activamente—). Una parte del debate sobre la globalización implica identificar y encontrar un equilibrio entre sus ventajas y sus inconvenientes. Este puede que sea un proceso que siga avanzando a pesar de los numerosos aspectos negativos y de la consternación popular.

Pero el debate que está empezando a surgir en la historia universal implica un conjunto de cuestiones distinto y, en realidad, clásico: el momento en el que llega el cambio y su alcance. Un grupo de historiadores que se hacen llamar «nuevos historiadores globales» sostienen a capa y espada que, a lo largo de las últimas décadas (la mayoría coincide en que el punto de inflexión estaría en los años cincuenta), la globalización crea un contexto histórico drásticamente novedoso. En su opinión, la «época global» emergente está al mismo nivel que las revoluciones agrícola e industrial o incluso por encima, en términos del alcance del cambio que implica. Estos historiadores consideran la economía a nivel mundial como «algo distinto: es una economía que tiene la capacidad de funcionar como una unidad a tiempo real y a escala planetaria». Señalan que muchas multinacionales son más grandes y más poderosas que la mayoría de los gobiernos nacionales, y mencionan asimismo la importancia mundial de muchas instituciones internacionales y organizaciones no gubernamentales a la hora de trascender las tradicionales delimitaciones estatales y regionales. Hasta las

preocupaciones populares están cambiando a medida que la gente se va dando cuenta de hasta qué punto sus vidas están determinadas por fuerzas anónimas a nivel mundial. Los nuevos historiadores globales concluyen que solo dándonos cuenta del alcance masivo del cambio podremos desarrollar una ética y unos estándares humanitarios que estén a la altura del Nuevo Mundo que está cobrando forma a nuestro alrededor.

Ningún historiador universal negaría el sustancioso cambio que está teniendo lugar últimamente; es algo que hay que incluir en cualquier registro que se realice del periodo actual en la historia universal. Pero el debate que ha aflorado gira en torno al alcance de las afirmaciones en cuanto a innovación, y se han presentado dos alternativas principales.

La primera, que es la opción más lógica de la historia universal, considera la globalización contemporánea como la última de muchas fases de un contacto acrecentado entre las principales sociedades del mundo. Varios estudios recientes adoptan este planteamiento. Hay quien defiende que el auténtico punto de partida son las rutas transregionales del periodo posclásico, después de lo cual todas las intensificaciones posteriores se debieron a motivos ya existentes (empezando por la búsqueda de mayores beneficios en el comercio) y basándose en tecnologías previas de transporte. Si el año 1000 no es el punto de partida, muchos optarían por el 1500, ya que los contactos se globalizaron literalmente por primera vez en ese momento, puesto que los beneficios comerciales y militares se volvieron aún más atractivos y las organizaciones gubernamentales y de negocios empezaron claramente a prepararse para mantener contactos constantes. Un historiador sostiene que el siguiente hito estaría a finales del siglo XVIII, donde había gobiernos y empresas capitalistas aún más eficientes

y tanto la manufactura como el consumismo europeos dependían con más frecuencia de las ventas y los suministros mundiales. De esta forma, las transformaciones adicionales que definen la globalización contemporánea surgirían sencillamente como una última fase. Es evidente que puede haber un debate considerable sobre qué fases importan más, pero la cuestión de fondo es si el propio enfoque de las fases es el que más sentido tiene en contraposición a la idea de un cambio radical en el último medio siglo aproximadamente. Defender la perspectiva de las fases no implica que uno piense que no hay nada nuevo: cada una de las fases implicaba cambios en las tecnologías, las organizaciones, las motivaciones y los impactos. Pero un patrón definido en términos de series de fases no es compatible con el intento de los «nuevos historiadores globales» de describir una transformación que realmente no tiene precedentes.

Por último, se ha presentado un tercer enfoque que ha pasado más desapercibido, aunque también podría integrarse en el argumento de las fases. Varios historiadores han defendido que la globalización se originó realmente a mediados del siglo XIX, no a mediados del siglo XX; y no solo como una fase anticipatoria, sino como globalización en toda regla. Los cambios en el transporte, como el barco a vapor, combinados con un incremento desorbitado de los flujos comerciales, los primeros signos de instituciones y acuerdos políticos mundiales (como el sistema que facilitó la entrega internacional de correo), la difusión de deportes famosos en todo el mundo e incluso nuevos tipos de migración de ida y vuelta crearon el primer marco global de facto. Bien es verdad que, tal y como sostiene uno de sus principales defensores, esta globalización era «incipiente y [estaba] incompleta», y se vería interrumpida por toda una serie de reacciones regionales en contra en las décadas

que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Pero cuando la globalización se reanudó de una forma más extensa, hacia finales de los años cuarenta, estaba basada en estructuras y experiencias que ya estaban al alcance de todos. Fue una reanudación, no una transformación totalmente nueva.

Conclusión

La historia universal no cuenta todavía con una larga lista de cuestiones y divisiones fundamentales. No hay bandos hostiles bien definidos. Resulta interesante —y quizá sea adecuado para este ámbito— que no haya surgido todavía un patrón claro de enfoques nacionales específicos en cuanto a la historia universal. En Australia, los intentos han hecho hincapié en el trabajo sobre la base de la historiografía y en el uso de tecnologías de enseñanza vía web, pero encajan bien con los esfuerzos que se están llevando a cabo en otras partes del mundo. Un centro europeo de enseñanza de historia universal en la Universidad de Leipzig pretende vender un planteamiento «basado en Europa» de la historia universal, y ahí puede que haya sensibilidades sobre los logros occidentales que difieran de las de Estados Unidos. Algunos escritores pioneros han tratado de fomentar la historia universal en China. Pero las divisiones nacionales que afloran se plantean simplemente hasta qué punto la historia universal está reconocida en los programas educativos, no qué tipo de historia universal debería ser la preferida.

Pero aunque este ámbito no está dividido por pasiones encontradas, hay debates importantes. Ese ámbito puede incorporar, y redefinir ligeramente, discusiones que surgieron en un primer momento en espacios nacionales o temáticos más

específicos. Genera discusiones por sí solo, sobre todo en torno a definiciones regionales. Y sí que fomenta la discusión de algunos intentos importantes de hacer generalizaciones, desde el debate sobre la economía mundial en adelante, que implican cuestiones interesantísimas de pruebas y análisis. En este sentido, las controversias agudizan las capacidades a la hora de abordar interpretaciones en discordia y, al mismo tiempo, facilitan la comprensión de tendencias y patrones importantes del desarrollo de la propia historia universal. Esto, claro está, es precisamente lo que se supone que se pretende lograr al lidiar con las tensiones analíticas.

Otras lecturas

Varias obras útiles sobre el análisis del sistema mundial son Andre Gunder Frank, *ReORIENT: Global economy in the Asian age* (Berkeley: University of California Press, 1998); Kenneth Pomeranz, *The World that Trade Created: Society, culture and the world economy, 1400 to the present*, 2.a ed. (Armonk, NY: M.E. Sharpe, 2005); Immanuel Wallerstein, *World-Systems Analysis: An introduction* (Duke University Press, 2005); y *The Modern World-System*, 3 vols. (Maryland Heights, MO: Academic Press, 1980). Véase también Craig Lockard, «Global History, Modernization and the World-Systems Approach: A Critique», en *History Teacher 14* (1981): 489-515.

Sobre globalización, Bruce Mazlish, *The New Global History* (Londres: Routledge, 2006); Robbie Robertson, *The Three Waves of Globalization: a history of a developing global consciousness* (Londres: Zed Books, 2003); y Peter N. Stearns, *Globalization in World History* (Londres: Routledge, 2010).

En cuanto a otros debates clave, Martin Bernal, *Black Athena: The Afro-Asiatic roots of classical civilization*, 3 vols. (Nueva Jersey: Rutgers University Press, 1987-2006); Seymour Drescher, *The Mighty Experiment: Free labor versus slavery in British emancipation* (Nueva York: Oxford University Press, 2002); y Robert C. Allen, *The British Industrial Revolution in Global Perspective* (Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2009).

9. LA HISTORIA UNIVERSAL EN LA ERA CONTEMPORÁNEA

Las reacciones de los historiadores cuando se los invita a analizar acontecimientos recientes son muy variadas. A algunos historiadores les interesa mucho lo que pasó anteriormente y desconfían de que se le preste demasiada atención al presente, que es algo que podría atenuar la devoción por el pasado y que conlleva inevitablemente implicaciones y partidismos que pueden distorsionar el juicio. En la historia universal hemos visto que una serie de historiadores se han preocupado mucho más por analizar los primeros orígenes que por establecer relaciones directas con el mundo que nos rodea actualmente. Los historiadores universales creen de forma colectiva que su ámbito de estudio ayuda a la gente a entender el mundo contemporáneo, pero difieren en cuanto a la atención directa que quieren prestar a las relaciones actuales. El pasado más remoto podría parecer más fascinante, más seguro desde un punto de vista analítico o simplemente una alternativa preferente teniendo en cuenta que hay toda una serie de disciplinas llamativas que ya se centran en el presente.

Este capítulo, en el que se analizan cuestiones contemporáneas en la historia universal e incluso (brevemente) orientaciones en cuanto a previsiones, no es, por tanto, un componente estrictamente estándar de la historia universal básica. No obstante, todos los proyectos de historia universal completos

ahondan en la era contemporánea al menos hasta cierto punto, y, al mismo tiempo, abordar acontecimientos recientes y actuales implica ciertos problemas particulares que requieren un análisis específico, aunque sea de forma breve.

La historia reciente plantea algunos retos particulares. A diferencia de algunos de sus profesores, los estudiantes de historia universal han sido conscientes de una forma activa de, cuando menos, una pequeña parte de dicho periodo. La comunicación entre generaciones puede resultar complicada. Los historiadores universales actuales, por ejemplo, fueron educados por personas que se habían visto extremadamente afectadas por las guerras mundiales e incluso por la Depresión. Pero el periodo de entreguerras ahora parece un poco menos definitorio que antes, puesto que, aunque no se ha de olvidar, la amenaza del nazismo no es tan intensa como lo era hace unas décadas. Por otro lado, la Guerra Fría no es una experiencia de la que se acuerden los estudiantes, así que hay una discusión legítima sobre cuántos detalles se deben dar para cautivar a un público con algo de lo que muchos profesores guardan un vivo recuerdo.

Conclusiones extraídas

Un componente crucial a la hora de categorizar el periodo contemporáneo consiste en acordarse de los principios analíticos en los que ha hecho hincapié la historia universal mucho antes de enfocar cualquier parte del siglo XX o XXI.

El primer paso más importante a la hora de definir cualquier periodo de la historia consiste en asegurarse de que las temáticas dominantes de la era anterior (que en este caso sería, por

convención, el largo siglo XIX) empiecen a perder importancia. Y también implica asegurarse de que se puedan identificar nuevas temáticas dominantes. Si un periodo comienza con un acontecimiento o una serie de acontecimientos dramáticos, también ayuda. Un nuevo periodo debería generar la posibilidad de definir un cambio (las nuevas temáticas), pero también de identificar la continuidad, tanto en cada una de las sociedades como en el mundo entero.

El segundo paso clave a la hora de definir un periodo consiste en asegurarse de que las temáticas clave sean aplicables a una serie de regiones (aunque puede que sea de forma diferente y con distintas respuestas), y no solo a una o dos. A la hora de analizar acontecimientos recientes, es crucial que uno no asuma que lo que sabe acerca de los patrones de su propia sociedad puede extrapolarse automáticamente al mundo entero.

El tercer paso clave consiste en asegurarse de que una serie de temas clave se apliquen a dicho periodo. No todos los aspectos importantes de la experiencia humana cambian con cada periodo, pero ningún periodo está formado únicamente por cuestiones políticas o económicas. Tiene que haber un rango temático, así como un intento exhaustivo de ver cuántos temas se pueden relacionar de forma legítima.

Y, claro está, habrá debates. Sobre todo a la hora de analizar cuestiones recientes, cabe esperar una gran cantidad de discusiones y controversias en torno a cómo segmentar el periodo contemporáneo. El debate no debería evitar algunas decisiones, pero sí debería fomentar una cierta disposición a poner a prueba y defender cualquiera de las propuestas principales.

En otras palabras, a la hora de abordar acontecimientos contemporáneos, es de suma importancia recordar que sabemos

muchas cosas sobre cómo manejar cuestiones de elección del tiempo y de cronología.

Los comienzos

La primera cuestión específica a la hora de abordar la historia contemporánea es de sobra conocida: ¿dónde empieza el periodo contemporáneo?

La respuesta más común está muy clara y es bastante defendible: empieza con la perturbación masiva que supuso la Primera Guerra Mundial. Pero ya se han presentado al menos otras dos opciones. Algunos planteamientos contemporáneos adelantan la fecha hasta la segunda mitad del siglo XIX. La importancia de la madurez y de la propagación de la revolución industrial, así como el argumento de que la globalización comenzó a mediados del siglo XIX, hacen que sea una elección plausible, aunque no hay un único acontecimiento que anuncie su comienzo. La otra opción es retrasarlo hasta mediados del siglo XX. Eso permitiría centrarse en la fase más intensa del movimiento de la descolonización y del evidente declive de la supremacía europea; y, dicho sea de paso, captaría el progreso económico de una serie de sociedades, empezando por Japón y los países de la cuenca del Pacífico, y la atenuación (aunque no la desaparición) de desigualdades previas en la economía mundial. Y sería del agrado de aquellos historiadores que defienden la existencia de un drástico comienzo reciente de la globalización.

Es importante recordar que las discusiones sobre cuándo comienza exactamente un periodo no son algo fuera de lo común, y la presencia de varias opciones válidas puede estimular

un fructífero debate. Pero la cuestión no debe crear confusión y que eso sea motivo de distracción.

La opción común de la Primera Guerra Mundial refleja la magnitud de la propia guerra y hasta qué punto introdujo nuevos tipos de conflictos y nuevos grados de aserción gubernamental. La aparición posterior de los gobiernos soviético y fascista se debió en gran parte a la experiencia de los controles gubernamentales durante la propia guerra. La Primera Guerra Mundial, tal y como ya se ha mencionado, señala también el principio del fin del imperialismo europeo y su supremacía económica. Debilitó a los propios Estados europeos, y alentó aún más las protestas nacionalistas fuera de Europa. Impulsó progresos económicos por parte de Estados Unidos y Japón en parte a costa de Europa. La guerra fomentó cambios en varias regiones. Obviamente, la caída del Imperio Otomano introdujo una nueva fragmentación en Oriente Próximo, cuyos impactos siguen siendo visibles hoy en día. La guerra también influyó en el contexto inmediato de la Revolución Rusa, otro acontecimiento determinante para el siglo XX junto con las otras dos revoluciones, la de México y la de China, que habían comenzado años antes. Por último, aunque esto no guarda una relación tan directa con la propia guerra, los años veinte fueron el escenario de progresos adicionales en algunas de las tecnologías que potenciaron aún más las conexiones a nivel mundial: la comunicación por radio siguió desarrollándose, al igual que el transporte aéreo. Después de la Segunda Guerra Mundial tendrían lugar otros pasos tecnológicos más importantes, pero cabe señalar una progresión bastante constante a partir de ese momento anterior.

En resumen: no hay ninguna razón que indique que la Primera Guerra Mundial vaya a ser desplazada como el

comienzo auténtico y simbólico de una nueva era, aunque fuera un inicio muy gris. La posibilidad de debatir otras opciones embellecerá el análisis, pero hay razones válidas para considerar el periodo de la guerra como una ruptura con el pasado, sobre todo en términos de relaciones de poder en el mundo.

Las temáticas del pasado se desvanecen

Demostrar que la era contemporánea cambia de rumbo con respecto al largo siglo XIX no es difícil, ya que el siglo XIX está dominado por la industrialización occidental y su consiguiente (aunque breve) supremacía económica y militar a nivel mundial. La nueva era fue testigo de la pérdida de dominancia occidental. Las aserciones militares estaban cada vez más caracterizadas por la ascensión de otras potencias militares fuertes, pero también por métodos de guerra, como la lucha de guerrillas, que limitarían la eficacia de Occidente. La fuerza occidental seguía existiendo, pero no con la facilidad de funcionamiento que había sido posible en la era del imperialismo. Los controles políticos declarados por parte de Occidente disminuyeron de una forma aún más evidente a medida que más y más países fueron expresando su deseo de independencia, unos pocos entre las dos guerras mundiales y luego un gran número después de la Segunda Guerra Mundial. Y aunque las actividades económicas occidentales seguían siendo cruciales, sobre todo con la recuperación de Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial, no cabe duda de que la economía a nivel mundial se volvió más compleja con los avances de otras regiones. A través de la industrialización, como en el caso de los países de la cuenca del Pacífico y, más recientemente, de otros países como China,

Brasil e India; a través del control de recursos valiosos, como los países ricos en petróleo de Oriente Próximo; e incluso a través del éxito de la agricultura comercial, como en el caso de Chile, empezaron a reducirse las diferencias entre los países occidentales y gran parte del resto del mundo. Las desigualdades de la economía mundial se atenuaron hasta cierto punto a medida que varias regiones empezaron a averiguar cómo escapar de los peores tipos de dependencia.

Al igual que el largo siglo XIX había quedado definido en parte por un equilibrio de poder característico, la pérdida gradual pero incontestable de este equilibrio fija un nuevo marco para la historia universal contemporánea. Este crucial test definitorio para poder hablar de un nuevo periodo (que demuestre la pérdida de importancia de temáticas anteriores) se aprueba con creces.

Retos analíticos

Dicho esto, surgen de forma inmediata cuatro complicaciones. La primera es una cuestión estándar, pero merece especial interés en el caso del periodo contemporáneo: uno no debe olvidarse de las continuidades constantes. La segunda, que es más específica de los siglos XX y XXI, subraya el hecho evidente de que, a diferencia de cualquier periodo anterior, no sabemos el resultado final de las principales temáticas de nuestra propia era. La tercera se centra en las incertidumbres concretas a la hora de categorizar el cambio cultural y la continuidad. Por último, la cuarta, que es más prosaica pero de suma importancia en términos de periodización, consiste en la inevitable discusión de si hay

temáticas generales en contraposición a unos subperiodos diferenciados.

1. Continuidades

Todos los periodos nuevos, sobre todo en sus fases iniciales, guardan alguna que otra relación con el pasado, aunque haya algunos patrones novedosos que empiecen a ganar terreno. En el caso de la historia universal contemporánea (o en el de la historia contemporánea de casi cualquier tipo), se corre el riesgo de pasar por alto este aspecto con demasiada facilidad. El énfasis dominante en numerosas culturas contemporáneas, incluida la de Estados Unidos, está en el cambio. La mayoría de la gente cree que el ritmo del cambio se vuelve cada vez más rápido. Puede que esto sea verdad —y es algo sobre lo que merece la pena reflexionar—, pero aun así el énfasis en la innovación no debería nublar la apreciación de continuidades importantes.

Las continuidades en materia de historia universal que persisten, incluso en medio de nuevas temáticas importantes, son de dos tipos. El primero implica elementos de las relaciones de poder del siglo XIX. Occidente sigue teniendo una fuerza desproporcionada. Ha sacado especial partido de las oportunidades para desarrollar su poder aéreo, y aunque hay otras sociedades que tienen fuerzas aéreas y programas de misiles significativos, sigue habiendo algunas disparidades. Occidente (incluido Estados Unidos) sigue siendo la sociedad que más probabilidades tiene de realizar intervenciones militares en otras regiones. Aunque el imperialismo formal es en gran medida agua pasada, los modelos políticos y las influencias culturales occidentales siguen teniendo bastante fuerza. Los intentos de Occidente por guiar los programas en materia de derechos humanos o por fomentar las democracias siguen siendo una

parte importante de la historia universal contemporánea, aunque el liderazgo en los ámbitos de la ciencia y el consumismo lo comparte con otras sociedades, Occidente sigue teniendo un peso importante. Al mismo tiempo, varias sociedades siguen reflejando las inferioridades de poder heredadas del siglo XIX o de épocas anteriores. Algunas partes de Latinoamérica siguen atrapadas en niveles de pobreza y desventaja económica que hacen pensar en las características de la periferia de la economía mundial mencionada anteriormente, y lo mismo se puede afirmar de numerosas partes de África subsahariana, en las que la dependencia aumentó incluso en el siglo XX. A la explotación occidental en algunas de estas regiones se suman incursiones japonesas, coreanas o chinas, deseosas de aprovecharse de la mano de obra barata y de recursos minerales y energéticos esenciales, pero el patrón básico es un vestigio conocido del pasado. No todo ha cambiado en el área de los equilibrios entre las potencias mundiales.

La segunda continuidad del pasado —que es esencial integrar en cualquier análisis contemporáneo— está relacionada con las características constantes de muchas sociedades o civilizaciones clave. Las cosas que han sucedido en numerosos periodos previos, que en algunos casos datan de los siglos clásicos, influyen en el desarrollo de regiones concretas y en las formas que tienen de responder a temáticas contemporáneas más amplias. Mucha gente sigue orientándose en gran medida por las principales tradiciones religiosas. Estas tradiciones no han permanecido inmutables: muchas religiones han hecho uso de las tecnologías de la comunicación contemporánea y otras muchas adoptan también nuevos enfoques. Pero no cabe duda de que hay ciertos elementos del enfoque hinduista, islámico o cristiano que tienen su origen en raíces más antiguas. Del mismo

modo, los estilos artísticos anteriores ayudan a definir las características regionales incluso hoy en día, junto con importantes innovaciones. Las estructuras políticas y sociales previas siguen dejando huella. India abolió su sistema de castas en 1947, pero sigue enfrentándose a cuestiones de desigualdad relacionadas con aquellas. Las tensiones raciales en toda una serie de sociedades constituyen una herencia de actitudes y estructuras más antiguas. Las divisiones por sistemas políticos están ligadas en algunos casos a actitudes más antiguas ante la importancia del orden y la autoridad, aunque las opciones políticas específicas hayan cambiado con el declive de la monarquía y el imperio.

Está claro que ninguna sociedad está determinada completamente por su pasado. Oriente Próximo ha cambiado sustancialmente a consecuencia de innovaciones tan variadas como los ingresos del petróleo, la extensión de las oportunidades educativas a las mujeres y la aparición de nuevos países. La región es el escenario de importantes tensiones y debates sobre opciones culturales y políticas. Los valores y las instituciones más antiguas desempeñan un papel importante, pero dentro de un marco dinámico, y esto se puede afirmar también sobre todas las principales regiones del mundo. A su vez, las distintas tradiciones sí que contribuyen a determinar el equilibrio contemporáneo entre el plano local y el mundial, y las continuidades en cuestión constituyen una parte crucial del análisis histórico relevante.

La consideración del plano local y el mundial conlleva una sensibilidad especial hacia las combinaciones sincréticas en el mundo contemporáneo. A veces, la aceptación deseosa del cambio, y en especial el interés evidente que aparece en muchos grupos de aprovecharse de influencias a nivel mundial, podría parecer que eclipsa los elementos tradicionales. No obstante,

muchas veces hasta la fuerza nueva de los contactos mundiales está teñida por la necesidad de mezclar valores e instituciones anteriores. Por tanto, el sincretismo creativo es una de las expresiones más características de la historia universal contemporánea.

2. Debates abiertos

Por definición, carecemos de perspectiva frente al periodo más reciente de nuestra historia, lo que, inevitablemente, suscita discusiones. No conocemos el final de las historias, algo que sí sabemos en el caso de todos los periodos anteriores.

Veamos una cuestión evidente sobre la que se debate de forma recurrente: ¿terminará el periodo actual de la historia universal siendo una historia del declive de Occidente (similar quizá al gradual y complejo declive de la sociedad árabe que empezó hacia finales del periodo posclásico)? Y, si es así ¿cobrará importancia otra sociedad (¿China quizá?) para ocupar ese lugar preeminente durante un tiempo? ¿O el declive de Occidente es solo relativo, esto es, que la sociedad occidental seguirá siendo fuerte pero simplemente no tendrá la dominancia artificial de la que gozaba en el siglo XIX? Y, si es así, ¿conllevará el próximo periodo de la historia interacciones —tensiones, pero también colaboraciones— de distintas sociedades importantes en lugar del patrón de dominio único que describía claramente el periodo anterior? Todas estas preguntas son útiles y vale la pena tenerlas en mente, pero sencillamente aún no podemos darles una respuesta.

O veamos una pregunta más sutil sobre la que se discute menos, pero que sin duda puede ser perfectamente objeto de debate. ¿Terminará el periodo actual de la historia universal, gracias al poder de la globalización, siendo testigo de un declive

de las distintas civilizaciones como organizadoras de instituciones y culturas y de la aparición, en su lugar, del predominio de las relaciones a nivel mundial? Ya hay muchos científicos, por ejemplo, que trascienden fronteras y que se identifican más con su formación científica que con su civilización de origen, y esas mismas tendencias podrían estar apareciendo en otras áreas gracias a la facilidad del contacto y a los nuevos grados de viajes y migración. ¿O se reafirmarán las civilizaciones, estrecharán sus identidades y quizá se volverán menos tolerantes y más beligerantes en el proceso? También hay signos que apuntan a dicha posibilidad y, de hecho, la visión de un choque entre civilizaciones (sobre todo, aunque no exclusivamente, entre Occidente y el islam) fue un tema que suscitó una de las principales discusiones después de que finalizara la Guerra Fría. Como en casos anteriores, hay al menos dos conjuntos de tendencias que son tanto plausibles como posibles, pero todavía no podemos saber cuál prevalecerá. La historia no se ha acabado, y en este caso puede que todavía no se haya desarrollado del todo.

En las últimas décadas se ha vivido una propagación sin precedentes de las formas políticas democráticas, especialmente en lugares como Europa central o del Este, Latinoamérica y partes de África. Pero varias sociedades clave no se han sumado a esta tendencia, y otras parecen estar dudando. ¿Seguirá propagándose la democracia (gracias a los estándares mundiales, las repercusiones de nuevas tecnologías de la información más abiertas u otros factores) o seguirá prevaleciendo la diversidad política a nivel mundial? Las tendencias contemporáneas permiten plantear este tipo de pregunta (plantear dicha pregunta en el año 1900 habría sido un poco como disparar a ciegas), pero no cabe duda de que no generan una respuesta.

¿Descubrirán las sociedades contemporáneas, ya sea de forma colectiva o individual, cómo poner freno a la violencia? Los últimos cien años han sido muy sangrientos, con varias guerras totales, cruentos conflictos civiles con distintos grupos sociales o étnicos enfrentados entre sí y el hecho de poseer un armamento más destructivo. Ha habido numerosas ocasiones en las que varios millones de personas han perdido la vida. Los explosivos más elaborados y los sistemas vectores han permitido a los principales Estados ser testigos de ataques masivos en otras sociedades. Pero los rifles de asalto y las bombas más simples también tuvieron efectos devastadores en distintos tipos de conflictos civiles en los que han muerto cientos de miles de personas, a veces a manos de niños soldado. Y, aunque su poder destructivo es mucho menor, el uso terrorista de la violencia se ha sumado a la atmósfera contemporánea general de muchas regiones específicas. En algunos periodos anteriores de la historia universal empezaron a confundirse los límites entre los civiles y el personal militar, como cuando los ejércitos empezaron a atacar directamente a las ciudades, pero nunca con consecuencias tan devastadoras como en las últimas décadas. Evidentemente, una serie de organismos internacionales han intentado poner freno a estas tendencias. Los informes de principios del siglo XXI afirmaban el éxito a la hora de reducir el mero número de conflictos. Pero resulta imposible predecir cómo se desarrollará este aspecto de la historia universal contemporánea en el futuro, y está claro que las cuestiones son de extrema importancia.

La lista se podría ampliar fácilmente. De hecho, no es un ejercicio inútil pensar en las principales tendencias de las últimas décadas, que están introduciendo claramente un cambio, pero no se puede publicar una declaración final sobre sus resultados. No todo está en el aire: está claro que la proporción entre la

población rural y urbana (que pasó a estar por debajo del 50 % por primera vez en la historia universal en 2009) seguirá descendiendo. Es evidente que la clase media-alta basada en los negocios constituirá la clase alta básica en la mayoría de las sociedades del mundo y reemplazará a la aristocracia. Está claro que, en el futuro inmediato, la infancia se definirá principalmente en términos de escolarización. Y estos ámbitos de cambio contemporáneo también son importantes. Pero muchos de los temas cruciales pueden categorizarse, aunque no se pueden llegar a resolver del todo, y esto contrasta con lo que los historiadores pueden hacer a posteriori con cada periodo anterior.

3. Tendencias culturales

Las evoluciones culturales durante el periodo contemporáneo son muy difíciles de caracterizar a nivel mundial. Algunas tendencias evidentes e importantes son el avance constante de la ciencia y de los descubrimientos científicos, así como la participación cada vez mayor de las sociedades no occidentales en los esfuerzos científicos modernos. También han surgido estilos internacionales en el arte, sobre todo en las artes visuales y en la arquitectura; pero no todas las regiones han participado, ni mucho menos. La persistencia de las tradiciones artísticas regionales, ya sea como resistencia ante las tendencias internacionales o en combinación con ellas, constituye un tema comparativo importante. Asimismo, varias sociedades consideraron el desarrollo de estilos socialistas-realistas como una opción interesante durante varias décadas.

No obstante, el gran reto del ámbito cultural consiste en equilibrar las funciones ininterrumpidas de la religión, incluidos los cambios religiosos significativos, y los sistemas de creencias

concurrentes. Para algunos grupos, un intenso nacionalismo podría definir una perspectiva cultural más amplia en un cierto grado de tensión con la religión. De una forma todavía más general, los sistemas marxistas, adoptados voluntariamente o impuestos a través de un Estado comunista, proporcionaban un marco cultural alternativo. El marxismo desaparecería casi completamente después de 1990 en cuanto a la tarea de organizar creencias populares; un suceso cultural importante y a veces desconcertante *per se*, pero su papel durante muchas décadas requiere cierta atención. De una forma más amplia, en sociedades que van desde Japón hasta Occidente, una mezcla de valores tradicionales, intereses de los consumidores y una dependencia cada vez mayor de la ciencia produjeron un sistema cultural mayoritariamente laico que podría tener una fuerza considerable y que podría relacionarse también con la globalización.

No obstante, al mismo tiempo, los compromisos religiosos seguían teniendo fuerza. Algunos grupos clave preservaron creencias tradicionales y, tras la caída del comunismo europeo, en Rusia se reavivó un poco el interés por el cristianismo ortodoxo. Ha habido nuevos movimientos misioneros que han ayudado a difundir tanto el cristianismo como el islam en África subsahariana, que pasó de ser eminentemente politeísta en 1900 a ser mayoritariamente cristiana o musulmana (cerca de un 40 % cada una) en 2000. Más recientemente, los movimientos misioneros cristianos evangélicos están empezando a tener un éxito considerable, sobre todo en Latinoamérica. Y lo que es más importante: dentro del islam, el judaísmo, el hinduismo y el cristianismo, las corrientes fundamentalistas significativas cobraron forma sobre todo desde los años setenta en adelante.

No cabe duda de que la historia cultural universal contemporánea no solo engloba la diversidad regional, en bases tanto nuevas como tradicionales, sino también la diversidad y la disputa dentro de la mayoría de las regiones. Ha habido cambios considerables, pero no en una única dirección a nivel mundial. Cabe recordar que, según unas recientes encuestas de opinión, la globalización cultural es el aspecto que menos le gusta a la gente en todo el mundo, a diferencia de los compromisos regionales, y la complejidad del componente cultural de la historia contemporánea se vuelve inevitable.

4. Las décadas de entreguerras en un periodo contemporáneo

La última cuestión relativa al contexto de la historia universal contemporánea está relacionada con la tentación de disgregar los últimos 100 años en fragmentos más pequeños, en lugar de hablar de un periodo más amplio, y mucho menos de un periodo abierto que todavía está cobrando forma. Bien es verdad que todos los periodos anteriores de la historia universal han durado como mínimo un siglo, y habitualmente más. Se podría decir que elegir unidades mucho más pequeñas para las últimas décadas cambia la naturaleza de toda la discusión. Pero no hay ninguna ley que rija la periodización. Unas divisiones más concretas de la historia reciente podrían ser no solo justificables, sino también muy útiles; y, de todas formas, siempre nos quedaría la idea de que el ritmo del cambio se está acelerando.

Algunos historiadores universales aíslan las décadas de guerra y depresión, con lo que reemplazan cualquier idea que se pueda tener de un periodo más largo de la historia universal contemporánea con un conjunto de subdivisiones. No cabe duda de que la Primera Guerra Mundial reflejó y avanzó una serie de cuestiones importantes, incluido el papel de Alemania. El

acuerdo al que se llegó no resolvió ni la cuestión alemana ni la red más amplia de rivalidades nacionalistas que podrían paralizar el continente. Y la devastación de la guerra dificultó una respuesta constructiva. Algunos países (de los cuales Japón es el más importante) acabaron frustrados y no tardaron en querer obtener nuevas ganancias. El nuevo régimen comunista de Rusia creó miedos y hostilidades. Estados Unidos, con su política aislacionista, dejó a un lado las injerencias. Todos estos aspectos se confabularon para provocar una catástrofe. Aunque superficialmente había paz, los propios años veinte fueron testigos de una polarización política cada vez mayor en muchos países. Los nuevos movimientos políticos, incluido el comunismo inspirado en Rusia pero también el fascismo, se dirigieron hacia unos regímenes más autoritarios y represores. La Gran Depresión que comenzó en 1929 se debió en parte a los trastornos económicos de la guerra. Provocó una nueva oleada de sufrimiento en muchas regiones del mundo, y contribuyó a desencadenar movimientos sociales y políticos más desesperados, incluidos el autoritarismo militar en Japón y el nazismo en Alemania. Varios regímenes estaban concentrados en la guerra, y otras potencias eran demasiado débiles o estaban demasiado divididas como para ponerse en medio. El resultado acabaría siendo no solo una guerra mundial renovada, sino unas atrocidades sin precedentes. Japón arremetió salvajemente contra la población civil de China. La Rusia soviética con Stalin en el poder atacó a oponentes internos reales o imaginarios, envió a muchos de ellos a campamentos en Siberia y asesinó directamente a varios millones. La Alemania nazi se ensañó con los judíos y, en última instancia, después de que estallara la Segunda Guerra Mundial, masacró a seis millones en casi toda Europa en el Holocausto. La Segunda Guerra Mundial provocó todavía más muertes masivas que la anterior y, por culpa de los

bombardeos de ambos bandos, aterrorizaron a una amplia población civil en el proceso. Por eso no resulta sorprendente que muchas historias universales se explayen con estas tres décadas con epígrafes como «Las décadas de crisis».

Y es que la crisis no persistió del todo una vez terminada la guerra. Los movimientos políticos contemporáneos más bárbaros quedaron desacreditados. Persistieron unos cuantos grupos semifascistas o seminazis, no solo en Europa, sino también en Latinoamérica, pero apenas tuvieron una gran importancia. En general, se acabó con esta innovación política concreta. Europa repuntó, creó estructuras que redujeron las tensiones nacionales y fomentaron un alto grado de unidad continental, y reimpulsó el crecimiento económico, así como la creatividad cultural popular. La Guerra Fría estaba al acecho, pero apenas produjo grandes conflictos. Después de tres décadas caracterizadas por guerras masivas, las décadas que siguieron a 1945 han estado marcadas por conflictos regionales más que generales, en ocasiones bastante intensos, pero sin llegar a implicar nunca al mundo entero. La descolonización y el repentino crecimiento económico de una serie de regiones fuera de Occidente provocaron y reflejaron al mismo tiempo más evoluciones positivas que las que cabría buscar sin mucho esfuerzo en el periodo anterior de crisis. Se abre la posibilidad de centrarse en nuevas tendencias, como las políticas y las tecnologías que fomentaron la globalización, o nuevos problemas, como la degradación del medio ambiente, en lugar de la parálisis del segundo cuarto del siglo XX.

No obstante, la mayoría de los proyectos de historia universal hablan de una era contemporánea que, por lo general, empieza con la Primera Guerra Mundial y, en ocasiones, un poco antes. Evidentemente reconocen las guerras mundiales y la Depresión,

así como evoluciones específicas pero básicamente a corto plazo como el fascismo, pero también tratan de identificar algunas temáticas que trasciendan la división entre las «décadas de crisis» y las «décadas posteriores a las crisis».

A continuación se describen unas directrices posibles para este enfoque alternativo, que contempla un nuevo periodo más amplio que se inicia a principios del siglo XX:

- En los años de entreguerras hubo un avance en tecnologías importantes en materia de comunicación y de transporte que mejoraron los contactos a nivel mundial, a pesar del complicado contexto político y económico. Aparecieron más innovaciones después de la Segunda Guerra Mundial, cuando mejoró el entorno político para la globalización, pero las relaciones existen desde principios del siglo XX en adelante.
- Unos intentos políticos internacionales significativos vinculan también las décadas de entreguerras y lo que vino después. La Liga de las Naciones, creada después de la Primera Guerra Mundial, fracasó estrepitosamente en su intento por evitar los conflictos que acabarían desencadenando la Segunda Guerra Mundial, pero sí que proporcionaron patrones y ejemplos en los que posteriormente se basaría Naciones Unidas; y otros grupos más específicos, como la Oficina Internacional del Trabajo, formada a principios del siglo XX pero continuada de una forma directa en décadas más recientes. La globalización política se aceleró, con decisiones clave sobre los nuevos organismos de política económica mundial después de la Segunda Guerra

Mundial junto con la formación de Naciones Unidas, pero el proceso trasciende los subperiodos.

- Tanto las revoluciones como la intensificación del nacionalismo en lugares como India y África cuestionaron formas políticas tradicionales como los imperios y las monarquías. Este proceso empezó claramente con las grandes revueltas de principios del siglo XX, como la Revolución Rusa, y continuaría después de la Segunda Guerra Mundial. Muchas de esas mismas evoluciones, junto con cambios económicos más amplios, fomentaron el declive de las aristocracias rurales y la aparición de nuevas clases empresariales y directivas. Las tasas de urbanización siguieron creciendo. En otras palabras, los cambios sociales y políticos clave se extienden desde el siglo XX hasta el siglo XXI.

- Los derechos de la mujer: los cambios en las condiciones de las mujeres marcan incuestionablemente un proceso que tiene lugar durante todo el periodo contemporáneo. Muchas sociedades, incluidas Turquía y la Unión Soviética, así como muchos países occidentales, les concedieron a las mujeres el derecho al voto poco antes o poco después de la Primera Guerra Mundial; y el proceso siguió ampliándose después de la Segunda Guerra Mundial. Los esfuerzos internacionales de fomentar los derechos de la mujer avanzaron en el periodo de entreguerras pero se aceleraron posteriormente.

- La explosión demográfica: el incremento sin precedentes de la población humana que supuso un crecimiento del 300 % en el conjunto del siglo XX está presente a lo largo de todo el periodo contemporáneo.

La difusión mundial de nuevas medidas de sanidad pública, que empezaron a introducirse a finales del siglo XIX, explica claramente este repentino aumento. Pero las mejoras en la agricultura, sobre todo la «revolución ecológica» de los años setenta, también pusieron su granito de arena. No obstante, no es fácil dividir esta tendencia dentro del siglo XX. En algunas regiones, el crecimiento demográfico contribuyó a crear nuevos grados de pobreza. Ayuda a explicar el impulso del siglo XX hacia las ciudades, que en muchas sociedades han reemplazado al campo como refugio para los pobres. El crecimiento estimuló nuevos patrones de migración internacional, algunos de los cuales empezaron a surgir en los años veinte, con la llegada de trabajadores argelinos a Francia, por ejemplo; la Depresión y la Segunda Guerra Mundial retrasaron este patrón, que no se reanudó hasta la década de los cincuenta. No obstante, en general, las tendencias demográficas, que condicionaron de forma sutil pero intensa toda una serie de evoluciones mundiales contemporáneas, se tienen que considerar en términos de un periodo de tiempo más largo. A finales del siglo XX, y entrado el siglo XXI, surgieron claros signos de una ralentización mundial de las tasas de crecimiento, y no cabe duda de que esto determinará evoluciones sociales clave más adelante en el siglo XXI.

Una revisión del periodo contemporáneo

A pesar de las complejidades que entraña definir el periodo contemporáneo, sí que existen temáticas dominantes. Aunque la lista específica varía de un historiador universal a otro, las temáticas no tienen por qué ser tan numerosas que resulten inabarcables: el crecimiento demográfico masivo, con la migración, la urbanización e incluso los impactos medioambientales, es una primera área muy clara.

La aceleración de la globalización, con el apuntalamiento de cambios clave en tecnologías de transporte y de comunicación pero también componentes políticos importantes, podría ser la segunda. Ya hemos mencionado que una serie de historiadores universales creen que esta categoría no es simplemente una nueva tendencia principal, sino un auténtico cambio radical del marco de toda la experiencia humana.

El movimiento para reemplazar ingredientes básicos de la sociedad agrícola, principalmente monarquías, aristocracias y el patriarcado en toda su extensión, ofrece una tercera área. La temática avanza con revoluciones y movimientos nacionalistas específicos, pero se puede generalizar. Los cambios culturales y las resistencias cobran forma en parte como respuesta a estas tendencias.

Los cambios en la naturaleza de la guerra y de la violencia podrían constituir una cuarta área de tendencias, englobando aspectos adicionales de cambios tecnológicos pero también algunas de las profundas tensiones de tipo nacionalista, étnico e ideológico que han surgido a lo largo de los últimos 100 años.

Al igual que en todos los periodos anteriores de la historia universal, las temáticas de la era contemporánea se deben utilizar como un marco para fomentar las comparaciones. Distintas sociedades han respondido a las temáticas principales de maneras distintas. Esta es una forma fundamental para probar la

interacción de las continuidades regionales con los nuevos patrones de la era contemporánea, así como para pensar en términos de tensión e intercambio local/mundial.

Otras categorías comparativas también tienen sentido. Una categoría común que podría reflejar los precedentes de la economía mundial abarca las distinciones en cuanto a los niveles de desarrollo económico entre los países industrializados, por un lado, y los países que son más pobres y más agrícolas, por otro. Otros términos para esta división son norte-sur (porque en el hemisferio sur hay más sociedades en vías de desarrollo) o «tercer mundo» para el grupo menos industrializado. Las diferencias en la posición económica, ligadas a las diferencias en cuanto a la esperanza de vida o los niveles educativos u otras características basadas en los recursos, se deben tener en mente aunque los patrones cambien con el tiempo.

Los países que han experimentado la revolución, en contraposición a aquellos que han conseguido la independencia sin ella, constituyen otra categoría comparativa interesante. Aunque no habido revoluciones importantes en 30 años, los efectos persistentes de la revolución sobre la estructura política, social y de género suelen diferir de las situaciones definidas principalmente por movimientos de independencia nacional. Y luego hay un tercer grupo de países, principalmente en Occidente, que no han experimentado ninguno de los dos patrones en el último siglo, y a veces han tratado de defender políticas mundiales conservadoras para fomentar la estabilidad política, así como sus intereses económicos.

Una última categoría comparativa, evidente por la discusión anterior sobre el cambio cultural, consiste en comparar sociedades que conserven compromisos religiosos especialmente activos con otras cuyas culturas se hayan vuelto (o, en algunos

casos, como el de China, que lleven mucho tiempo siendo) más laicas. En este sentido, las distinciones implican no solo creencias y patrones artísticos, sino también definiciones de las obligaciones del Estado y grados de tolerancia, e incluso patrones demográficos y de género.

En resumen, la experiencia con una periodización previa proporciona directrices para enfocar la historia universal contemporánea. Lo que habría que hacer es debatir los puntos de inicio, definir las temáticas principales y esbozar comparaciones. No obstante, las posibles combinaciones comparativas trascienden el conocido patrón de «civilización con civilización», reflejando cambios adicionales como la propagación dispar de la industrialización o la experiencia selectiva de la revolución. Y, como todavía no se puede señalar con exactitud el final del periodo, el número de cuestiones abiertas y debates potenciales es inusitadamente vasto.

Hacer previsiones

Al final, la historia contemporánea podría entremezclarse con algunos intentos de predicción. Este componente final no es una parte uniforme o esencial de la historia universal, y muchos historiadores —que ya están bastante nerviosos con tener que abordar cuestiones actuales— lo rehúyen de pleno.

Hacer previsiones sí que es algo que se deriva de la historia universal, y sobre todo de la historia contemporánea, en varios sentidos clave. Algunos expertos en previsiones se basan en gran media en la analogía. Cada cierto tiempo desde la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, los observadores han venido afirmando que la sociedad occidental estaba en proceso de declive, como el Imperio Romano. Esta predicción se basaba en afirmaciones de similitud con un acontecimiento conocido del pasado. Otras analogías aparecen de forma recurrente. En 2009,

por ejemplo, cuando surgió la crisis financiera mundial, varias personas la compararon con la Gran Depresión e intentaron predecir lo que podría suceder sobre una base. El poder de la analogía de Múnich, desarrollada en el capítulo 3, sigue presente (y muchos podrían afirmar que sigue creando confusión). Saber cuándo se están utilizando las analogías y poner a prueba su validez histórica es una herramienta importante a la hora de mirar hacia el futuro.

La previsión más habitual visualiza el futuro en términos de tendencias actuales conocidas, y ahí es donde resulta de utilidad la historia universal contemporánea. Muchos expertos creen saber que los casquetes polares seguirán derritiéndose a causa del calentamiento global, lo que provocará nuevas dificultades para las zonas costeras, basándose en las evoluciones que ya han empezado. La única forma de modificar dicha predicción sería implementando nuevas medidas medioambientales de calado. También sabemos que, a causa de las bajas tasas de natalidad y del incremento de la longevidad, muchas poblaciones envejecerán a lo largo de las próximas décadas, un proceso que ya ha empezado en Japón y en la mayoría de los países occidentales y que está empezando a hacer su aparición en China. Todo el mundo se pregunta cómo cambiará el mundo con un porcentaje de personas de más de 65 años sin precedentes, pero es bastante probable que ese escenario forme parte de nuestro futuro. Y un último ejemplo: sabemos que la economía de China ha estado creciendo a gran velocidad. La mayoría de los expertos asumen que dentro de poco China será una de las potencias económicas líderes en el mundo y que esto trastocará aún más los equilibrios de poder. Muchas previsiones consideran que, para 2050, la lista de las principales economías estará formada por China, India, Brasil, Estados Unidos y

(posiblemente) la Unión Europea, según la idea de que esto capta la extensión de los patrones que ya están en marcha.

Algunos expertos en previsiones esquivan tanto la analogía como las predicciones basándose en tendencias recientes, intentando desarrollar escenarios más amplios que puedan transformar el mundo en el que vivimos. Según esta visión, la historia contrastará con el futuro, aunque también se debe analizar la historia contemporánea para identificar las semillas de la transformación y la línea base para medir el cambio. Algunos defensores del medio ambiente predicen unos cambios generalizados en el entorno, junto con una presión demográfica sobre unos recursos escasos que alterará, y empeorará, la condición humana. Tal y como hemos visto, los teóricos de la globalización pueden aducir no solo que está teniendo lugar la globalización, sino que además cambiará de forma radical el funcionamiento de las sociedades (reduciendo la utilidad de unidades nacionales y gobiernos y posiblemente erradicando las identidades culturales que asociamos a las civilizaciones). Otro conjunto de previsiones que se enmarcan bajo el epígrafe de una sociedad postindustrial estuvieron sosteniendo durante mucho tiempo que las nuevas tecnologías que automatizaban la producción reducirían la necesidad de trabajadores e incluso de ciudades convencionales, lo que daría lugar a una sociedad con patrones de trabajo totalmente distintos y la necesidad de averiguar qué hacer con unas cantidades de tiempo de ocio sin precedentes.

Las previsiones que auguran nuevos escenarios dramáticos nunca se podrán evaluar en toda su extensión hasta que no llegue el futuro. Sin embargo, la historia contemporánea sí que resulta de utilidad demostrando si hay al menos algún indicio de un cambio de calado y ayudando a evaluar las afirmaciones a

medida que pasa el tiempo. Las previsiones posindustriales, por ejemplo, han perdido relevancia por el momento porque durante la última década aproximadamente las cuestiones clave de la economía mundial han sido bastante diferentes de lo que la mayoría de los entusiastas extremos de la tecnología habían pronosticado.

El hecho de que nos sea imposible conocer el futuro o valorar en toda su extensión algunos de los escenarios más dramáticos nos remite una última vez al marco de la historia universal contemporánea. ¿Hasta qué punto podría haberse predicho el mundo actual, o las tendencias que han determinado las últimas décadas, en 1900 de una forma razonable? La globalización a lo mejor, aunque sus dimensiones no podían estar claras. Se empezaba a atisbar, o a temer, el cambio en el equilibrio de las potencias mundiales, pero los actores específicos, como China, no habrían aparecido claramente. Prácticamente nadie estaba anticipando los patrones venideros de guerra y violencia. En resumen, el mundo contemporáneo ha cobrado forma según la fuerza de las continuidades del pasado, tendencias que estaban empezando a surgir en el siglo XX, pero también una serie de evoluciones que no podrían haberse anticipado de ningún modo. Y no hay motivos para pensar que la próxima fase de la historia universal contemporánea vaya a resultar más predecible.

Otras lecturas

Para temas importantes de historia contemporánea y globalización, véanse Ignacio Ramonet, *Wars of the 21st Century: New Threats, New Fears* (Nueva York: Ocean Press, 2004); Makere Steward-Harawira, *The New Imperial Order: Indigenous*

responses to globalization (Londres: Zed Books, 2005); Eric Hobsbawm y Antonio Polito, *On the Edge of the New Century* (Nueva York: W.W. Norton & Company, 2001).

EPÍLOGO

La creciente importancia de la historia universal constituye el cambio más significativo en la enseñanza de la historia en el último medio siglo, si no más. Proviene de cambios igual de importantes en el mundo que nos rodea; exige claridad sobre cómo abordar los periodos de tiempo y el equilibrio entre el cambio y la continuidad; obliga a entablar discusiones sobre factores regionales y comparaciones, así como sus relaciones con factores generales que determinan la experiencia humana; y se organiza en torno a una lista ampliable de temas principales, con oportunidades de seguir expandiéndolos.

No obstante, por encima de todo, la historia universal se centra en las dimensiones cambiantes de la tensión entre el aislamiento humano, creado inicialmente por la dispersión más amplia de las especies, y el impacto recurrente, así como las ventajas, del contacto y del intercambio. La tensión surgió en una época temprana, cuando las sociedades locales definieron identidades distintas pero también empezaron a relacionarse mediante el comercio, la guerra o la migración. Dicha tensión se ha redefinido enormemente, pero sigue determinando nuestro mundo y complicando las predicciones hasta hoy.

En el siglo XIV, un observador chino, Wang Li, afirmaba que las interacciones entre los pueblos se habían vuelto tan amplias que «la civilización se ha propagado por todas partes y ya no hay fronteras. [...] No cabe duda de que la hermandad entre los

pueblos ha pasado a un plano distinto». La historia universal ayuda a explicar por qué podía pensar eso a finales del periodo mongol, pero también por qué su visión acabó resultando engañosa. En nuestra propia era hay observadores que proclaman que las intensidades del contacto implican que el mundo se ha vuelto plano, mientras que otros ven un futuro definido de forma agorera en términos de un choque entre distintas civilizaciones. El tema fundamental de la historia universal se redefine constantemente, pero no desaparece. La cuestión debe organizar de forma clara el intento crucial de averiguar de qué forma el pasado del mundo ha ido a parar al presente del mundo.

GLOSARIO

Abolicionismo: movimiento o doctrina que defiende la abolición de la esclavitud.

AEC: antes de la Era Común.

Agricultura comercial: suministro de productos agrícolas para su venta.

Analogía: comparación basada en características comunes que permite una mayor inferencia del pasado.

Años de entreguerras: las décadas transcurridas entre 1918 y 1939.

Aristocracia: nobleza; clase dominante basada en la herencia.

Artesano: trabajador cualificado que practica un oficio concreto.

Autoritario: sistema de liderazgo basado en la obediencia absoluta a un único gobernante.

Budismo: religión practicada sobre todo en Asia, basada en las enseñanzas y la doctrina de Buda, en particular la idea de que el sufrimiento humano terminará con el cese de los deseos.

Burocracia: sistema de autoridades gubernamentales no electas.

Califato: líder de una jurisdicción islámica; asimismo, sistema político de Oriente Próximo y el norte de África durante el periodo posclásico.

Campesino: miembro de una clase social integrada por agricultores normalmente muy vinculada a aldeas.

Capitalismo: sistema económico basado en la propiedad privada, los beneficios y el libre comercio.

Cazadora-recolectora: sociedad caracterizada por obtener comida a través de la caza y la búsqueda; forma más antigua de sociedad humana.

Ciencia: conjunto sistemático de conocimientos normalmente basado en datos, verdades o ideas que pueden demostrarse; por lo común, centrado en el funcionamiento de la naturaleza.

Civilización: una forma compleja de organización humana; una sociedad definida por valores e instituciones comunes.

Civilización de las cuencas fluviales: civilizaciones antiguas que se desarrollaron en las orillas de los ríos, como en Egipto o Mesopotamia, sobre todo por la facilidad para la irrigación y, por tanto, para la agricultura.

Clásico: periodo de 1000 AEC a 500 EC caracterizado por la expansión de civilizaciones clave, la integración de territorio regional y el incremento del comercio interregional regular.

Colonialismo: control de un país o sociedad por parte de otro desde la distancia; a menudo implica la explotación del país más pequeño o menos poderoso por parte del más grande.

Comercialismo: perspectiva en la que el comercio y el negocio cobran prioridad.

Comercio: intercambio comercial de artículos o servicios.

Comunismo: sistema de organización social basado en teorías marxistas que abogan por la eliminación de la propiedad privada en favor de la propiedad colectiva.

Confucianismo: filosofía basada en las enseñanzas de Confucio, que otorga un gran valor a la devoción por la familia y los antepasados, una visión caritativa de la humanidad, la educación y el orden político.

Constitución: ley fundamental, serie de legislaciones o doctrinas que definen a un gobierno.

Consumismo: movimiento o valor otorgado a un mayor consumo de productos.

Contemporáneo: periodo de 1914 en adelante que incluye un reequilibrio del poder mundial y la descolonización, una explosión demográfica, la globalización y el reemplazamiento de las instituciones agrícolas.

Continuidad: patrón ininterrumpido, algo que se prolonga o que se repite sin cambios esenciales.

Cristiandad: religión basada en las enseñanzas de Jesús y en la creencia de que este era el hijo de Dios.

Cristiandad ortodoxa: forma de cristianismo predominante en el Imperio Bizantino, los Balcanes y Rusia; escisión del catolicismo romano en el siglo XI.

Cronología: interpretación basada en la disposición de acontecimientos en el tiempo y el estudio exhaustivo de fechas.

Cruzadas: campañas militares religiosas libradas por cristianos europeos en Oriente Próximo entre 1095 y 1291.

Cultura: creencias y suposiciones básicas, a menudo expresadas también en las artes.

Democracia: un gobierno regentado por las personas o los representantes que han elegido.

Demografía: las características de una población humana, o el estudio de esas características.

Descolonización: suprimir el colonialismo; liberar a una colonia de su estatus dependiente.

Dinastía: una sucesión de mandatarios pertenecientes a una familia; el periodo de tiempo definido por el liderazgo de una de esas sucesiones.

Diplomacia: la práctica de las relaciones internacionales; el desarrollo de relaciones entre diferentes gobiernos.

Disciplina: rama de conocimiento o campo de estudio.

EC: Era Común.

Ecologismo: preocupación por la protección del entorno natural de la contaminación y otras fuerzas destructivas.

Economía: sistema de producción, distribución y consumo de productos o servicios en una sociedad o grupo de sociedades.

Economía global: economías interrelacionadas e interdependientes del mundo.

Edad de Bronce: periodo de 4000 a 1500 AEC; caracterizado por la producción de herramientas y armas de bronce.

Edad de Hierro: 1500 AEC hasta 1450 EC. Abarca los periodos clásico y posclásico, pero en ciertos aspectos se prolonga hasta nuestros días.

Emancipación: el acto de liberar a una persona o grupo de personas del control de otro.

Epidemia: brote generalizado de enfermedades infecciosas.

Era industrial: largo siglo XIX más periodo contemporáneo.

Esclavitud: cautiverio; mano de obra humana poseída y controlada por otras personas, normalmente sin salario y a veces caracterizada por un trato inhumano.

Estado: nación (u otra unidad política) o gobierno organizado.

Estructura de clases: la organización de estratos sociales desiguales dentro de una sociedad en particular.

Estructura política: sistema de gobierno que caracteriza a una región concreta.

Evolución: cambios genéticos o acontecimientos en poblaciones o sociedades durante un periodo de tiempo.

Expansión: proceso de crecimiento de un territorio o Estado que a veces conlleva conquistar otro Estado; también hace referencia al crecimiento o recuperación económicos.

Fascismo: teoría política que aboga por un gobierno autoritario y a menudo totalitario, sistema de gobierno jerárquico.

Feminismo: doctrina y movimiento político-social que fomenta la igualdad de derechos para la mujer.

Feudalismo: sistema social y político de la Europa y el Japón posclásicos, basado en la propiedad de tierras por parte de una clase militar gobernante y por las relaciones con vasallos.

Globalización: proceso de transformación de fenómenos locales en globales e intensificación de los contactos interregionales.

Gobierno: organización o administración que está al cargo de una unidad política.

Guerra de guerrillas: iniciativas militares emprendidas por individuos u organizaciones que trabajan independientemente de un gobierno.

Guerra Fría: periodo de hostilidad política entre la URSS y sus Estados satélite y las sociedades occidentales, en especial Estados Unidos, entre 1945 y 1991.

Guerra Mundial: una guerra que implica a la mayoría de los países importantes del mundo.

Hábitos mentales: disposiciones de pensamiento específicas de una disciplina y aprendizaje o estudio dentro de ese cambio.

Hinduismo: religión y filosofía predominante en el subcontinente indio y otras regiones del sur de Asia, caracterizada por creencias en la reencarnación, el *dharma* y un orden divino que adopta varias naturalezas y formas.

Historia cultural: interpretación de los patrones o acontecimientos históricos basada en la cultura popular, las artes y otras tendencias culturales entre un grupo o grupos de personas.

Historia de géneros: estudio del pasado desde la perspectiva de los géneros y los conflictos entre ellos.

Historia económica: estudio del desarrollo de las economías desde una perspectiva histórica.

Historia política: tendencia histórica basada en el análisis de asuntos diplomáticos, formas y funciones gubernamentales, acontecimientos y teorías e ideas políticas dominantes.

Historia social: estudio del papel de la gente corriente y una amplia gama de conductas al margen del comportamiento político formal y la vida intelectual.

Imperialismo: política que consiste en ampliar el mandato o autoridad sobre otro país o región.

Imperio: el dominio gobernado por un emperador o emperatriz, a menudo caracterizado por un poder absoluto o un mandato autoritario; a veces conlleva una expansión territorial.

Imperio de la pólvora: imperios, tanto nacionales como extranjeros, del periodo moderno temprano basados en el uso de pistolas.

Individualismo: filosofía o forma de vida que aboga por la preponderancia del individuo, los derechos y los deseos individuales.

Infanticidio: práctica de matar a recién nacidos.

Inmigración: migración a un nuevo país o sociedad.

Intercambio: comercio o transferencia de artículos, servicios e ideas en una población, cultura o sociedad o entre varias.

Intercambio biológico: proceso de las plantas, animales y a menudo enfermedades que son transferidos de una región a otra o de una sociedad a otra.

Intercambio colombino: transferencia de plantas, animales, humanos (incluidos los esclavos), enfermedades y fenómenos culturales a larga distancia entre los hemisferios oriental y occidental.

Interdisciplinariedad: acto de inspirarse en dos o más campos académicos distintos y los hábitos mentales que estos fomentan.

Internacionalismo: internacional en carácter o principios; doctrina que defiende que las naciones deben cooperar.

Islam: religión monoteísta predominante en el norte de África y Oriente Próximo y otras partes de Asia y África, caracterizada por la creencia en las enseñanzas del profeta Mahoma y la adoración a Alá.

Judaísmo: religión monoteísta basada en las enseñanzas de la Torá y el Talmud.

Laico: no relacionado con la religión o la espiritualidad.

Laissez-faire: doctrina que apuesta por el individualismo, sobre todo en el ámbito económico; la idea de que el gobierno no debe interferir en los asuntos individuales.

Largo siglo xix: periodo de 1750 a 1914 caracterizado por la revolución industrial, el auge del poder y el imperialismo occidentales, una mayor desigualdad económica global y las emancipaciones.

Local: referente a un lugar, ciudad o pueblo en particular.

Marxismo: teoría basada en las enseñanzas de Karl Marx y Friedrich Engels que aboga por la idea de que todas las conductas humanas y los acontecimientos sociales tienen su base en la economía. La lucha de clases desempeña un papel fundamental en el desarrollo.

Mercader: empresario que se dedica a la compraventa de artículos.

Migración: movimiento de personas de un país o región del mundo a otro.

Militar: de lo relacionado con la guerra; sistema desarrollado dentro de una sociedad para librar la guerra.

Misionero: persona, religión o filosofía que pretende convertir a otros a una causa o sistema de creencias.

Modernización: creencia de que varios cambios están vinculados en su función política, educación y tecnología y de que las sociedades cambiarán en direcciones similares.

Moderno: normalmente asignado a los periodos iniciados en torno a 1700.

Monarquía: gobierno regentado por un único líder (monarca) que puede atesorar un mandato absoluto; normalmente un sistema heredado de autoridad.

Nación: grupo de personas políticamente organizadas bajo un único gobierno con límites geográficos explícitos, a menudo con una cultura característica y una coherencia cultural.

Nación-Estado: unidad política constituida por un Estado autónomo, poblado por personas que suelen compartir una cultura y una historia comunes.

Nacionalismo: devoción a los intereses y el desarrollo de la propia nación: a menudo incluye la creencia en la supremacía de la propia nación respecto de las demás.

Naciones Unidas: organización política formada a partir de un grupo de Estados independientes en 1945, con el propósito de fomentar la paz y la seguridad internacionales.

Nómada: persona o grupo de personas sin un hogar o territorio definido; estilo de vida itinerante, por lo común con una economía de pastoreo.

«Nuevos historiadores globales»: historiadores que postulan que la reciente globalización crea un contexto histórico tremendamente nuevo.

Occidentalización: asimilación o conversión a la cultura occidental, sus valores y sus sistemas de creencias.

Ocio: tiempo que pasamos fuera del trabajo.

Organización no gubernamental: organización característica del periodo contemporáneo que trabaja independientemente del gobierno y a menudo sin ánimo de lucro.

Parlamento: asamblea legislativa que participa en el gobierno de un país y a veces caracteriza el sistema de gobierno.

Patriarcado: sistema de organización social o familiar basado en la supremacía y centralidad del padre u otros varones.

Periodización: sistema que utilizan los historiadores para definir el cambio y una serie de tendencias coherentes, dividiendo la cronología en periodos.

Periodo moderno temprano: 1450-1750, auge del comercio global, inclusión de las Américas, imperios de la pólvora.

Periodo Neolítico (nueva Edad de Piedra): periodo de 8000 AEC a 4000 EC, aproximadamente, caracterizado por la revolución agrícola y el auge del patriarcado.

Posclásico: periodo entre 600 y 1450 AEC, aproximadamente, caracterizado por la propagación de las civilizaciones y religiones mundiales, auge de redes de comercio transregional más amplias, expansión de influencias e imitaciones regionales.

Raza: caracterización de ciertas personas basada en rasgos étnicos heredados, a menudo asociados con el color de la piel.

Régimen: organización política que gobierna una sociedad; gobierno y mandatarios.

Regional: característico de un lugar o zona geográfica.

Reino: unidad política o territorial regentada por un monarca u otro soberano.

Religión: sistema de creencias y rituales centrados en la ética, un orden divino y el más allá.

Renacimiento: periodo de la historia europea de los siglos XIV a mediados del XVI definido sobre todo por nuevos estilos artísticos.

Revolución: cambio drástico y de gran alcance. Puede utilizarse para referirse a transformaciones políticas o sociales de gran magnitud. Una revolución también puede significar un levantamiento violento desde abajo que pretende alterar las estructuras políticas y sociales.

Revolución agrícola: desarrollo de cosechas y animales como principal fuente de alimento entre comunidades humanas, sustituyendo a la caza y la recolección.

Revolución industrial: transformación de sociedades agrícolas en industriales.

Rutas de la Seda: rutas comerciales muy utilizadas y creadas durante el periodo clásico que van desde China hasta Oriente Próximo y el Mediterráneo.

Sanidad pública: ciencia y política relacionada con la prevención y la cura de enfermedades y el fomento de la salud a gran escala, en el ámbito social e internacional.

Sincretismo: proceso en el que las creencias o prácticas aúnan características de diferentes grupos o sociedades en contacto.

Sistema de castas: estructura social en la que las clases y el estatus vienen definidos fundamentalmente por cuestiones hereditarias.

Sistema de escritura: método para representar ortográficamente el lenguaje hablado, utilizando letras, signos o símbolos.

Sistema de parentesco: sistema de relaciones sociales y a menudo familiares que caracterizan a una sociedad.

Socialismo: teoría política que aboga por la propiedad colectiva de la industria y el control gubernamental sobre los recursos y los servicios.

Sociedad: grupo social duradero cuyos miembros han organizado patrones de interacción a través del comercio, la cultura o la política.

Sociedad nuclear: en la teoría de la economía mundial, una sociedad que importa artículos procesados y se aprovecha desproporcionadamente del comercio global.

Sociedad periférica: en la teoría de la economía mundial, una sociedad que exporta artículos baratos con mano de obra explotada.

Sociedades colonizadoras: sociedades formadas eminentemente por colonos europeos, como en Estados Unidos.

Tecnología: aplicación práctica de la ciencia a la industria, el conocimiento o la vida cotidiana.

Teoría de la economía mundial: se centra en las relaciones comerciales globales de carácter desigual, desde el periodo moderno temprano en adelante y sus repercusiones económicas, políticas y sociales a largo plazo.

Teoría de las «nuevas naciones»: idea de que las naciones recién independizadas a menudo son políticamente inestables debido a conflictos internos, a una falta de liderazgo experimentado y a reveses económicos.

Tercer mundo: inicialmente países como Egipto o India, no alineados con ningún bando durante la Guerra Fría; más tarde ha pasado a referirse a regiones más pobres en desarrollo económico. No se utiliza de manera tan generalizada en la actualidad.

Terrorismo: uso de la violencia contra individuos o una sociedad para lograr objetivos religiosos o políticos.

Topografía: forma o rasgos de una zona en la superficie de la Tierra.

Tradición: costumbre duradera; patrón heredado de pensamiento o conducta.

Transregional: que comprende o guarda relación con dos o más regiones y sus relaciones.

Tribu: una división social o grupo de personas, a veces una familia, que vive o trabaja junta.

Urbano: relativo a una ciudad u otra zona de población densa.

Zona climática: región geográfica que comparte un clima particular.

Zoroastrismo: sistema religioso fundado en Persia en el siglo VI AEC, basado en la idea de la lucha entre el bien y el mal.

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecido a Laura Bell y Clio Stearns por su ayuda a la hora de preparar este libro y por sus ánimos. Mi agradecimiento también a los alumnos de historia universal con los que he tenido el placer de trabajar en George Mason; me han enseñado muchas cosas.

Título Una nueva historia para un mundo global
Autor Peter N. Stearns



Título original: *World History. The Basics*

www.planetadelibros.com

Traducción autorizada de la edición en inglés publicada por Routledge, sello de Taylor & Francis Group

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2012

ISBN: 978-84-9892-445-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual

ÍNDICE